Álvaro Pombo

AE & I

Virginia

o el interior del mundo

Planeta

Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Créditos

Para Marieta Pombo Quintana
y para José Ignacio Márquez Cano.
Y para Fuencisla Pombo Quintana.
En recuerdo de los felices días de septiembre
en la Casona estos últimos años

I

—Lo que no entiendo, querida Virginia, es de dónde te viene esta vena socialista —declaró Gabriel Montes, de pie ante el espejo de la sala de su prima, mientras se arreglaba el nudo de la corbata a rayas.

Es un mediodía nublado de finales de mayo, antes del almuerzo. La espaciosa y confortable sala del piso de Virginia Montes en el muelle. Una sensación de eternidad en la repetición semanal de esta media hora del aperitivo que precede al almuerzo, en la impresión de tener presente toda la vida de los dos interlocutores a la vez, que sólo la seguridad económica proporciona. *Interminabilis vita tota simul et perfecta possessio.* La doncella acaba de anunciar que el almuerzo está servido.

Virginia Montes y Gabriel Montes, instalados ya en el comedor que da a la calle de atrás. Son las dos de la tarde. Tienen, por fortuna, toda la vida por delante. Esto de la vena socialista de Virginia, sólo en parte es una broma entre los primos. Hay otra parte que no es broma. Hay un tedio treintañero de Virginia Montes con los pretendientes y con el veraneo regio: cansada un poco de las emociones infantiles de las debutantes que se ponen de largo en la corte, en el Palacio de la Magdalena o en el Hotel Real. Virginia es una chica guapa, entrada —para la época— algo en años. Había tenido pretendientes de sobra: elegantes balandristas con el pelo engominado. Le cansaba pensar en esta clase social suya, hecha de herederos de tres generaciones, ahora clausurados en la buena vida primorriverista. La gracia estaba fuera. Y por eso —por la tantalizante exterioridad de la gracia— animaba a su primo Gabriel a que contara la épica de los bisabuelos: esa historia de la burguesía harinera y sus pesadas carretas que venían de Castilla y bajaban por Becedo hasta el puerto, el relato de los tres bergantines. Fuera quedó siempre también el secreto amor de Virginia Montes, que ni siquiera Gabriel conocía. Se enamoró Virginia muy joven de

Casimiro, el hijo de su cocinera, Manuela Sánchez.

Es un almuerzo lento y sin palabras. Sólo dos personas acostumbradas a estar juntas disfrutan almorzando así. A Gabriel le encanta el punto de Manuela. Virginia, a la vez que dirige el bien organizado servicio de su doncella, sonríe pensando una respuesta correspondiente a la declaración de su primo acerca de su *penchant* socialista.

—Reconoce, Gabriel —dice por fin—, que el socialismo es la única novedad que tenemos a mano. El socialismo y, por supuesto, el doctor Madrazo.

—¡No discuto yo la novedad! Lo que me asombra es que te fascine a ti. Pocas personas hay menos socialistas que tú en Santander. Reconócelo.

Gabriel reconoce —tras un sorbo de rioja— que el socialismo es una novedad y que todos ellos se hallan en lo que parece un vertiginoso comienzo de siglo. Y reconoce que, desde cualquier punto de este mundo incipiente, puede contemplarse todo el resto del mundo gracias a los nuevos medios de comunicación, gracias a las fotos, a los documentales, a la radio. Y reconoce que hoy en día todo está en todo y que Santander constituye una perspectiva tan completa y privilegiada como cualquier otra, con la ventaja de que desde los pisos del muelle todo se percibe con más comodidad y con un agradable sentido de la distancia, como el esfuerzo de los remeros de las traineras observados con prismáticos desde el balcón de la casa del muelle. Se lo dice a Virginia:

—El esfuerzo real contemplado a través de los prismáticos se convierte en esfuerzo imaginado. Esto es más lo mío, Virginia. Más que la participación en revoluciones sociales. En las que tú, por otra parte, también participas sólo a distancia, como yo, contemplándolas con prismáticos desde tu casa.

—Así es, y me siento culpable —dice Virginia y sonríe.

Ninguno de los dos tiene esta tarde gana de discutir demasiado. Hay una cómoda melancolía en el aire, sólo que esta melancolía es en Virginia pungente, mientras que en Gabriel es sólo adecuada a la circunstancia de almorzar con su prima una vez más esta primavera.

Gabriel Montes no es exactamente un soñador, aunque deja que eso se diga en su entorno. Esa idea sirve para retrasar todo lo posible el compromiso matrimonial. Ser un soñador —músico, poeta o loco— es una designación que cohíbe y desanima a las madres de las chicas casaderas. Les cohíbe porque no saben bien cómo tratarle, o de qué hablarle, en los encuentros sociales. ¿De qué se puede hablar con un poeta? Poetas eran Enrique Menéndez Pelayo, don Amós de Escalante, la propia Concha Espina, personas estas que siempre les cohibieron un poco. Y les desanima porque —aun siendo a todas luces un chico encantador, juicioso, con quien se puede hablar de cualquier cosa—, en cuanto posible pretendiente de una hija, no acaba de ser del todo ejemplar, del todo sólido. Un sí-es-no-es chisgarabís cabe atribuirle por la parte que tiene de poeta, o de violonchelista. Y una propensión —también de preocupar— a la buena vida y al dispendio, muy Montes en esto de los pies a la cabeza.

Una pausa considerable. Están terminando de almorzar. Mientras toman el postre, Gabriel prosigue su cuestionario indolente:

—Culpable, dices. ¿Pero por qué culpable, Virginia? ¿Culpable de no ser una chica de servir, una mujeruca de pueblo cargada de hijos? Yo nunca me siento culpable...

—Culpable por ver el mundo con prismáticos, como tú acabas de decir. El ejemplo que has puesto estaba bien. Ver las regatas de traineras con prismáticos desde nuestro balcón. Sin duda vemos la regata. Vemos qué trainera se adelanta, Peñacastillo, Pedreña, los que sean. Oímos, como acorchados, sofocados, las vigorosas remadas, los gritos del patrón. Vemos las ciabogas. Pero no sentimos nada, quiero decir: ¿no es demasiado poco sólo verlo?

—No sé. A mí me parece suficiente. ¿Quisieras ser tú un marinero de Pedreña remando en la trainera?

—¡Yo sí! —exclama Virginia—. ¡Claro que quisiera ser uno de esos remeros! ¡Mil veces mejor que verlos desde el balcón con prismáticos!

—¡Vamos, Virginia! Eso sí que sería una revolución de las costumbres.

—Dice el doctor Madrazo que la revolución socialista, o la hace la mujer, o no habrá tal revolución.

—¡Bravo, Virginia!

Gabriel Montes piensa que su prima era digna de verse en momentos así. El rostro resplandeciente, los ojos abiertos, la cabeza echada un poco hacia atrás desafiante. Se sientan en la sala a tomar el café. Gabriel piensa que todas las discusiones de los dos se resumían, una vez más, esta tarde. Esto de la revolución socialista de la mujer, las opiniones del doctor Madrazo, fascinaban a Virginia. Había leído sus libros: yo soy una de esas mujeres que el doctor Madrazo describe —había declarado en una ocasión—, el vivo ejemplo de alguien que no puede o no quiere tener hijos y que se condena a ser un mero sustituto. Inadecuada para la perpetuación de la raza. ¿No debería ser yo utilizada para normalizar los apetitos de los hombres en aproximaciones sexuales infecundas?

Gabriel Montes se había echado a reír al oír aquello. La sinceridad y la inverosimilitud de los sentimientos de Virginia se entrecruzaban tanto que Gabriel amaba a su prima en esas ocasiones.

Ya han tomado café. Gabriel se despide de su prima. Al despedirse, siente una absurda nostalgia: como si hubiera fracasado ya Virginia. Como si se hubiera muerto. Como si su vida no pudiera ser recuperada. Y a la vez, nostalgia por una vida que tenía que ser brillante y que Gabriel temía ver deshecha, desbaratada adrede por la propia inconsecuente, excéntrica voluntad, de Virginia. Le hubiera gustado preguntarle si no añoraba los blancos vestidos estivales, los collares de perlas que llegaban hasta la cintura, los intensos pendientes de azabache tallado. Le parece difícil a Gabriel Montes no añorar la casa, el mobiliario, el sonido del reloj del vestíbulo, la puntualidad, los manteles, la hora del té, la buena educación. Piensa Gabriel que es difícil no añorar incluso lo que de pronto nos ahoga y deseamos olvidar o abandonar. ¿Y a cambio de qué? En alguna ocasión se había quejado Virginia de que no hubiese verdaderos héroes en su clase social: sólo había personajes excéntricos, mujeres brillantes pero menores. Todo tenía que ser menor para que pudiese ser elegante y encajar en el mundo de los Montes. ¿Por qué no había héroes en el mundo de Virginia Montes?

II

¿No siente Virginia Montes compasión por sí misma? ¿No añora los jardines? ¿No se añora a sí misma? El poderío de su familia paterna dependió de un hombre emprendedor, uno de los más emprendedores de su época. Ahí están todavía la casa-palacio que se hizo construir en el centro de Santander y la otra casa en Piquío, el palacio de Valladolid, que compró a unos duques. ¿Hubiera Virginia preferido nacer en una familia humilde? Los Montes, de hecho, eran una familia relativamente humilde a mediados del diecinueve, pequeños terratenientes de Palencia. ¿Le hubiera hecho feliz ser la hermana sufragista del célebre higienista que estudió bacteriología con Pasteur? ¿Tanto le interesa de verdad la combativa vida del fundador de las escuelas públicas de la Vega de Pas? Es fácil imaginar a la Virginia de ese retrato de Emilio Sala que aún se conserva en la familia. Es un buen retrato, verosímil, con la buena factura de los pintores costumbristas y retratistas que florecieron al hilo del regionalismo perediano. Es un óleo profundo, un poco oscuro, sentada en un banco de un jardín umbrío. El traje oscuro la envejece sin duda. La representación, muy bella: en cambio Virginia no está favorecida. No la favorece el elegante traje, tan oscuro, casi cerrado en el cuello. Esto de no verse favorecida, por cierto, fue el único detalle del cuadro que en su día complació a Virginia. Dicen que dijo que su circunstancia social ya la había favorecido de sobra. Hay una cierta hostilidad en su rostro, una franqueza hostil, como de alguien que no desea ser retratada, aunque no piensa hacerse de rogar. Quizá por eso se ha encogido un poco sobre sí misma y ha cruzado los brazos sobre el pecho, el gesto de alguien que parece estar deseando que todo ello termine de una vez. Es verdad que siempre tiene cosas que hacer impropias de su clase, reuniones sindicalistas donde se la trata con una mezcla de incomprensión y respeto. ¿Por qué no se quedó con la Iglesia, con la monarquía, con los suyos, la agradable burguesía de Santander?

¿No se hubiera sentido ahí, a la larga —y a la corta— mucho más a gusto? El empequeñecimiento de la patria grande y de la patria chica a finales del diecinueve, a principios del veinte, fue contagioso. ¿Qué papel que no sea el más convencional puede tener Virginia Montes en la devaluada España del imperio perdido, las colonias arrebatadas, las asonadas de los generales, los escritores regionales, las guerras carlistas, el puerto de Santander aún por rellenar, los modales copiados de la aristocracia madrileña, o de la inglesa?

Se enamoró con diecisiete del hijo de Manuela. Fue en aquel amor tan directa como en todo lo demás. Al principio, a diferencia de las chicas de su edad, no quiso aquel amor como quien quiere sentir sentimientos, sino como quien desea hacer ejercicio al aire libre, o beber agua fresca en verano. Deseó aquel amor como deseaba correr descalza por la playa o salir, a bajamar, a pescar esquilas, remangarse la falda y pescar esquilas. Todo menos ser plácida y lánguida y sosa y graciosa. Le aburrían las labores y le aburría el piano. Le aburría la conversación femenina. Descubrió, al enamorarse, que tenía aptitud para el amor, signifique esto lo que sea (puede significar cosas contrarias y hasta lo contrario de sí mismo).

Considerado en frío, su enamoramiento fue un error. Casimiro era insuficiente. Era, sí, un chico guapo. ¿No es eso suficiente? Eso es insuficiente. Tan poca cosa era Casimiro, que nadie supo que le amaba. Le amó, a espaldas de todo el mundo, con el fervor inmaduro, pero alegre, de una santa laica. ¿Y cómo fue que se fijó en Casimiro? En él no se fijó en un principio porque fuera un chico guapo, sino porque era el hijo de Manuela, que entraba por la puerta del servicio y que se sentaba en la cocina y que se ponía de pie cuando Virginia entraba en la cocina. Se había fijado en él porque no era repeinado ni bien educado como sus pretendientes habituales. Se fijó en Casimiro como quien se fija en una patata recién sacada de la tierra. Las patatitas nuevas, húmedas, ajenas, patatales, imperfectamente redondas. Se había fijado Virginia en Casimiro al principio, como quien se fija en un tomate o en la vaina de las alubias que contienen muchas alubias verdes, tiernas, que pueden comerse crudas. O una mata de garbanzos, verdecana, como aterciopelada, que seduce a las avutardas. Le pareció a Virginia que

toda la belleza del mundo florecía en la cara de su amado como en la piel tersa de una remolacha. Le acariciaba la cara como quien acaricia una manzana reineta.

¿Cómo pudo Virginia enamorarse tanto y dejarse querer tanto y separarse tanto de los profundos y confortables prejuicios de su clase por el amor de Casimiro? La gracia estaba fuera. Por eso amarle fue un gran salto cualitativo. Y fue una decisión. Esta decisión y el enamoramiento corrieron durante todo el primer año más o menos a la par. A ratos el amor sacaba una zancada de distancia a la decisión: los días, las tardes que con cualquier pretexto se bajaba al portal de atrás Virginia a mirarse los dos embelesados, a acariciarse las orejas y las manos, a acariciarse el pelo como críos. Pero otras veces, más fuerte que el amor era la decisión de amar a Casimiro cuando Casimiro se asustaba, cuando se echaba atrás diciéndole: Tú eres quien eres, Virginia. ¿Y yo qué soy?

Esos días, la decisión de amarle era más larga y firme que las desaceleradas zancadas del amor: ahí aparecía la firme decisión de la voluntad de Virginia de amar a Casimiro contra todo y contra todos, también contra la muerte. Qué mala es la muerte, qué retorcida y qué imborrable y qué imposible. Al desaparecer Casimiro, al no poder acariciarle más o verle más, sólo en los huesos le quedó a Virginia, pelada, en pie, la decisión de amarle también contra la muerte. Así que se encontró, tras la muerte, vacía Virginia, con los huesos de su decisión y sin su amor correspondido. Y fue terrible. A los veintiún años, y después y después, el corazón de Virginia se endureció como la pepita de una fruta infértil. Entonces entendió Virginia Montes —con pura incongruencia sin duda— que la única transfiguración de Casimiro era el incipiente socialismo santanderino de la época.

Con el socialismo, una vez más, se repitió el circuito, tan característico de Virginia, de la voluntad y del sentimiento, no del todo coincidentes. El socialismo era para Virginia una zona difusa, sin mapas, recordaba en eso su amor por Casimiro: en que, de haber continuado, no hubiera tenido Virginia en mucho tiempo idea muy clara de cómo moverse en él o de qué hacer —aparte, claro está, del

apasionado amarse de los dos, tan jóvenes—. El socialismo era, en aquel momento, un asunto de clase, o bien de intelectuales. Virginia no era una intelectual, y entre su clase y la clase obrera había distancias que en aquel momento parecían insalvables. Sí había en el socialismo —entendido como un movimiento muy amplio y difuso de la mitad de la sociedad española: el pueblo, que Rosa conocía casi sólo de oídas, o con un absurdo lujo de detalles a través del servicio doméstico— una como repetición desfigurada, pero también muy física, de la gracia física de su amado, los marineros jóvenes que se hacían a la mar en las parejas le recordaban a Virginia a Casimiro de lejos. Ahí se los veía, en Puerto Chico. Y los criados, choferes, jardineros, los mozos de las romerías del verano por los pueblos de la Montaña, le recordaban a Casimiro, tenían la edad que ahora, de vivir, hubiera tenido Casimiro.

Cuando lo de Casimiro estaba teniendo lugar, Virginia no le contó nada a Gabriel porque temió que se pusiera instintivamente en contra y de parte de su clase. Gabriel era excéntrico, sin duda, pero Virginia temió siempre que sus simpatías de clase y su sexo pesaran más en él que su independencia de criterio. Temía Virginia que, no obstante su refinamiento, Gabriel no consiguiera superar una punta machista según la cual para una mujer como Virginia relacionarse con hombres de distinta clase social no podía tener otro final que la concupiscencia.

Gabriel y Virginia pertenecían a la tercera generación de los Montes, una generación acostumbrada desde el nacimiento a disfrutar de los beneficios económicos y sociales acumulados por las dos generaciones precedentes. Se había seguido, desde los tiempos del bisabuelo, una sensata política matrimonial que había emparentado a los Montes con todos los apellidos relevantes de la provincia, pero se había perdido el impulso inicial, el impulso comercial. Ser nieto o biznieto de comerciantes no era del todo chic. Y el negocio inicial familiar, el comercio de harinas a gran escala, que se transportaban a las Indias, había dejado ya, mucho tiempo atrás, de ser rentable. Ahora era la hora menor de las ocurrencias, de la brillantez individual, no la hora del trabajo esforzado. Los nietos y biznietos del fundador trataban de explotar ahora las posibilidades turísticas de una ciudad que había aumentado mucho de tamaño, que se había convertido en una

próspera capital de provincias y que, para colmo de elegancia, había regalado toda una península bellísima con su palacio inglés recién edificado al rey de España. La monarquía de Alfonso XIII era ahora el paradigma estilístico de las clases acomodadas. Se iniciaban los años más brillantes de Santander, el veraneo regio, las puestas de largo, los bailes en palacio. Y las iniciativas que habían llevado a la familia a la prosperidad se veían sustituidas ahora por ocurrencias deportivas, lujosas. Se hablaba constantemente de las proezas deportivas del rey. Se hablaba del rey, de su interés por el polo, por el tenis, por los automóviles. Lo elegante era disfrutar de la vida. Tener, como el propio rey, superficiales opiniones acerca de todas las cosas. La relación de los herederos de la fortuna de los Montes con la personalidad del bisabuelo era a la vez aún cercana —muchos le habían conocido—, pero también en parte irónica y centrífuga. El bisabuelo recordaba demasiado todavía al nuevo rico harinero, integrado en las filas de la aristocracia por un rey, Amadeo de Saboya, que nadie había querido en España. Ser nieto o biznieto de don Juan Montes era estar en condiciones de olvidar el discreto origen palentino: ya los nietos no tenían sentimientos de culpabilidad si gastaban en exceso, si disponían con excesiva ligereza los bienes heredados de sus padres, la segunda generación. Hubo entre 1890 y 1915 unos veinte, veinticinco años, de reconfiguración de la familia. El peso del ejemplo del fundador y de sus hijos se aguó entre sus muchos nietos. Todos se sentían identificados con su apellido, con la casa-palacio, con la hermosa residencia veraniega del Sardinero, con las fincas urbanas o urbanizables del nuevo Santander que se extendía hacia el este, pero ¿qué quedaba por hacer? Ahora lo esencial no era ya la producción de bienes, sino cada vez más la organización de servicios, el turismo, la alegría de vivir. Había que gastar dinero, instalarse cómodamente, casarse bien. Empezaba a ser importante tener aptitudes artísticas, había que ser brillante, había que confiar en la suerte que tan generosamente les había favorecido al nacer a todos, había que tratar el dinero como los viejos aristócratas: con magnificencia, con un cierto desdén, no parecer tacaños nunca. Una excelente manera de no parecer tacaño y de no serlo era dedicar la vida a las artes, a la música, a la comprensión de las ciencias. O en el caso de las mujeres, a la beneficencia —a imitación de doña

Victoria Eugenia— o como en el caso de Virginia, a interesarse por el socialismo del doctor Madrazo. La fortuna familiar se confabulaba con el imaginario familiar para desajustar las expectativas individuales. Se trataba de un desajuste por exceso de expectativas triunfales. Se tenía la impresión *snob* de pertenecer ya de hecho a una vieja clase poderosa, firmemente instalada, que podía, como la vieja nobleza española, ser una clase ociosa. Bien visto estaba incluso correr peligro de arruinarse.

Sí, los biznietos mayores, como Virginia y Gabriel, descubrieron los encantos de la lectura y las artes. ¡Ah, aquel reunirse para discutir de política, asuntos de actualidad! Había temas de sobra, apasionantes todos ellos. Las revoluciones científicas que estaban teniendo lugar en Europa: en Alemania, en Francia; las revoluciones sociales, el socialismo bolchevique, que en 1917 en plena guerra mundial presenció la caída de los zares, tan cruenta, tan elegante. Todo llegaba a Santander idealizado, anestesiado. La vida del hombre bajo el socialismo era el gran tema del momento. A Santander llegaban noticias del utilitarismo inglés, de las revoluciones encaminadas a la emancipación de la mujer. Gabriel Montes hablaba de Stuart Mill. Pero también llegaban constantemente noticias de la moda de París, de los ballets rusos. Santander resonaba, especialmente los veranos, como un gran auditórium, un gran muestrario recoleto de la vida intelectual, artística y social que brillantísimamente tenía lugar allende sus fronteras.

Y Gabriel Montes estaba interesado en las ciencias, en la música, en la monarquía. ¿Se podía realmente pensar en otra cosa? En El Pinar, el chalet de los veranos, y en los chalets del Alta, y en los pisos del muelle los inviernos, la sección más cultivada de todos los primos Montes se reunía para reconocerse a sí misma. Cualquier tema de actualidad local, nacional o internacional podía servir, pero, fuese cual fuese el tema superficial, el tema de fondo era la propia familia. Siempre se acababa hablando de lo mismo, de ellos mismos. Las familias hablan de ellas mismas. Esa estructura especular que es la familia se contempla a sí misma incesantemente en su tertulia inmóvil. Las familias son estructuras secretas hacia fuera y especulares, turbiamente especulares hacia dentro. Todos los que están dentro saben o sospechan lo que hacen o piensan o

sospechan todos los demás, los que están fuera. Y los emparejamientos matrimoniales, los precedentes noviazgos, los tintineantes flirteos, son estructuras de confidencia especular. Cada familia define un estado excitado de la información vigente en cada momento. Ser novia o novio de algún miembro de la familia es entrar en el secreto.

A Virginia Montes por eso le divertían sus primos. Le había divertido jugar con ellos de pequeños. Y el bullicio infantil de las meriendas y de las reuniones invernales en las casas del muelle y del Alta, que habían ido con el paso del tiempo convirtiéndose en un lugar poético, dilatado, integrado por los recuerdos de todos, y no sólo por los propios. Un territorio común a todos los primos se había ido constituyendo desde los primeros años infantiles hasta la adolescencia. Ahí se había experimentado la petulancia, la falsedad y la sinceridad, el amor y el disimulo y el coqueteo: ahí se habían sembrado las esperanzas, las equivocaciones, las imágenes que unos primos tenían de otros y que —precisamente porque en el momento de formarse eran prístinas inmaculadas, no afectadas por la verificación abstractizante a que el tiempo somete a todas las cosas — habían ido cobrando con los años una coloración sentimental: se habían vuelto significados perfectos a los cuales se recurría cada vez que se hablaba de uno u otro de los primos y primas. Incluso tonterías, calificativos que procedían de los juegos infantiles se solidificaban y esencializaban para volverse referencias fijas: así, desde muy niña se había considerado que Virginia era inteligente y arisca, y muy suya. O que Gabriel era mundano y genial: el más inteligente de todos los primos, el que mejor jugaba al póquer o al *bridge,* o a la brisca en la cocina. Esas calificaciones, en tanto que infantiles, tenían tendencia a permanecer incuestionadas para siempre: así, la prima Carmen, que era gordita de niña, seguía siendo una gordita a los veinte, aunque a los veinte era un saco de huesos. Así que es inexacto decir que Virginia detestaba su clase social porque en verdad la amaba. Lo que Virginia detestaba —o quizá no— eran los prejuicios de su clase, que no habían aparecido aún, o que no se percibían aún, cuando Virginia y todos los demás primos eran niños. Que Virginia se enamorara de Casimiro fue una anomalía biográfica que apareció desde un principio signada por el marcador de la no-aceptación.

Virginia Montes está a oscuras. La muerte de Casimiro la dejó a oscuras. Y su decisión de amar a Casimiro contra la muerte la dejó a oscuras más aún. Lo que quedó oscurecido fue su tiempo, su sentido del tiempo personal e intransferible. De pronto, el mundo se volvió insignificante. La muerte aisló a Virginia Montes en el mundo vacío de significación, en el largo tiempo aburrido que se extendió inmenso y neutro ante ella, con su irrecuperable antes y su estúpido después carente de significación, aburrido. Y esto no lo vivió Virginia Montes reflexivamente, sino físicamente, como un desencanto. Nadie conocía esa pasión de Virginia. De haberlo contado, aunque sólo fuese una vez o como una broma, o de haber sido Virginia descubierta casualmente con Casimiro, de haberse revelado, por accidente, el secreto de Virginia, se hubiera convertido de inmediato en un hecho de todos conocido y hubiera perdido su encanto, pero hubiera facilitado su integración, no se hubiera enquistado tanto. ¿Hubiera amado a Casimiro menos de haber sido descubierta al principio del enamoramiento?

Que los noviazgos fueran conocidos, que los previos coqueteos se llevaran a cabo a la vista de todos los primos (y por su puesto de las tías, del servicio doméstico, etc.) garantizaba que tanto sus éxitos como sus fracasos alegraran menos y destrozaran menos. Casimiro no podía ser comidilla de primos y primas. Esto fue una vigorosa decisión que Virginia tomó desde un principio. Y el vigor de la decisión —que era independiente del amor— se confundió con el amor en el curso del enamoramiento. Amarse en el portal a escondidas era duplicar la intensidad del amor con la intensidad del secreto. Y el secreto era sagrado y lo sagrado no puede ser visto, contemplado o hablado. Lo sagrado es gravemente peligroso y no es tranquilizador. Y no unifica la conciencia sino que la absorbe. De no haber muerto Casimiro en la guerra, en la conciencia de Virginia se hubieran ido estableciendo quizá otras evaluaciones. El enamoramiento hubiera comenzado a sospecharse. A la larga hubiera sido imposible ocultarse. Más aún: Virginia, al cabo de un par de años hubiera deseado quizá revelar su amor, y también Casimiro. Se les hubiera notado a los dos. Pero la muerte adoptó la figura del disimulo absoluto, la muerte selló el secreto. La muerte

de Casimiro aisló a Virginia en sí misma y cuajó su tiempo paralizándose.

III

Virginia Montes está sentada en el jardín de El Pinar. Es una mañana soleada y fresca de mediados de julio. No hay nada que hacer. ¿Qué puede Virginia hacer? ¿Qué debe Virginia hacer con su vida? Virginia puede y debe casarse, por supuesto. Para casarse hay que entrar en el juego de las fiestas, las meriendas, las excursiones, los bailes, la vida social. Los ecos de sociedad —una sección fija del periódico local, que emula a nivel provincial las crónicas de sociedad madrileñas del *Blanco y Negro*— le llegan a Virginia Montes sofocados y borrosos, como los sonidos y los colores un día de bochorno estival. Virginia se ha sentido, a lo largo de todo este verano y durante toda la primavera pasada, en un desagradable estado de suspensión. Esta suspensión de su ánimo va acompañada invariablemente de una ligera sensación de cansancio, como la que se siente los días calurosos al nivel del mar, es un *spleen*, una como inapetencia, a la hora de hacer algo. Y, a la vez, estarse sin hacer nada, como se encuentra Virginia ahora mismo en este jardín de El Pinar, le resulta odioso. Hace un rato, Margarita Montes, tres años más joven que Virginia, ha aparecido en el jardín agitadísima: «Está todo sin hacer —ha dicho—, las medias noches de jamón están sin hacer, los palitos de queso que se encargaron ya ayer por la mañana no han llegado hoy todavía y son ya las cuatro de la tarde, el *cup* está sin hacer, la tabla de quesos está sin montar. ¿Y los langostinos? Iba a ser un timbal de langostinos. No hay timbal de langostinos. Ahora, en el último momento, están en la cocina haciendo sándwiches a una velocidad media de un sándwich por hora —ha contado Margarita—, no acabarán nunca». Y Margarita Montes, consciente de su responsabilidad de anfitriona esta tarde ha regresado precipitadamente a los incontrolados fondos de la cocina y del *office*, donde todo parece estar manga por hombro. Antes de irse ha inspeccionado a Virginia detenidamente: «¡Tendrás que cambiarte, verdad, de vestido!», ha comentado. Y Virginia, a su vez,

ha comentado: «¡Es sólo una merienda, mujer, estoy bien como estoy!» La función de anfitriona es rotatoria, cada semana se merienda en una casa distinta los veranos. En El Pinar, que es la casa central, en el Sardinero, la función de anfitriona van cumpliéndola por turnos todas las primas. Virginia Montes se siente mayor, se siente inútil, sabe lo que se dice a sus espaldas y es consciente, por supuesto, de las muchas veces que se le ha dicho cara a cara que no puede así seguir. «¿Es que no te gusta ninguno?» La abuela Sahagún, con su vivacidad y franqueza palentinas se lo dijo claramente no hace muchos días: «Te vas a quedar solterita mi amor», y luego ha canturreado guasona: «Solterita me quedé —por estar cojita un poco de este pie», «de qué pie estás tú cojita, mi vida —ha zangolotineado la abuela Sahagún—, si eres preciosa y guapa más que nadie, sosa, que eres una sosa. Todas tus imbéciles primas ya con novio y tu qué, a ver qué.» A Virginia le cae bien la abuela Sahagún. Su energía, su buen diente, devorará como una lima los *cucumber sandwiches* esta tarde. Gabriel y Virginia la llaman *the duchess*, en recuerdo de la duquesa wildeana, de *La importancia de llamarse Ernesto*. Virginia se suele sentar a su lado estas tardes de merienda en El Pinar y la abuela carga contra todo y contra todos. Carga, cómicamente, contra los sermones del señor obispo de Santander: «Esta persona, Dios me perdone, es un cursi, este obispo De Castro es un perfecto cursi, y son cursis porque proceden de las clases bajas, mi vida, proceden del hambre y la penuria, a mí me vas a contar. Y hete aquí que, convertido en príncipe de la Iglesia, es de repente alguien, el hijo del destripaterrones. ¡Cómo van a saber lo que dicen, si no saben a quién hablan!» Virginia Montes se sienta junto a ella porque da gusto verla merendar, sus ojillos brillantes haciendo la calicata de los chicos nuevos: «Ese chico, Virginiuca, es un tontín, mírale, planchadito como una modistilla, ahí le tienes. ¿Qué marido ni qué niño muerto va a ser ese?» La abuela Sahagún ha casado a Virginia ya mil veces: «Cásate con uno guapo, que la vida da muchos quebraderos de cabeza y más vale disfrutarla un poco, cásate con uno guapo y rico, mi sol, que te compre el collar de perlas de tres vueltas, que a ti te sientan admirables con ese cuello tuyo largo y mucho escote por la espalda.» La abuela sabe de memoria la lista de chicos casaderos. Es una lista —ha decidido Virginia— un poco monótona, en verdad,

porque la abuela se inclina más por los guapos, en principio, que por los buenos chicos, tengan o no tengan dinero. A veces la abuela contempla fijamente a Virginia y le dice: «Te quiero pero no te comprendo, mi sol, no puede ser que no te guste nadie, eso es un contradiós, alguien te tiene que gustar, porque lo que me consta es que tú les gustas una barbaridad a todos ellos, pollosperas. ¿Cómo no vas a gustarles si eres estupenda?» Sentarse con la abuela es reconfortante. Algunas veces Virginia Montes ha pensado: Un día, ¿por qué no?, le contaré a la abuela Sahagún por qué no hay ninguno que me guste, igual la abuela entiende por qué no, igual me da toda la razón, igual la abuela les ve a todos como yo, unos lilas en comparación con Casimiro. Pero Virginia no se ha atrevido nunca a llevar a cabo este relato, sería exponerse demasiado. Es muy posible que la abuela no esté en condiciones de entender, al fin y al cabo, un amor como el suyo. ¿Lo entiende, en realidad, la propia Virginia?

¿Es seria la abuela? —se ha preguntado Virginia a veces— ¿Es fiable? La abuela Sahagún es guasona, pero ¿no es en el fondo tan convencional, tan superficial como todos los demás? ¡Tú, niña, tienes un secreto, no lo niegues! —declaró en una ocasión sin venir a cuento la abuela Sahagún—. Por eso no te interesan los chicos, porque ya tienes uno ¡o lo has tenido!

La abuela Sahagún había conocido los viejos tiempos. La casa de Frómista era una buena casa de labriegos ricos que tenía adosados un corral grande, más otro corral y otra casa de adobe que ocupaban juntas una manzana entera. Las casas de las Sahagún en Frómista daban a tres calles de tierra apisonada y a un esquinazo de la plaza. En esta casa, según la abuela, olía todo el año a leña y los inviernos a paja de enrojar. También olía a pan, que se cocía en el horno. Se vivía más económicamente, contaba siempre la abuela Sahagún. Y la labranza y los aperos de labranza y las cuadras de mulas y los carros y los paseos en tartana forman parte olorosa y acústica de sus recuerdos. Virginia recordaba los veranos pasados en Frómista. Recordaba, sobre todo, el contraste entre Frómista, Villada y Palencia de un lado y Santander del otro, como se recuerdan dos dimensiones opuestas de la vida. O, por lo menos, como algunas personas recuerdan la niñez por contraposición con la juventud o, según los casos, con la madurez. Las primas casaderas o

casadas, más jóvenes que Virginia, sólo recordaban su niñez santanderina verdeante, soleada y sombreada. Las provincias áridas tenían el color de la inexistencia. Virginia, en cambio, había percibido el existir, la existencia, en Tierra de Campos. Y Frómista y los barbechos y los alcores y los oteros pelados y las atalayas, se asociaban en su conciencia a la desventrada y descarnada imagen de su primer amor, de Casimiro. ¿Pero qué quería decir Virginia cuando pensaba que percibía el existir en Tierra de Campos? Eran los veranos. Virginia era la nieta favorita de la abuela Sahagún. Eran veranos sedentarios. La abuela había entrado en carnes a partir de los cuarenta y cuando Virginia la acompañaba tenía que acomodarse al paso robusto de la abuela, al paso lento de los paseos con la abuela: pasaban las mañanas en el patio, muy fresco, alicatado todo alrededor, aunque no con un aire andaluz, sino con una cierta sobriedad, debida, quizá, a una menor habilidad para la floricultura, unas maneras y unos hábitos de vivir más bruscos. En el patio había una gran morera, se estaba bien por las mañanas. Virginia recordaba cómo a partir de las once o las doce se cerraba todo a cal y canto, las habitaciones de dormir, la sala de estar, el comedor, y la casa se volvía interior, fresca y suavizada, conventual un poco, como si protegerse del calor de agosto implicase, de paso, hablar más quedo. En Santander no se entendía este gusto de la abuela Sahagún por volver a Frómista los veranos. En la familia se pensaba que era una extravagancia y la abuela no lo discutía ni Virginia tampoco. De la abuela había aprendido, Virginia, a nunca discutir. ¡Haz tu voluntad, niña, haz lo que tú creas que hay que hacer y nunca lo discutas con nadie, nunca des explicaciones! Así que cuando salía el tema entre los primos y las primas —¡Pero mujer, esos veraneos de secano! ¿Cómo podéis las dos, absurdas, tiraros el mes entero en Frómista? ¡Aquí, en pleno apogeo!—, Virginia Montes sonreía en silencio o, como mucho, declaraba secamente: ¡A nosotras nos gusta! Y Virginia, para sus adentros —y sobre todo después de lo de Casimiro—, creía saber por qué decía, con verdad, que aquellos veranos le gustaban: le parecía que representaban su propia existencia juvenil y futura. Cuando Virginia pensaba en aquella árida existencia castellana, sin adornos, sin consuelos, sin amenidades, pura y resuelta y pedregosa, casi insociable, que no podía acomodarse a nada, que Virginia Montes

no podía acomodar a ningún futuro propio más templado, más santanderino, más feliz, pensaba, a la vez: Así es como yo quiero ser: esta es mi fidelidad a Casimiro, mi fidelidad a la pura existencia sin apaños.

Recién pasadas las fiestas del Carmen, allá por el veinte de julio, empezaba a empaquetar y a preparar el veraneo de secano. Y esto incluía arrastrar a Virginia, la nieta preferida, en el viaje. Mientras Virginia fue adolescente, la cosa pasó desapercibida: alguien tenía que acompañar a la abuela. Pero a partir de los dieciocho, justo en el verano, con Santander en todo su apogeo estival, con la corte que venía y las regatas y los bailes y los pretendientes... que la abuela secuestrara a Virginia mes y medio en la lejana Frómista era un escándalo, tenía toda la pinta de un secuestro y de un egoísmo de la abuela, que deseaba disfrutar de la compañía de su nieta mayor y más brillante sin pararse a pensar que perjudicaba sus posibilidades matrimoniales. Porque de eso se trataba, de casarse: casar a las hijas y a las nietas, y también a los hijos y nietos, la política matrimonial: había sido parte integrante de la política matrimonial de los Montes desde un principio las alianzas estratégicas sensatas, que habían resultado en conjunto bien. Eran una familia bulliciosa, próspera y feliz.

La abuela Sahagún no daba explicaciones. Llegaba el momento y se preparaba el viaje igual todos los años. No preguntaba a Virginia si le gustaba ir o no, la propia Virginia no se lo preguntaba a sí misma. Todos los veranos habían ido a Frómista y seguían yendo. Sin embargo, era pretiñen preguntarse: ¿Se da cuenta la abuela de que de verdad es una extravagancia irnos a veranear a Frómista en lugar de quedarnos en Santander? Pero Virginia misma sólo podía calificar de extravagancia ese viaje a partir de la idea que los demás —no ella misma o la propia abuela— se hacían de lo extravagante y de lo adecuado. ¿Pensaba en serio la propia Virginia que era absurdo irse a Frómista? Virginia disfrutaba en Frómista, le gustaba la compañía de la abuela. Se sentía a gusto en aquella corte pueblerina que la abuela instalaba en Frómista con las boticarias, la mujer y la hija del médico, el propio médico, el párroco y su hermana, algunos visitantes ocasionales de las fincas de los alrededores.

Divertidas aquellas meriendas de Frómista debajo de la morera.

Brillantes a su modo. Tuvo Virginia incluso un pretendiente, Juanito Villar, que tenía fincas por la parte de Valladolid, cerca del monte de Illera. A Virginia le hacía gracia este chico, que no le gustaba. Era cómico que la abuela Sahagún, que le consideraba un paleto, le mirara a la vez con buenos ojos como pretendiente porque era rico. ¿A qué venía tanto hablar de posibles novios y de buenos partidos para Virginia, para luego encerrarse en pleno verano, mes y medio, en el desamparado Frómista de las eras y los trillos y los carros de bálago, en vez de quedarse en Santander? ¿Era esta una broma de mal gusto que la abuela gastaba a su nieta, una broma que la nieta aceptaba de buen grado? ¿O creía la abuela que había en Frómista una esencia Montes que tenía que ser recuperada por lo menos una vez al año? Esto de la esencia harinera radicada en Frómista había sido una ocurrencia cómica de Gabriel para explicar aquellos veraneos insensatos.

—La abuela cree que la verdad está en Frómista —había declarado Gabriel, y Virginia se echó a reír y contestó:

—¡Razón que le sobra! ¿Dónde está la verdad si no está en Frómista?

—Así es, Virginia, ¿la verdad dónde va a estar? Tiene que ser en Frómista.

Los dos se echaron a reír. Gabriel consideró oportuno desglosar esta idea en detalle:

—Son dos ideas míticas, Virginia, la idea de verdad y la idea de origen. Para nosotros todo empezó en Frómista, en Villada, en la provincia de Palencia. Ahí empezamos y fuimos después enriqueciéndonos, y también puliéndonos, pulimentándonos, hasta llegar por fin a ti y a mí que somos lo más fino que se cría. Nos hallamos, según la abuela, a punto de perder nuestra fecundante relación con nuestro origen, con nuestro verdadero origen, con nuestra verdad, que se ha quedado en Frómista. Así que tú y la abuela os vais a Frómista en verano en representación de toda la familia para traer de nuevo la verdad a Santander, un poco a sacos, lo mismo que trajimos la harina en sacas por el camino de Reinosa, saco tras saco, carro tras carro, hasta cien mil carros al año. Todos los carros bajando finalmente por Becedo hasta embarcarlos en los barcos rumbo a Cuba. La Frómista transatlántica es la flor harinera de la Frómista intraterrenal, lo ultramarino y lo intrauterino: de

Frómista a Cuba y vuelta.

Esto era estupendo —pensaba Virginia—, estas conversaciones con Gabriel las tardes de lluvia. Gabriel salía del Círculo de Recreo y se pasaba por el Muelle 35 a echar una parrafada con Virginia en el cuarto de estar que hacía esquina, ante la chimenea de mármol. Ahí tomaban el té: cuando querían recordar se habían hecho las nueve. Gabriel se volvía a su casa y Virginia se quedaba en su gran sala de estar, sonriendo para sí todavía un buen rato. Era divertido Gabriel Montes. Constantemente impresionable, alerta, proponiendo ideas sensatas e insensatas a la vez. Esta ocurrencia, por ejemplo, del origen de los Montes era cómicamente certera —pensaba Virginia—. No era probable —aunque no fuera del todo inverosímil — que la abuela hubiese tenido semejante ocurrencia. Hubiera, sin duda, desechado estos abstractos términos: esencia, verdad, origen. En el vocabulario de doña Everilda no figuraban tales abstracciones. Pero una parte de sus prácticas sociales parecían obedecer, de algún modo, a criterios que esas abstractas palabras resumían. Así la abuela era muy aficionada a poner a los nietos en su sitio con frases como: no olvides ni dónde estás ni quién eres. Y de dónde vienes menos todavía. Y era verdad que la tercera generación, los nietos, el propio Gabriel, que era el mayor, tendían a olvidarse de estas cosas. Pero, contra lo que podría suponerse, esta advertencia de la abuela no surgía cuando los nietos, o sus hijos, se relacionaban con sus iguales, o incluso con personas de más alcurnia, social o económica. Ocurría, al revés, cuando se relacionaban con personas que podían considerarse socialmente sus inferiores. Esto se debía, en opinión de Virginia, a que la abuela no consideraba que hubiese alcurnia ninguna, ni estrato social superior al que ocupaban los propios Montes. No tenían, pues, los Montes, que recordar que eran iguales a sus iguales porque eso era a todas luces evidente. Lo que a la abuela parecía preocuparle era que los Montes olvidasen la peculiar relación que la familia tenía con estratos sociales inferiores, de los cuales una parte de sí mismos procedía. No se podía ser nada mejor o mayor que un Montes. Por ese lado no había que preocuparse. Pero había muchas gentes que no eran Montes y que ocupaban en la actualidad la posición social que los Montes habían ocupado — también ellos— antes de llegar a ser quienes eran ahora mismo, es decir, lo máximo. Es como si la abuela quisiera decir: la acción ha

pasado ya —no hay ya nuevos actos mercantiles que llevar a cabo— ahora es la hora de la conciencia, de la autoconciencia y del reconocimiento. Y la autoconciencia es femenina y no masculina: los hombres son accidentales y no se reconocen a sí mismos. Las mujeres son, en cambio, sustanciales. Y esto enganchaba con una idea muy presente en la familia Montes, y en otras familias de la burguesía santanderina de la época, que quedaba expresada en la idea de que el tono de una casa, el estilo de una familia, lo da la mujer. Es curioso que esta idea hubiese adoptado una forma radicalizada, revolucionaria, en la mente de Virginia, cuando se enamoró de Casimiro: ¡Qué importa que Casimiro sea un chico pobre si, cuando nos casemos, el tono de la casa voy a darlo yo! Pensando estas cosas se había sentido, en ocasiones, Virginia tentada de confesarle a Gabriel su amor por el hijo de la cocinera. E imaginariamente monologaba ante su primo: Nuestros hijos tendrán el estilo que yo tenga, y la fuerza que él tenga. E imaginariamente también temía que Gabriel le contestara: El estilo, sin duda, Virginia, pero el apellido, en cambio, no. Tus hijos tendrán el apellido del hijo de tu cocinera, no nuestro apellido. Por eso Virginia se había contenido en aquel entonces, con diecisiete, porque entonces era jovencísima y pensaba que tiempo habría de convencer, de razonar, de pelearse con Gabriel y todos los demás, amparada por el fuerte amor de Casimiro. La muerte cegó, sin embargo, todas las perspectivas insólitas que el amor traería consigo. Por eso es imperdonable —se decía Virginia con frecuencia —, y no pueden ser perdonados, quienes contribuyeron a causar esa muerte injusta —13.500 muertes injustas en una misma batalla—, la incompetencia de los militares y del rey.

Guardar el secreto no fue doloroso, tampoco fue difícil. Lo desgarrador fue la muerte misma, lo difícil fue el voluntarioso duelo al que se sometió Virginia. Lo más difícil de soportar era la conciencia de que la batalla, las batallas, hubiese estado en manos de inexpertos generales presididos por la chulería de aquel ¡*con dos cojones*! que, según contaban, había exclamado don Alfonso XIII para celebrar la temeridad del general Silvestre. Virginia, como es natural, no tenía manera de confirmar o desmentir ese dato. Pasado un año, pasados dos años, el desgarramiento cicatrizó. El voluntarioso duelo se afianzó en cambio. Lo imperdonable, lo que

no prescribe, no prescribió en efecto en el corazón de Virginia. Con todo, al no tener ya un objeto amoroso concreto y quedar sólo su sombra y su duelo internalizado, Virginia pudo volver a la tierna y afectuosa relación que había siempre tenido con sus primos o con la abuela. Y siempre había a mano, para compartirlo con Gabriel, el gran enigma (o la gran evidencia multiorgánica) de la propia familia entera, de la existencia de todos los montes tomados en conjunto. Ése era un satisfactorio asunto, grande como tres provincias juntas, cuyo interior podía Virginia recorrer a la vista de todos. Un asunto regado por muchos subasuntos o afluentes: las políticas matrimoniales, las políticas financieras, la política y poética transatlántica: que los tres bergantines —el Juan Montes, el Everilda Sahagún y el Villada— hubieran sido planificados y construidos como una diferencia alada de la tierra, arrastrada por los vientos, los alisios, la obra muerta y la obra viva de aquellos grandes buques: la iniciativa transatlántica, los barcos cargados de harinas y de telas tejidas en la provincia de Santander y abarrotados de abarrotes al regreso: las contratas de la marinería, el gran mundo comercial masculino que no se dejaba distraer, a salvo de la melancolía (musa del septentrión, melancolía —había escrito don Amós de Escalante—). Esto, con toda seguridad, no hubiera podido aplicarse a los Montes de Villada y de Frómista. Regocijaba a Virginia Montes la incapacidad para la melancolía de los primeros Montes palentinos. ¡Ah, aquellas dos poéticas, la nublada lluviosa septentrional católica, romántica a la baja, y la otra, la grande, la poética terrenal laica reseca, de secano, la poética del imparable avance del paradigma Montes a través de Castilla la Vieja, bajando de Reinosa hasta Torrelavega y Santander cargados de expectativas transatlánticas. La voluntad de triunfo que dulcemente, astutamente también, se había entrecruzado, fecundado en políticas matrimoniales con las mejores familias hidalgas de la vieja Montaña para dar lugar a los nuevos Montes, cuya verdad más profunda estaba en Villada, estaba en Frómista! No era posible, era inaceptable, salvo si se era fea o no agraciada, retrasar mucho el matrimonio, y había sin embargo, en el Santander invernal, actividades lo bastante atractivas como para entretenerse y despreocuparse de casarse, había reuniones familiares que, en el caso de los Montes, Gabriel Montes inspiraba: su estilo irreverente,

curioso caso éste de Gabriel Montes, irreverente y reverencial a la vez. Así su relación con la monarquía, con la reina, con las infantas, a quienes tantas veces acompañó los veranos. Relación esta servicial sin duda, cortesana. Escéptico y guasón, sin embargo, en la mayor parte de las cosas de la vida.

—Desengáñate, Virginia. Que nosotros hemos ganado en refinamiento sin haber ganado en iniciativas. Somos hedonistas e hipercríticos y la iniciativa comercial es incompatible con una conciencia demasiado refinada. Y una conciencia demasiado afinada es también incompatible con lo que llamáis la cuestión social, las revoluciones sociales que, por otra parte, no son en Santander, ni mucho menos, tan urgentes como en otras partes de España. La gente de aquí tiene un buen pasar, se apañan con las fábricas, con los oficios que van haciendo en horas extras.

Cuando esta vena conservadora le venía a su primo, la desoía Virginia, sonriente, dando por supuesto —e incluyéndose a sí misma en la censura— que eran una clase social periclitada un poco ya, centrada sobre sí misma e incapaz de percibir el otro lado de la copiosa existencia. Una vez más, al oír a su primo, decidía Virginia: La gracia está fuera, la gracia estaba fuera.

IV

Virginia Montes había conocido a un ayudante del doctor Madrazo, un médico joven, oriundo de Torrelavega. Se conocieron en una ocasión. Y después visitaba parsimoniosamente a Virginia en el muelle. Fueron años de reunirse en casas. Virginia disfrutaba también este reunirse en otras casas, los recitales de poesía, los pequeños conciertos, la magia de salón, juegos de manos con monedas y con cartas. Jugar a las cartas con las otras familias. Ella misma, sin embargo, tendía a recibir a sus visitas —en su mayoría masculinas— de una en una, dos, o, como mucho, tres personas. Estas últimas le divertían mucho menos. Cinco o más de cinco personas en su sala de estar le parecían a Virginia una multitud inabarcable —quizá también ingobernable—. Con más de cinco Virginia se sentía incapaz de atender en particular a nadie, se veía yendo de un lado a otro, atendiéndolos a todos sin atender a ninguno. Por eso le gustaban las visitas de Gabriel. Y también las de este joven médico, el doctor Anselmo, que la trataba siempre de usted y no apeaba nunca el tratamiento. Aquellos intercalados del *señorita Virginia* impacientaban a Virginia, que, invariablemente, interrumpía: ¡Virginia, me llamo! Algunas veces intercalaba mentalmente: Yo no soy una señorita, qué demonios. Y enmendaba el doctor Anselmo instantáneamente el tratamiento, contentándose con el simple *Virginia,* para recaer muy pronto —en una distracción que casi parecía mala idea— en el dichoso *señorita*. Virginia encontraba interesante, pero redicho, al buen doctor. Esto último era un defecto menor, sin duda, porque el doctor Anselmo sacaba con frecuencia verdaderos asuntos de interés, puntos de vista inquietantes —más inquietantes, con mucho, que los monólogos un tanto narcisísticos y autorreferentes de Gabriel—. Contraste de los dos hombres con respecto a Virginia. Gabriel era mayor que Virginia. Tenían sus peroratas un deje en parte gratuito. Con Gabriel, Virginia se divertía por los muchos rasgos familiares que

tenían en común: los análisis de los otros primos eran agudos, maliciosos muchas veces, casi siempre irrespetuosos. Lo característico del doctor Anselmo, en cambio, era el respeto con que trataba a Virginia: la reverencia con que trataba a la mujer en general. Era el doctor Anselmo ginecólogo. Y a veces hablaba como si citara al doctor Madrazo, sin citarle:

—Si me permite, señorita Virginia, quiero decir, Virginia, con nadie mejor que con usted puedo hablar de estos asuntos. El problema social de la mujer está íntimamente ligado a su destino, al fundamento del destino de la mujer. El destino de la mujer es perpetuar la especie en unión con el hombre. Cada vez que vengo a esta casa, siento que traiciono un poco mis convicciones, si me permite expresarlo así. Es una traición dulce, la más traicionera de las traiciones, señorita Virginia. La cometo con usted y por su culpa. En esta casa suntuosa, en esta sala suntuosa, tan propia de la mujer burguesa, de la alta burguesía santanderina, me siento como hechizado y, a la vez, más persuadido que nunca de que tenemos, también usted, todos nosotros, que inventar la mujer nueva, una mujer o bien no inmersa, o bien críticamente inmersa, en los valores dominantes de la burguesía del momento. Mire usted, Virginia, hay que separar tajantemente las relaciones sexuales orientadas a la reproducción de las vinculadas, con perdón, al placer sexual. La libertad es un atributo básico de la persona humana, y eso supone separar, tajantemente, reproducción y disfrute sexual, matrimonio y amor, señorita Virginia.

—¿Pero, doctor Anselmo, no le parece que está usted predicando en el desierto? —comentaba Virginia sonriendo—. Yo soy el epítome de la mujer vieja que usted sustituiría y sustituirá en breve por la mujer nueva, la brillante y heroica mujer del siglo xx, libre de las cadenas, la mujer socialista.

—¡Ah, Virginia, Virginia! Qué poco se conoce usted a sí misma, señorita Virginia. ¡Cuantísimo se ignora! ¡Usted es una verdadera socialista! El socialismo, Virginia, igual que la belleza, la maternidad y la higiene, es un sentimiento antes que un programa, por eso me permito yo añadir que usted misma, su corazón, es un corazón socialista, una verdadera socialista.

Una considerable parte de la gracia del doctor Anselmo era que fuesen contadas sus visitas. Que no fuesen casuales. Eran, por el

contrario, muy deliberadas, muy pensadas, planeadas: se anunciaban mediante un tarjetón manuscrito en el que el doctor Anselmo se expresaba invariablemente en los siguientes términos:

De no mediar recado suyo en sentido contrario, tendré el honor de visitarle a usted el próximo miércoles a las siete menos cuarto de la tarde. Respetuosamente,

Luis Anselmo

Estas divertidas tarjetas se sucedían con una periodicidad irregular, de una a dos veces al mes, precedidas cada una por tiempo suficiente para que Virginia pudiera, de considerarlo necesario, enviar un propio a la dirección del tarjetón —una dirección en Perines— cancelando la visita. Era un procedimiento incómodo, y en cierto modo regio, como un protocolo diplomático miope. Resultaba efectivo, sin embargo, porque Virginia arreglaba sus planes en función de estas anunciadas visitas del doctor Anselmo. Siempre pensó Virginia, pero nunca se lo dijo al interesado —y le costaba reconocerlo ante sí misma—, que estas autoinvitaciones tenían un punto de impertinencia en esa su inevitabilidad que las asemejaba a las visitas de la Casa Real. La seriedad de los anuncios era tal que Virginia no lograba nunca imaginar una situación, o dar con un pretexto, que le permitiera negarse a recibir al doctor Anselmo cada vez que éste se proponía visitarla. Las visitas del doctor Anselmo llegaron a constituir una prioridad fáctica en la vida de Virginia. Hasta tal punto que le tenía dicho a Gabriel Montes, aficionado a presentarse en el muelle de improviso:

—Si te dice la doncella que está el doctor Anselmo, mejor te vas —esto provocaba invariablemente la hilaridad de su primo.

—¡Pero, Virginia, por qué tienes que excluirme a mí! ¿Qué os traéis entre manos ese doctor Anselmo y tú? ¡Eso es lo que quisiera yo saber!

—¡Nada, Gabriel, ahí está la gracia! Sólo que es tan respetuoso, tan solemne, tan vehemente, tan único, que no deseo compartir su gracia con la tuya. Es como si fuerais dos embajadores de dos distintas potencias extranjeras. Es imposible recibiros a la vez a los dos, sin hacer de menos a uno de los dos, o haceros de menos a los

dos a un tiempo. El protocolo exige que os reciba de uno en uno.

—Pero ¿no te das cuenta, Virginia, de que quien fija el protocolo, como tú lo llamas, es él? Este absurdo doctor Anselmo anuncia su visita como si fuera una real persona. ¡Y esto es lo infinitamente cómico!

—De acuerdo, es conmovedoramente cómico. Pero es también perfectamente serio. Mediante el solemne anuncio de sus visitas quiere decir el doctor Anselmo que se relacionará conmigo siempre seriamente, sin permitir que la casualidad, el capricho o la precipitación irrumpan en nuestros encuentros. Y eso a mí me gusta, me conmueve, me dignifica. ¡No como tú, que te puedes presentar a cualquier hora!

—¡Hombre, Virginia, tú y yo somos primos carnales!

Lo cierto es que Virginia se contagiaba con frecuencia de la hilaridad de Gabriel. Era imposible no advertir lo cómico de la seriedad del doctor Anselmo. Pero la comicidad se quedaba en la superficie del corazón de Virginia. Acaso un cierto sentido del humor inmanente se colaba por debajo de la superficie del corazón. Pero este humor era reposado y no provocaba hilaridad. La gracia del doctor Anselmo era su seriedad. Una seriedad tocoginecológica que hacía juego con su bienrecortada barba negra, su pelo cortado casi al cero y sus grandes manos morenas, que tenían siempre un rebrillo como de haber sido recientemente lavadas: bellas manos útiles de uñas grandes, recortadas y cuidadas, que sobresalían de los puños almidonados, un poco lo mismo que el fuerte cuello del doctor Anselmo, rasurado hasta la línea de la barba, emergía de su blanco cuello duro con la severidad higiénica de la ancha corbata negra de plastrón. Era un hombre fuerte, se adivinaba su origen campesino, delgado, con un cierto envaramiento —un no recostarse en los sofás, una tendencia a preferir sentarse en sillas de respaldo recto, una propensión a no cruzar las piernas— de tal suerte que, observado desde el otro lado de la sala de Virginia Montes, producía una impresión protocolaria, plenipotenciaria, en definitiva, elegante. Y es que la tocoginecología de la época era una rama pionera de la medicina que por la intimidad de su relación con las mujeres —con la naturaleza prístina de la mujer, que hubiera dicho el doctor Madrazo— requería una disposición subjetiva, un estilo médico, capaz de combinar en un mismo sujeto

la positividad y la pulcritud más exquisitas. Y aunque la relación inicial con Virginia, dos años atrás, hubiese sido una consulta profesional, la propia Virginia después se ocupó de deshacer esta nota para sustituirla por una como idea de asesoría de alto nivel científico y también sociométrico que explica el que a lo largo de sus periódicas visitas estas dos fascinantes personas hablaran de todo un poco con particular atención al nuevo concepto de la educación cívica en España y la restauración de España. La verdad es que Virginia había acabado por considerar al doctor Anselmo una especie de asesor o tutor que complementaba la tutoría más artística y mundana de Gabriel Montes. Para Gabriel Montes, que leía mucho y toda clase de cosas —divulgación médica entre ellas— todo acababa al final sirviendo a una gran manifestación de brillantez. Con Gabriel tenía Virginia la sensación, a veces, de estarse eternamente preparando para el ingreso en la escuela diplomática. Gabriel hablaba de todo, sabía de todo, pero toda —con excepción quizá de la música, que le exigía un considerable número de horas de adiestramiento diario— su conversación aparecía recorrida por un aire parisino de *vive la bagatelle*. Gabriel era un ingenioso de la vida social mientras que el doctor Anselmo tenía, a ratos, todo el corte de un reformador.

Virginia Montes escucha muy atenta al doctor Anselmo. Viene a ser como si su corazón desconsolado (su inmensa pérdida, que con el tiempo se vuelve más sin medida cada vez, al no poder medirse, contabilizarse, se desmesura a sí misma, como un traje usado, que se desparrama y no puede ya conformarse a ningún cuerpo y ni siquiera al cuerpo del primitivo usuario que lo deformó, porque después este usuario adelgazó o engordó aún más, y el traje ya en desuso es lo inconmensurable, como el desconsuelo de Virginia) no diera ya de sí nada más que para una voluntariosa y constante actitud de vigilancia, un como perpetuo estado de autoconciencia. Como si la finura de esa atención fuera el único recurso que le quedaba a Virginia para extraer significación de lo que le había ocurrido a ella misma, de lo que sucedía en su entorno. Una de las cosas que en torno suyo sucedían eran las discusiones —puede hablarse incluso de una única gran discusión— acerca de la identidad nacional vista desde los dos ángulos opuestos del progreso y de la reacción. La reacción llevaba la voz cantante en

Santander. Ahí estaba, por ejemplo, don Marcelino Menéndez Pelayo, cuya *Historia de los heterodoxos españoles*, sobre todo su última parte, dedicada al siglo XIX, Virginia había leído con gran atención. A Virginia le hubiera encantado discutir ella misma con don Marcelino, no así con don José María de Pereda, la otra luminaria montañesa de la época de los padres de Virginia. Y es que el estilo literario de don Marcelino, su instinto de polemista, su elocuencia satírica, divertía siempre a Virginia, la divertía mucho. De hecho, en sus conversaciones con el doctor Anselmo, Virginia adoptaba a veces, por mor de la argumentación, el punto de vista integrista y católico de Menéndez Pelayo.

La importancia del doctor Anselmo y de su especialidad médica fue revelándosele a Virginia gradualmente. Era la tocoginecología una especialidad innovadora que formaba parte de lo que se llama hoy medicina preventiva y que en aquel entonces, a principios del veinte en Santander, solía encomendarse al cuidado de las comadronas y de las parteras. Las mujeres se quedaban embarazadas y parían: ahí acababa todo. A consecuencia de la insuficiente higiene había una gran mortandad en los partos. Había una gran mortandad infantil los veranos: los niños se morían de disentería en junio, julio y agosto: meses de los muertecillos. Esto de la higiene interesaba mucho a Virginia, pero era la energía didáctica, la devoción social del doctor Anselmo, lo que hacía mella en el profundo espíritu de Virginia. Pensar en esto —como a contrapelo de todas las comodidades de su vida, a contrapelo de su propia clase social—, la consolaba más profundamente que charlar con Gabriel: la guasa Montes encantaba a Virginia, pero la incisiva palabra del severo y joven doctor Anselmo templaba su corazón y la sacaba —si se me permite expresarlo así— del hondo tedio de su duelo (tan sincero por otra parte): aquel aburrimiento de Virginia Montes que se ignoraba a sí mismo, de tal suerte que el doctor Anselmo la entretenía y la hacía olvidar su pesadumbre de fondo, su inconsciente tedio, más de veras que ningún entretenimiento a la moda.

Virginia sonríe pensativa esta tarde. Una vez más ha almorzado con Gabriel en casa, han tomado café, se han divertido juntos. Gabriel ha declarado con su tono guasón, observando a su prima de reojo: ¡Ah, Virginia, Virginia, tú no me tomas en serio! Virginia

sonríe y lo niega. No es verdad que no le tome en serio. Virginia Montes es de hecho muy Montes y toma en serio todo lo Montes. Y además toma en serio el destino brillante que espera a su primo en Santander. Virginia no duda de Gabriel. Pero la propia vida de Virginia no puede alimentarse sólo de esa brillantez musical, literaria, ensayística, ingeniosa de Gabriel. Virginia necesita ocuparse con asuntos que la desborden y la saquen fuera de los límites de su conciencia burguesa. Y también del tedio de su conciencia desgarrada por la muerte de Casimiro. Y la sociedad santanderina que la rodea, con el veraneo regio, con la bonanza económica de entreguerras, con la prosperidad de la dictadura de Primo de Rivera, todo le habla a Virginia de estabilidad y cerrazón: la sensata sospecha de que la prosperidad económica de la familia durará tanto al menos como ha de durar la propia vida de Virginia. La verdad es que (como quien sonríe) Virginia se imagina a sí misma con frecuencia envejeciendo soltera y recibiendo las visitas de Gabriel (que por fin ya se habrá casado con una chica adecuada). Virginia se imagina la vida de los dos algunas veces, Gabriel y ella, sus largas vidas y, con más melancolía de la que explícitamente está dispuesta a reconocer, se imagina a sí misma como una soltera amable interesada por todo, desapasionada y vacía. En estas ensoñaciones de su futuro, Virginia decide que no consentirá engañarse a sí misma con actividades benéficas —en su caso volcadas del lado progresista— ni con un posible matrimonio para disimular su soledad o su desilusión con los cuidados del hogar. No desea un matrimonio de conveniencia, no lo necesita. Y trata de adivinar así, vanamente, qué será de ella. Y casi siempre en estas ocasiones se responde asegurándose que sabe con exactitud qué será de ella si sigue como hasta ahora: será una elegante chica santanderina que reúne en su salón gente interesante. ¿Y eso será todo? Alguna vez ha comentado con Gabriel este asunto y Gabriel ha declarado que por supuesto que eso será todo y que, si no es todo, es al menos de sobra suficiente para una vida plena. ¿Cómo negarlo? No es que Virginia no tome en serio a su primo: se trata de que su primo y la propia vida de Virginia se le representan, al proyectarlos hacia el futuro, como agradablemente monótonos tiempos dotados de una belleza civilizada, cultivada, inútil.

Por eso ha sido tan notable, tan cómico y tan serio el efecto que

el doctor Anselmo ha creado en Virginia. Ha representado la reaparición de un nuevo comienzo. Un *novum* que a ojos de Virginia había quedado excluido de sus expectativas normales tras la muerte de Casimiro. Y Virginia piensa y repiensa en sus días de duelo licuado y tedio inconsciente, lo mismo una y otra vez: con Casimiro hubiera habido enfrentamiento y repudio. Ambas familias, no sólo la de Virginia, la de Casimiro también, hubieran repudiado a la pareja. Llenos de vida la pareja hubiera resultado inverosímil a ojos de todos los demás. Y su misma inverosimilitud hubiera sido la sustancia de esa relación: que tuviera un punto de imposibilidad, que resultara increíble a simple vista, que deslumbrara a la propia Virginia al contemplarla a un palmo de distancia, todo eso venía a ser el certificado de garantía de su auténtica verdad: la inverosimilitud sería el contraste del oro de su noviazgo desclasado.

Ahora de pronto Virginia Montes ha cambiado. Virginia sonríe pensativa esta tarde observando desde su mirador a los paseantes del muelle: sintiéndose, si no a gusto consigo misma o con su mundo, sí —decididamente— excitada, interesada, conmovida... ¡Ah, pero esta conmoción no es amorosa! Desde luego que no. Virginia ha examinado despacio este asunto: ¿Estoy enamorada, o estaré enamorándome de este severo e higiénico tocólogo que protocolariamente me visita una o dos veces al mes? Virginia cree conocerse bien a sí misma: ha experimentado, además, el tirón inconfundible de la atracción carnal: ese deseo de ser acariciada y de acariciar, de besar y ser besada, de poseer y ser poseída: así que Virginia no se engaña en esto. Virginia no desea la ternura del doctor Anselmo, sólo le encanta contemplar su limpio y enérgico fervor médico. Desearía incluso participar en él, ¿también para esto se le ha pasado la oportunidad a Virginia? ¿No podría aún convertirse en una matrona, en una comadrona, en una ayudante de quirófano que hace sus prácticas en la casa de salud de Santa Cristina, en la Escuela de Matronas de Madrid, o en Cataluña, en Barcelona, aprender a dirigir y orientar la asistencia al parto como en el Institut de la Dona que Treballa que fundó el doctor Dexeus Font? Al fin y al cabo uno de los puntos centrales de los monólogos del doctor Anselmo gira en torno a la incompatibilidad del parto a domicilio con la obstetricia moderna. Llega a ponerse pesado en esto, no obstante el gran interés objetivo del asunto. Ahora llueve.

Ha reaparecido la lluvia perdurable. La lluviosa vida perdurable del Santander de siempre. Y Virginia acaba de decidir que el doctor Anselmo es un ingenuo. No, Virginia no está enamorada del doctor Anselmo. ¿Y al revés? Eso sería una risa. ¿Cómo que una risa? Sí, sería una risa. A Virginia le da como una risa considerar esta posibilidad esta tarde repentinamente lluviosa después del almuerzo con Gabriel. Una posibilidad que Gabriel menciona con frecuencia ahora: ¡Está por ti, Virginia, ese chico está por ti! Virginia sonríe pensativa esta tarde de lluvia.

¿Es Virginia capaz a estas alturas de su vida, con su gran voluntad de ser, con su amor obturado, con su decisión de odiar a la clase social que causó la injusta muerte de Casimiro, está Virginia en condiciones de darse cuenta de que está siendo amada? Virginia sonríe pensativa —entre otros motivos— porque casi cree que sí. Virginia está segura de que si el doctor Anselmo se enamora de ella, ella lo advertirá de inmediato. Se trata de un hombre muy ingenuo, de un hombre de una pieza, de un hombre serio. Algo hay en el amor carnal, que —a diferencia de la amistad— si no es del todo frívolo en el fondo, sí es —al principio al menos— un simple devaneo —opina Virginia—. ¿Qué duda cabe que enamorarse es, en un principio, gustarse, hacerse reír, ruborizarse al mirarse, coquetear (por serio que se sea) un poco? Y sentir el creciente hormigueo de la impaciencia al no verse: ¡nada se parece menos a un enamoramiento que este visiteo bimensual del doctor Anselmo con su detenida exposición de los problemas del puerperio o la distocia o la importancia del doctor Bonet Amigó, o del doctor Recasens, o la admirable labor del doctor Gutiérrez González, fallecido en 1914, el ilustre tocólogo santanderino, que practicó por primera vez la histerectomía vaginal por cáncer de útero! ¿Quién iba a decirle a Virginia que los detalles de la reacción de Abderhalden en obstetricia habrían de ocupar una tarde de lluvia toda entera desde las siete menos cuarto hasta las nueve de la noche? Ningún enamorado puede disimular su amor hasta el punto de que la discusión de la eclampsia en mujeres y en niños recubra su fervor entero hasta ahogarlo. Virginia sonríe pensativa y concluye que el doctor Anselmo no está ni estará nunca enamorado

de Virginia Montes como sugiere su elegante e hiperactivo primo Gabriel.

V

¿Se dará cuenta el doctor Anselmo de lo interesante que es Virginia? ¿Qué pensará de Virginia el doctor Anselmo? Al fin y al cabo Gabriel Montes no yerra demasiado al pensar que Luis Anselmo está por su prima. No es una ocurrencia muy original, esto se le ocurre a cualquiera. El otro día se encontraron en el muelle. Virginia venía de Correos y Gabriel salía del Círculo de Recreo. Era un día nublado, de otoño, no llovía. Una mañana sedosa y gris. Los gritos de las gaviotas que sobrevuelan Puerto Chico y la bahía entera, a la sazón a bajamar, formaban parte, a los veloces ojos de Gabriel Montes, de la acuarela del gabarrón anclado en la Canal, el velero fondeado frente a la grúa de piedra, el gris resplandeciente. La luz interior del gris y el verde tenía una cualidad selectiva con los calculados blancos del papel: esparcían una luminosidad húmeda, melancólica, casi inmortal, como nuestras vidas, a todo el panorama de la bahía. Vio pasar Gabriel a su prima y la siguió hasta alcanzarla. Se volvió Virginia a saludarle, Gabriel tomó su mano y distanciándose de ella —la distancia de un brazo— la contempló, ladeada la cabeza:

—Tan decidida, tan inteligente eres, Virginia, que a veces se me olvida que eres bella, muy bella. Es muy injusto. Y yo soy el más injusto de todos tus admiradores, porque me dejo llevar por tu capacidad de abstracción. Haces siempre abstracción de todos los datos sensoriales para concentrarte en mí o en cualquiera con una atención de microbióloga. No me extraña que traigas loco al Anselmo. Yo mismo, si no fuéramos primos carnales, estaría loco por ti. Y aún lo estoy. Te he visto pasar delante del ventanal del Círculo, tan espigada, tan elegante, tan buena moza, tan distinguida, tan bella.

Virginia se echa a reír y Gabriel dice una vez más lo de siempre:

—¡Virginia, eres incapaz de tomarme en serio, estoy hablando

en serio!

—Estás, en serio, exagerando, Gabriel. Siempre estás igual.

Virginia no está, desde luego, enamorada de Anselmo, ni cree que Anselmo lo esté de ella. Pero no deja de sorprenderla, cada vez que se ven, el desinterés que Anselmo siente por la posición social de Virginia. Cualquier otra persona o visitante haría referencia alguna vez a la otra vida de Virginia, su vida normal entre su gente. Jamás el doctor Anselmo se ha referido a ese asunto, si bien es cierto que tampoco ha hecho referencia alguna a su propia vida personal. Excepción hecha de su devoción por los ginecólogos catalanes y por Barcelona o por el doctor Madrazo o Gutiérrez González, parece que Anselmo no tiene vida anterior y quizá ni siquiera vida interior, en la medida en que, al menos delante de Virginia, toda su elocuencia un tanto seca, con un cierto *stacatto* y un dejo pasiego, se concentra en asuntos de relevancia médico-social. Tiene razón Gabriel Montes cuando dice que Virginia es capaz, ella también, de hacer abstracción de toda suerte de nimiedades sociales, de chismes, que cualquiera tendría presente o haría aparecer de vez en cuando en su conversación. Se conocieron con ocasión de una visita que el doctor Anselmo tuvo que hacer por el parto difícil de una de las primas de Virginia, María Fernanda, que le venía el niño de nalgas y la comadrona quiso que se avisara de inmediato al doctor Anselmo presintiendo que la fase expulsiva iba a ser larga. Virginia estaba presente y ahí se conocieron. Virginia no recuerda cómo fue que le invitara la primera vez a su casa, quizá fue sólo porque le pareció un hombre eficaz, de pocas palabras, al que valía la pena conocer. Al cabo de año y medio, Virginia tiene la impresión de que su relación con el doctor Anselmo no progresa. Un enamoramiento mutuo, o por una de las partes, constituiría un progreso o al menos determinaría un cierto cambio. Descartado el enamoramiento, a Virginia le parece que esas entrevistas quincenales les dejan a los dos casi donde se encontraban al principio, cuando empezaron a relacionarse. Virginia no lamenta este detenimiento, esta situación como de río en una llanura que se remansa en meandros dilatados, pero tiene que reconocer que siente a veces curiosidad por ver qué pasaría si

ella le propusiera al doctor visitar su hospital. De hecho ha llegado a proponerlo. Y la reacción ha sido sorprendentemente emocional: el doctor Anselmo se ha negado en redondo a que Virginia lleve a cabo esa visita.

—¿Pero por qué no? —ha preguntado Virginia—. Casi me ofende usted, Luis.

La respuesta del doctor Anselmo ha sido ejemplarmente austera:

—Lejos de mi intención ofenderla, Virginia, pero es que no hay un lugar que pueda visitarse. Lo que usted vería es sólo una sala con unas mesas, literalmente mesas, de madera, donde auxiliamos a las desgraciadas mujeres que no tienen casa ni hogar donde dar a luz. El ideal es que los partos se realizaran en adecuadas salas de hospitales, pero en este momento no disponemos de esas salas en Santander. Está todo por hacer.

Esta última frase ha disparado la imaginación de Virginia. ¿Cómo ha podido adivinar el doctor Anselo que esa era la única frase irresistible: el *está todo por hacer*?

—Entonces, Luis —ha dicho—, si está todo por hacer hay que empezar a hacerlo. Ésa es una razón para que yo visite lo que hay, sea lo que sea.

Y el doctor Anselmo, que se ha sobrepuesto ya a su alarma anterior, ha enfocado el asunto del modo más pragmático posible:

—Quizá, Virginia, debiera usted visitarnos. Sería usted bienvenida, pero chocaría usted muchísimo, lamento decirlo. Piense usted que apenas hay mujeres médicos en España, no ya en Santander, en toda España. Apenas puedo mencionar dos o tres nombres, egregios sin duda.

—Pero yo no soy una mujer médico, yo voy a ir sólo de visita.

—Pero usted es una persona conocida.

—En todo caso mi familia será conocida, yo no lo soy.

Virginia, de pronto, se ha descarado. Como siempre, habla en serio con el doctor Anselmo. Esto significa que, considerándose intelectualmente inferior a él, apenas pone objeciones, o si lo hace, lo hace con gran discreción: lo que a Virginia acaba de ocurrírsele le parece a ella misma un descaro. También es un descaro que no tendría sentido ante Gabriel Montes.

—Yo quisiera ayudar, Luis Anselmo. Me siento inútil aquí

muchas tardes, mano sobre mano, como un mueble elegante de esta sala donde le recibo a usted dos veces al mes. Permítame decirle que tiene usted la culpa, si es que puede llamarse culpa el haber generado en mí este nuevo deseo de participación, tan confuso todavía. Y no me diga, como quizá está a punto de decirme, que mi papel consiste en recibirle a usted en esta casa, en esta sala, escucharle. Ese quizá sea una parte de mi papel, pero no puede ser todo. ¿No hay nada en concreto que yo pueda hacer? Es como si usted sólo deseara tenerme aquí de oyente, sin proponerme nunca hacer nada más que escucharle. Me consta que hay otras mujeres en la provincia o fuera de ella, artistas como María Blanchard o pedagogas como Matilde de la Torre con su Academia Torre, pero ¿y yo? ¿Qué soy yo? ¿Qué hago yo? ¿Debo quedarme aquí? ¿Es eso lo que usted también cree? ¿Ir a las fiestas de palacio hasta encontrar un buen novio, un buen partido...?

—Eso lo encontraría usted, Virginia, de inmediato, no me cabe la menor duda.

—Eso seguro, ¿y qué? ¿De qué me valdría?

—Sería usted una maravillosa mujer casada, una maravillosa madre de sus hijos.

—¡Ah! Entonces era eso. Así es como usted me ve. Como una maravillosa madre. No espera usted nada más de mí, ya veo.

La conversación ha quedado ahí. Y el doctor Anselmo se ha ido al cabo de un rato. Al quedarse sola Virginia Montes ha reaccionado exageradamente, como alguien que en el calor de una pelea recibe un golpe y que sólo al cabo de un rato, al enfriarse, siente el dolor de ese golpe: ese golpe es la energía y novedad de sus propias palabras. Si no fuera impensable en una mujer tan reflexiva y autoconsciente como Virginia, diríamos que se siente sorprendida y casi escandalizada de sí misma. Se siente como si por primera vez hubiera revelado algo profundamente suyo, su insatisfacción. Pero más importante que la sorpresa es este brote de desilusión ante la convencional reacción del doctor Anselmo. Es como si el doctor Anselmo hubiera rechazado su propuesta de amistad o de afecto, retirándose de súbito a esa turbia lejanía que lo convencional tiene para Virginia. Virginia conoce lo convencional, lo ha padecido y es el elemento en que se desenvuelve con más facilidad: son casi sustancia de su ser, las convenciones de su clase. Y se detesta por

ello. Se cansa de sí misma. Y se ha sentido ahora como si el doctor Anselmo le hubiera dicho: Mire, Virginia, quédese usted como está, que está mejor, no se meta usted en dibujos. ¿Debería escribirle una carta? ¿Por qué no? Nunca le ha escrito, pero conoce su dirección en Perines. Esa misma noche Virginia escribe al doctor Anselmo la nota siguiente:

Estimado doctor Anselmo:

Creo que por primera vez esta tarde me ha sorprendido usted con una nota falsa. Después de oírle hablar de la situación de la sanidad en España, le he preguntado con toda sinceridad, quizá demasiado ingenuamente, lo reconozco, qué debía yo hacer. Y ahora se lo vuelvo a preguntar: ¿qué debo yo hacer? Y reconozca que me ha respondido Ud. más o menos como respondería mi abuela Everilda: que debería casarme. Para ese viaje no necesitamos, doctor Anselmo, alforjas. Me gustaría que nos viéramos antes de lo que solemos vernos para que aclaremos este extremo. Queda suya con todo el afecto,

Virginia Montes

Estimada Virginia:

No negaré que me ha sorprendido su carta, y no negaré que me ha gustado su carta, y no negaré que me ha emocionado su carta. Y no negaré que en parte tiene usted razón y que en parte no la tiene, porque no me ha entendido usted del todo, aunque sí que me ha entendido usted un poco, eso sí. Pero, lo poco que sí, ha quedado debajo de lo mucho que no. Y mi opinión y mi respuesta a sus preguntas tan nobles ha quedado en consecuencia malformada, extractada como con fórceps, si me permite la expresión. Su pregunta, tan kantiana, ¿qué debo hacer?, me dejó en primer término sin respuesta. En un principio no sé qué debe usted hacer, porque sólo usted misma puede saber eso. Sólo ante sí misma, ante el tribunal de su propia razón, en plena posesión de sus facultades y su autonomía personal, puede usted decidir qué debe hacer. Así que reconozco que en parte sí que resbalé (lo cual es censurable) hacia lo que usted llama la opinión de su distinguida abuela. No dije nada más que la verdad cuando dije que sería usted una maravillosa esposa y madre. Creo recordar que yo no dije que debería usted de serlo. No lo dije porque no puedo saber eso, sólo usted puede saber eso con toda certitud. No quisiera alargar esta carta porque he recibido la suya

al final del día de hoy y me he apresurado a contestarla y ya no podré echarla al correo hasta mañana y quisiera que llegara cuanto antes a sus manos. En cuanto a vernos en el próximo futuro, fueraparte de la visita bimensual, estoy a su entera disposición. Queda suyo afectísimo,

Luis Anselmo

Virginia Montes no es de ordinario una persona nerviosa o impaciente: sólo los tres días que ha tardado en llegarle la carta del doctor Anselmo se ha sentido impaciente e inquieta hasta un punto que, de haberlo sabido su primo Gabriel, hubiese dicho: Virginia, estás por él, el dichoso Anselmo te está sorbiendo el seso.

He aquí que el doctor Anselmo no resulta menos incomprensible o —¿por qué no admitirlo?— menos fascinante en su evaluación de la eclampsia que en sus referencias al imperativo categórico y a Kant. En ambos campos, el médico y el filosófico, son a la vez perfectamente comprensibles e incomprensibles.

Virginia Montes no había conocido nunca a nadie igual. Sabía que ella misma apenas sabía nada, que sólo había aprendido diligentemente lo que las monjas quisieron enseñarle. Había pescado al vuelo lo que se decía en los periódicos, de literatura y ciencia y política y otras cosas. Había leído, naturalmente, a Pereda, con gran atención partes de Menéndez Pelayo (al menos el Menéndez Pelayo de los *Heterodoxos* le parecía —saltándose, por supuesto, sus largas citas en latín— a veces más accesible y definitivo que el propio doctor Anselmo). Y leyendo al uno u oyendo al otro, tenía una constante sensación de claroscuro, de ser trasladada de la luz a las sombras o al revés, sin un hilo conductor claro: a veces entendía y a veces no. Esto era tantalizante y, de una manera anárquica, también educativo, aunque Virginia reconociera que andar a su edad todavía pensando en educarse tenía un punto infantil que bordeaba el ridículo. Virginia se sentía con frecuencia ridícula, como alguien que se creyera —sin serlo quizá— excesivamente gordo o excesivamente delgado o incapaz de controlar los agudos de su voz o de ocultar una verruga. Pero Virginia no deseaba, como por lo visto había deseado el Káiser Guillermo, parecer lo que no era: si le hubiera a Virginia faltado un brazo, no se hubiera hecho fotografiar de forma que lo disimulara. ¿Era esto verdad? Virginia era muy consciente de sus propias

limitaciones, pero también era consciente de sus propias perfecciones o virtudes: hacer el listado de ambas cosas era una tarea irritante, que daba dentera y a la que sin embargo Virginia se veía abocada con frecuencia, cada vez, de hecho, que expresaba, como en las conversaciones con el doctor Anselmo, su deseo de hacer algo. Una de las complicaciones o rarezas del deseo de hacer algo era que la respuesta que cabía dar al *qué debo hacer* de Virginia no parecía poder darse desde el análisis de las urgencias o necesidades objetivas o externas de Virginia, sino sólo desde las subjetivas. Así, el doctor Anselmo tuvo, desde las primeras reuniones con Virginia, muy presente que el hecho de que su distinguida contertulia tuviera dudas acerca de lo que debía hacer obedecía a que —dentro de ciertos límites— podía hacer lo que quisiera. No tenía Virginia, para empezar, el más común de todos los deberes de cualquier mortal: el deber de ganarse la vida y de trabajar para vivir. Virginia era una señorita del muelle, que tenía, desde su nacimiento, la vida ya ganada y que podía hasta su muerte vivir tranquilamente de las rentas. Siendo esto así, y no obstante ser el doctor Anselmo un hombre perspicaz y sensible, no podía negar que resultaba a veces extraño —casi le parecía falso, una actitud impostada— la frecuente pregunta de Virginia acerca de qué debía hacer. Y el doctor Anselmo percibía que la urgencia y la ansiedad de esta pregunta crecían en proporción directa a la viveza de la descripción de la situación de la salud hospitalaria que el doctor Anselmo hacía. La descripción de las necesidades objetivas provocaba en Virginia invariablemente una pregunta acerca de qué debía ella hacer en concreto en esa situación, como si la descripción de las dificultades o problemas sanitarios de Santander o de España fuera algo de lo que Virginia tuviera que sentirse responsable o culpable. Tan fuerte era esta impresión en el doctor Anselmo, que con frecuencia se sentía tentado de rebajar la gravedad de lo que contaba para no preocupar a Virginia: para que Virginia Montes no se sintiera culpable.

Fue Gabriel Montes quien sacó a relucir la *boutade* de Oscar Wilde, con ocasión de la educación. Tras una de las visitas quincenales del doctor Anselmo, vino Gabriel a tomar café. Y Virginia se extendió acerca de las insuficiencias de la educación en general, la educación del pueblo, y de la suya en particular.

—Estoy sin educar, Gabriel. Soy una perfecta inculta.

—¡Mujer, no serás también analfabeta!

—Analfabeta no. Pero absolutamente ineducada.

Fue entonces cuando Gabriel dijo:

—*Being educated*, Virginia, (es más: desear fervientemente recibir una educación) *puts one almost on a level with the commercial classes.* Pura malicia wildeana absolutamente certera. Oscar Wilde da en el clavo.

Éstas eran las cosas que hacían que Gabriel fuera indispensable para Virginia a la vez que la sacaba de quicio. Gabriel Montes tenía el talento —wildeano, por cierto— de acertar en plena frivolidad: frases dichas con espíritu frívolo resultaban atinadas. Aunque esta frase le pareció a Virginia particularmente sangrante y se lo dijo:

—Me permito recordarte, primo mío querido, que esa injusta y maligna frase sólo tú y yo, al menos, somos los únicos dos que no podemos ni mentarla.

—Pero ¿por qué?, Virginia, ¿por qué?

—Porque nosotros somos, mi querido Gabriel Montes, somos esa denostada clase comercial precisamente. Parece mentira que tenga que recordártelo.

—¡Oh, Virginia, Virginia, Virginia!

—¡Qué Virginia ni pamplinas! Pregúntale a la abuela Everilda, que no me dejará mentir.

—La abuela Everilda, Virginia, tiene más conchas que un galápago. ¡Pues sí que me has ido a poner buen ejemplo!

—Da la casualidad, precisamente, que te he puesto el mejor ejemplo posible y el exacto. Los dos somos nietos de Juan Montes, ¿o no? ¿Y qué era Juan Montes?

—Era marqués de Casamontes.

—¡Y del comercio de esta plaza!

—A mucha honra, pero es un golpe bajo.

—Nuestra clase es todavía comercial.

VI

La carta que había escrito el doctor Anselmo sacó de quicio al propio doctor Anselmo. Por primera vez en su comprometida vida de joven ginecólogo, se había encontrado con un problema que trascendía la esfera médica y social para entrar de lleno en la esfera psicológica (últimamente también social), planteado con toda crudeza por una joven que le gustaba, pero a quien el doctor Anselmo —con cierta razón, dicho sea en su descargo— no podía ver del todo haciendo algo muy distinto de lo que ya hacía y era: ser una joven de la alta sociedad santanderina que recibía al doctor Anselmo en su casa. «Las casas de los ricos tienen las escaleras de cristal», solía decir la madre del doctor Anselmo, empleada de una fábrica textil de La Cavada, que había servido temporalmente en casa de las familias santanderinas que veraneaban en La Cavada y en Liérganes. Se daba cuenta el doctor Anselmo de que uno de los encantos de Virginia era que, siendo quien era, tuviese tanto deseo de aprender cosas. No podía el buen doctor evitar pensar en ella como en una deliciosa discípula. El problema surgió tan pronto como Virginia —fascinada por los relatos médicos del doctor— deseó tomar parte ella misma en el asunto. Por muy verdad que fuese —como el doctor había escrito en su carta— que cada uno, a solas, dirime su destino ante el tribunal de su conciencia, en la práctica todos pedimos consejo y nos aconsejamos unos a otros acerca de qué debemos hacer. Y eso, sencillamente, era lo que Virginia le había preguntado: qué cree usted, doctor Anselmo, que debo hacer yo. El doctor se daba cuenta de que su propia carta había sido pedante y, lo que es peor, evasiva: después de tanto hablar y de tantos truculentos detalles obstétricos, ¿no era la pregunta de Virginia inocente y legítima? Hacer referencia en este contexto al imperativo categórico era una pedantería sin más, que sólo una persona de buena fe como Virginia se había tragado sin rechistar. ¿Por qué no había contestado la verdad? ¿O es que no

sabía el doctor Anselmo cuál era la verdad? ¿Acaso no tenía una opinión precisa acerca de lo que Virginia debía hacer? Ahí estaba el asunto: no la tenía ni quería tenerla. La relación con Virginia, tal como había ido yendo hasta la fecha, era muy agradable en sí misma. ¿A qué venían estas preocupaciones ahora? Yendo y viniendo al hospital aquellos días, el doctor Anselmo no podía evitar sentirse, si no resentido, sí un tanto maltratado por aquella exigencia de Virginia. ¿Es que no sabía ella misma lo que tenía que hacer? La carta del doctor Anselmo había consistido básicamente en recordárselo: Virginia tenía que ser una deliciosa anfitriona y, en su momento, más adelante, una admirable esposa y madre. Pero Virginia a su vez tenía razón al recordarle que para ese viaje no necesitaban alforjas.

El doctor Anselmo se lava cuidadosamente las manos y sale al pasillo del ala quirúrgica. Ahí enciende un pitillo. Encender un pitillo a mitad de la mañana es una concesión que el doctor Anselmo hace a su inquietud. Está inquieto porque no tiene razón. Peor aún: está inquieto porque comprende que ha contestado con un tópico a una pregunta sincera y no se le ha ocurrido nada original, nada nuevo que decirle a Virginia. ¿Pero es que acaso lo hay? Hay algunas contestaciones no convencionales que al doctor Anselmo se le ocurren enseguida mientras fuma su pitillo: Virginia podría hacer un curso de enfermería, un curso de matrona en Madrid. Virginia podría estudiar medicina. ¿Pero por qué medicina y no bellas artes? ¿Por qué no literatura española o latín? Y podría ir a visitar a los pobres; con esto, sin embargo, ya estábamos en lo mismo. Virginia había hecho una pregunta envenenada pero legítima: cuál es, como mujer, mi destino ético. Hasta conocer a Virginia, la respuesta a esa pregunta le parecía al doctor clara: el destino de una mujer es ser madre. Pedagoga y madre, que diría el doctor Madrazo. Pero tratándose de una chica sana y joven, el orden de prelación estaba claro: primero madre y después pedagoga, y aquí se acabó la historia. Esto es lo que, sustancialmente, su carta de contestación a Virginia contenía. Y eso es lo que Virginia ha rechazado y en función de lo cual se ha sentido desilusionada. El doctor Anselmo arroja su pitillo a una escupidera. Escupe en la escupidera, recorre el largo pasillo de maternidad de un extremo a otro, vuelve entrar en maternidad, se

vuelve a lavar las manos, consulta su reloj: aún no es mediodía, le queda todo el día por delante. Se enfrasca en sus obligaciones como quien se cubre la cabeza con una manta. Ya son las siete de la tarde, sale del hospital, se encamina a su casa, piensa: tengo que escribir una nueva carta a Virginia Montes.

Desde el hospital a Perines dando vueltas a su segunda carta a Virginia. El doctor Anselmo no cree que el matrimonio sea indispensable: indispensable es la procreación. Si el doctor Anselmo se dejara conducir por la lógica de un discurso que es, atenuado, el mismo del doctor Madrazo, tendría que sugerirle a Virginia que tenga hijos sanos con quien sea, pero que no se case. Aún así —reflexiona el doctor Anselmo, sintiéndose desbordado y excitado— por muy estúpido que sea el matrimonio, mejor esposa y madre que soltera y sola en la vida. ¿Por qué le interesa tanto Virginia? ¿Está enamorado de Virginia? El doctor tuvo una novia en Torrelavega, una buena moza con quien no se comprometió. Y esa relación ha ido destensándose a medida que se ha tensado su relación con Virginia. Hay que reconocer que, sin proponérselo, Virginia ha acabado por aniquilar a la buena moza. Virginia es una nueva autoconciencia para el doctor Anselmo y el buen doctor no sabe bien qué quiere decir todo esto: Virginia le hace sentirse más vivo y brillante que de ordinario un par de veces al mes. Eso no es estar enamorado, pero tampoco lo contrario.

Estimada Virginia:

Creo que no me he explicado bien. Mis muchas obligaciones no me permiten ahora mismo visitarla a usted tantas veces como yo quisiera. Confío tener oportunidad de explicarme mejor la próxima vez que nos encontremos...

El doctor Anselmo tira esta carta a la papelera. Vuelve a escribir otra parecida. Se siente absurdo. No acabar de entenderse bien a sí mismo es una experiencia inédita en su vida. La carrera de medicina deja poco espacio para la autocontemplación. Teme haber estropeado su relación con Virginia Montes. La verdad es que le facilitaría las cosas que Virginia le volviera a escribir. Pero Virginia guarda silencio. Los dos guardan silencio. Se diría que se observan a distancia, si no fuera porque el doctor Anselmo está muy ocupado

durante toda la semana, y Virginia —que no está muy ocupada— no piensa, sin embargo, en él. ¿En qué piensa Virginia? Virginia piensa en sí misma. Pero ya no piensa en sí misma como lo hacía antes de conocer al doctor Anselmo. Ya no piensa en sí misma como pensaba en sí misma de niña o de adolescente, o durante los años que duró lo de Casimiro. Ni tampoco piensa en sí misma como pensó después, con dureza, encastillándose en su decisión de no olvidar a Casimiro y de quedarse soltera. La relación con el doctor Anselmo ha alterado todo esto. Ha abierto a Virginia de par en par un mundo, el mundo real o por lo menos el provinciano mundo real del Santander que Virginia conoce: el mismo de antes subrayado de otro modo: el doctor Anselmo habla de la maternidad o de los absurdos partos que aún tienen lugar en las casas particulares, con ayuda en muchas ocasiones de comadronas inexpertas, partos sin higiene, y le habla también, a la vez, de la regeneración de España: no hay en la conversación del doctor Anselmo ni hedonismo, ni aparente preocupación por su propia felicidad personal, ni tampoco, como suele haber en las conversaciones con otros jóvenes de la edad de Virginia, deseo de conquistarla. Virginia está acostumbrada a que los chicos se comporten como pretendientes, a que se la considere una chica casadera, un buen partido, y también, a la vez, una rara. Y Virginia no se siente rara pero sí se siente separada de su clase social y de su generación por su secreta historia con el hijo de Manuela. Una vez más estos días en que el doctor Anselmo no da señales de vida y Virginia no se decide a contestar a su carta, Virginia revive aquel amor y trata de penetrar en el significado de ese amor. Y esto es lo curioso: que el significado de ese amor adolescente, que hasta la fecha había considerado claro e indiscutible, ahora le parece cada vez más confuso y más discutible. ¿Qué ha pasado? Virginia fue hija única. Su madre murió cuando Virginia tenía doce años. Su padre estaba constantemente envuelto en sus negocios y tenía con Virginia una relación afable y tierna pero distante. Virginia se sintió muy pronto responsable de la casa y a cargo de sí misma. Si su padre se hubiera vuelto a casar, Virginia se hubiera reducido de nuevo a la condición de jovencita, de hija de familia. Pero la viudez de su padre envejeció o maduró a Virginia mucho antes que a sus primas de la misma edad. La abuela Sahagún hizo las veces de madre. Y de la abuela Sahagún aprendió Virginia

su estilo independiente. Virginia es muy suya —se dice con frecuencia en la familia—. Y lo que se quiere decir no queda del todo claro pero tiene un componente de conmiseración por un lado (se compadece a Virginia por haber quedado huérfana tan joven) y otro componente de temor: Virginia no es como las demás niñas de su edad, no es tontita y graciosa y guapita: sus primas comentan que no le gusta divertirse y esto es de alguna manera obvio. Virginia es condescendiente en las diversiones: participa en las reuniones familiares como quien hace una concesión ante gente más joven cuyas diversiones cansan un poco, aunque despiertan simpatía. Virginia se lo tiene creído —comentan sus primas—, como si fuera una infanta, alguien especial que se reserva para un destino especial. Lo que ninguna de sus primas sabe, ni nadie, es que ese destino especial fue Casimiro, un chico en el cual ninguna de sus primas se habría fijado. ¡Esto fue lo admirable y lo secreto de aquel amor! Que Casimiro fuera el más inverosímil de todos los chicos posibles. Y también, para colmo, el más guapo. Esta fue la excitación más profunda: enamorarse de quien no debía. Para una chica menos seria, sin embargo, menos solitaria, más consentida o más mimada, Casimiro hubiera sido sólo un capricho, una maldad sin consecuencias. Algo propio de una infanta castiza, como la abuela del rey, que, según decían, se iba de tapadillo a los bailes de candil a bailar con los granaderos. Nada enfurecía más a Virginia que esta idea de sí misma como una versión atenuada de aquella caprichosa reina. Nada menos parecido a un baile de candil que aquellos encuentros de Virginia y Casimiro en el portal de atrás. Casimiro tuvo un empleo temporal en el servicio doméstico de Virginia como ayudante de cocina. Éste era un empleo que compartía con otras casas del mismo bloque. Venía a ser como un recadero que echaba una mano cuando hacía falta. Subía el carbón y los leños de las chimeneas, limpiaba los cristales, iba y venía con los recados de ultramarinos. Virginia recuerda la primera vez que le miró a la cara. Virginia había entrado en la cocina para decirle a Manuela que tendrían a mediodía un invitado, que iban a ser cuatro personas a almorzar. Casimiro estaba inclinado sobre una cesta de verduras que acababa de traer, le daba la espalda, se volvió al entrar Virginia, y se quitó la gorra. Manuela dijo: Éste, señorita Virginia, es mi hijo, Casimiro. Fue una casualidad que se

encontraran. Virginia recordó siempre aquel mediodía en la cocina del muelle. Casimiro era un muchacho alto, de mirada franca. Tenía el pelo negro aplastado por la gorra, iba muy pelado hasta el límite de la gorra, como los soldados. Virginia no recuerda de qué hablaron en aquella ocasión, si es que hablaron de algo, Virginia recuerda que sintió intensa curiosidad, deseó volver a verle. Casimiro, en cambio, le contó después a Virginia que Virginia le pareció mayor, una chica mayor, mayor que él, aunque tenían la misma edad, y como investida de un aire de señora de la casa. Casimiro contó después que no volvió a pensar en ella. ¿De qué hubiera servido pensar en Virginia? No estaba acostumbrado a pensarse a sí mismo en aquel momento como un individuo propiamente dicho: más bien, en la reducida medida en que pensaba en sí mismo, Casimiro se veía como parte de una clase social bien determinada, los jornaleros, el servicio doméstico. Tenía intención más adelante de irse a América. Todavía irse a Méjico o a Cuba, o a Venezuela, era irse a las Indias, con las cuales, a pesar de la derrota y la descolonización, mantenía relaciones aún vivas la metrópoli. Aún el recuerdo de las grandes fortunas de los indianos formaba parte del imaginario colectivo de los jóvenes obreros santanderinos. A principios del xx no se vivía mal, sin embargo. Siempre que uno aceptase las condiciones concretas de su grupo, siempre que uno supiese arreglárselas con las posibilidades que se ofrecían (por ejemplo estos trabajos temporales en las casas del muelle), la vida era llevadera. La vida de Casimiro había sido llevadera hasta entonces. Aún tenía que hacer la mili. Se casaría al volver de la mili. Era natural casarse al acabar la mili, era natural buscarse una moza de su misma clase. Esta búsqueda era connatural. Casimiro no tenía novia, ni era especialmente noviero. Era un chico serio que estaba a lo suyo, fuese lo que fuese. Así que vio a Virginia con los ojos prestados de su madre. Virginia tenía buena fama entre la gente del servicio. Se decía que era muy considerada, que estaba al tanto de los dramas cotidianos de las chicas de su casa y de sus familias, que, no obstante su juventud, se comportaba ya con la responsabilidad y las maneras de una joven señora. Se sabía que era rica: su familia tenía fama de riquísima, millonarios. Este contraste entre la fortuna real de Virginia, y de toda su familia en general, y la riqueza imaginaria que se les

atribuía, tenía a principios del siglo todo el aire de una leyenda: los Montes eran los más ricos, los más emprendedores todavía. Ahí estaba la casa-palacio, dos calles más arriba, en la plazuela. El nombre de la familia imprimía una especial coloratura a todo Santander, aunque hubiese más familias, más ricas que los Montes, todas relacionadas por matrimonios entre sí. Entre las clases obreras y las clases acomodadas había dos vías de comunicación: una laboral, los hombres trabajaban en las empresas de las familias acomodadas, y dos, las mujeres se empleaban en el servicio doméstico. Había una benevolencia preestablecida fundada un tanto ilusoriamente en el hecho de que los menos afortunados creían que les convenía que los ricos prosperaran para disfrutar así del reflujo de la prosperidad, una prosperidad vicaria. Este esquema se había debilitado ya en los años veinte. La sociedad santanderina, igual que la de otras ciudades del norte de España, se veía agitada por movimientos emergentes, sindicatos, asociaciones obreras, movimientos feministas, el valiente regeneracionismo de los intelectuales. Pero de estas cosas no se hablaba en la cocina del muelle, y ni siquiera se pensaban. Con toda seguridad, en ese primer encuentro de Casimiro y Virginia, no hubo, por parte de Casimiro, más que una constatación del estado de cosas real. No hubo entre madre e hijo —que Casimiro recordara— ninguna conversación relativa a Virginia que pasara más allá del convencional reconocimiento de que era una persona amable y considerada. Es posible que Manuela comentara que también era Virginia muy guapa y que estaba destinada a casarse con uno cualquiera de los muchos pretendientes ricos que tendría. Pero esta información, si es que llegó a oídos de Casimiro, no alimentó su curiosidad o su interés por Virginia. En el primer encuentro no se vio a sí mismo como alguien que pudiera cobrar a ojos de Virginia un significado especial. No se sintió especialmente observado, admirado como individuo, como chico guapo. Virginia Montes, sin embargo, retuvo la imagen de aquel montañés espigado, de hombros anchos y fuertes que la contemplaba con ojos oscuros y serios, y que una vez saludada con una inclinación —no se dieron la mano, no era costumbre darse la mano— volvió a sus quehaceres y se retiró de la cocina. Virginia se quedó, sin embargo, impresionada. Le pareció a Virginia un joven montañés que

reproducía vagamente los mozos de la tierruca que aparecían y reaparecían en las novelas de Pereda: Pachín González quizá fue así, el Pachín González que se salvó del Machichaco y que recorrió un Santander ensangrentado en 1893 buscando a su madre entre las víctimas del muelle de Maliaño. De hecho, esta pareja, madre e hijo, Manuela y Casimiro, le parecieron de pronto, tiernamente, el pueblo: el pueblo trabajador, fuerte, silencioso, bien parecido. Ahí hubiera quedado la cosa de no haber tenido lugar a las pocas semanas un nuevo encuentro entre los dos: en esta nueva ocasión, Casimiro ayudaba en casa de la prima María Fernanda a servir una merienda en una de las casas del Alta. Casimiro en esta ocasión ayudaba a servir la merienda. Virginia le reconoció por su estatura. Y cuando se acercó a ofrecerle una copa con una bandeja, Virginia dijo:

—Tú eres el hijo de Manuela, ¿a que sí?

—Sí, señorita —respondió Casimiro.

—¿Estás empleado en esta casa? —preguntó Virginia.

—Estoy ayudando esta tarde, metiendo unas horas.

—Pero, entonces, ¿tú en qué trabajas normalmente?

—Trabajo en el puerto, salgo a pescar con las parejas. Salimos al bonito y a la sardina. Es una cosa temporal también.

No podía darse una conversación más impersonal, más trivial, y, sin embargo, en opinión de Virginia, más conmovedora. Virginia observó que nadie en torno suyo había reparado en esta breve conversación. El hecho de que esta conversación no hubiese sido advertida por nadie convirtió repentinamente la conversación misma y a sus dos participantes en protagonistas de un encuentro secreto. Todo había sucedido a plena luz: en un jardín conocido, en una agradable merienda como tantas otras. Nadie se había fijado, y, sin embargo, Virginia Montes, como si viera la escena desde fuera de sí misma, se vio a sí misma y a Casimiro, emparejados, haciendo muy buena pareja. Virginia se sintió embellecida. Y a la vez, desde afuera y desde dentro, desde su corazón y desde el exterior a la vez, se sintió emocionada. Dado que la aparición de Casimiro en la conciencia de Virginia estuvo presidida en esta segunda ocasión por una concomitante sensación de secreto (secreto a la vista de todos, secreto que no podía leerse, sin embargo, sin una determinada clave, muy sencilla, como es que Virginia y Casimiro se habían

conocido semanas atrás en casa de Virginia), Virginia, si quería preservar esta emoción —el secreto—, no podía hacer indagaciones demasiado precisas acerca de Casimiro, y ni siquiera acerca de la familia de Manuela, la cocinera. Manuela era una mujer sólida, de unos cuarenta años. Se había quedado viuda muy joven y había entrado a trabajar en casa de Virginia, muy joven, cuando aún vivía la madre de Virginia. Casimiro vivía en el Astillero, en casa de una hermana casada de su madre.

Había en Santander aquellos años, entre las familias bien, un ambiente casamentero, constantemente en las tertulias se hablaba de las debutantes y de los chicos en edad de buscar novia. Se contaba con que el natural deseo de los jóvenes de conocerse unos a otros —muchos se conocían desde niños— fomentado por las reuniones sociales, los encuentros deportivos, las excursiones, había de contribuir al emparejamiento entre jóvenes de la misma edad. Era un ambiente gracioso, galante, alegre. Había romanticismo en el aire, los jóvenes guardiamarina, la Guardia Real, los concursos hípicos, los apuestos jinetes, las partidas de polo, el tenis —el club de tenis acababa de fundarse—... fueron los felices años veinte en la España que no había entrado en la guerra mundial. Las clases acomodadas tenían un respiro. Fijarse en Casimiro fue una rareza. Sobre todo porque fue Virginia quien se fijó en Casimiro y no al revés. Las chicas de la clase a la que Virginia pertenecía no se fijaban en los chicos guapos de las clases sociales inferiores. Esto no era verdad al revés: los señoritos sí se fijaban en las doncellas y sirvientas que les servían en sus casas. Lo de Casimiro, una rareza. Algo que tenía que acabar de inmediato en ese lugar reservado donde iban todas las cosas sentidas, pensadas u ocurridas de las cuales no se hablaba. Virginia recuerda ahora cuánta voluntad puso en aquella relación: que no tuviera posibilidades reales de prosperar le hizo sentir desde un principio que sólo prosperaría empeñándose en ello. Tenía que ser posible porque era posible en su corazón. Y la idea de aventura fue en aquel momento tan determinante, tan vibrante y tan punzante como la idea de secreto. Dos ideas distintas que se intercalaron en la conciencia naturalmente reservada de Virginia alterándola como un licor fuerte altera nuestro estado de

ánimo habitual. De pronto el paisaje entero cobró el colorido de su nueva emoción. Recuerda ahora Virginia aquel Santander recoleto y lluvioso de su adolescencia, recuerda que, al levantarse cada mañana, sólo pensar que vería a Casimiro de lejos o sólo un momento la convertía en una criatura animosa, bienhumorada y fuerte.

Estas tardes de lluvia —sobre todo últimamente, a partir de la brusca interrupción de la comunicación con el doctor Anselmo— se le han vuelto a Virginia más melancólicas que de costumbre. La lluvia siempre la tranquilizaba. Quedarse en casa los días de lluvia, contemplar el muelle vacío calado de agua era un fin en sí mismo. El cielo encapotado, los contornos difuminados de las montañas de enfrente, los paraguas abiertos y, durante todo el otoño, el acortamiento de los días inspiraban a Virginia una emoción de acabamiento inevitable que resultaba, paradójicamente, placentera. Ahora, sin embargo, con la interrupción de las visitas del doctor Anselmo, la melancolía ha cambiado de significado —lo mismo que la lluvia—. Virginia no acierta a describir del todo, a decirse a sí misma con claridad, en qué consiste este cambio, que es un cambio del gris dentro del gris, de la intensidad del sirimiri dentro del propio sirimiri, de la melancolía dentro de la melancolía. Por de pronto lo que ha tenido lugar es un aumento de la intensidad de sus recuerdos de Casimiro: por primera vez en todos estos años Virginia ha comenzado a pensar que —sin quererlo ella misma— la memoria se le está envenenando. Los contenidos de la memoria, al reaparecer, reaparecen desprovistos de ingenuidad: no sólo resultan menos vivaces, es que parecen bizquear, maliciosos, como elfos sucios. Como si el duelo de Virginia por la desgraciada muerte de su amante hubiera perdido espontaneidad, referentes reales: como si hubiera dejado de referirse a su amante para referirse exclusivamente a sí misma. La viveza de la memoria tiene un gusto amargo ahora, como si le guiñara un ojo, impregnada de lábil autocompasión. Y el caso es que Virginia detesta ahora tanto o más que nunca la autocompasión. La autocompasión es paralizante. Cuando se combina, como en estas tardes de lluvia, con la melancolía, tiene además la facultad de destruir algunas de las convicciones más firmes de Virginia: la convicción, por ejemplo, de que tiene que salir adelante y de que la mejor manera de honrar la

memoria de Casimiro, la mejor venganza contra los que causaron su muerte (Virginia no ha abandonado nunca esta idea de que los culpables fueron la monarquía y el ejército y la burguesía), es convertirse en una persona útil para la causa del socialismo utópico, que diría el doctor Anselmo. Esta idea de ser útil ha reanimado a Virginia, sobre todo a partir de los encuentros con el doctor Anselmo: lo malo es que ahora no hay doctor Anselmo. ¿Por qué no le escribe una nota convidándole a tomar el té? ¿Y por qué el doctor Anselmo no da señales de vida? Se diría que Virginia Montes desea ver al doctor Anselmo y no tiene sinceridad suficiente como para reconocerlo. Si desea verle ¿por qué no le convida a merendar? Lo que parece que desea Virginia es, una vez más, que el doctor Anselmo tome la iniciativa. Virginia Montes no sabe bien si eso es una cuquería o una ñoñería por su parte, o ambas cosas a la vez. Y la melancolía de esta tarde de lluvia se trenza como un rizo o como un lazo de seda alrededor de su conciencia intercalándose con las cualidades que Virginia Montes más aborrece: melancolía, cuquería, ñoñería. ¿Me estaré volviendo —se pregunta Virginia— una burguesa blanda, blanca, melancólica, desengañada, inútil? Virginia sabe de sobra que esos adjetivos que detesta designan posibilidades provincianas muy claras. Las chicas que se quedan solteras, que pierden las ilusiones, que, en el mejor de los casos, se consagran al cuidado de una madre, o de un padre viudo, como es el caso de Virginia, acaban afantasmándose (desrealizándose). *O te amojamas o te ajamonas*, se dice en Santander cuando a partir de los cuarenta se le pasa a una chica la ocasión de casarse: amojamarse, ajamonarse, es neutralizarse, desrealizarse: se vuelven fantasmas risibles tragicómicos (criaturas que su propia convencional tribu de mujeres casadas, mitad compadece, mitad desprecia. Por no hablar de la opinión masculina al respecto). Virginia no consentirá jamás neutralizarse o ser neutralizada. Ahora que el doctor Anselmo ha dejado de venir de visita, Virginia se siente abandonada: pero esto es risible. La propia Virginia se da cuenta de que sus emociones en torno a este asunto son confusas y bordeaban lo risible. Y Virginia, además, ha perdido, momentáneamente al menos, el gusto por la lectura. Leer había sido uno de los grandes placeres de Virginia desde siempre. Había leído muchas novelas inglesas, había leído a Jane Austen por ejemplo. Hubo temporadas en que seguir

imaginariamente las aventuras y desventuras de las heroínas de Jane Austen (compartía esta afición con Gabriel Montes: los dos habían leído ávidamente todas las novelas de la autora) e imaginarse el mundo, rural aún, de Highbury en *Emma*: las idas y venidas de los pretendientes, las equivocaciones de Emma confundiendo al joven brillante, pero frívolo, con el joven serio pero enamorado, le habían hecho vivir vicariamente una vida rural y galante que tenía algunas cosas en común con la vida elegante de la burguesía santanderina de la época. A Virginia y a Gabriel les había divertido muchas veces establecer comparaciones entre el mundo novelesco de Jane Austen y el mundo casamentero del Santander estival. Había frecuentes reuniones para que la gente joven se viera, mientras que las damas mayores tomaban el té a una prudente distancia, cotilleaban humorísticamente unas familias de otras: la vida juvenil de Santander tenía también visos novelescos en opinión de los dos primos. Y ahora la melancolía y la lluvia. La cuquería, la melancolía y la lluvia. El romanticismo de los tiempos de Casimiro había sido sustituido por el pragmatismo de los nuevos tiempos (de ahí las enojosas cualidades de lo cuco y lo ñoño). Sólo el doctor Anselmo había aportado a la vida de Virginia una excitación comparable a la del enamoramiento de Casimiro. ¡Pero no era un enamoramiento! Y, sin embargo, ¿quién, teóricamente al menos, hubiera sido más digno receptor del amor de Virginia que el doctor Anselmo? Todas las cualidades del varón noble estaban presentes: la nobleza de su profesión, la medicina, la ginecología, su noble estampa, su pulcramente recortada barba, su pelo corto, sus pulcras americanas y levitas, sus cuellos duros, sus grandes manos hábiles, que sobresalían de los puños blancos cuando, con ademanes sobrios y vehementes explicaba a Virginia las hazañas médicas del doctor Pasteur o, entre nosotros, de don Santiago Ramón y Cajal. Había algo eminente en el doctor Anselmo que se superponía a su estampa aún joven y delgada, como esas fotografías de tres generaciones, abuelos, padres, hijos, que se superponen o entrecruzan en los cuadros de familia. Y tenía —en esto coincidía con Gabriel, aunque la fisonomía de Gabriel caía más del lado de lo elegante— una noble cabeza de intelectual. Al evocar todos estos detalles en esta melancólica tarde de lluvia, Virginia sonríe a través de la melancolía, como quien alza la cabeza dentro de una cueva hacia

un remoto boquete donde parece resplandecer la luz del sol. El doctor Anselmo era la luz del sol. Pero ¿significa esto que está enamorada del doctor Anselmo? Estar enamorada es otra cosa, estar enamorada es estar enamorada de Casimiro, que no era eminente en ningún sentido, que sólo era guapo.

Todo esto junto, unido al desasosiego compasivo, hace que Virginia, a última hora de la tarde, se siente a escribir la nota siguiente:

Estimado doctor Anselmo:

Han pasado casi veinte días desde su última carta y no he tenido noticias suyas. Confieso que echo de menos nuestras tertulias quincenales. Me encantaría saber si puede usted visitarme el próximo jueves por la tarde a la hora acostumbrada. Afectuosamente suya,

Virginia Montes

Virginia mete esta carta en el sobre. Anota cuidadosamente la dirección de Perines. Y, provista de un paraguas, sale a llevar ella misma la carta a Correos. Vuelve a casa calada de agua y repentinamente contenta. La melancolía se ha disipado por completo. ¿Qué va a pasar ahora?

VII

—¡No me he retraído, Virginia! ¡Qué va, de ninguna manera!

Virginia procura no sonreír esta tarde. Desea estar muy amable —está encantada de ver de nuevo al doctor Anselmo— y desea que le conste al doctor Anselmo que está encantada con su visita. Pero no desea sonreír. Si sonriera quizá diera la impresión de que no toma al doctor Anselmo tan en serio como se merece. La verdad es que Virginia desea sonreír, pero cree que no debe. Si sonriera, equivocaría al doctor Anselmo.

—Después de su última carta ha habido, cómo diría yo, un cierto distanciamiento. Reconozca usted que sí.

—¡Ah, no! No lo reconozco. Si lo hiciera, la confundiría a usted por completo, Virginia. Si me hubiera retraído, si hubiera dejado de venir adrede... pero ¿por qué? No había ningún motivo...

—Hombre, Luis, yo pensé, en vista de su carta, que, no sé, usted había decidido, quizá, que más valía dejarme que me las arreglara sola... Todo esto de Kant que usted decía, del tribunal de mi conciencia y demás... ¡Me sentí abandonada, francamente!

—¡Pero, por Dios, Virginia!

Ahora Virginia no puede evitar sonreírse, ha sonreído francamente. Se siente divertida y conmovida. Esto no es estar enamorada, nada de eso. La gravedad del rostro del doctor Anselmo hace sonreír a Virginia. Se siente un poco lo mismo que una profesora de latín reprochando la incompetencia del mejor alumno de la clase a la hora de traducir un ablativo absoluto. La seriedad del crío y la seriedad del doctor Anselmo son, de alguna manera, desproporcionadas ambas. Lo cual no significa que Virginia hubiera preferido que el doctor Anselmo tomara a la ligera su declaración de sentirse abandonada estos días atrás. Gabriel hubiera tomado a la ligera semejante declaración. Gabriel hubiera flirteado a costa de ese desliz. Porque se trata —Virginia tiene que reconocerlo ante sí misma— de un desliz. Ha sido un pequeño patinazo decir, aunque

sea en broma, que se ha sentido abandonada (no siempre las bromas, Virginia piensa, pueden acompañarse del marcador correspondiente). La verdad es que ahora, que se siente acompañada, siente que no se ha sentido nunca abandonada, y es consciente de que el desliz se le escapó a propósito. Pero no tan a propósito como algo que se prepara adrede con intención de incluirlo conscientemente en la conversación. Virginia también sonríe francamente ahora a consecuencia de esta ocurrencia interesante, aunque quizá banal, de haber tenido una intención inconsciente en el curso de la más deliberada y reflexiva de las situaciones. ¡No hay nadie en este mundo —Virginia sonríe mientras piensa esto— tan adecuado y perfecto como el doctor Anselmo para transformar, con la sola visión de su clínico semblante, una ocasión cualquiera en una situación deliberada y reflexiva. Los hombres eminentes así son! —concluye Virginia satisfecha.

Ahora llueve y ha anochecido por completo. Y no habrá nadie en el muelle. Y las rachas de lluvia abruman los cristales de la puerta-ventana del mirador. Qué alegre paisaje. Estimulante y tranquilizador, como es la lluvia.

—Quiero decir, Luis, que al no dar señales de vida usted, ni oste ni moste, ni esta boca es mía, di lógicamente por supuesto que usted había considerado que, dadas las circunstancias, era de todo punto ya imposible hacerse cargo de una loca.

—¿Una loca? ¿Qué loca?

—¡Yo misma, doctor Anselmo! ¡Quién va a ser!

—¡Pero, por Dios! —vuelve a exclamar el doctor Anselmo sonriéndose él mismo, seriamente, esta vez.

Virginia Montes se sintió reanimada al recibir la confirmación de que el doctor Anselmo la visitaría el jueves, siguiendo las instrucciones de su carta. Y más reanimada aún al verle aparecer tan eminente como siempre, tan inalterado. La visita ha ejercido un efecto psicotrópico sobre Virginia: y ahora Virginia, a la vez que sirve el té y se interesa por las noticias profesionales que el doctor Anselmo le comunica, trata de medir el grado de variación que la visita ha supuesto. Esta actitud reflexiva que acompaña siempre la

sociabilidad de Virginia Montes ha hecho de ella, con los años, una chica con fama de ser seria y pensativa. Sin casi darse cuenta, Virginia ha ido convirtiéndose en ese personaje reflexivo y un poco distante que sus amistades y familiares conocen. En esta ocasión particular, una vez cumplimentadas las primeras fases del reencuentro, Virginia comprende que tiene que explicar por qué tenía que ver al doctor Anselmo. E instintivamente comprende que no puede, del todo, dar la explicación verdadera —salvo en broma —. La explicación verdadera es que, a falta de la compañía del doctor Anselmo, se había ido enfangando en la melancolía y que, al decir medio en broma que se sentía abandonada, ha dicho —salvadas las distancias de la broma misma— la verdad. El doctor Anselmo representa verdaderamente para Virginia Montes una apertura a un mundo y a un lado de sí misma que Virginia vislumbra pero que aún no ha llegado a contemplar cara a cara. Por eso esta tarde, tras una pausa, Virginia decide ir directamente al asunto referido en la correspondencia y en anteriores visitas: ¿qué debe Virginia hacer consigo misma, con su propia vida? Por eso dice ahora:

—Vamos a ver, Luis, lo cierto es que yo no estoy loca, eso ya lo sé: y también sé que usted sabe que no estoy loca, y estoy seguro de que usted no me considera una persona caprichosa, o acelerada, o frívola...

—Desde luego que no.

—Y así es, no lo soy. Pero oyéndole hablar a usted de sus asuntos médicos, de la situación de España, he tenido con frecuencia la sensación de que yo debería hacer algo más, además de escucharle a usted atentamente y enterarme de lo que pasa por el mundo. Al preguntarle qué creía usted que debía yo hacer, actuaba con sinceridad...

—De eso no hay duda.

—Y —prosigue Virginia tras una sonrisa amable— me pareció que usted, un poco, se batía en retirada. Me daba usted, como ya le dije, una respuesta convencional.

—Lo siento.

—Quizá no hay ninguna otra respuesta. O no la hay para mí que, con toda seguridad, aparezco ante sus ojos con una posición social y con un destino personal fijado de antemano por esa

posición...

—Hay una parte de verdad en eso, Virginia: la libertad de elegir nuestro destino personal no es absoluta. Hay siempre circunstancias dadas, hay también, por qué no decirlo, casualidades favorables o desfavorables que entran a formar parte de nuestras vidas. Y la elección, si es razonable, se apoya en todos estos datos, jugando con ellos del modo más inteligente posible.

—Sí. Esto es evidente. Lo que pasa es que esto que usted me dice ahora no es, me parece a mí, del todo coherente con lo que usted espera de nosotras las mujeres, de la mujer en general, o de la mujer española en general: si no le he entendido mal usted espera que nosotras seamos la vanguardia de la regeneración que el país necesita... ¡Reconozca que es complicado pensar en mí misma como vanguardia de nada si todo lo que me limito a hacer, es lo que he hecho hasta la fecha: vivir de las rentas, alternar con mis iguales y... charlar con usted. La única otra persona que podría decirse que está a su altura, y con quien también hablo mucho, es mi primo Gabriel Montes. Pero las conversaciones con Gabriel son más... superficiales, si usted quiere. Gabriel no se propone cambiar la sociedad en que vivimos: como mucho se propone ilustrarla, mejorarla mediante una educación estética: más bibliotecas, más conciertos en Santander y también más partidos de tenis y de polo. Gabriel es un espectador interesado de la circunstancia española pero, a diferencia de usted, no da la estampa del revolucionario. Está contento con lo que hay. Es incluso muy monárquico. A mí me parece detestable la monarquía de Alfonso XIII, pero esa no es una discusión que pueda mantenerse con Gabriel. Gabriel adora la vida de la corte estival en Santander. El rey, la reina, las infantas, los infantes... Está en su salsa mi primo acompañando a la reina a las inauguraciones. Es, con todas las salvedades que se quieran, un cortesano, y también un hombre inteligente e ilustrado...

—Todo eso yo lo sé, Virginia. Conozco perfectamente, aunque sólo sea por referencias, la mayoría de las actividades de su primo. Me parece un personaje genial. Me encantaría conocerle. Estoy seguro de que nos entenderíamos. He asistido a alguna de sus conferencias en el Ateneo y en otros sitios, y me parece brillante. Me parece lo mejor de la burguesía montañesa. Pero, desde luego, no es un revolucionario. No es ni siquiera un reformador social

salvo, como usted misma dice, en lo relativo a las artes, la cultura, la música... cosas todas maravillosas, pero que en el presente estado de la provincia interesan sólo a un número restringido de gente, la mejor gente. Ustedes son la mejor gente, la burguesía. ¿Qué más puedo decir? Quizá, al escribirle mi carta, yo tenía sin querer muy presente lo que una persona de su familia, como Gabriel Montes, le hubiera dicho en mi lugar, y quizá le ha dicho ya. Su destino, Virginia, si me lo permite, es ser madre y, desde el punto de vista de su sociedad, de su familia, para eso hay que ser esposa, para esto tiene usted primero que casarse. Lo otro lo llaman ustedes, creo, amor libre. No creo que lo aprobara el obispo de Santander. ¡Qué digo aprobarlo, monseñor De Castro no aprobaría ni siquiera estas libérrimas charlas que usted y yo mantenemos!

Virginia contempla con admiración al doctor Anselmo ahora. Le parece que tiene razón. Y se lo dice. Y observa atentamente su reacción. No es una reacción característica, no se manifiesta satisfecho de sí mismo, o complacido. Frunce el ceño. Mira fijamente al suelo. Casi da la impresión de lamentar lo que acaba de decir. Al ver esto, la estima que Virginia siente por él aumenta. Le gusta poder hablar de estos asuntos sin bromear. Sin excesiva brillantez. La situación que el doctor Anselmo describe es la situación real. Es la situación de Virginia, es la situación de todas las mujeres de su clase que deseen vivir dentro de su clase. Esta última ocurrencia le parece importante a Virginia y dice:

—Usted me está diciendo entonces que, sea cual sea mi deber, necesariamente tendrá que encuadrarse dentro de la clase a la que pertenezco. Usted no cree que yo pueda salirme de mi clase...

—Ni usted ni casi nadie, Virginia. Tomemos nuestro caso, nuestra relación. Esta relación sólo es viable en el restringido marco de estas visitas quincenales o mensuales. ¿Cree usted sinceramente que podría yo codearme con sus familiares o con sus amigos en pie de igualdad?

—¡Sin duda! ¡Usted es un médico eminente, una persona muy superior a todos ellos!

El doctor Anselmo contempla fijamente a su interlocutora. Virginia siente sobre sí el peso de su mirada seria, benevolente, sincera. Quisiera ser digna del respeto y la consideración con que este hombre la trata. Va a decir algo pero el doctor Anselmo se

adelanta:

—Lo que estamos hablando, Virginia —es un hablar, un decir, más que otra cosa— sólo vale para nosotros dos. ¡Haga usted la prueba si así lo desea! Pregunte usted al mismo Gabriel Montes, a su primo; hable usted de esto con su abuela. Y descubrirá de inmediato que estas dos personas tratan este asunto con extraordinaria delicadeza, pero también con considerable firmeza. Permítame que trate de reproducir aquí, imaginariamente, lo que su primo diría. ¿A que diría algo así?: ¿Qué es lo que te propones, Virginia? La idea de cualquier deber u obligación que haya de ejercerse fuera de tu clase social natural es un sinsentido. Tan sinsentido como es decir, y tú lo dices con frecuencia, Virginia, que no sólo no tienes prisa en casarte, sino que ni siquiera tienes intención de casarte nunca. ¿Qué puede significar esa frase? ¿Qué quieres hacer? ¿Cómo quieres vivir? ¿Con quién te quieres relacionar? Y sus distinguidos familiares tienen toda la razón. Tome usted mi caso, Virginia: yo procedo de una familia humilde. No somos pobres. Ni siquiera mi padre es, como lo fue mi abuelo, un jornalero. Mi padre tiene sus propias tierras, prados alrededor de Torrelavega. Se ha hecho un nombre como albañil. Ha hecho reformas en algunas casas de campo de señores de la provincia, ha ahorrado su dinero. Me ha dado a mí la carrera que tengo. Yo soy ahora un profesional. Es probable que dentro de unos años merezca la consideración y el respeto de mis colegas. Y, sin duda, la ginecología es una rama de la medicina en expansión. Creo firmemente en la importancia de la ginecología y en los beneficios que su evolución y progreso reportará a la sociedad española. Cuando yo me case, y me casaré algún día, un tanto lejano aún, y tenga hijos, mis hijos tendrán carreras universitarias, si así lo desean, y si valen. Y quizá ellos o mis nietos se sitúen en una posición desahogada como profesionales y estén en condiciones de, más o menos, tratar en pie de igualdad a sus nietos de usted, Virginia. Pero estamos hablando a cuarenta o cincuenta años vista. Tres generaciones por lo menos. Unos treinta años calculando por lo bajo. Y entonces, en una sociedad más igualada, esta conversación tendría otras connotaciones, y su pregunta, Virginia, *¿qué debo hacer*?, tendría otra respuesta. Pero aún faltan muchos años para que estemos en condiciones de darla...

—¿Me permite usted una pregunta indiscreta, Luis?

—No creo que sea indiscreta viniendo de usted.

—A lo mejor lo es, pero ahí va. ¿Tiene usted novia?

—¡Ah, no, Virginia, no, no tengo novia, porque de momento no tengo ni ganas de buscarla ni siquiera! He tenido una novia, pero ya no la tengo. Creo que, felizmente para ella, ha encontrado a otro chico. Más vivo, más amable y menos terco que yo.

Después de esta larga parrafada el doctor Anselmo parece cohibido, ha apoyado ambas manos en las rodillas y se inclina hacia delante como esperando una respuesta de Virginia. Incluso sonríe tímidamente.

—Le ruego, Virginia, que me disculpe. He hablado demasiado.

—Ha estado usted admirable, Luis. No ha resuelto mi problema, pero sus palabras resplandecen. Me siento mejor ahora. Y más capaz de enfrentarme conmigo misma. Quizá debiera contarle a usted...

—No lo creo, Virginia. No creo que debiera usted contarme nada demasiado personal. Si lo hiciera tal vez no pudiéramos continuar estas agradables veladas.

—Tal vez no.

Los dos se han callado ahora. Quizá los dos se sienten cohibidos ahora. El doctor Anselmo, en cualquier caso, consulta su reloj de bolsillo y hace ademán de levantarse. Han transcurrido dos horas desde que llegó. Virginia desearía continuar la conversación. Pero teme que, efectivamente, prolongarla y decir lo que se le ha pasado por la cabeza implicara una suspensión indefinida de estas tertulias. El doctor Anselmo se levanta. Virginia se levanta. En el momento de despedirse en la puerta, Virginia dice:

—Confío que nada de esto que hemos hablado impida que volvamos a reunirnos.

—Nada en este mundo puede impedir eso, Virginia. Volveré, si usted me lo permite, como de costumbre, dentro de dos semanas. Le avisaré, como de costumbre, con una nota.

Virginia ha estado a punto de exclamar ¡que así sea!, pero se ha contenido. La noche será larga esta noche. Virginia no lo sabe, pero también será una larga noche para Anselmo. Aunque de los dos interlocutores sea él quien menos dudas tiene acerca de cuál deba ser su comportamiento con Virginia en el futuro. Virginia ha estado

a punto de contarle su amor por Casimiro. El doctor Anselmo, como si adivinara el contenido de esta intención, ha interrumpido la confidencia, ha sido una interrupción brusca que Virginia ahora, a solas, en su sala de estar, agradece. Es muy posible que una confidencia de esa naturaleza hubiera sonado desvergonzada o, al menos, inapropiada: es muy probable, piensa Virginia ahora, sentada frente al fuego, alumbrándose sólo con la luz del fuego, es muy probable que semejante confidencia, al mostrar bruscamente la propia intimidad, hubiera cambiado la naturaleza de la relación. Virginia no sabe esta noche cuál es la naturaleza de esta relación. Al menos por su parte, es incapaz ahora mismo de saber qué —además de admiración y respeto— siente por el doctor Anselmo. Nunca hasta la fecha ha tenido una conversación tan sosegada, tan seria, tan profunda con nadie. La admiración y el respeto determinan una integral que Virginia no puede resolver ahora. Virginia no puede resolver los elementos que integran esa integral sentimental en partes más simples: no puede situarse ante sí misma y sus sentimientos analíticamente ahora. Sólo confía en que dentro de quince días vuelva el doctor Anselmo a aparecer por casa y puedan continuar esta conversación que ojalá sea interminable.

El doctor Anselmo regresa despacio a Perines. Ha abierto su paraguas, pero la lluvia cae ahora con fuerza, mojándole los zapatos y los pantalones hasta la rodilla. Apenas lo nota el doctor Anselmo. Y el aguacero le arropa en su lento caminar por las calles vacías, muelle arriba, hasta la Segunda Alameda, y luego a la derecha hasta su casa. Mañana temprano, antes de que salga el sol, se levantará, se arreglará e irá al hospital. Será un día largo y laborioso como todos los días. Regresará a casa a media tarde y se enfrascará en sus nuevos libros de ginecología, que lee en catalán. No se sentirá cansado mañana por la tarde, sino alerta. Cenará, encenderá un cigarro y leerá hasta las once o las doce de la noche. Pero esta noche lluviosa el doctor Anselmo sólo puede pensar en Virginia Montes: en la confidencia que tan deliberadamente, tan bruscamente ha interrumpido, y en la elegante belleza de su joven amiga. Naturalmente que tuvo que dejar a su pobre novia de Torrelavega. Y ahora sabe quizá por qué: Virginia Montes es la compañera inteligente y libre que el doctor Anselmo ha imaginado en abstracto tantas veces. Una compañera, sí. No una amante. No

una esposa. Encendido de entusiasmo (que, mientras camina hacia su casa lentamente bajo la lluvia, se apresura a calificar de no-amoroso y no-matrimonial) regresa una y otra vez a la sala de estar de Virginia Montes, las buenas maneras de la burguesía, el juego de té, las pausas, los hiatos, la plenitud del diálogo, no obstante haber sido entrecortado y abrupto en ocasiones. Se escucha a sí mismo tratando de ser sincero y justo con Virginia. Tratando de decirle la verdad tal como él la ve. Y reproduce una y otra vez, imaginariamente, la inconfundible sensación de alegría que Virginia tuvo al verle, y que manifestó tan discretamente, y se prepara a saltar vigorosamente, como un buen profesional que no se distrae nunca, de la noche de hoy a la futura tarde, quince días después, en que volverá a encontrarse y a tomar el té con su maravillosa, incomprensible, inasible, vibrante, Virginia Montes.

VIII

La abuela Sahagún vive retirada en la casa de campo de la finca de cincuenta hectáreas al pie de Peñacastillo. Esa finca es un proyecto inconcluso. Un proyecto agrícola y ganadero empezado con gran lujo y detenido a la mitad en la tercera generación de Montes. La abuela Sahagún se ha instalado ahí porque ahí se ve a sí misma enseñorada y en el campo. Y en medio de un campo —el montañés — mucho más bello y fructífero que el suyo de Frómista, pero que no es del todo el suyo. Ahí la abuela Sahagún, a sus ochenta, se siente joven todavía, piratesca, como un capitán pirata retirado en una colonia arrebatada a los ingleses, en una franja costera no bien definida aún en los mapas donde los barcos encallan las noches de galerna. Se ha instalado ahí a sabiendas de que el sensato proyecto inicial de la finca, la rotación agropecuaria, es ya una ensoñación diurna. Fue siempre en gran medida una ensoñación de poder: un proyecto factible de haberse aplicado a ese proyecto la misma energía que Juan Montes y sus hijos mayores aplicaron a todo lo demás. Ahí los recibe a todos, de uno en uno. A veces de dos en dos, los matrimonios, con la patulea de hijos, los biznietos. No puede fijar ya la abuela Sahagún la atención en los biznietos. Todos le parecen iguales. Niños y niñas por igual. No los quiere, no los detesta, casi no los ve. Ahí recibe, excepcionalmente de dos en dos, a las parejas recién casadas que le cuentan sus sosos y acuosos y carísimos viajes de novios. Visitar a la abuela Sahagún es obligado, naturalmente, para sus hijos e hijas. Cuando habla, en confianza, con Virginia o con Gabriel, a los hijos los llama los buenos, o los perfectos, o los acabados. Y precisa, siempre que utiliza esta última expresión: *los acabados*, que el significado de lo acabado no es —¡Dios nos libre!— lo difunto, sino lo logrado. Como cuando se habla del acabado de un cuadro o de una casa. Pero, claro, es imposible atenerse por completo a este significado vitalista que doña Everilda propone, porque sin duda lo acabado es también lo terminado, lo

finiquitado: aquello con lo cual no hay nada más que hacer.

Este mediodía de difuntos llueve en Peñacastillo y la invisible bahía —los seis metros de muro que rodean la finca impiden ver la bahía desde la encristalada terraza de la sala de estar— se sume en la lluvia como un inmenso animal oscuro cuya lengua fangosa a bajamar paladea el gusto crudo y salado de los muergos y los mocejones. Este mediodía doña Everilda ha convidado a almorzar a Gabriel Montes, su nieto preferido después de Virginia. Gabriel Montes es un comiche desesperante en opinión de la abuela Sahagún. Ella misma come ya muy poco, aunque se siguen sirviendo a la hora de almorzar un principio y dos platos, pescado y carne, y postre de cocina. Después de la lubina al horno y el pollo delicadamente asado, aún tendrá Gabriel que hacer las veces de saborear la leche frita, que regresará casi entera a la cocina. Los Montes siempre han comido bien. Y en los tiempos primitivos sentarse a comer bien y abundante era una característica de la familia alabada por todos. Ahora es el servicio, sobre todo, quien disfruta de estos almuerzos, elegantemente servidos y casi incomidos de doña Everilda. A Gabriel Montes le gustan estos almuerzos de Peñacastillo. Suele invitarse él mismo, cuando le apetece. Se presenta sin avisar, a sabiendas de que la abuela le acogerá divertida, aunque finja sentirse incomodada. Pero en esta ocasión Gabriel ha sido expresamente llamado a Peñacastillo. La concisa invitación, casi una orden, ha sorprendido a Gabriel que, por supuesto, ha suspendido todos sus otros compromisos para acudir a casa de la abuela. Ha llegado puntualmente a las dos. Ha tomado una copa de vino. Se han sentado solemnemente los dos en el comedor con su larga mesa achicada que impide una conversación fluida pero que, sin embargo, facilita los movimientos de la doncella al servirles. Durante media hora los dos han fingido interesarse por los alimentos que sucesivamente les sirven y Gabriel ha esperado impaciente saber el motivo de esta convocatoria. Ahora han abandonado el comedor, y, sentados en la sala, les han servido café. Doña Everilda aún toma su café, muy corto de café. Y Gabriel ha saboreado el suyo y ha aceptado una copa de *cognac* que no tiene intención de terminarse. Sus padecimientos de hígado le prohíben el alcohol. Y no necesita alcohol Gabriel para animarse o estar ocurrente, ni siquiera café. La reticencia de doña Everilda no

es infrecuente. Combina anárquicamente la reticencia y la locuacidad. Uno no puede saber nunca de antemano en qué fase se mostrará doña Everilda en cada ocasión.

—En fin, abuela, tu dirás.

—¿Qué diré?

—Pues espero que me digas para qué me has hecho venir.

—¡Ah! ¿Es que te he molestado haciéndote venir?

—En absoluto. No, ya sabes que no.

—Pero te gusta venir cuando te gusta, no cuando yo quiero que vengas.

—¡Entonces me gusta el doble! ¿Cómo puedes decir eso?

—Puedo decir lo que quiero, ese es mi privilegio.

—¡Sin duda! ¿Quieres decirme, de una vez, lo que quieres decirme, o no?

—Es que, verás, querer decirte, no es que quiera yo decirte nada. Más bien eres tú quien tiene que decirme lo que quiero yo saber.

—¿Y qué es lo que quieres tú saber?

Gabriel Montes está ahora más alerta que nunca. Tanto como su abuela. No teme, es más, confía incluso, que doña Everilda tarde en sacar a relucir lo que sin duda ninguna tiene decidido acabar sacando a relucir. Pero se toma su tiempo. Y lo tiene. Gabriel Montes tiene toda la tarde y toda la noche y todo el día siguiente y todo el resto de la temporada para escuchar a esta fascinante fundadora de la familia que no dejará ver sus cartas y que jugará, mano por mano, con toda la concentración que el propio Gabriel pone en sus, habitualmente victoriosas, partidas de póquer. Siempre le fascina a Gabriel pensar que la abuela Everilda nunca haya aprendido a jugar al póquer y que no sienta el menor interés por los juegos de naipes. El interés —desmesurado, por cierto— que los nietos más jóvenes de doña Everilda sienten por los juegos de azar no lo han heredado de la abuela. Pero Gabriel, que es en parte un poeta, entiende que las herencias son estructuras analógicas, disposiciones abstractas del ánimo, inclinaciones como prontuarios, que las circunstancias o las palabras, o los paisajes, o las pasiones, arrancan de pronto y, transformadas, se expresan de la manera más insospechada e inverosímil. Así que sorbe un diminuto sorbo de *cognac*. Extrae un pitillo de la pitillera de oro. Golpea el pitillo en la

tapa de la pitillera. Lo enciende con una cerilla. Da una chupada. Y contempla a su abuela fascinado.

—Quisiera saber qué es de tu vida, Gabriel. Lo lógico es que quiera saber eso, ¿no crees?

—Más lógico imposible, abuela.

—Entonces cuéntame, ¿qué tal por Santander? ¿Habéis acabado ya de sanear las pistas de tenis? Tengo entendido que se os encharcan cada vez que caen cuatro gotas.

—Así es, abuela. Estás en todo, ya veo.

—Debe ser ciencia infusa. Porque aquí no viene a verme nadie nunca.

—Será porque no quieres tú.

—Será por eso. Que, por cierto, últimamente Virginia nunca viene. ¿Tú lo entiendes?

—Yo no, abuela. Además no puede ser verdad, Virginia es tu nieta preferida.

—Últimamente no.

—Últimamente desde cuándo.

—¿Cómo que desde cuándo? ¡Hace siglos que no sé nada de Virginia!

—Tendrá otras amistades, abuela. La juventud, ya sabes, somos muy volubles hoy en día, frívolos, inconstantes. Será que ha dejado de quererte Virginia y va a visitar a otras personas.

—¿Qué personas?

—Otras, yo qué se...

—He oído decir que ahora Virginia frecuenta gente rara.

—¿Ah, sí? No sabía nada.

—Eso me extraña, Gabriel Montes.

Lo de gente rara hace sospechar a Gabriel a dónde quiere ir a parar la abuela. Se demora un poco. Prefiere que la abuela diga lo que sepa, mejor que sugerirle ningún nombre. Por fin la abuela se decide:

—Dicen que Virginia está muy metida en casa. Que recibe a un médico. Que frecuenta a un creo... que médico.

—Será este doctor Anselmo. No se puede decir que le frecuente...

—¿Y este chico, este Anselmo, este quién es?

—¿Quieres saber de qué familia? Bueno, es un Anselmo, los

Anselmos de Torrelavega, según creo.

—¿Qué tontería es esa?

—Se llama así, se llama Anselmo.

—Querrás decir que se apellida Anselmo.

—Eso.

—He oído decir que es un médico notable, una notabilidad. Del grupo, me dicen, de ese turulato de Madrazo.

—¿Y bien?

—¿Cómo que y bien?¡Eso es lo que es raro!

—¿Lo cuál, abuela?

—¿Crees tú, Gabriel, que eso es sensato? Esas personas, medio curanderos. ¿Te parece a ti apropiado?

—Curanderos, desde luego, eso no son. Son excelentes cirujanos, médicos titulados. Los nuevos ginecólogos que han estudiado en Barcelona y en París. De curanderos, nada.

—O sea que, según tú, son progresistas, gente joven, vamos.

—Son jóvenes, desde luego. Más o menos de mi edad los mayores.

—O sea que están casados todos ellos.

—Bueno abuela, no lo sé. Supongo que estarán.

—Pero no por la Iglesia.

—Pues no lo sé. No tengo la menor idea.

—O sea, que no sabes si este Anselmo de Torrelavega..., qué edad tiene, eso no lo sabes.

—No, no lo sé. Pero lo puedo calcular. Seguro que no menos de treinta, entre treinta y treinta y cinco. Algo más joven que yo, supongo.

—Un hombre joven, por lo tanto.

—Un joven médico, abuela. Sí, eso es. Hombres admirables la mayoría de estos chicos.

—Admirables médicos, no lo dudo.

—¿Puedo preguntarte esto a qué viene?

—¿Y tú crees, Gabriel, qué esa relación es una relación sensata?

—¿Qué relación, abuela?

—La relación del Anselmo con tu prima, esa relación. ¿Eso te parece bien a ti, te parece sensato?

—Sensato quizá no, pero me parece fascinante, muy interesante personaje este doctor Anselmo que tú dices.

—¡Ah, desastre!

Gabriel se echa a reír. Ahora ya sabe lo que doña Everilda desea saber. Pero Gabriel se da cuenta de que la abuela no desea oír contar de nuevo lo que ya sabe de sobra. ¿Qué espera doña Everilda sacar de esta conversación con su nieto? Es evidente que por sus habituales canales de información: visitas, doncellas, choferes, cartas familiares... la abuela Sahagún está al tanto de que desde hace meses, quizá mucho más tiempo, Virginia se ve con este personaje, este doctor Anselmo. La abuela sabe de sobra quiénes son los nuevos médicos santanderinos y no es verdad que Virginia no vaya a verla con la regularidad de siempre. Sólo que Virginia no habla de sí misma. Nunca lo ha hecho y ahora tampoco. Y Virginia ha impresionado siempre a la abuela. La ha respetado siempre, incluso de muy niña. La prefiere a todos sus nietos porque le recuerda a la joven Everilda Sahagún de los tiempos de Palencia y de Frómista. A consecuencia de este respetuoso afecto, nunca se ha atrevido la abuela a mucho más que a bromear acerca de algún posible amor secreto que acaso haya tenido alguna vez su nieta. Tiene que haber habido un chico hermoso en algún momento de la vida de Virginia: esto es una convicción profunda de doña Everilda. Pero es un secreto de Virginia. Nadie tiene derecho a estar en ese secreto sin la autorización expresa de la propia Virginia. Sólo la abuela Sahagún, como mucho, tiene derecho a sospecharlo. Pero esa sospecha no la autoriza a entrometerse. Doña Everilda está dispuesta a irse a la tumba sin penetrar en la intimidad de Virginia. Siente intensa curiosidad. Pero el respeto que siente ante su nieta es más profundo y más intenso que ninguna curiosidad. La abuela sabe que Virginia tiene muchos pretendientes. De eso también ha oído hablar la abuela con frecuencia. Aburridos pretendientes comunes y ricos que no están a la altura de su nieta. Pero ahora, últimamente, ha empezado a sonar, en cartas, en puntadas, en indirectas, este nuevo nombre, este Anselmo, que de momento sólo es parte del bullicio higienista y feminista y regeneracionista de los nuevos médicos, las nuevas generaciones. Y el dichoso doctor Anselmo y sus visitas al piso del muelle han renovado el interés, la curiosidad de la abuela por las relaciones masculinas de su nieta. Pero no

puede hacerle ninguna pregunta directa y no puede —tampoco puede— cotillear con Gabriel acerca de su prima. Lo más que puede hacer lo ha hecho ya invitándole a almorzar esta tarde: el resultado es exiguo: lo sonsacado no es ni más ni menos que lo que la abuela Everilda ya sabía. Algo nuevo ha obtenido sin embargo —con lo cual no contaba—: que en opinión de Gabriel Montes el doctor Anselmo es un personaje interesante, un distinguido tocólogo. La opinión de Gabriel es, a su vez, muy importante para la abuela Everilda. Se fía de Gabriel. Finge escandalizarse con sus elegantes frivolidades. Pero le admira. Sin poder precisarlo con exactitud le encuentra un inconfundible parecido de familia con don Juan Montes. Se diría que el parecido está traído por los pelos: ¡Nadie, en apariencia, menos parecido que este elegante jugador de póquer, músico e intelectual al sólido comerciante de harinas que fue don Juan! Pero hay un parecido: hay lo aventurero, lo emprendedor, lo aventurado —y también lo exagerado, lo que roza el absurdo, un como afán de figurar y de plantarse y de imponerse y de jugar de farol, en ocasiones de riesgo—. La abuela Sahagún se fía de su nieto. Cree en él, tanto como cree en Virginia. Los dos, a su manera cada cual, son indiscutibles Montes. Y aquí es donde entra el doctor Anselmo, por la extraña puerta secreta de la imaginación de la abuela. Todo lo que ha preguntado acerca de si está casado y por la Iglesia, lo que ha dicho de si son curanderos, lo que ha fingido considerar inapropiado, ha sido una trampa, un tirar de la lengua a su nieto, nada más. Lo que ha sacado en limpio es que es un hombre extraordinario, este joven Anselmo. Este fragmento biográfico justifica de sobra la invitación a almorzar: en la imaginación piratesca de doña Everilda, un eugenista que deteste el matrimonio cristiano y la cochambre eclesiástica tiene de entrada un lugar asegurado. Así que una parte de la curiosidad que siente por esta nueva amistad de su nieta podría canalizarse por su lado más discreto inquiriendo acerca de la vida profesional del doctor Anselmo. De esto sin duda puede hablar con Gabriel. Por otra parte, al confirmar que efectivamente Virginia recibe en su casa con una cierta regularidad al doctor Anselmo, doña Everilda descubre que Virginia se le ha adelantado. Es Virginia y no doña Everilda quien, en primer lugar, ha tomado en serio a este joven médico. No importa, de tal palo tal astilla —resume mentalmente la abuela

Sahagún.

—Siento curiosidad Gabriel, a ti puedo decírtelo. Siento curiosidad por este Anselmo. Este personaje tan de moda.

—Bueno, no está de moda todavía, abuela. De moda estoy yo, yo estoy de moda en Santander. El doctor Anselmo es simplemente un joven médico que, como tú ya sabías, ha fascinado a nuestra Virginia. Lo que a ti te preocupa, me temo, abuela, es tu nieta, no el doctor Anselmo.

Doña Everilda alza la ceja izquierda y contempla sus hermosas manos torcidas ahora ya por el reuma. Tarda un rato en contestar.

—¿Sabes qué te digo? Que me preocupa Virginia y a la vez no me preocupa. Esa niña haga lo que haga lo hará bien. Esa niña es como yo, como tú. Haremos bien cualquier cosa que hagamos. Y comprenderás que lo que no me preocupa es la tontería de si hay o no hay entre ellos algo más que amistad...

—Algo sí que te preocupa ese asunto, abuela. No digo que te preocupe mucho, pero algo sí, reconócelo.

—¿Sabes qué me encantaría? Me encantaría convidar a almorzar a este señor. Podrías venir tú, venir él, venir Virginia, y estar yo. Un agradable almuerzo. Nosotros cuatro solos.

—La única dificultad es que yo no lo conozco mucho. He oído hablar de él. Virginia es quien le conoce más. ¡Habla con Virginia!

¿Se atreverá la abuela a dar este paso? Para darlo tendría que hablar con Virginia del doctor Anselmo, y ¿por qué no? La presencia de Gabriel en el almuerzo situaría todo el asunto en un aceptable nivel de cordialidad, que no comprometería a nadie. Tiene que pensarlo. Tener que pensarlo es ahora para la abuela Everilda una urgencia insoslayable. Tiene que pensarlo sola. Tiene que pensar si Virginia entenderá la invitación. Tiene que pensar si el doctor Anselmo mismo entenderá la invitación. Tiene que pensar qué pasará después. Todo este tener que pensar tanto le da sueño, o al menos lo finge. La abuela que tiene que dar su cabezada después de almorzar. Ya son casi las cinco, es hora de dejarlo.

—Ya veremos —declara la abuela, y se levanta.

Abuela y nieto se despiden satisfechos. Siempre, al final, —aunque su conversación no concluya definitivamente en nada— la conclusión es satisfactoria, se reconocen entre sí como familia, como partes de una tradición no muy larga pero sí muy intensa que

ahora los nietos a ratos parecen estar a punto de desbordar hacia la trivialidad, a ratos a punto de alzar todavía más, por nuevos montes, sobre todo estéticos, hacia nuevas cumbres.

IX

Nadie sabe si es digno de amor o de odio. ¿Cómo que no? Doña Everilda detesta esta frase que ha sacado quizá del Eclesiastés. Le parece una frase pesimista, que pone todo su énfasis en la dependencia humana respecto de Dios, sea quien sea Dios. Le parece a doña Everilda que si se deja en manos de Dios el juicio de las obras humanas se acaba al final no haciendo nada. Si en 1835 o en 1850 cualquiera de ellos, los Montes, hubiera dudado acerca de la justicia, la rectitud de sus esfuerzos, se hubieran quedado en Villada y en Frómista. Cabezas de ratón, como mucho, en Palencia. Tuvieron que contar con que merecían el premio que obtuvieron: de lo contrario se hubieran quedado en ratoncitos de campo. Y durante muchos años, durante toda una vida, los recuerdos y las esperanzas de doña Everilda giraron en torno a la cantidad y al tiempo contabilizable. La contaduría de los Montes contabilizó al alza sus triunfos, les llenó de energía, de seguridad en sí mismos, de renovado talento comercial, de encanto —de ahí las buenas bodas que se hicieron con familias hidalgas de la provincia, y de Bilbao, y de Madrid, y de Valladolid—. Sin la seguridad metafísica de haber ganado a pulso lo que ganaron por su propio esfuerzo, la idea de sí mismos se hubiera aguado y revenido. Eso es lo que ahora, a sus ochenta cumplidos, teme algunos días de lluvia melancólica la abuela: que las nuevas generaciones, los nietos y biznietos, piensen en dones y en gracias celestes para explicar su prodigioso enriquecimiento. La gracia de Dios no ha tenido nada que ver en todo esto —decide la abuela una vez más esta tarde brumosa, en la soledad de su casa de campo de Peñacastillo—. Algunas amigas, sobre todo algunos directores espirituales, hasta obispos, se han atrevido a sugerir en alguna ocasión que hay demasiada soberbia en el corazón de doña Everilda. La abuela los escucha a todos, ecuánime en apariencia, detestándolos y despreciándolos en el fondo de su corazón. Jamás, ni en los peores momentos, en las crisis

económicas o en las familiares, que las ha habido, ni siquiera cuando el Machichaco en 1893, ha murmurado la abuela que se haga la voluntad de Dios o que sea lo que Dios quiera. Lo ha oído decir de sobra en torno suyo y ha asentido en silencio: pero son jaculatorias que detesta. La embriagadora negatividad del recurso a la gracia y a la voluntad de Dios la saca de quicio. Embriagados de resignación y de pereza los rezones hacen que hacen y dejan de hacer lo que hay que hacer, todo a un tiempo. Ésta es una tarde meditativa. La abuela está contenta de haberse quedado sola esta tarde. Lo que tenía que pensar y lo que está pensando sólo indirectamente hace referencia a si hablará con Virginia del doctor Anselmo o no. Lo que fija directamente su atención es su propia vida. Incluso el asunto de si Virginia tiene que casarse o no y con quién cobra esta tarde un color impreciso, como Peña Cabarga entrevista desde el muelle una tarde de lluvia. En su tiempo la abuela fue casamentera como nadie. Había que serlo entonces. Y la abuela lo fue. A la vista está que no se equivocó gran cosa, salvo un caso, que además no era hijo suyo sino sólo nieto. No la voluntad de Dios, sino las voluntades individuales de sus hijos y nietos: con eso hay que contar. Y, si se tercia, eso es lo que hay que manipular con vistas a la mejor opción posible dentro de las opciones realmente presentes. Lo que desorienta a la abuela ahora, en el caso de Virginia, es la indefinición de las opciones de Virginia. Esta tercera generación —y en particular Virginia y Gabriel— se caracteriza, en opinión de la abuela, por la contradictoria naturaleza de sus opciones: todos ellos tienen muchas y muy variadas —matrimoniales y profesionales— pero ninguna es del todo definitiva. Se tiene la impresión, al contemplarlas desde los ochenta años, que todas valen un poco lo mismo. Todas parecen ser valiosas por igual. Y esta igualdad del valor de las opciones las neutraliza a todas, hace difícil sopesarlas con exactitud, deja un ancho campo a la singularidad del optante, aparece el reino de la libertad. Hoy en día —la abuela entiende esto muy claramente— una de las opciones de Virginia es la de no hacer nada concreto con su vida: dejar su vida en disponibilidad para una variedad, aún indiscernible, de nuevas opciones. Virginia podría por ejemplo elegir la soltería como una opción real. Esto no fue una opción real en la juventud de la abuela. En aquel entonces las chicas se quedaban solteras para

vestir santos o se metían monjas. Una que se casa con Dios porque no hay Dios que se case con ella. Y la justificación tradicional: más vale vestir santos que desnudar borrachos sólo era una válvula de escape del resentimiento individual de las feas. Ya no son así las cosas. En estos primeros años del siglo XX la soltería es una opción tan válida como el matrimonio. Separarse con o sin el consentimiento de la Iglesia católica, una opción tan válida como aguantarse con lo que te ha tocado en suerte. Pero la soltería le parece a la abuela Sahagún un fascinante campo experimental que no entiende, o que entiende sólo formalmente. Siempre hubo el solterón entre los hombres, el buey suelto bien se lame, solía decirse. Pero la soltería femenina era una desgracia que en las mejores familias, en las adineradas, lograba disimularse apenas. Y sin embargo, ¿qué duda cabe de que la soltería podría aparecer recomendable a mujeres independientes y valientes como la abuela Sahagún o su nieta? Hay solterías femeninas, claro esta, justificables, comprensibles, solterías menores las llama doña Everilda: las hijas que se quedan a cuidar a sus madres o a sus hermanos, se sacrifican por sus madres viudas. La obvia utilidad social de esta opción neutraliza su carácter de opción. No es una opción, es una obligación que se impone a la mujer. Nunca, o rara vez, al hombre. La soltería, sin embargo, que la abuela Sahagún contempla esta tarde es la salvaje soltería femenina optativa, la soltería de la mujer que decide no casarse para hacer de su capa un sayo, para hacer lo que le da la gana, para comprometerse quizá temporalmente con el hombre que ama, quizá con más de uno, aunque quizá no a la vez. E incluso para quedarse embarazada de ese hombre y desafiar la fe y las buenas costumbres de su clase. Esta es la soltería mayor, la gran soltería femenina. La abuela Sahagún ha hecho sonar ya tres veces la campanilla. La doncella aparece despavorida a la puerta de la sala preguntando qué desea la señora.

—¡El té, el té! ¡Es mi hora del té!

Es, en efecto, quizá con una hora de retraso, la hora del té de la abuela. Los campanillazos sin embargo son fruto de su impaciencia interior, no de su deseo de beber o comer nada. El té será una pausa en esta descomedida representación de las opciones de su nieta Virginia que la abuela se permite para no ponerse de los nervios. Pocas cosas detesta la abuela tanto como ponerse de los nervios. En

vez de nerviosa la abuela se pone furiosa —ha comentado Virginia muchas veces en ocasiones parecidas.

Tras la distracción del té se echa la noche encima. Es hora de tomar una decisión: ha llegado la hora de decidir si, sin previo aviso, convidará a almorzar al doctor Anselmo, a Virginia y a Gabriel. Si decide que sí, todo lo que tiene que decir a Virginia es que sentía curiosidad por el doctor Anselmo, de quien había oído hablar mucho en Santander, e incluso a Gabriel. Virginia no lo tomará a mal: esta invitación sin previo aviso le hará gracia. Pero es, sin duda, un entrometimiento, lo natural es que lo hable con Virginia primero. Y aquí es donde, una vez más, la abuela se siente paralizada por las implicaciones de la libertad. Sin duda está en libertad de invitar a su casa a quien quiera. Pero también, sin duda, una invitación social como ésta requiere un consentimiento del resto de los invitados. De no obtener este consentimiento primero, Virginia podría con razón sospechar que la abuela se mete en sus asuntos, hurga en sus amistades. Esto es indigno, en opinión de la abuela. Daría la impresión de que está preocupada porque su nieta se reúna a solas, en su casa del muelle, con un personaje socialmente aún no asimilado. Daría la impresión de que la abuela se preocupa por el qué dirán de su nieta Virginia y que quiere legitimar la situación, dentro de lo que cabe. Esto es indigno. Pero es parte integrante de la opinión que la abuela tiene de su nieta, el que nada que sugiera entrometimiento esté justificado. Tendrá buenamente que esperar a que Virginia venga a visitarla y entonces, de la manera más directa y clara, sacar el asunto a relucir. Esto es lo que se hará. La abuela Sahagún se siente ahora cansada y soñolienta, ahora de pronto. Ya está bien por hoy.

—No hay que pensar tanto, abuela. Es malo pensar tanto. Haz como Gabriel, que nunca piensa.

—Tu primo Gabriel es inteligentísimo. Y piensa mucho todo.

—Lo primero sí, lo segundo no. Es inteligentísimo y por eso —subraya sonriente Virginia— actúa sin pensar. Lo que Gabriel dice, abuela, es que el pensamiento y la contemplación nos paralizan, nos amuerman. ¿Tú crees de verdad, abuela, que don Juan Montes pensaba y pensaba todo el santo día? No pensaba, actuaba.

¡Compraba y vendía y rellenaba Maliaño!

—¡Entiendo lo que quieres decir, Virginia, no soy tonta!

—Claro que lo entiendes, abuela. Tú eres listísima. Sólo que últimamente te estás empezando a quedar como una pasta. ¡Dónde está tu energía, tu alegría, tu viveza, tu sentido del humor, tu mal humor! ¡Te veo, abuela, muy cambiada!

—Lo que estoy es muy vieja.

—¡Qué vas a estar vieja!

—¡Estoy muy vieja, niña, no seas tonta!

—¡Qué vas a estar vieja, lo que estás es sorprendida!

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?

Virginia Montes piensa que es imposible no divertirse con la abuela Sahagún. Es imposible no disfrutar con su compañía agreste, considerada, desconsiderada, inteligente y provocadora, todo en uno. Llevan ya un rato de sobremesa. Las admirables circunvoluciones de la conversación de la abuela. Virginia es consciente de lo que la abuela desea saber y no quiere preguntar directamente. Pero la deja que dé vueltas hasta que la pregunta o preguntas acerca de lo que desea saber florezcan como flores de cardo, repentinamente salvajes las flores moradas y amarillas de las tobas de Tierra de Campos. Y el caso es que Virginia sabe que lo que la abuela quiere saber no es un detalle cominero y vulgar acerca de si sí o si no con el doctor Anselmo, sino todo lo que hay. La totalidad universal, porque lo verdadero es el todo para la abuela Sahagún, el todo Santander, que a ojos de la abuela se cifra, resume y exalta en sus nietos preferidos, Gabriel y Virginia. Y ahora también en esta nueva dimensión agraz del socialismo y los nuevos cirujanos, y los nuevos ginecólogos del hospital de San Rafael de la calle Alta. Los discípulos del doctor Madrazo, los discípulos fascinados del doctor Gutiérrez y González de Cueto. *El mentor de los bañistas de la costa cantábrica*, entre otras admirables obras. Viéndola ahí sentada, con la mano derecha apoyada en su bastón de puño de plata, a ratos, Virginia cree que la abuela Sahagún es inmortal. Sonriente contempla ahora a la abuela como contempla el paisaje nublado, las acuarelas brumosas de la bahía: a sabiendas de que no morirán. Virginia Montes morirá, pero la abuela no morirá. Esto no es una sabiduría, sino una decisión: decirlo y, sobre todo, pensarlo es un puro desafío espiritual, un desafío absoluto a la

contingencia estúpida que acabará con todos nosotros. Esta tarde soleada y leve, que contiene incluso dentro de la sala de estar de la abuela olor a hierba segada todavía —el olor de las cuadras y de la boñiga de vaca, el olor de la vida—, Virginia es consciente de que su amor por la abuela es parte de su ilimitado amor por la vida y contiene en su interior la más profunda constancia de la muerte y de la finitud. Virginia tiene la experiencia de la muerte como quien conserva una fotografía del novio amado. Una única fotografía, borrosa, sepia ya, del rostro acariciado que se deshizo en la muerte. Por eso esta tarde Virginia está dispuesta a contar casi todo. Y está, sobre todo, dispuesta a contar lo más inocente de todo —aunque la abuela crea lo contrario—, su relación con el doctor Anselmo. Pero quiere que sea la abuela quien dé el primer paso por el propio bien y la propia dignidad de la abuela. Con gusto daría Virginia Montes el primer paso, como un torero que se enfrenta dando un paso al frente al admirable toro, incomprensible, que es la suerte. Virginia dará siempre el primer paso si hace falta, pero hay que aceptar las suertes, una tras otra, de la conversación, de las circunstancias, de las personalidades. Por eso Virginia esperará a que la abuela claramente, de frente, cara a cara, le pregunte que qué hay, o qué no hay, entre el doctor Anselmo y su nieta. Entonces lo contará todo —que, al fin y al cabo, no es gran cosa. Pero que la abuela cree que es mucho y que Virginia, arrastrada por el afán aventurero de la abuela, está acabando por creer esta tarde también que es mucho, muchísimo, lo verdadero y el todo de su vida, la nueva ginecología y obstetricia de la conciencia juvenil de Virginia Montes.

Virginia ha tratado de explicar a la abuela qué ha querido decir con lo de que la abuela está sorprendida. Al tratar de hacerlo Virginia se ha visto obligada a explicarse a sí misma su propia sorpresa ante la satisfacción y la curiosidad que provoca en su vida la relación con Anselmo. Porque, en efecto, la abuela, poco antes de que Virginia dijera que es malo pensar tanto, había dicho:

—Estoy pensando Virginia, y no dejo de pensarlo, que esta nueva amistad tuya, con este nuevo doctor Anselmo del que todo el mundo me habla, te está dando mucho que pensar. Al fin y al cabo, no es como nosotros.

Y Virginia ha respondido que no hay que dar tantas vueltas a las cosas, que no hay que pensar tanto. Y ha añadido que, si bien se mira, no hay tanta diferencia entre los Montes al principio y el doctor Anselmo ahora. La única diferencia es que los Montes fueron una familia, con una figura mayor y otras complementarias, mientras que Anselmo es él solo y lo que complementa su figura es la voluntad regeneracionista y sus maestros, los médicos españoles. En ambos casos hay una cierta analogía en las trayectorias de ambos grupos: gentes emprendedoras en quienes el miedo a equivocarse ha sido controlado por el deseo de acertar, el deseo de progresar y mejorarse. Lo que sorprende a la abuela ahora es la nueva atmósfera de regeneración que ya no está ligada a la prosperidad económica individual o colectiva, sino al progreso espiritual: la nueva educación de las clases trabajadoras, la nueva educación de las mujeres... Lo que sorprende a la abuela es descubrir que hay otras empresas que no incluyen ya, como una de sus prioridades, el bienestar material de los individuos que se entregan a ellas. Y también esto es lo que sorprende a Virginia. Para Virginia está claro que no se puede avanzar más en el progreso material de una familia: los Montes ya lo tienen todo.

—Nosotros ya lo tenemos todo, abuela, lo que a ti te sorprende es que siga habiendo gente que no está conforme con la idea de tenerlo todo que nosotros nos hacemos. Tenerlo todo para estos médicos santanderinos no es ahora mismo enriquecerse, comprarse casas o fincas, o recibir honores reales: eso es lo que nosotros tenemos...

—Y lo que ellos no tienen —declara con firmeza la abuela.

—Lo que ellos no tienen ni tampoco quieren en primer lugar... —Virginia dice esto pensativamente, no espera que del todo la abuela lo entienda porque ella misma tampoco está del todo segura de que es verdad.

—No sé si en primer lugar o en segundo. Pero no me cabe duda de que todos estos médicos y profesores de que me habláis Gabriel y tú quieren la fama, el reconocimiento de la sociedad en que viven. Quieren hacerse sitio, lo mismo que nosotros quisimos hacernos sitio hace cincuenta años.

—Ya, pero lo nuestro está agotado: ya lo tenemos todo.

—Eso, como ya lo tenéis todo, o lo tienen todo. Tus primos se

dedican a gastarlo. Es muy aburrido verles a la mayoría de tus primos. O, si quieres, verles es divertido si yo no les comparara con lo que fue nuestra familia al principio. Entonces no resulta divertido sino melancólico. Yo soy ya una vieja y estoy aquí retirada. He hecho lo que se esperaba de mí y ahora nadie espera gran cosa de mí. Como mucho esperáis que os bendiga, que tenga buen aspecto, que oiga vuestras historias, que os aconseje moderadamente y que no intervenga demasiado. Tú eres quizá la única excepción, Virginia. Tú y Gabriel. Y quizá sólo tú, porque Gabriel en el fondo ya sabe lo que quiere, y lo que quiere se consigue con inteligencia, pero también con dinero: figurar cuesta dinero. La mayor parte de sus actividades en Santander son gratuitas. Todas esas presidencias del Ateneo, del tenis, de la filarmónica... que tanto tiempo y esfuerzo le llevan, son benéficas, son gratuitas, son cosas que se hacen para figurar. También, lo admito, para echar una mano a los melancólicos montañeses, los hidalgos de toda la vida. Pero, en último término, lo que Gabriel quiere es figurar y divertirse. Tener la gran experiencia vital e intelectual del mundo, es un curioso. Un chico elegante, *snob*, que siente curiosidad por todo, y quizá no siente ningún interés profundo por nada en concreto. Y aquí es donde entráis tú y tu nuevo amigo el doctor Anselmo. Tú eres mujer. Y, por consiguiente, tu lugar está marcado por esa condición. Todos esperamos que te cases, Virginia, yo también. Eres un buen partido y eres una chica guapa. Inteligente y guapa, no se puede pedir más. Lo curioso es que yo no te veo casada con ninguno de tus numerosos pretendientes —algunos espléndidos, me consta— pero tampoco te veo como a Gabriel, figurando. No te veo de figurante. Y no te veo presidiendo obras benéficas, por muy benéficas que sean. No te veo visitando a los pobres, visitando al triste y dando posada al peregrino. No te veo haciendo buenas obras, lo que los católicos llamamos obras de misericordia...

—¿Cómo me ves entonces abuela? —Virginia dice esto sorprendida, ahora ella misma, de la penetración con que la abuela describe su alma.

—¡Te veo escapándote de aquí! ¡Dejándolo todo, dejándonos a todos con dos palmos de narices! Y sin embargo, si me preguntas eso cómo se hace, no sé contestar. No te veo aquí, Virginia, haciendo lo mismo que las otras chicas de tu edad, pero tampoco te

veo haciendo ninguna otra cosa muy distinta. Al final todo acaba volviendo al matrimonio. ¿Qué puedes hacer tú sola, Virginia, sin casarte? Soltera serás una eterna debutante. Todo lo que hagas será un *hobby*, o será interpretado como un *hobby*, un pasatiempo que te buscas para pasar el tiempo de tu insoportable soltería. ¡Así es como se interpretará todo lo que hagas, sea lo que sea, si no te casas!

—¿Qué tal si me casara con el doctor Anselmo, abuela? ¿Qué te parecería eso?

—A mí me parecería muy bien —es un hablar—. Pero a todas las demás personas, a todo el mundo en Santander, les parecería una locada. Les parecería una ocurrencia turulata. Un absurdo y un fracaso. ¿Tú estás enamorada del doctor Anselmo?

—¡No, por Dios!

—¡Entonces más locada todavía! Si te casaras simplemente por casarte, y con el doctor Anselmo, en vez de con un chico de tu clase, sólo por dar a todo el mundo en las narices, todos te considerarían una loca, una excéntrica. Incluida yo. Salvo que te casaras con el doctor Anselmo por amor. Entonces, yo al menos, te apoyaría con todas mis fuerzas. Sería una locada, desde luego, pero brillante. ¡Valdría la pena, aunque fuese absurdo!

—Ahora ya entiendo, abuela, por qué tanto interés en reunirte con el doctor Anselmo, es como si quisieras hacer la calicata del melón.

—Siempre me ha gustado, sí, ver el género antes de decidirme a comprar algo.

—¡Ahí lo tienes abuela, el comercio otra vez! El matrimonio es una compraventa.

—¡Desde luego que sí! ¡No digo que no sea otras cosas también, pero desde luego, en primer lugar y quizá también en último lugar, el matrimonio es un negocio, la casamentería ha sido siempre un mercadeo donde el amor jugaba una pequeña parte y la fortuna personal y otros encantos, la educación, la familia, la educación de la familia y demás, la mayor parte! Un matrimonio de conveniencia, solía llamarse, y la conveniencia del asunto era el detalle principal, el quid de la cuestión, mujer.

—Se trataba, claro, de un contrato.

—Se trataba y se tratará siempre de un contrato. Entre dos partes, a ser posible iguales, o a ser posible con ventaja para una de

las partes, que podía compensarse con otras cosas más etéreas como la belleza o el amor. Y luego había, claro está, Virginia, no hace falta que te lo recuerde, todo lo demás, las uniones por amor, las salvajadas, las locadas que solían acabar muy mal. Cuanto más se aman peor acaban siempre los amantes. Los sentimientos son intermitentes, Virginia, tú lo sabes de sobra.

Virginia se echa a reír. La abuela se echa a reír también. La reunión ha dado de sí todo lo posible en opinión de Virginia y le ha servido para *decir* que no está interesada románticamente en el doctor Anselmo. Una vez dicho esto Virginia comprende que no ha dicho toda la verdad, pero no porque haya pretendido ocultar algo, sino porque ella misma no sabe toda la verdad. Virginia no es en este momento dueña de una completa idea de sí misma. Sabe lo que no quiere: no quiere hacer lo que todas sus primas y amigas van haciendo poco a poco: no quiere entrar en el mercadeo matrimonial, más o menos almibarado o adornado de romanticismo en que entran todas sus amigas y sus primas. Y quiere, por lo tanto, seguir como está. Pero, seguir como está, implica para Virginia progresar personalmente más allá de lo que es ahora mismo. Virginia se da cuenta de que hay muchas otras posibilidades vitales además de ser una rica heredera ociosa y casable. Lo malo es que estas posibilidades no presentan un perfil práctico claro. Virginia no es una intelectual, no tiene una vocación artística, no tiene ni siquiera una vocación beneficiente muy definida. No se imagina a sí misma haciendo un curso de maestra y dando clases por las escuelas de España. No obstante no imaginárselo, Virginia sabe que esto es una posibilidad real que, puesta en práctica, interesaría al doctor Anselmo. El doctor Anselmo, muy probablemente, elogiaría una decisión de Virginia en ese sentido. Y una vez más Virginia regresa al punto inicial de la conversación con la abuela, al punto inicial de su vida en este momento, que es la novedad que el doctor Anselmo, con sus conversaciones, representa en su vida. La otra gran novedad fue Casimiro. Una novedad que la muerte impidió explorar. ¿Y si Virginia descubriera de pronto que no ama ya a Casimiro? ¿Y si descubriera —ahora que tiene delante la figura del doctor Anselmo — que sólo vive un duelo artificiado, prolongado a toda costa para no mal-sentirse a sí misma? ¿Y por qué habría de mal-sentirse a sí misma? A falta de un objeto amoroso individual y concreto, ¿tiene

sentido hablar de un amor eterno? Supongamos —piensa Virginia— que nunca amé a Casimiro. ¿Por qué se plantea Virginia ahora esta suposición? O bien no le ama ya, lo cual es por completo explicable, y la fidelidad a su recuerdo es puramente estética; o bien nunca le amó pero representó ante Casimiro un amor artificiado a fin de sentir o pre-sentir el amor que Casimiro sentiría si creyera que Virginia Montes le amaba. ¿Acaso deseó Virginia tan sólo en aquel entonces sentir que sentía un inmenso amor por Casimiro, para así hacer que Casimiro sintiera efectivamente ese amor y, al sentirlo él, se lo hiciera a su vez sentir a Virginia? Estas preguntas son demasiado intrincadas para responderlas o incluso formularlas en presencia de la abuela Sahagún, quien, sin embargo, ha acabado por dar la impresión a Virginia mientras charlaban de que decididamente le encantaría que Virginia diese la campanada y se casara con este dichoso doctor Anselmo. Hay en la abuela un corazón romántico que aún palpita, siquiera sea vicariamente, que se complacería quizá con un enamoramiento extemporáneo e impropio de su nieta. La abuela no entiende bien las preocupaciones sociales de los jóvenes regeneracionistas, no le interesan demasiado, pero entendería un gran amor de su nieta. Lo malo, piensa Virginia ahora, es que estoy desalmada. No sé pensar en el amor sin pensar en Casimiro, en quien no puedo ya pensar con precisión porque está muerto. Y es imposible pensar lo que no es. Y Casimiro ya no es. Y para pensar en él tiene Virginia que artificiarse y elaborar todo un artilugio retroalimentante que se nutriría casi exclusivamente de recuerdos. Y los recuerdos son lo que no son. Para ser lo que son —recuerdos— tienen que no ser lo que son al ser recordados, es decir, tienen que no ser realidades: los recuerdos son irrealidades de la ensoñación recordatoria. No hay modo de apoyarse en ellos para continuar la vida. Por eso Virginia está en franquía.

—Tenemos que volver a hablar esto, Virginia, tú y yo tranquilamente —declara finalmente la abuela, que comprende que han recorrido las dos mucho trecho esta tarde, sin haber llegado, sin embargo, a ningún sitio.

Virginia asiente. Volverán a verse la semana que viene y volverán a hablarlo todo. Entre tanto, Virginia volverá a reunirse con el doctor Anselmo y quizá sea el doctor Anselmo quien resuelva esta aporía, este cerramiento, en que Virginia —que está en

franquía ahora— se encuentra ahora sin embargo.

X

Tiene que dar el primer paso, tiene que romper la formalidad de esos encuentros quincenales. Tiene que ponerse en evidencia. Pero ¿qué hay entre ellos dos que pueda ponerse en evidencia? ¿Qué hay entre ellos que no sea ya evidente? Si Virginia admitiera que hay entre ellos algo que no es ya de por sí evidente, tendría, en buena lógica, que saber a qué se refiere. Pero el caso es que no hay *buena lógica* en nuestra relación con nosotros mismos, o no siempre la hay. Sin necesidad de postular inconscientes o subconscientes, incluso quedándonos al nivel de la conciencia que todos tenemos de nosotros mismos, no todo lo que nuestra conciencia concibe por sí misma, o percibe del mundo exterior y de los demás, es concebido o percibido con el mismo grado de evidencia. Hay niveles de conciencia en la conciencia reflexiva, de la misma manera que hay niveles de claridad en la percepción de lo dado ante nosotros en cada momento. No sólo los objetos del mundo exterior se nos dan por lados, en perspectivas, sino que también nosotros mismos, incluso en plena conciencia, nos percibimos a nosotros mismos en distintos grados de claridad y oscuridad. Así que Virginia se percibe a sí misma esta tarde, a los pocos días de haber hablado con la abuela, incomodada e impaciente. ¿Cómo es posible que este tarugo de Luis Anselmo espere hasta el día quince del mes en curso para volver a visitarme? Pero a la vez se pregunta a sí misma: ¿Cómo es posible que yo no le tire algo a la cabeza y espere aquí, como una tonta, a que venga el día que a él le conviene venir? El carácter formal de esta relación, las formas solemnes y un poco anticuadas de su visitante, agradaron a Virginia al principio, le hicieron gracia. El eminente doctor Anselmo tiene, a ojos de Virginia, la notable gracia de no ser consciente de lo serio y lo solemne que resulta cada vez que habla de medicina. Sería un perfecto pedante si no fuera porque su vehemencia y su sinceridad están a la vista. Virginia se siente alumna oyéndole. Y éste es un sentimiento agradable. Y es

también, le parece a Virginia, un sentimiento justo, en el sentido de que de verdad Virginia sabe muy pocas cosas. Es, pues, justo que escuche con atención y entusiasmo lo que le cuenta el doctor Anselmo. La innegable e indiscutible corrección de las reuniones que los dos celebran hace sonreír a Virginia con frecuencia. El hecho de que el doctor Anselmo sea capaz de hablar de amor y de matrimonio con Virginia, sin parecer nunca personal, eso es admirable y cómico, en parte. Pero a veces Virginia piensa: está fingiendo. No fingiendo del todo y en todo —no finge su interés por la medicina, eso lo siente de todo corazón: ni finge su pasión pedagógica cuando me explica esto y lo otro, eso también lo siente de todo corazón— finge porque se autoengaña a sí mismo. Es insincero, en este punto, en lo relativo a mi persona, porque a fuerza de hablar de Kant y de la ginecología catalana del momento elude fijarse en los verdaderos sentimientos que siente hacia mí. Se autoengaña. Le gusto, pero no es capaz de reconocerlo ante sí mismo. No está enamorado de mí pero tampoco lo contrario. Lo contrario de estar enamorado es ser indiferente. Yo no le soy indiferente: luego el doctor Anselmo no está respecto a mí en lo contrario del amor. Ni tampoco en el amor. Se encuentra a gusto conmigo. Y así piensa seguir por los siglos de los siglos. ¿Estoy a gusto yo con él? Éste es el tema de esta tarde. Son las cuatro de la tarde. Virginia ha dicho a todo el mundo que esta tarde está ocupada. Y si dice eso, todos sus familiares y amigas dejan de contar con ella. Todas saben que si Virginia dice que no, es que no. Excepto, naturalmente, Gabriel Montes, que se presenta cuando quiere. Y con quien por tanto Virginia se encuentra en libertad de decirle: hoy no me conviene verte, a sabiendas de que Gabriel no se lo tomará a mal. Son las cuatro de la tarde. Las cuatro y cinco, las cuatro y diez, las cuatro y quince, las cuatro y veinte, las cuatro y media. El elegante sonido de la media hora en el reloj de la sala hace que Virginia se levante de un brinco y decida que esta situación es insoportable. Aún falta una semana para que el insensato doctor Anselmo envíe su habitual carta de autoinvitación. Eso significa que faltan aún diez días para que vuelvan a verse. ¿Y si se presentara de improviso en el San Rafael, o en la casa de Perines? Esta acción pensada invade a Virginia como un hormiguillo. No puede librarse del hormigueo de esta ocurrencia.

¿Qué pasaría si se presentara por las buenas en el hospital? Virginia imagina la escena: sube a la calle Alta: un cuarto de hora de paseo, como mucho, desde el muelle: cruzará los soportales de arcos de la entrada, entrará en el patio del hospital. Se dirige a la enfermera que está en recepción. Alguien está en recepción, un portero, al portero. ¿Tiene usted cita señorita?, quizá le pregunte. No, es una visita personal —responderá Virginia—. ¿Tiene usted la bondad de esperarse, sentarse en ese banco ahí en el patio? ¿Es concebible que el portero del hospital de San Rafael la trate de este modo? ¿Acostumbrará el doctor Anselmo a recibir improvisadas visitas femeninas en el hospital, o en su propia casa? Esto, decide Virginia, es impensable. Si el doctor Anselmo recibiera en su casa o en el hospital a jóvenes damas que nada tuvieran que ver con el hospital mismo, esto sería cómico, sería risible. Virginia hace la prueba de reírse ante esta ocurrencia. Hace el ruido de reírse, y se siente ridícula. Nadie llega a reírse de sí mismo o de algo a solas. Uno puede sonreír quizá. Pero la relación con uno mismo cuando no se está ante un espejo, o ante un público, o ante una persona concreta y determinada, es una relación interna y no externa. Y si alguna vez decimos, por ejemplo: qué imbécil soy, o leemos algo que hemos escrito y decimos: ¡qué bien está esto!, la expresión externa de estos sentimientos coincide con la idea —al menos la idea— de otra presencia ante nosotros. Avergonzarse a solas, o reírse, sólo es posible en la medida en que se tiene conciencia de que alguien nos ve, o nos ha visto, o nos verá. Una relación estrictamente natural (preternatural) con uno mismo no es posible antes de caer en la conciencia de los otros (por eso —como indica Kierkegaard— la angustia o la vergüenza sólo son verosímiles ante otro, tras la caída: Eva ante Adán, Adán ante Eva, de pronto son dos, uno ante el otro). Así que esta carcajada de Virginia Montes, a solas consigo misma —casi a punto de dar las cinco ya—, es una carcajada que presupone por lo menos otra persona, un público compuesto por un único espectador, el doctor Anselmo.

Virginia sale de casa a buen paso. Voy a dar un paseo —ha dejado dicho a la doncella—. Avanza, caminando todo lo cerca de la machina que puede, es una tarde nublada y tranquila pero los paseantes pasean más bien del lado de las casas, todo a lo largo del muelle hasta llegar a Correos. Sube la cuesta de la catedral y allí

enfila Ruamayor, que la lleva hasta la calle Alta, hasta los soportales de arcos y pilastras de la fachada principal de sillería. Se detiene bajo ese soportal. Ha tenido que sortear un grupo de niños y unos ancianos que han abandonado la acera y se han bajado a la calzada sin asfaltar para dejar paso a Virginia. Se siente intimidada y se detiene bajo el soportal. Si no fuera una joven decidida y moderna, se llevaría la mano al corazón para contener ese evidente sobresalto cardíaco que la embarga ahora. Ha tardado tan poco tiempo en trasladarse del Muelle 35 a este soportal de San Rafael que ahora no son aún las cinco y media. ¿Es ésta buena hora, mala hora, hora de visitas? ¿Qué está haciendo un médico-ginecólogo a las cinco y media de la tarde? ¿Estará pasando consulta? ¿Estará asistiendo un parto? ¿Estará discutiendo con sus colegas un parto difícil? ¿Habrá salido a hacer una visita privada? Dice Kierkegaard que la realidad es un examinador mucho menos riguroso que la posibilidad y la angustia. Pero Virginia Montes discutiría de buena gana esto a Sören Kierkegaard esta tarde. La realidad la sobrepasa ahora, la sillería, la solemne sillería de la fachada del hospital, el cuadrángulo interior, el recuerdo —casi más recuerdo de cosas contadas que recuerdo propio— de los cuatro mil soldados enfermos de disentería y paludismo y tuberculosis que desembarcaron en Santander en 1898 repatriados de Cuba. El recuerdo de su propio pobre soldado, su propio pobre Casimiro desventrado en el Rif, deshecho en la arena pedregosa, devorado por los lagartos y los lobos. Virginia Montes tiene que sobreponerse ahora para llevar a cabo lo que tenía pensado hacer. Es una joven moderna, libre, desenvuelta, una señorita de la buena sociedad santanderina. Y, sin embargo, ni la realidad ni la posibilidad ceden ahora ante su angustia, ante lo que quizá sea sólo, si bien se mira, un excesivo sentido del ridículo: de pronto se siente ridícula. Los descamisados niños de la acera ahora juegan al escondite entre los soportales del hospital. Son raquerillos con un fuerte acento pejino. Virginia se siente fuera de sitio. Y lo que es más importante aún, se siente intimidada, ¿qué pasará si el doctor Anselmo se niega a recibirla? ¿Qué pasará si el doctor Anselmo la recibe pero se enfada al verla y le reprocha haberse presentado así, sin avisar, a media tarde, interrumpiendo sus tareas hospitalarias? ¿No será mejor volver al Muelle 35 y esperar a que el doctor Anselmo le escriba su

rutinaria carta de autoinvitación? ¿Cómo es de verdad el doctor Anselmo cuando no está de visita? ¿Y si piensa que Virginia es una descarada, una joven creída y descarada que se planta en un hospital a media tarde con objeto de iniciar un estúpido *flirt*? Tan fuerte es la sensación de ridículo y, por debajo del ridículo, la palpitación del corazón ante la rotunda sillería del mundo real, que Virginia se da la media vuelta y se dispone a regresar a casa. Más vale estarse quieta y esperar con calma. Porque (de pronto esta idea explota en su conciencia como un petardo) el mero hecho de presentarse así, sin avisar, tocada con un sombrerito de paseo y con un pequeño velo, es de por sí ya una desvergüenza. Interrumpir al eminente doctor Anselmo es desvergonzado. ¿Dónde quedará el aura que Virginia Montes, con sólo esperar sentada en su sala del muelle, evocaba? ¿Qué hace usted aquí Virginia, en qué puedo ayudarla? El colmo del ridículo sería de pronto inventarse un padecimiento ginecológico. Más ridículo esto aún que asegurar que pasaba casualmente por delante del hospital y se le ocurrió pasar a saludar.

Ya no tiene remedio, tiene que entrar y preguntar por el doctor Anselmo. Si se volviera a casa sin preguntar por él —da igual que esté ocupado y que no pueda verla, eso da igual—, si se volviera sin verle, se sentiría imbécil. Pero si, venciendo esta intimidante angustia —o sentido del ridículo— que ahora la embarga, si cediendo a la impaciencia que le hizo echarse a la calle hace tres cuartos de hora, por fin lograra encontrarse con el doctor Anselmo, ¿no descubriría éste de inmediato que el móvil de la acción de Virginia han sido unos vulgares nervios, una vulgar impaciencia, una comezón prelógica, típicamente femenina (en el peor sentido de la palabra —añade Virginia mentalmente—) de querer a todo trance saber a qué atenerse con un joven pretendiente? ¡Ah, pero el doctor Anselmo no es un joven pretendiente! Es todo, cualquier cosa, menos eso. Es un respetable médico, un reformador de la sociedad, un hombre de una pieza, a quien no interesan de ninguna manera las impaciencias y las comezones de las jóvenes señoritas de la buena sociedad santanderina.

—Perdone, señorita. ¿Espera usted a alguien? —de pronto ante Virginia aparece una hermana de la Caridad, con su inmensa toca blanca, como una pastorcita francesa, como una joven monja de

otro siglo. La palabra *señorita*, suena como un insulto a oídos de Virginia.

—No, hermana, mejor dicho, sí, hermana, estoy esperando al doctor Luis Anselmo.

—¿Ha quedado usted con él aquí? —no hay ninguna malicia en la expresión de esta hermana de la Caridad: sólo quizá un rebrillo de curiosidad en sus ojos negros que enmarca la almidonada toca blanca.

—Sí, hermana. He quedado en esperarle aquí —miente Virginia Montes, por primera vez quizá en su vida.

—Pues entonces mejor que entre, señorita, y que se siente. Hay un banco según se entra a la derecha. Ahí puede esperarle usted más cómoda.

—Una buena idea hermana, así lo haré con su permiso.

Precedida por la hermana de la Caridad, que lleva una bata blanca sobre su hábito azul marino y cuya faldamenta al andar cruje un poco, como en una escena galante en un baile, Virginia entra en el cuadrángulo del hospital de San Rafael, donde se alinearon los heridos y los enfermos en 1898. Ahora trata de recordar a Casimiro, que es ya sólo un borrón, una mancha de tinta, en su conciencia. Se sienta en un pulimentado banco de madera sin respaldo, y apoya la espalda contra la pared de sillería.

—Voy a pasar recado de que está usted aquí, señorita.

No hay nada. Virginia, que se ha sentado en el banco de madera, piensa: no hay nada, y siente una sensación de vacío. El análisis de los motivos que la impulsaron a salir de casa y presentarse en el hospital puede ser recorrido ahora al revés: ningún motivo es por sí solo suficiente: la impaciencia, el no saber a qué atenerse, son negaciones que, por sí mismas, no ilustran la acción que Virginia ha llevado a cabo. Y Virginia, mientras espera, puede bucear en sí misma: puede bucear en su impaciencia y preguntarse: ¿por qué me impacienta esperar a que el doctor Anselmo se presente en mi casa, más o menos una vez cada quince días, o una vez al mes, y me da igual que se presente, o dejen de presentarse todas las demás personas? La respuesta que Gabriel daría es obvia: porque estás interesada, te sientes atraída por el

doctor Anselmo. Lo cual —añadiría Gabriel Montes con toda seguridad— me parece lógico a tu edad. Por un momento, pues, Virginia decide que aceptar esta imaginaria interpretación de su primo es más fácil y produce menos ansiedad que quedarse en el vacío de la espera con esta sensación de vacío delante, con este decir: no sé por qué estoy aquí, no tengo nada que decir.

—Virginia, ¿cómo usted por aquí? —el doctor Anselmo, enfundado en su bata blanca, está de pie frente a Virginia.

—Es que pasaba por aquí. He salido a dar un paseo y he pensado: ¿por qué no pasarme por el hospital de San Rafael y saludar al doctor Anselmo? Eso he pensado.

—Está muy bien pensado, Virginia, muy bien pensado.

—El caso es que... el caso es que está usted muy ocupado en este momento.

—Muy ocupado no diría yo, Virginia, pero sí que tengo qué hacer hasta las siete. No quisiera tenerla esperando tanto tiempo.

—Esperaré con mucho gusto, Luis.

—Entonces, ¿esperará usted?

—Eso es, esperaré aquí sentada.

—Esperará aquí sentada... —repite el doctor Anselmo, con un aire ausente, como si la frase hubiese sido pronunciada en una lengua extranjera y tuviera que traducirla palabra por palabra. Por fin dice el doctor Anselmo: calculo que tardaré aproximadamente una hora, después, pero naturalmente después ya será muy tarde para usted, serán las siete, pasadas las siete...

—No será nada tarde, no —asegura Virginia—, no tengo nada más que hacer que estar aquí hasta las siete. Estaré aquí hasta las siete.

—En fin, entonces me encantará encontrarla a usted cuando baje.

—Estaré aquí sentada.

—Hasta ahora —dice el doctor Anselmo y desaparece.

Virginia Montes se siente muy cómoda ahora. Ahora no tiene ninguna sensación de vacío, rellenará perfectamente el tiempo que falta desde este instante hasta las siete o siete y media, pensando pensamientos de uno u otro tipo —piensa Virginia, que en este momento, sin embargo, no tiene nada que pensar y que tiene intención, sencillamente, de estarse mano sobre mano esperando al

doctor Anselmo hasta las siete o siete y media—. Contempla pues Virginia Montes, firmemente, el vacío de hora y media que se extiende ante ella como un prado ligeramente inclinado hacia un pueblecito que se ve en la distancia, imprecisamente, a esta hora del atardecer. Entrecierra los ojos y su conciencia resbala disuelta por la espera como por la hierba recién segada, balsámica, húmeda y sedosa a esta hora grisazul de esta tarde.

XI

Ya están los dos en la calle. El doctor Anselmo aparece ahora ante Virginia vestido más o menos igual que en sus visitas quincenales. Parece ahora más alto, en la calle, que en el salón del muelle. Es un hombre delgado, de brazos largos y piernas largas. Como Virginia suele verle normalmente sentado, no ha tenido nunca la impresión de que, de hecho, medirá un metro ochenta largo. Salen del hospital y el doctor Anselmo gira a la derecha, y al llegar al cruce de la rúa Mayor con la rampa de Sotileza, dice:

—¿Le acompaño a usted a su casa?

—Podíamos bajar por la rampa hasta el muelle y dar así un poco de vuelta, un paseo, salvo que usted tenga prisa. Y podríamos, al revés, pasear en dirección a Becedo y subir por la Alameda, la Segunda Alameda. Eso es también un paseo bonito y le quedaría usted más cerca de su casa.

—Quizá, Virginia, mejor bajar al muelle. El atardecer es un buen momento para ver, una vez más, la bahía tornasolada.

Los dos bajan por la rampa de Sotileza y llegan al muelle de Maliaño. Una vez frente al muelle, los dos contemplan fijamente la bahía, efectivamente tornasolada a esta hora. Virginia piensa: ahora o nunca, si he llegado hasta aquí, sin saber qué decir, ya da igual que hable y hable, aunque no sepa qué voy a decir. Y dice:

—Me he sentido estos días impaciente y preocupada, después de hablar tanto como los dos hemos hablado, sin llegar a ninguna conclusión. Y no es verdad que haya venido paseando hasta aquí y se me haya ocurrido entrar a saludar. Eso hubiera sido una tontada...

—¡Virginia, mujer, una tontada tampoco!

—Hubiera sido una tontada en parte, sí. Y además no es verdad. Vine aquí aposta.

—Me parece espléndido —dice el doctor Anselmo.

—Entonces le parece a usted una buena idea.

—Me ha parecido una espléndida idea. Me alegro mucho de estar aquí viendo el atardecer en la bahía.

—¿Entonces también estaba usted impaciente? —pregunta Virginia con gran inconsecuencia.

—¿Impaciente? No, no creo. Yo no estaba impaciente. Lo que estoy es encantado de verla.

Virginia Montes observa de reojo a su acompañante y piensa que el eminente doctor Anselmo es un buen mozo. También piensa que ha hecho bien en descararse y decir la verdad. ¿Qué irá a decir el doctor Anselmo ahora? El doctor Anselmo contempla a Virginia pensativo y sonríe. Virginia se siente sonreída. Y no sabe si sentirse bien o mal.

—¿Me toma usted a broma? —pregunta por fin, por preguntar algo.

—No, no, en modo alguno. De ninguna manera. Sonrío de felicidad. Me siento muy feliz y muy contento de estar aquí viendo la bahía con usted. La idea de dar un paseo, muelle abajo, hasta su casa, me parece admirable. Justo lo que me apetecería hacer todas las tardes.

—¿Ah, sí? ¿Y eso qué significa?

—Pues significa, Virginia Montes, que encuentro su compañía extraordinariamente satisfactoria e ideal. Sólo que, desgraciadamente, sólo me permito disfrutar de su compañía un par de veces al mes. Pero dado que, por su propia admirable iniciativa, ha aparecido usted en el hospital, solemnemente anunciada por la hermana Casilda, quien, por cierto, me ha contemplado con un ojillo algo brillante —cosa que he pasado yo por alto, no obstante haber tomado buena nota— con la sorprendente noticia, al decir de la hermana, que había yo quedado con usted en el claustro del hospital. Siendo evidente, de toda evidencia, que no habíamos quedado, toda la situación entera me pareció maravillosa, y me lo sigue pareciendo. No sé si me explico...

—Se explica usted, doctor Anselmo, portentosamente bien. Y a la vez mal. Con el inciso, a mayores, del rebrillo de los ojos de la hermana Casilda, con lo cual yo no contaba...

—¡Pero es cierto! ¡Es absolutamente cierto que le brillaban los ojos un poquito, un bastante, cuando me anunció su presencia! Me siento como si empezara a leer una novela. Los dos personajes, que

somos usted y yo, el inciso de la hermana Casilda, el paisaje santanderino, el atardecer, su declarada impaciencia de usted, en fin, es como el primer capítulo de una novela, qué se yo, romántica... —el doctor Anselmo se echa a reír de buena gana.

Han dejado atrás la avenida de Alfonso XIII y los jardines de Pereda. La luz del atardecer es como una explicación musical: una intensa primera estrofa de un *lied* de Schubert cuyo libreto —en alemán— Virginia no sabe traducir. Todo resulta fascinantemente musical.

Ninguno de los dos sabe bien a dónde van. Esto se refleja en el paso mucho más lento que el de paseo, los detenimientos y las referencias que los dos hacen a la belleza del atardecer, que viene a ser lo mismo que hablar del tiempo. La diferencia entre el antes de este encuentro y el ahora es que antes Virginia tenía una única visión del doctor Anselmo, a saber: instalado con una cierta rigidez frente a ella en el salón de su casa hablando de medicina. Mientras que ahora el doctor Anselmo —este buen mozo— no habla de medicina ni de nada en particular excepto, muy santanderinamente, de la belleza de la bahía al atardecer, un tópico invariable de todos los santanderinos. Virginia a su vez no está interesada ahora —a diferencia de antes— en qué hará con su vida y ni siquiera, demasiado, en la opinión del doctor Anselmo acerca de qué debe hacer con su vida. La relación entre los dos se ha desatrancado. Ahora, que tienen más que decirse, hablan menos.

A diferencia de Virginia Montes, el doctor Anselmo no ha salido aún de su asombro: la agradable sorpresa de encontrarse con el recado de que Virginia le espera a la entrada del hospital de San Rafael no ha perdido intensidad: al contrario, la intensidad de la sorpresa ha crecido. Ahora el paseo, tan familiar, por el lado marítimo del muelle, es sólo agradable, sin mezcla de preocupación ninguna: el doctor Anselmo no siente que tiene que decir nada importante y Virginia, al parecer, tampoco. El doctor Anselmo disfruta, pues, de esta situación sin antes ni después. Virginia, en cambio, quisiera aprovechar la situación: está encantada con la reacción del doctor Anselmo. Y está, sobre todo, encantada con la ocurrencia que la llevó esta tarde a echarse a la calle y plantarse en el hospital. Este encantamiento de Virginia Montes sigue siendo todavía musical: es un significante lleno hasta rebosar de un

significado que Virginia es incapaz de precisar ahora. La única sorpresa de Virginia es el silencio del doctor Anselmo. Este silencio le sorprende, porque en su memoria de los últimos tiempos el doctor Anselmo siempre aparecía sentado y hablando: por eso era una eminencia. Ahora sólo parece un hombre joven, unos años mayor que Virginia, en buena forma física, que pasea evidentemente complacido a su lado y que se mantiene en un plácido silencio. Esta placidez y este silencio, como una rampa inclinada y resbaladiza, obligan a Virginia a hablar de nuevo:

—No creí que le interesaran las novelas, y menos las románticas.

—La verdad es que no, no me interesan mucho las novelas. Creo que no he leído ninguna novela en los últimos... qué se yo, tres años.

—Y ¿por qué no?

—Porque no me dicen nada. Las novelas sólo cuentan, en el mejor de los casos con gran lujo de detalles, relaciones entre personas imaginarias que imitan a las personas reales, de carne y hueso. Yo estoy acostumbrado a tratar casos reales y a hablar con personas reales. Confieso que no soy muy imaginativo. Y tampoco tengo mucho tiempo...

—En cambio yo tengo demasiado tiempo.

—Eso es un privilegio, una suerte.

—O una desgracia. A falta de preocupaciones reales, de casos reales como usted dice, yo me dejo conmover por casos imaginarios. Me conmuevo un poco, me enamoro un poco, me entristezco un poco, o incluso un mucho, con las novelerías... Me llevo la novela a la cama, y finalmente me duermo. No saco nada en limpio de las novelas yo tampoco, salvo una cierta evasión. Pensando en vidas imaginarias, me olvido, al menos parcialmente, de la mía. ¡Y así pasan los años, y cada día que pasa me vuelvo más imaginativa y más tonta!

Virginia ha terminado su frase con vehemencia: desea decir lo que ha dicho. Ha querido decir, en resumidas cuentas, que a consecuencia de vivir una vida ociosa y fácil se sirve de las novelas para evadirse de la realidad. La implicación de la vehemencia de Virginia es que admira a aquellos hombres que, como el doctor Anselmo, se ocupan de casos y de cosas reales y leen libros para

conocer la realidad, no para eludirla. Virginia se ha detenido ahora y se ha quedado mirando al doctor Anselmo, quien, a su vez, se ha vuelto a mirarla ahora. Ahora están poco más o menos a la altura del Muelle 26, mirándose el uno al otro mientras entra del todo la dulce noche. Como un himno menor, un adagio no muy pronunciado: un movimiento lento de dos conciencias que no acaban de saber bien del todo qué desean decirse, o qué es lo que esperan, al hablarse, sacar, sonsacar, la una de la otra.

—Seamos sensatos, Virginia, las novelas que usted lee no sirven sólo para evadirse, también sirven, a su modo novelesco, para entender la vida, yo supongo. No tengo la menor intención de menospreciar el arte narrativo. ¿Qué sería del género humano, y en particular de usted y de mí, si sólo estuviésemos en condiciones de ocuparnos de la realidad y nunca de la irrealidad? Lo que pasa es que yo en concreto hago una vida muy definida de antemano, demasiado definida, quizá. Voy a hacerle una confesión: usted ha sido durante todos estos meses, mi novela.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo así? Eso es malo, ¿no?

Pero no le ha sonado mal a Virginia. Le ha sonado emocionante. Y se ha ruborizado, sólo que la difusa luz del atardecer, que es sonrosada, difumina el sonrojo de la cara de Virginia.

—¡Cómo va a ser malo!

—De acuerdo, puede que no sea malo, pero es una tontería.

—¡Yo no digo tonterías, Virginia! —declara el doctor Anselmo echándose de nuevo a reír.

—¡Pues entonces, explíquese! —exclama Virginia, divertida.

—Estamos a la altura de su casa y son casi las ocho —dice el doctor Anselmo consultando su reloj de bolsillo.

—¿Tiene usted prisa?

—No, ninguna.

—Entonces podíamos seguir malecón adelante hasta el final de Puerto Chico.

—¡Espléndido!

Ahora los dos han acelerado un poco el paso, prolongar su paseo les ha reanimado a los dos. Al doctor Anselmo, desde luego, este inesperado paseo vespertino con Virginia le ha reanimado absolutamente. Ahora espera emocionado (con una emoción que el

doctor Anselmo está seguro de controlar por completo) la siguiente frase de Virginia y también su propia frase siguiente.

—Ahora explíquese —dice Virginia.

—¿Qué tengo que explicar?

—Tiene que explicarme qué quiso decir al decir antes que yo soy su novela.

—Quise decir que usted, Virginia, ha sido todos estos meses mi única emoción no profesional...

—¡Válgame Dios! ¿Y eso es todo?

—Eso es todo, sí. ¿Le parece poco?

—Me parece francamente poco y francamente soso, doctor Anselmo. ¿Cómo puede usted decir a una chica guapa como yo, porque yo soy guapa...?

—¡De eso no hay duda!

—¡Pues peor todavía si no hay duda! ¿Cómo puede usted decirme que yo soy su única emoción no profesional? Es un desconsuelo. ¡Es una sosez!

—Me permito recordarle, Virginia, que esto de la novela lo he dicho impulsado por la emoción desusada de verla aparecer en el hospital, y después pasear bajando juntos. Me pareció un comienzo, que algo comenzaba. Algo inédito, en mi vida por lo menos. ¡Éste es el primer paseo de mi vida, muelle adelante, con una mujer, con una joven como usted!

—Eso no es verdad del todo, tuvo usted una novia en Torrelavega.

—Una novia tuve, sí. Muy buena chica, ya está casada. No fue un asunto muy romántico que digamos. Mejor dicho, yo mismo no soy una persona muy romántica. La medicina no es una profesión romántica, ¡no por Dios! En cambio ahora, esta tarde, al pasear lentamente con usted, mirando el atardecer en la bahía, he pensado... he pensado: ésta es la primera vez que esto me pasa. Por eso hablaba poco, porque no quería deshacer la sensación... ¡de novedad, ea!, una novela es una novedad. Y usted Virginia es la novedad de mi vida. ¡Lo nunca visto! Supongo yo que usted tampoco, con su reposada, ordenada y elegante vida en familia, estará acostumbrada a las novedades —en esto nos parecemos quizá —, aunque, como usted acaba de decirme, lea muchísimas novelas...

—Alguna novedad sí hubo en mi vida.

—¿Ah, sí? ¿Una novedad de novela?

—Algo parecido —responde Virginia secamente.

No tiene intención Virginia de seguir ni un paso más por esta vía. Y, sin embargo, esto poquísimo que ha admitido es la primera vez que lo admite ante alguien distinto de sí misma. Sabe que no puede seguir por ahí. Pero comprende que el haber llegado justo hasta ahí, hasta el borde mismo de su secreta y dolorosa novela de amor juvenil, significa que su relación con el doctor Anselmo no es común. Es lo contrario de común: es una relación extraordinaria aunque —declara Virginia secamente ante sí misma, una vez más— no sea, ni por el forro, un nuevo amor. Es una novedad, es una muy atractiva relación nueva, pero no es un nuevo amor.

—Se ha quedado usted callada de pronto.

—No me he quedado callada, estoy esperando a que me dé usted los detalles que aún le faltan. Ha dicho usted que yo soy su novela y ahora tiene obligación de explicarme con pelos y señales qué ha querido decir. Creo que es lo justo.

De pronto se encuentran al final del malecón. Chapotea la marea alta en las escalerillas de ese lado de la dársena y el golpeteo de los botes al subir la marea es un acompasado son que serpentea como la luz roja del faro del malecón serpentea en la boca de la dársena anochecida. Permanecen un momento ahí los dos. El contrafuerte del malecón les llega ahora a la altura de la cabeza. Regresan. Ahora sí que regresarán definitivamente cada uno a su casa. Virginia decide que los dos han dicho ya mucho, cada cual a su modo. Y también decide que, para sacar el máximo provecho de la situación por ella misma creada, lo único adecuado es quedar con el doctor Anselmo para pasear de nuevo mañana por la tarde. Lentamente regresan los dos. El gran portalón de la casa de Virginia tiene una hoja abierta y otra cerrada. Son las nueve de la noche. El doctor Anselmo acompaña a Virginia hasta el portal mismo.

—Esto no puede acabarse aquí, doctor Anselmo —dice Virginia al darle la mano.

—Desde luego que no, Virginia. Esto empieza aquí.

—¿Mañana entonces volveremos a pasearnos como esta tarde?

—Como esta tarde no, eso es ya imposible. Pero podremos pasearnos aún mejor.

—¿En otra dirección?

—En la misma dirección, por otros sitios.

—Pero, entonces, ¿cómo haremos?

—En esta ocasión, mañana por la tarde, vendré a buscarla yo, si me permite, a su casa. Estaré aquí a las ocho en punto.

—¿Aquí en el portal?

—Así es, aquí mismo estaré, mañana por la tarde a las ocho. Así que, Virginia, hasta mañana —e inclinándose, el doctor Anselmo besa la mano de Virginia que había mantenido entre sus manos.

XII

¿Es concebible que no fueran vistos? Todo Santander estaba siempre presente ante todo Santander. Y, sin embargo, no es inverosímil que no fueran vistos, que pasearan durante casi todo su *noviazgo* por los sitios más corrientes y que no llamaran la atención: con sus trajes oscuros, su aire reposado y adulto, no llamaban la atención. Santander es una ciudad de paseantes. Todo el mundo da largos paseos a buen paso, también estos dos: por el Alta, por la Segunda Alameda, en dirección al faro. Sólo llama la atención quien quiere. Estos dos no querían. Y Virginia había, con los años, ido acostumbrando a su familia a no estar en todo, a no ser —decía— perejil de todas las salsas. La costumbre de dar grandes paseos solitarios —incluso fuera de hora, a última hora de la tarde— no sorprendía a nadie. La sociedad santanderina de aquellos años hacía su confortable vida en buenas casas, los chalets del Alta, los pisos del muelle: había muchísimo que hablar y daban a Virginia por perdida un poco. Y los médicos eran una importante clase social emergente, pero relativamente aparte de la sociedad. Y más los médicos del grupo de Madrazo, regeneracionistas y ateos para colmo de males. Alguna que otra vez se encontraron con gente conocida en la calle. Pero Virginia y el doctor Anselmo no parecían una pareja, sino dos personas que acaban de encontrarse y pasean un rato charlando.

Estaba acostumbrada a pasar desapercibida bajo la paradójica especie de no pasar nunca del todo desapercibida. Se la reconocía en las tiendas de detrás del muelle, en los funerales, en las bodas. En esos lugares donde era o *la señorita Virginia* o Virginia Montes, adoptaba su aire amable y distante, nunca se alejaba demasiado, nunca se acercaba demasiado a los demás. Se la consideraba orgullosa o quizá tímida. Se sabía quién era, e inspiraba, por sí misma, un respeto entre los simples conocidos. Pero a la vez, con sólo dejar caer el velo de su tocado sobre la cara, o abrir el

paraguas, tan santanderino, o cubrirse con uno de sus abrigos negros largos y caminar a buen paso, dejaba de ser identificable como Virginia Montes o como la señorita Virginia: se volvía una buena moza delgada que iba a lo suyo, a buen paso, mirando al frente. Así que ahora los paseos con el doctor Anselmo entraron, con naturalidad, a formar parte de esa otra Virginia anónima, desconocida en una ciudad donde todo el mundo la conocía de oídas o de vista. ¿Era siempre en Santander invierno? ¿Llovía siempre? ¿Y los días de primavera y todo el resplandeciente verano de trajes blancos, de regatas, de fiestas del Carmen, de balandros? ¿Y todo el lento, melancólico y terso otoño? ¿Pasaba desapercibida Virginia Montes también los veranos? ¿Cómo paseaba en verano Virginia Montes? El encanto de los trajes claros y las sombrillas de principios de siglo, que tanto favorecían a las buenas mozas, ¿no la hacían visible a ojos de todo el mundo? Ahora no es, sin embargo, verano ni primavera, ahora ya es otoño, ya es bien entrado noviembre y los días son cortos y los abrigos largos y los paraguas negros y las farolas de gas del alumbrado dan a la vez luz y sombras como en esos cuadros impresionistas de muelles o de paseos, de bulevares abarrotados donde aún se ven sombreros de copa o bombines y el poniente lluvioso deja ver y no deja ver quién en concreto es cada cual, sumidos todos en la tenue luz de los entrecerrados ojos de la memoria. Así que Virginia Montes y el doctor Anselmo pasearon por todo Santander su romance —si es que era un romance— sin ser vistos, o sólo siendo vislumbrados sin llegar a ser inequívocamente discernibles. Y los paseos y los escondites, los lugares de encuentro o de despedida, se repitieron ahora como con Casimiro (Santander era aún una ciudad muy pequeña, uno daba enseguida con el campo, los prados, las playas desiertas en invierno), sólo que ahora Virginia no estaba enamorada. ¿Y el doctor Anselmo? ¿Estaba el doctor Anselmo enamorado de Virginia? ¿Fue que no les vieron? ¿O fue que no vieron ellos dos que todos les veían? Virginia tenía la sensación, confortable, de haber ido volviéndose con los años (salvo en su limitado círculo de familiares y amistades) invisible. Se había ido acostumbrando con los años a mirar sin ver —quizá también a hacer como que no veía— y este artificio acabó convirtiéndosele quizá en una comparativa ceguera. Y el doctor Anselmo —salvo en

lo relativo a Virginia Montes— estaba acostumbrado a percibir detalladamente las enfermedades y sólo genéricamente a los individuos. Podía ejercer su profesión con gran competencia y pulcritud sin necesidad de entrar en los detalles de las vidas, de las mujeres, que tan conspicuamente, sin embargo, se le presentaban en sus embarazos. Los embarazos eran, para el doctor Anselmo, unidades clínicas, casos particulares, asuntos que había que solventar eficazmente con éxito pero cuyos referentes biográficos podían —e incluso debían— omitirse por simple reserva profesional, por no hablar de otras virtudes: la discreción, e incluso esa no-virtud que en algunos individuos muy especializados hace las veces de virtud y que es pura falta de curiosidad por las vidas ajenas.

Tenían encanto estos paseos con el doctor Anselmo: un par de paseos a la semana, a veces sólo uno, más el té de la tarde, una vez cada quince días. Eso se mantuvo invariable porque, en opinión de Virginia, era una característica que a Matilde, la doncella, de haberse suprimido, le hubiera chocado que el doctor Anselmo no hubiera reaparecido por la casa. Hay que decir que tanto a Matilde, que era joven, como a Manuela, la madre de Casimiro, a ambas les encantó desde un principio la solemne presencia del doctor Anselmo: es todo un caballero —opinaron las dos—, una persona que sabe estar. Un distinguido hombre de ciencia —añadía divertida Virginia, viendo la cara de respetuosa curiosidad que ambas ponían cuando salía el asunto del doctor Anselmo.

¿Tenía futuro esta relación? En un sentido inmediato, el doctor Anselmo y Virginia Montes hubieran podido casarse, hechas las salvedades cicateras y sociológicas del caso. A principios de siglo, el primer cuarto del XX, un distinguido profesional podía aspirar en Santander a la mano de una chica de la buena sociedad. Dentro de esta primera situación, estaba claro que aunque Virginia era, o se suponía que era, un buen partido, era ya un poco mayor. Y no había mostrado hasta la fecha gran inclinación a noviazgos con hombres más jóvenes o de su edad dentro de su misma clase social. El doctor Anselmo era una opción razonable, que, con seguridad, hubiera sido bendecida por las dos figuras más prestigiosas de la familia: la abuela Sahagún y Gabriel Montes. Todo el futuro, sin embargo, pendía de imponderables subjetivos: Virginia no estaba enamorada.

Esto en sí mismo no es una dificultad para el matrimonio. ¿Estaba enamorado el doctor Anselmo? Esto es más difícil de saber, pero su posición económica y su creciente prestigio santanderino hubieran garantizado la viabilidad del matrimonio. Despejar la incógnita del doctor Anselmo era, en medio de todo, sencillo. Lo difícil es despejar a Virginia. Virginia detestaba la obviedad, la obviedad de un noviazgo, la obviedad de un matrimonio. Pero ¿no contradice esta detestación —si es que Virginia la sentía— a ese otro lado de Virginia franco, decidido, abierto? Hay en el matrimonio tradicional y en el noviazgo tradicional cualidades claramente recomendables, quizá la mayor de todas sea la apertura social a la situación en que los amantes se encuentran. Se sienten atraídos y la sociedad en el seno de la cual viven los acepta en su atracción. Todo sucede a la luz del día: también las dificultades parece que pueden aliviarse en un entorno familiar o amistoso reconocible. ¿Por qué le molestaba a Virginia la obviedad de un noviazgo convencional, la obviedad de una petición de mano, de un matrimonio? Los enamoramientos son expansivos, ser reconocido como amante o como pretendiente o como pareja por el grupo en que nos movemos es, en sí mismo, gratificante. Sabemos que lo es porque sabemos que lo contrario es sumamente ingrato. En una relación que transcurriera a la vista de todo el mundo, con la bendición de todos, había, sin embargo, a ojos de Virginia, algo impuro y borroso que no lograba identificar bien. Se sentía rebajada por la facilidad. Ser aceptada universalmente era equivalente a no ser tenida en cuenta en su individualidad: un sentimiento éste autorreflexivo, que tenía gran importancia en la idea que Virginia se hacía de sí misma.

A diferencia, pues, de la relación con Casimiro, la relación con el doctor Anselmo tenía futuro. Podían ser novios verosímiles. A poco que el doctor Anselmo amara a Virginia (y Virginia, a partir del paseo por el muelle, había empezado a temerse que el doctor Anselmo se había puesto a sí mismo en el disparadero de amarla), lo esencial estaba hecho ya. Sólo había que decirlo, contárselo a la abuela Sahagún, contárselo a Gabriel Montes, contárselo a su padre. A partir de esos tres relatos, todo el entramado narrativo del noviazgo estaría casi completo. Don Arturo Montes era un financiero afable. No muy imaginativo. Se daba por contento con figurar en los consejos de administración de las empresas familiares

(el Banco Santander entre ellos, el Banco Mercantil) y vivir una tranquila viudez de provincias. Amaba a su hija con la bonhomía patriarcal de una época anterior: Virginia, el servicio doméstico, su difunta esposa, eran el mundo lárico, confortablemente instalado de por vida. A esto debe añadirse que la idea de una Virginia soltera no le inquietaba demasiado. Le hubiera inquietado más una Virginia noviera, una Virginia de rompe y rasga. Le hubiera inquietado más, inclusive, una Virginia mística, una Virginia decidida a profesar. La obvia desinclinación de Virginia por el culto y clero no inquietaba a este viejo liberal (conservador) educado en la Restauración. Entre viudez y soltería, se extendía un campo musgoso, herboso, gozoso, de nadie. Toda la pena se había apenado junta como un atracón de cordero lechal invertido. Don Arturo era liso y llano. En los consejos de administración se valoraba su sensatez, su sentido común, su llamar al pan pan y al vino vino. Y él mismo, reflejado en esta opinión de sus conciudadanos, se veía a sí mismo llano, con la llaneza de un buen yantar de fácil digestión, de copiosa ingesta, de regulada excreta. Hacía sus deposiciones a sus horas, matemático. Su secreto era su no-querer que Virginia cambiase de estado. De aquí que secretamente y en un sentido prefreudiano confiase en que no llegase Virginia a desear casarse nunca. Y esto Virginia lo había descubierto, no tanto por la inspección inmediata de los datos que su padre ofrecía, cuanto por una analogía establecida entre su padre y el padre de Emma Woodhouse. Analogía ésta un poco traída por los pelos: a diferencia del personaje de Jane Austen, don Arturo Montes era un hombre de acción, un hombre de negocios de la época, instalado en su viudez soltera, cuyo confort dependía, eso sí, de que Virginia permaneciera para siempre en la misma situación. A él también, a don Arturo Montes también, habría que informarle de si Virginia por fin se decidía a contraer matrimonio con el doctor Anselmo: habría que prepararle, habría que asegurarse, sobre todo, de que su estado de perfecto bienestar permaneciera inalterado.

Pero la verdad es que el motivo profundo de este permanecer inalterado hasta la fecha había dependido, desde la juventud de Virginia, de un no querer saber de Virginia nunca más de lo que podía saberse a simple vista: que era una chica responsable y seria desde joven, encantada con su papel de señora de la casa de su padre viudo. No había que pensar en nada más, no había que ir más

lejos. Es curioso que una de las pocas citas literarias que don Arturo Montes citaba con frecuencia fuese de Campoamor: *Si quieres ser feliz, como me dices, no analices, muchacha, no analices*. Por eso se le consideraba un hombre de buen juicio: porque hay en toda analítica, por somera que sea (y la analítica a que Virginia se sometía a diario era todo menos somera), una última descompensación, una desorbitación, una *hibris* que, no obstante los modestos y limitados medios de que disponía Virginia Montes, era siempre un paso más allá del buen juicio, un viaje sin retorno. Y aquí estaba, en esta idea del no-retorno, una parte del quid de la cuestión que Virginia vivía en propia carne pero que se sentía incapaz de formular. Había un no-retorno en toda acción llevada a cabo, en toda propensión consentida: de tal suerte que para regresar —para tener la seguridad de que por mucho que se viajase siempre se retornaría al punto de partida— había, en la práctica, que abstenerse de actuar y de acceder o incluso asomarse a las propensiones. Una vez iniciadas las acciones o consentidas las propensiones —descubrió Virginia un buen día— era ya imposible regresar. Hubiera sido preferible, por lo tanto, que no hubiese Virginia hablado nunca con Casimiro aquella tarde en Villa Piquío cuando Casimiro se acercó sosteniendo en una bandeja los cuencos del *cup*. Hubiese sido preferible que antes aún no se hubiera topado con Casimiro Virginia Montes en la cocina de su casa, a consecuencia de haber aquella particular mañana echado Casimiro una mano en la cocina. Ahí empezó la propensión. Y verse después en el portal de atrás o pasear con él entre dos luces en dirección al faro, o al revés en dirección a Maliaño, o todo por el Alta bajando luego por Perines y siguiendo por la Segunda Alameda y por Becedo evitando el muelle junto a las casas, adumbrándose del lado de la machina en los atardeceres, todo fueron acciones, una sola acción, que —una vez ejecutada en su detalle— cerró el paso al retorno, al regreso, a la situación inicial, al punto cero. Una vez picada Virginia en el amor de Casimiro, una vez desaparecido y muerto Casimiro, no hubo ya regreso, porque el regreso le hubiera parecido a Virginia Montes la infidelidad más profunda, el retorno a la posición inicial, a la no-propensión y a la no-acción: eso le hubiera parecido a Virginia un detestable punto muerto. Había, por tanto, que seguir. Pero seguir era un proceso complicado, más excluyente

que incluyente. Seguir era no amar a nadie más. Cabía empeñarse, en cambio, en abstractas concepciones y revoluciones socialistas, anarquistas incluso, higienistas, eugenistas. Valdría casi cualquier imaginable, e incluso inimaginable, concepción que no incluyese la vía recta o la acomodación a la existencia burguesa: la única clase de existencia, por cierto, que Virginia había conocido y que, con toda probabilidad, tenía oportunidad de seguir conociendo en el futuro. A excepción, claro, de internarse en lo excepcional en cuanto tal, lo idiota, lo único, lo singular, lo gravemente mortal que los moralistas, por cierto, denominaron siempre, con toda razón, el pecado mortal.

¿Cómo es posible que desdeñara Virginia Montes el amor, volver a enamorarse, habiendo apreciado tanto, antaño, el sentirse enamorada? ¿Por qué ahora enamorarse le parecía una mala trampa, un beleño tedioso? Y lo que es peor aún: no-mortal, una venenosidad cronificada que podía arrastrarse con subidas y bajadas de la fiebre y los dolores de columna o de cabeza, las migrañas o la incipiente artritis, años y años hasta el fin adocenado de los tiempos de su inútil vida, la vida de Virginia, la única que había tenido o llegaría a tener de ahora en adelante. Todo lo que Virginia Montes denominó amor y amar y enamorarse cuando su objeto era Casimiro aparecía ahora como morbidez cronificada, un salvamento a medias, como de enfermos que ni se mueren de una vez ni se reaniman nunca por completo. Se sentía Virginia —injustamente, por supuesto— tísica, pensando en la prolongación de la vida y en el amor conyugal aburguesado. A consecuencia, sin embargo, de la posible inclinación amorosa del doctor Anselmo (puesto que al fin y al cabo las entrevistas y los paseos ahora menudeaban), no podía Virginia evitar ahora pensar mucho en el amor: el sentimiento amoroso era ahora el centro de su reflexión. Y esto significaba volver al fantasma de Casimiro, que se le aparecía en sueños: en ese momento de los sueños que preceden al despertar, entredormida. Recordaba las manos de Casimiro, los callos de sus manos, las torpes caricias de los dos, y cómo hablaban los dos de escaparse y juntos irse a América: polizones en cualquier fragata de la naviera familiar sin que nunca hablaran de casarse, aunque hablaban de *cuando vuelvas de la mili*. Casimiro no volvió nunca de la *mili*. Se quedó insepulto en el Barranco del Lobo, y eso agujereaba el

corazón de Virginia una y otra vez. Pero ahora, reintroducida de nuevo por las atenciones del doctor Anselmo en el aura del amor —ya que no en el amor mismo—, se imaginaba Virginia llegando a La Habana y poniéndose a trabajar de costurera y Casimiro de peón de la construcción o en un ingenio azucarero: idea que en la mente de los dos implicaba el atractivo de vivir en una cabaña de cañas de maíz asolada por los tifones caribeños, ensordecidos por el cacareo de las cacatúas, los tucanes y el monótono son de los guajiros machete en mano.

XIII

El doctor Anselmo había pasado de encontrar estimulante la compañía de Virginia a encontrarla absorbente y, con el paso de los meses, a no poder estar sin verla. Y aunque se decía a sí mismo (se lo gruñía): *Yo no soy ningún cadete*, acabó sintiéndose enamorado como un cadete y teniendo que reprimir a diario sus arrebatos juveniles a la hora de ver a Virginia y, los días que no se veían, a la hora de escribirle. Llevaban así más de seis meses y, dada la mentalidad mecanicista y positiva del doctor Anselmo, aquello se acercaba ya a la maduración, o al menos a esa primera maduración convencional en que consiste la formalización del noviazgo. Se acercaba, para decirlo como se decía, el momento de conocer a la familia, de ser presentado a la familia. Y era obvio que Virginia detestaba ese particular momento y que procuraba retrasarlo con un procedimiento que, sin darse cuenta quizá la propia Virginia, y ni siquiera tampoco el doctor Anselmo, aceleraba en vez de retrasar el acontecimiento. Virginia no acababa de decir que sí. Evidentemente, no decía nunca que no, y disfrutaba de los paseos y de la compañía del doctor Anselmo, reconocía disfrutarlos. Sólo faltaba que Virginia respondiera a la más tórrida y a la vez más insustancial de todas las preguntas amatorias: ¿*Me quieres, Virginia*? Una pregunta, por cierto, que el doctor, atemorizado, no había hecho aún, acelerando, de esta suerte, el proceso entero hacia la inevitable línea de los prolongados circunloquios que caracterizan el enamoramiento de un cadete. El eminente doctor Anselmo nunca se hubiera figurado que, a sus treinta y pico años, andaría consultando a media tarde su reloj con impaciencia, lamentando cuánto faltaba para el paseo vespertino o sintiéndose inquieto acerca de si Virginia desearía o no dar una vuelta con él el domingo por la mañana o después del almuerzo o a última hora de la tarde. Deseando estaba el buen doctor acabar con aquella etapa juvenil e introductoria de su relación para entrar en la más reposada etapa,

ya que no de la consumación, sí al menos de la presentación a la familia. Daba, pues, por hecho, el doctor Anselmo, que había un final feliz, tal vez aún no al alcance de la mano pero definitivamente ya a la vista.

—¡No me dejas decir lo que yo quiero! —ésta era una de las frecuentes y abruptas declaraciones del doctor Anselmo a lo largo de los paseos.

—¿Cómo que no? ¡Di lo que quieras, dilo!

—¿Ves como no me dejas?

—Te estoy diciendo que me digas lo que quieras, y saltas con que no te dejo. ¿Cómo es que no te dejo?

—Porque lo que tengo que decirte es difícil de decir porque es demasiado fácil de decir y por eso, por la facilidad, al irlo a decir se queda en nada. Y tú, Virginia, cada vez que yo voy a decirlo, me miras fijamente y dices *dilo*. Y entonces yo no sé seguir. Necesitaría un ambiente, Virginia. Un que tú no me miraras, que no esperaras, como esperas, que fuera yo a decir algo claro, coherente, razonado. Lo que se dice un ambiente, una simpatía inicial, me vendría bien.

Virginia se daba cuenta de que lo que quería decir el doctor Anselmo era *te quiero*, o una frase parecida. Y la idea de oírla decir, y la idea, sobre todo, de lo que se precipitaría en tromba inmediatamente después, ponía a Virginia de los nervios. En realidad Virginia sentía nostalgia de los primeros formales tiempos de su relación con el doctor Anselmo. Echaba de menos el *usted*, sustituido ahora por un trivial tuteo y por una palpitación de cercanía e intimidad, en cuyas dulces aguas temía Virginia acabar ahogándose. Y aquí, una vez más, volvían a su memoria la otras dulces aguas, el otro ambiente, el que desde un principio se estableció con Casimiro: en él los *te quieros* se cuchicheaban tímidamente, incesantemente, con naturalidad. No había, con Casimiro, que cruzar puente ninguno para darle un beso en la mejilla, o dejarse besar por Casimiro un poco en la frente. Era lo natural, lo intrínseco entre ellos, lo que hacían cada vez que se encontraban a escondidas en cualquier parte. Era muy emocionante. Virginia se pasaba el día pensando en el momento de encontrarse, ambientada en un enamoramiento que, incluso restringido a los preparativos amatorios, cargaba de intensidad cualquier bobada: cogerse de la mano era una delicia insoportable, o mirarse a los

ojos, o acariciarse el pelo. Y es que Casimiro, que no era eminente, era en cambio asequible, acariciable. No tenían ninguno de los dos nada que contarse, sólo cuchichearse que se amaban. Era un enamoramiento sin discursos, sin contestaciones inteligentes y rápidas, un sencillo estar bien juntos, que Virginia, con diecisiete, creía que había de bastar y sobrar para toda una vida venidera. Es muy posible que Virginia se equivocara en esto. Una equivocación ésta que no tenía ahora ya manera de confirmarse o desconfirmarse. Por eso, cada vez que Virginia pensaba en su tierna relación con Casimiro, podía pensarla sin la más mínima duda o restricción. Al ser ya imposible, podía darse imaginariamente el gusto de considerarla posible e inmediata y natural y sin dificultades. Es la sosa facilidad de la nada. Debe añadirse que en el ambiente de esa relación siempre se había visto Virginia un poco por encima, una princesa especial, una infanta del amor que concedía el amor a la vez que lo pedía, sin sentirse en ningún momento incomodada. Era un amor asimétrico, dada la clase social a que pertenecía cada uno. Pero la asimetría de clase quedaba compensada por la simetría de la mutua inclinación: al dejarse amar, la amada concedía el mismo amor que deseaba recibir. Simetría espejeante de dos jóvenes mutuamente enamorados. La asimetría social quedaba derogada por la profunda simetría del amarse. La asimetría social, que con el doctor Anselmo era mucho menos pronunciada, se impregnaba asimétricamente, en cambio, del no-amor con que Virginia se dejaba amar ahora, teniendo todo el tiempo la sensación de no corresponder de verdad con algo equivalente. Y luego había la cuestión de la eminencia del doctor Anselmo. Iba ya —y tan joven — camino de convertirse en un ginecólogo eminente: Virginia sentía que no se le podía, en buena ley, decir que no, pero no porque fuese o dejase de ser un buen partido, sino porque no se merecía ningún no. A diferencia de Casimiro, que sólo reclamaba para sí la natural ternura que Virginia deseaba darle, el doctor Anselmo reclamaba, sin reclamarla, por supuesto, con razón, la admiración y el merecido respeto a su eminencia. Así que la relación entre Luis Anselmo y Virginia Montes seguía en el fondo siendo tan formal como lo había sido desde un principio, sólo que ahora el buen doctor, a consecuencia del enamoramiento que sentía, se iba volviendo cada vez menos y menos fascinante. Y

Virginia cada vez menos amante. Como amante, se entrecruzaban en el doctor Anselmo dos figuras contradictorias: la eminencia y la ternura. Seguía siendo la misma figura del buen mozo respetable, un poco envarado, correctamente vestido, que parecía mayor: sobreimpresionada aparecía ahora la figura delicuescente del hombre enamorado, que sonríe demasiado, que se azara, que se calla, que contempla pensativo a la amada. Se acabaron las investigaciones ginecológicas para Virginia, los proyectos de la mejora de la raza cántabra a partir de la selección de los mejores machos y hembras. Se acabaron Kant y la Unión Sindicalista y los avatares de los anarquistas catalanes y las referencias a Unamuno y a Ortega o a don Santiago Ramón y Cajal o a Alfonso XIII, el cuestionable rey-soldado. Ahora el doctor Anselmo rozaba con frecuencia lo sublime. Y el ridículo queda siempre a un paso. Pero era, por lo demás, conmovedor. Y Virginia se sentía halagada. Hubiera deseado poder seguir así, o como antes, por los siglos de los siglos. Pero ahora era el doctor Anselmo quien quería avanzar hacia una nueva situación, hacia una nueva consumación, por lo menos formal, hacia un noviazgo en serio en presencia de toda la familia, idea que Virginia detestaba. Y los recuerdos de 1909, aquel verano horrible, con las noticias de los movimientos de tropas que salían de Santander o que volvían a Santander a la guerra de África. Las noticias que ávidamente leía Virginia en *La Atalaya*, las cartas, muy pocas, que Casimiro había escrito a su madre (y ninguna a Virginia porque en eso habían quedado, en guardarse el secreto de su amor hasta la vuelta, hasta la consumación del amor en las Américas). Y ahora salía todo de nuevo, porque de nuevo Virginia volvía a estar envuelta en el aura del amor aún sin estar enamorada.

Querida madre:

La escribo para decirla que, gracias a Dios, estoy bien y espero que usted esté bien también. Nuestra compañía se habla que saldrá muy pronto. Desde Rostrogordo donde hacemos la instrucción se ve el Gurugú, que es un monte pelado de piedras relucientes, un monte malencarado donde pega mucho el sol. Los moros encienden por las noches hogueras que son las cábilas, dicen, y las tribus que están en pie de guerra. Eso da algo de miedo, aunque no es de preocupar. Es verdad

que somos bisoños, dicen, recién incorporados a la guarnición. Por lo demás estamos bien. Comer se come bien y en la compañía nos llevamos bien y cantamos las canciones también de la tierruca y otras de otras partes de España y damos vivas a la patria. Me acuerdo de la bahía y de Puerto Chico y de usted. Recuerdos a la señorita Virginia. Su hijo que la quiere,

Casimiro

Habían quedado en que no se escribirían, que mantendrían sólo los recuerdos y el *señorita Virginia* en las cartas a su madre. Vinieron muy pocas, había ésa y alguna otra, que Virginia recordara. Las primeras noticias las leyeron en *La Atalaya* en la cocina Virginia y Manuela emocionadas: En Madrid no se habla de otra cosa que de las noticias verdaderamente graves que se reciben de Melilla... *La Atalaya* daba cuenta minuciosa de lo que ocurría: El fuego se generalizó y los moros hacían numerosas descargas ocultos entre las chumberas. Los soldados españoles se batieron admirablemente a pesar del fuego de los contrarios. El combate duró una hora y al suspenderse el fuego fue recogido un soldado muerto y otros heridos, uno de ellos grave. El número total entre muertos y heridos entre los soldados ha sido el de treinta.

Virginia tenía que leer el periódico en voz alta a Manuela y a la doncella y a Víctor, el ayuda de cámara de su padre. Tan pronto como Víctor traía el periódico, se reunían a leerlo. Virginia estuvo a punto, en muchas ocasiones, de decirle a Manuela que amaba a su hijo. Pero ¿hacía falta decírselo? Virginia Montes desconfiaba de las efusiones sentimentales cuyas consecuencias no podían predecirse: ¿qué se adelantaba ya con contarlo? Era mejor guardar el secreto y esperar a más noticias y esperar a que volviera y que volviera todo a ser como antes. Los periódicos eran imprecisos. Virginia leía también, aunque esto no en voz alta, los ecos de sociedad: Ayer contrajeron matrimonio en la parroquia de Santa Lucía don Manuel Quijano, hijo de nuestro distinguido amigo el senador don José María Quijano y la bellísima señorita Faustina Otero. La ceremonia resultó un acontecimiento en nuestra buena sociedad. La novia lucía un precioso traje de desposada que realzaba a maravilla sus naturales encantos. Deseamos a los jóvenes contrayentes todo género de felicidades en su nuevo estado. Ha regresado de Arnuero,

próximo a Noja, acompañada de su preciosa hija, la señora doña Josefa Ibarnegaray. En Arnuero hay un monte que curiosamente se llama también el Gurugú, en la localidad cántabra de Soano.

Ese mismo día de julio trajo Gabriel Montes a casa un artículo largo sobre una exposición de pintura. De todo el artículo de Gabriel (y Virginia lo comentó con su primo) lo más notable era la reseña de los cuadros humorísticos. La última observación de este artículo de Gabriel decía: A todos hay que agradecerles el fruto que brinda su trabajo. Ellos nos dan la sensación franca y espontánea de un sano regocijo. Bien lo necesitamos los que, nacidos en esta tierra brumosa, nostálgica y depresiva, llevamos latente, como estigma fisiológico, cierta hipocondría nativa. Virginia leía asombrada, horrorizada, noticias como que un grupo de amigos íntimos del joven teniente don Manuel Vierna destinado a Melilla le obsequiaron ayer mañana con un almuerzo en el acreditado restaurante del café Áncora. El almuerzo se desarrolló en medio de la mayor animación y sin que el entusiasmo decayera un solo momento. El joven Vierna, animoso y decidido, hizo formal promesa de traer una chilaba a cada uno de los comensales de vuelta de la guerra. Se han celebrado regatas con buen tiempo. Hoy se disputaba la Copa del Vicecomodoro habiendo gran entusiasmo entre los balandristas. La copa fue ganada por el Hispania de S. M. El Rey, que llegó un minuto antes que el Ostara. El tercer lugar lo ocupó el Vanity, siendo la regata muy disputada e interesantísima. El Tuiga del duque de Medinaceli no tomó parte en la regata... El 31 de julio leyó Virginia: El sacrificio de las tropas ha sido inmenso, pues se han pasado muchas horas sin comer y sin dormir, demostrando a cada momento que no les arredra el salvajismo del enemigo. El regimiento de Melilla se portó heroicamente.

Estaban tan lejos ellas dos, Manuela y ella, del pobre Casimiro. Virginia le imaginaba con el uniforme de rayadillo y la barba crecida dando *vivas* a España en la compañía de su regimiento, cayendo muerto o cayendo vivo, desapareciendo. Leía los periódicos en busca de su nombre en vano, y las noticias de las reuniones de las señoras y señoritas de la buena sociedad santanderina, en cuyo listado se incluía su propio nombre y el de sus primos, la desesperaban.

¡Eran tan terribles los listados, ahí donde ella, Virginia Montes,

figuraba siendo beneficiente, siendo hermosa y dulce desde Santander, en *La Atalaya, Diario de la mañana*! Ahí se contaba que don José Varillas Herrera había fallecido en Renedo, Piélagos ayer 16 de julio después de recibir los santos sacramentos RIP. Su viuda doña Carolina García Iturrosa, hijos doña Elisa y don José, madre política doña Amalia Macorra, hermano don Patricio, hermanos políticos, sobrinos, primos y demás parientes suplican a sus amigos encomienden su alma a Dios nuestro Señor y se sirvan asistir en los funerales que se celebrarán en la parroquia de dicho pueblo el día 21, miércoles a las 10 de la mañana. No se reparten esquelas.

XIV

Virginia ha vuelto a leer, ahora en voz alta, la comunicación de su primo, dirigida a los socios de la Sociedad Filarmónica de Santander. Con treinta y pico años Gabriel Montes va singularizándose cada vez más, convirtiéndose más y más cada día en una excepción a los hombres de su clase, que se dedican a los negocios o a los deportes. Una de las regocijantes cualidades de su primo —piensa Virginia— es su estilo literario. Esta comunicación le parece a Virginia característica: es un lenguaje educadísimo y florido. Convencionalmente cortés y didáctico, exalta el carácter extraordinario del concierto que va a celebrarse en abril, en el Teatro Principal, a las nueve de la noche. Extraordinario, dice, sobre todo, por lo abundante y lucido del elemento femenino, que rompiendo con su habitual y explicable retraimiento (Virginia se echa a reír al leer esto) ha puesto a disposición de la Sociedad sus cultas y delicadas aficiones, sus conocimientos y aptitudes artísticas, respondiendo con entusiasmo al llamamiento de la Junta Directiva. Lo didáctico viene ahora: estas damas, recuerda Gabriel, han empleado con verdadero amor e interés sus horas de ocio y expansión durante muchas semanas en el estudio de las difíciles obras que han de interpretar ante un público —constituido únicamente por los socios de la Filarmónica— haciendo el sacrificio de una exhibición escénica, a lo que, naturalmente, no han de hallarse adecuadas las gentiles, distinguidas y hermosas señoritas (a título de gentil, distinguida y hermosa señorita, Virginia se ríe ahora a carcajadas). Tras una pausa, prosigue leyendo Virginia: gentiles distinguidas y hermosas señoritas, cuyos nombres honran desde hoy las páginas de nuestra colección de programas, que serán dentro de breves momentos ramillete encantador y lozano de juventud, arte y belleza, que ornará el escenario de nuestras fiestas musicales... Aún riéndose de buena gana Virginia con todo esto, no puede evitar sentirse conmovida por la ingenuidad y el entusiasmo

organizador de Gabriel Montes, su primo del alma. Gabriel, que observa a su prima mientras lee en voz alta estas frases, tiene una expresión perpleja ahora. Virginia entiende de sobra esta perplejidad: el sentido del humor de su primo es restringido: evita, con la seguridad de un instinto, ese lado del humor que es la ironía y que tiende a complacerse en exceso en el absurdo. Gabriel no tiene sentido del absurdo. Es, a su manera, un hombre de acción, y el sentido del absurdo y del ridículo, o incluso la ironía, son sentimientos retardatarios que paralizan la acción. Virginia no desea, en el fondo, mostrarse irónica con su primo. Ella misma es, en el fondo, poco dada a la ironía que le parece deletérea, sin saber muy bien por qué. No se puede ironizar y a la vez organizar una sociedad filarmónica: no se puede rendir un expresivo homenaje de gratitud a los dignos e inteligentes profesores de las orquestas y bandas de Santander y restar importancia a su colaboración, o tomarla a la ligera, aunque sólo sea mentalmente: todos ellos han cooperado en el proyecto con un desinterés y una laboriosidad que les honra. Se han puesto, dice Gabriel, incondicionalmente a las órdenes de la Junta Directiva y han soportado con la mayor asiduidad y excelente deseo la intensa y prolongada labor de ensayos penosos, que han puesto a prueba su paciencia y su amor a la noble labor que ejercen. Ahora Virginia por fin resume las palabras de su primo, que a lo largo de esta lectura sólo ha preguntado en voz alta qué es lo que Virginia encuentra gracioso.

—Te encuentro gracioso a ti —ha respondido Virginia—, tú reúnes toda la gracia y toda la ingenuidad del mundo, Gabriel. No hay nadie como tú.

Y Virginia añade que, si las circunstancias familiares de Gabriel no fueran las que son, hubiera sido un excelente profesor de enseñanza secundaria. Su conciencia del valor social de la actividad que desarrolla es notable. Este concierto vocal e instrumental (que reúne piezas de Haydn, Chopin, Wagner, Bach, Mendelsohn y Beethoven, aparte de la romanza de la Wally de Alfredo Catalani, un wagneriano de Italia, fallecido prematuramente) se ofrece a la Sociedad Filarmónica como un ensayo, como un recuento de fuerzas y aptitudes, como ponderación de los elementos con que cuenta Santander para organizar interesantes sesiones musicales y acometer con asiduidad y constancia la obra de una verdadera

agrupación, estable y disciplinada, que pueda ser honra de la Montaña, y elemento de lícito, culto e instructivo recreo para nuestros socios. Verdaderamente, Virginia, que está al tanto desde hace mucho tiempo de las gestiones musicales de su primo, se siente esta tarde particularmente conmovida, como si por primera vez se encontrara ante él, tan bien vestido, con su chaleco de rayas, corbata de rayas sujeta con un largo pasador de oro con una perla en medio, con el pelo peinado con la raya en medio. Virginia Montes no pudo recordarlo entonces, pero el lector quizá sí, ahora: *Shall I part my hair behind? Do I dare to eat a peach / I shall wear white flannel trousers, and walk upon the beach.* Este poema de 1917 con su ironía autopunitiva, su intenso sentido de lo grotesco y de lo cómico (el protagonista del poema tiene un nombre absurdo: J. Alfred Prufrock) está muy lejos de la ingenuidad de Gabriel Montes, pero no tan lejos, ni mucho menos, de la innata sofisticación de su prima. Enamorarse de Casimiro fue equivalente a atreverse a comer un melocotón del poema. Y la decisión de embutirse en pantalones de franela blanca, y pasearse por la playa es una manera elegante de representar el desafío a las oscuras fuerzas gregarias de una ciudad provinciana. Atreverse a aprender, a saber, a tocar un instrumento musical, a escribir un tratado de las emociones: todos estos atrevimientos los ve de pronto Virginia esta tarde de lluvia como un gesto confuso y preciso a la vez de liberación y gallardía. Y le parece que el entusiasmo organizador de su primo —y se lo dice — tiene, en el seno de los acomodados grupos de la alta burguesía santanderina, un desenfado genial, como la invención de un poema, como el bosquejo de un noble retrato, tiene el encanto leve —local y universal a la vez— de los paisajes de Gerardo Alvear, el buen amigo de Gabriel. Esto también es parte de mi vida —piensa Virginia— y leyendo esta nota a los socios de la Sociedad Filarmónica declara implícita su amor titubeante y guasón por toda esta gente también, incluida ella misma, Virginia Montes, que no tiene ningún don especial, excepto el don de ser intensamente consciente de su vida, de sus emociones y de la sociedad que la rodea.

¿Cuál era el don de Gabriel Montes? Para Virginia, su primo es múltiple, la gracia de Gabriel consiste en su insaciable curiosidad sentimental combinada con una voluntad de acción en la vida real,

de la que Virginia carece. Virginia le admira porque invariablemente le divierte hablar con él: siempre está en marcha una nueva iniciativa, una nueva ocurrencia para sacar a la buena sociedad santanderina de su *smooth mediocrity* (Gabriel utiliza en el inglés original esta expresión de Emerson), teñidas todas las ocurrencias e iniciativas de una emotividad que empapa sus prosas didácticas, desde los programas de los conciertos a los estudios psicofisiológicos de las emociones. De entre las muchas conversaciones que Virginia y Gabriel habían mantenido, recordaba siempre Virginia una acerca precisamente de las emociones: Virginia había confesado a Gabriel (y esta confesión obedecía al doble, pero no revelado, motivo de la decreciente emoción que sentía al recordar a Casimiro y la, quizá por desgracia, curiosamente no-creciente emoción ante el amor que le profesaba el doctor Anselmo) que vivía en un estado emocional vegetativo. Virginia había empleado esta palabra en su uso común, queriendo decir que sus emociones, en general, se habían reducido hasta parecer inexistentes y que vivía una vida emotiva enfriada, una atonía emotiva que le hubiera parecido, comentó Virginia, insignificante y no digna de especial mención, de no ser por la importancia que el propio Gabriel daba a las emociones en la vida humana y porque ella misma, al sentir que no sentía, se sentía fríamente responsable de su insensibilidad y además culpable. Entonces fue cuando Gabriel, en uno de sus largos e ilustrados monólogos, no muy disímiles, a decir verdad, de los monólogos clínicos del doctor Anselmo, declaró:

—Errónea es, Virginia, la creencia de que no hay emoción más que cuando sentimos las palpitaciones del corazón y nos encontramos turbados. Ten muy en cuenta (¡y ojalá sirva esto para aclarar tu presente situación de atonía emocional, vegetativa!) que lo mismo el percibir los colores, que si nos hiere la forma de un objeto, que escuchando sonidos, que al conversar con un amigo, como conversamos tú y yo ahora, leer una carta, contemplar un paisaje, formular un juicio, meditar sobre ideas o hacer cálculos mentales, en todos estos momentos y cuantos se suceden sin interrupción en la vida del hombre, en esa constante e, incluso te diría, inconsciente corriente de conciencia, aun en aquellos instantes que nos juzgamos indiferentes y que el sentido vulgar

expresa con la palabra *vegetar*, como tú misma Virginia acabas de hacer, existe el punto de sensación, una manera de vibrar el organismo, un grado de sensibilidad nerviosa y somática, la resultante de fuerzas físicas y morales que circunvolucionan, la emoción, Virginia, la emoción. Siempre estamos empapados de emoción, también cuando sentimos que no sentimos emoción ninguna, como te sucede ahora.

Virginia pensó que era digno de verse el alertado rostro de pájaro con bigote de cepillo, los ojos muy abiertos, las cejas levantadas de su primo Gabriel en aquel momento. La emoción de sus propias palabras le había llevado a sentarse al borde de la silla, con ambas manos sobre las rodillas, inclinado hacia delante, el cuello un poco remetido entre los hombros (una tendencia esta muy de Gabriel Montes, que se acentuaría con los años) y el dedo índice de la mano derecha levantándose para subrayar los finales de periodo de sus frases. Verdaderamente reanimaba a Virginia oír a su primo hablar así de los asuntos personales de Virginia. Y le parecía que, aun no habiendo revelado nada concreto acerca de sí misma, Gabriel había atinado en el centro de sus preocupaciones del momento. Más sorprendida aún si cabe quedó Virginia cuando (al ver que Virginia no hacía ningún comentario a su monólogo) Gabriel —con el rebajado tono elegante no exento de malicia con que hablaba en el Círculo de Recreo—, recostándose ya en el respaldo del sillón, relajado, añadió:

—Quizá en el fondo, Virginia, tu atonía provenga, sin que te des cuenta, de un como rechazo a sentir, una renuncia apriorística absurda a emocionarte, combinada con un sentimiento moral que aparece en ti precisamente ahora porque sientes que ahora deberías sentirte muy emocionada, o por lo menos bastante, ante el innegable cortejo, visible para todo Santander, excepto quizá para ti misma, a que te somete mi nuevo amigo el doctor Anselmo, porque debes saber, Virginia, que Anselmo y yo nos hemos hecho muy amigos sin esperar a que tú nos presentaras.

—¡Mi más cordial enhorabuena, Gabriel! —exclamó Virginia, sonriendo.

—¡Muchas gracias. Encuentro admirable y estimulante al doctor Anselmo. Y mucho sentiría, pero mucho, Virginia, que por culpa de tu ñoñería y tu sosera y falta de sabiduría psicosomática y

psicológica no aprovecharas a este admirable hombre de ciencia, gloria de la Montaña, para reverdecer tu corazón!

—Te agradecería, querido primo, que tu arrebatado elogio del doctor Anselmo no incluyera insultos personales. ¿Quién te ha dicho a ti que no le estimo? Le estimo mucho, más que tú posiblemente, pero no me siento emocionada.

—Eso es porque tu concepto de la emoción es primitivo y romántico, concibes la emoción como un tumulto, un mero *Sturm und Drang* como dicen los alemanes, y no una cualidad somática y espiritual que empapa nuestro ser continuamente, tengamos directa apercepción del mismo o no.

No querer dar explicaciones —ese no querer, en toda su generalidad— había acabado por invadir toda la vida de Virginia. Y Virginia veía que esa decisión, una vez confirmada y reconfirmada con el paso de los años, reobraba hacia atrás, se reafirmaba contra la propia Virginia, como un recordatorio: no dar explicaciones, acuérdate, no des explicaciones. Y esto significaba en parte que en esa decisión había un juicio de valor con respecto a todos los demás: no des explicaciones porque nadie va a entenderte porque todos son incompetentes. Y también un juicio de valor acerca de sí misma: no des explicaciones porque tú eres superior a todos los demás, no tienes por qué darlas. En ambos casos, la decisión, al reobrar sobre la conducta de Virginia, aislaba a Virginia dentro de sí misma y la llevaba a adoptar en público un aire reservado y como de mujer más vieja de la edad que tenía, más sabia. Virginia tenía la impresión de que con el paso de los años (que tampoco eran tantos después de todo) había ido configurándose en Santander un papel para ella como de consejera de las gentes más jóvenes. Como de persona de buen juicio, quitada de ruidos, una persona mayor. Virginia había pensado muchas veces que así debió parecer Jane Austen en su retiro inglés a finales del XVIII. Pero Virginia no era escritora, muchas veces había pensado que envidiaba esa cualidad de Jane Austen: el poder retirarse a contar lo que veía. No ser escritora era una cualidad positiva, casi física para Virginia, como un malestar ilocalizado. Nunca se decía a sí misma, o por supuesto a los demás: ojalá supiera escribir, o me gustaría escribir (decir eso hubiera sido reconocer más de la cuenta ante los demás) y ni siquiera lo pensaba así formulado. Y, sin embargo, vivía el no ser

escritora como un considerable impedimento, como una positividad, una falta consustancial a su carácter, que asociaba siempre a una incapacidad para la reflexión acerca de sí misma (paradójicamente, esta sensación de falta de habilidad autorreflexiva se incrementaba, en vez de decrecer, cuanto más Virginia reflexionaba acerca de sí misma: cuanto más reflexionaba, menos reflexiva se sentía: como si el reflexionar fuese un enloquecimiento y una sinrazón en vez de lo contrario). En este asunto le eran más útiles las recargadas y rimbombantes reflexiones de su primo que las sobrias observaciones del doctor Anselmo. Al doctor Anselmo no le preocupaban gran cosa el alma o la conciencia o el espíritu: tenía trabajo de sobra con ocuparse del cuerpo, de la educación, de las mejoras sociales. Esto mismo, en cambio, en el giro espiritualista de Gabriel, conllevaba una cierta virtualidad confesional, católica: Gabriel podía presentarse de pronto ante la imaginación de Virginia como un director espiritual, una especie de jesuita de paisano, mientras que el doctor Anselmo nunca producía esa impresión: le escandalizaba al doctor Anselmo que alguien, en medio de tantos horrores como había y que debían eliminarse, se detuviera a contemplar los horrores de su alma.

Virginia se daba cuenta de que una importante parte de sí misma se abría espontáneamente a la austeridad del doctor Anselmo, a su ascetismo, a su voluntad de acción directa sobre la sociedad que les rodeaba. Y Virginia estaba dispuesta a admitir incluso que ésta era la mejor parte de sí misma. Pero había la otra urgencia: con dos tirones contradictorios: uno que la prohibía expresarse y otro que exigía expresarse porque exigía aclaraciones. Virginia se sentía confusa y se daba cuenta de que una manera muy común de salir de las confusiones era hablarlas. Pero al hablar de las propias confusiones uno tiene que revelar una parte de sí mismo, uno tiene que confesar, por lo menos, una parte de sí mismo. Y ahí estaba la dificultad: ¿qué queda de uno mismo después de una confesión? Es como si se viera forzada a secretearse, a cuchichearse a sí misma sus propios secretos, para no desvanecerse en las miradas y en las palabras de los demás.

XV

Que el doctor Anselmo no tuviera dudas no le parecía a Virginia una prueba de amor. Y, sin embargo, no haber tenido dudas cuando Casimiro le pareció siempre a Virginia en aquel entonces, y aún le parecía, la prueba de que estaba enamorada. El doctor Anselmo se comportaba como un perfecto amante cada vez que se reunían: un amante, eso sí, que no se propasaba y que sólo exigía un compromiso a medio plazo, lo cual le parecía a Virginia prueba de que lo tenía todo calculado y de que su pasión no era sincera. Pero seguro que la pasión del doctor Anselmo era sincera: en el año y pico que llevaban de relaciones, no había en ninguna ocasión detectado Virginia notas falsas. El doctor Anselmo no se mostraba interesado por la posición social de Virginia, ni por su dinero, ni —y esto era quizá lo único un poquito falso— por su cuerpo, no obstante hablar con frecuencia de la felicidad que sería pasar juntos el resto de sus vidas y tener hijos. ¿Qué más referencia al cuerpo puede pedirse? —se preguntaba Virginia—. Y se respondía acordándose de Casimiro, que, a cambio de no hablar nunca ni de felicidad conyugal, ni de vida en común, ni de hijos, la acariciaba y la besaba con frecuencia. Amar a Casimiro fue acariciarse y besarse y hablar poco. Así que es posible que, de haberse consumado ese amor, de haberse casado o escapado juntos, aquello no hubiese tenido porvenir. Y, sin embargo, aún Virginia pensaba con frecuencia que el no haber tenido porvenir aquella relación fue siempre un mérito y no un demérito. No tuvo porvenir pero tuvo presente. Y ahora ocupaba el pasado entero de Virginia Montes y se convertía —paradójicamente— en el porvenir de su pasado: como si su pasado amoroso aumentara de tamaño reduciéndose infinitesimalmente a las pocas contadas caricias reales más las muchísimas caricias pensadas, reducidas ambas series y comprimidas en una sola sensación de amor, dura como una piedra, infinitesimal hasta alcanzar la nada. Y ahí seguía, presente en su

pasado como un contraste absoluto, como un oro puro, como un diamante perfecto e infinitesimal, engastado en la conciencia. Soy una persona absurda y rara —se decía Virginia Montes—, no tengo derecho a ser así: tendría, al contrario, el deber de no ser así. Pero no lo tengo porque ¿cómo voy a tener el deber de no ser como soy, el deber de ser de otra manera?

Así era lo que era y no tenía remedio. Y veía Virginia su futuro sin futuro y su pasado con futuro, en una contradicción mareante que ni las divertidas fiestas de la Quinta Hoppe ni las rimbombantes crónicas que se publicaban en *La Montaña de La Habana* lograban disipar. Como flores abiertas a la alegría y al amor —decía el corresponsal santanderino a propósito de la fiesta en casa de los Hoppe, con motivo de la Cruz Roja de Santander—, encantadoras muchachas santanderinas, de belleza incomparable, dieron vida al *garden party*. El espléndido jardín, sumido en discreta claridad bajo la frondosa copa de los corpulentos tilos, por los que trepan grandes rosales de suave perfume, semeja un nido de felicidad. Todo allí es alegría: rostros que sonríen en nombre del dolor de los pobres. Esta última línea, que Virginia, con considerable malicia, había leído al doctor Anselmo, provocó una de las más airadas y características reacciones del doctor:

—¡Si serán imbéciles. No tienen sentido del ridículo! Los rostros sonrientes de las puñeteras señoritas santanderinas de belleza incomparable sonriendo en nombre del dolor de los pobres es un ejemplo clásico de imbecilidad de ecos de sociedad. ¿Cómo puede nadie sonreír en nombre del dolor de los pobres? Y, sin embargo, reconozco que la descripción es adecuada. Las señoritas santanderinas sonríen con sus sonrisas momas en nombre del dolor de los pobres, *porque* no sienten ni padecen: por eso se sonríen con sus beneficientes sonrisas estériles.

Virginia apreciaba esta energía negativa del doctor Anselmo. Más casi esto que ningún otro sentimiento del buen doctor a estas alturas: que esto, sin embargo, se encogiera con facilidad, casi a la vez que se iba pronunciando, era una evidencia desconsoladora: ponía de manifiesto, en opinión de Virginia, que su eminente amigo amaba más a Virginia que a la pura verdad. Porque era un hecho que se encogía su furia socialista, mermaba su justa ira por culpa de que amaba a Virginia demasiado: sin duda Virginia misma era un

exponente indiscutible de flor abierta a la alegría y al amor, una encantadora muchacha santanderina de belleza incomparable que daba vida al *garden party* en el frondoso jardín de los señores de Hoppe. Virginia florecía sin cesar también en aquella fiesta donde todo era luz y caridad imbecilizante. Y parecía estar el buen doctor dispuesto a pasar por carros y carretas, y declarar que era bueno lo malo y malo lo bueno, con tal de que Virginia le aceptara como marido y le quisiera. Y Virginia, no.

No estaba dispuesta Virginia a renunciar a la energía negativa del doctor Anselmo: por suerte o por desgracia, lo malo era que sólo en esto Virginia se fijaba, y no en el puro amor de enamorado serio y consistente y responsable y eminente, que es lo que el doctor Anselmo era y sería siempre. Y esto nos da idea de que en el fondo Virginia del todo no era buena, sino más bien mala: porque esta ventolera de preferir del buen doctor lo heterodoxo en vez de lo ortodoxo, lo en contra en vez de lo a favor, era una lata, una imposible pepla, que hubiera dicho Gabriel Montes, de haber estado al tanto de todo aquel tejemaneje de la conciencia de su prima, un laberinto de síes y de noes como ortigas, en vez de un versallesco jardín, todo luz y claridad, bajo la frondosa copa de los tilos por los que trepan rosales grandes de perfume suave, semejantes a nidos de felicidad convencional y conyugal: como un perfecto huevo de Colón en opinión de Virginia Montes, aquella bruta bestia.

¿Cuál era la verdad? ¿Cómo era la verdad? ¿Había una única verdad de Virginia, o varias Virginias con varias verdades cada cual, entretejidas unas con otras hasta formar un granuloma, un núcleo multidimensional, que se endurecía y no granaba y que era inespacial? Era invisible, sólo que era irreversible, unidireccional como el tiempo aristotélico. Virginia no podía retrocederse a sí misma, no podía dejar de cumplir años, no podía no palidecer, dejar de desecarse cada vez que cada tarde de otoño abría de par en par la puerta-ventana del mirador del muelle y dejaba que la tarde entrara, la grisalla, agrisándose hasta negar todo color. Sólo las luces de posición de las embarcaciones fondeadas frente a su casa, los mástiles con sus crucetas de velas plegadas, y el golpe calmo de la marea ascendente o descendente en los cascos de los buques. Evocación de viajes que Virginia Montes nunca haría, de marineros que no conocería. Eran lentas las tardes en el muelle, en otoño, con

la ventana abierta, arrebujada en un chal, pensando que todo había acabado sin haber empezado, ni siquiera empezado, que su destino eran las fiestas de la beneficencia y otras fiestas, la vuelta a casa en las berlinas, el vaciamiento progresivo de los deseos, el desecamiento de los impulsos, la indecorosa desilusión, la cerrazón. El envejecimiento, la hurañía, el agarrotamiento de las ocurrencias, la repetición de las gracias y de las desgracias, el fin de su vida insignificante, que no podía ser, a estas alturas, plenificada de ninguna manera, ¿con qué? Y sobrevolándolo todo, envolviéndolo todo, unificándolo todo de golpe, su injusta actitud con el doctor Anselmo como una prueba más, y la más clara, de la falsedad de su vida. ¿No era evidente ya que aquel decreciente interés por las atenciones del doctor Anselmo, que se había ido fraguando todo a lo largo de aquel año, era una prueba del contagio esterilizante que Virginia extendía sobre todas las criaturas que tocaba? Soy infecciosa, como estos atardeceres húmedos y el olor a puerto y lluvia que aspiro a pleno pulmón en casa, sentada en mi butaca, sin desear ver a nadie ni saber nada de nadie, como una vieja rara y loca, inútil, rara y loca, que quiere perecer. ¡Ah, si pudiera decidirme a hablar de todo esto, balbucearlo, con Gabriel Montes, con el doctor Anselmo, con la abuela Sahagún!

Durante todo este tiempo había seguido yendo a visitar a la abuela como de costumbre una vez por semana, a veces más. Pero la abuela no era ya la misma, en un año, de pronto, había envejecido, ya no oía bien, o quizá no deseaba oír ni ver ya nada más, ni siquiera a Virginia. Ahora la abuela hablaba sola, tenía ahora Virginia la sensación de que hablaba a solas en voz alta todo el día y cuando alguien entraba en su habitación se interrumpía un momento y continuaba luego hablando sola, incomprensible o comprensiblemente, según la visita fuera a mediodía o a media tarde o a primera hora de la noche. De espaldas a la puerta de la sala, la abuela miraba por la ventana, junto a ella había otro sillón igual, y cuando Virginia la visitaba, siempre era igual:

—Siéntate aquí conmigo, Virginia, a ver juntas el atardecer en todas las marismas del Astillero y la Albericia, detrás se ennegrecerá Peñacastillo con sus zorras que vienen a los gallineros a comerse las gallinas, que primero descabezan y luego arrastran monte arriba hasta las madrigueras de lo alto y los rastros de sangre de gallina se

sumen en la tierra híspida del monte: las zorras entre las ortigas y las moras. ¿Te acuerdas de las moras gordas que íbamos a coger enganchándonos las faldas? Ya no hay moras ni zarzas, sólo las alimañas que aúllan contra los cristales de las ventanas de mi dormitorio, les veo los hocicos y los dientes. Si diera un golpe fuerte en el cristal contra el hocico, les clavaría en el hocico los cristales rotos y de pura furia se echarían encima mía todas a devorarme, porque las garduñas... ¿O es que crees que no saben las garduñas quién yo soy? Vaya si lo saben, lo mismo que los pulpos remetidos en sus pozas, que pueden comprimirse hasta caber dentro de una botella de vino de tres cuartos, un pulpo de tres kilos cabe entero. Yo recuerdo que tu abuelo me decía: tienes malas vetas tú, Everilda, más ganga que otra cosa en lo que es la propia veta del metal precioso. Entreverada mucha ganga, mucho filamento de gangas inservibles, irresponsables, que no se van por mucho que la laves y la laves a base de cedazos, chorros de agua, no se van. Se quedan cascarillas a lo largo del oro, como un polvo del color mismo del metal que engaña, igual que tú, Everilda, igual engañas tú. Como las hormigas arrastran una avispa muerta, que cuando quieres recordar ya no está donde estaba y la han llevado troceada al comedero, así tú, Everilda, nos comes hasta no dejar de nosotros ni los huesos, cuanto más cercanos más velozmente nos devoras. Así es como eres. Y yo decía: Bueno, ¿y qué? ¿Y qué si así soy? Si así soy, no puedo remediarlo, más valiese que te hubieras, a estas alturas, ido acostumbrando. En vez de picotear por ahí con gente, mejor como yo soy: odiar la gente, y no fingir que te gusta la que no te gusta y la desprecias. Yo nunca jamás finjo, yo no finjo pero tú sí, tú has fingido siempre, como sois los hombres, cobardes... Doña Everilda, está usted como una rosa —eso me dijo— y yo le dije: Le agradezco la fineza, Luis Anselmo, eso le dije. Y al marcharse le dije: Vuelva usted a visitarme cuando quiera, con mi nieta o solo. Si por mí fuera, no habría duda, no la habría, mañana mismo me plantaba la mantilla yo y ¡de boda! ¡Qué tonterías son estos tiquismiquis!, la juventud hoy día no comprende nada. Yo me casé con quien debía, hice de tripas corazón, a ver. Y como yo y la mayoría hicimos eso, y nos fue bien. Le fue bien a la familia entera. Primero los hijos, primero la hacienda, las harinas, los barcos, lo que fuese, el escritorio, y luego el banco. En eso yo apoyé del todo a

mi marido. Yo le dije: Aquí hay un banco que tener, no se puede estar ahí treneando sin un banco emisor, una presencia en ultramar y aquí bancaria, y yo le dije: Así que a ello. Pero yo ahora en eso, Luis, no quiero ni pensar —así mismo se lo dije, Virginia, como lo oyes— porque yo le veo a usted cómo me mira y yo sé que usted me ve a mí de cabo a rabo lo que pienso, así que excusado que lo explique. Y mi nieta Virginia —así mismo se lo dije— bien haría ya en casarse de una vez y no quedarse como está quedándose en los huesos completamente amojamada, eso se lo digo porque sé lo que siente por mi nieta. Y él me dijo, Virginia, usted, doña Everilda, lo que está es como una rosa...

XVI

Que hubiese la abuela tomado ya partido por Luis Anselmo divertía a Virginia y no la sorprendía. Desde un principio supo que la abuela aceptaría a Luis Anselmo como uno de los suyos. El problema era más bien que cada vez el doctor Anselmo era menos de Virginia Montes. El buen doctor había creído que ganaría el corazón de Virginia al ganarse las simpatías de la abuela Sahagún. Y el caso es que, a la vez que la ganaba, la perdía en un desesperado ganapierde. De lo cual era el doctor Anselmo inconscientemente consciente: semiconsciente y como sonámbulo en todo lo referente a Virginia y a su familia. Es una compasión verle así —pensaba Virginia—. Y sentía compasión por él viéndole sentirse ganancioso y a la vez perdido: tanto más perdido cuanto más ganancioso. Es que soy mala —pensaba Virginia— pero no puedo sentir lo que no siento. Y nunca fue la luz menos perfecta. Más menos luz. Más luz luciérnaga, más luz traslúcida, menos ruidosa y menos luminosa que entonces. Autoconciencia de Virginia Montes, su pobre y terco yo empírico, emperrado en serse a contraluz: un contradiós que apenas daba luz.

Virginia recuerda aquella tarde que había llovido y luego había escampado y luego había vuelto a llover y a escampar una vez más. Eran sobre las ocho de la tarde un miércoles a finales de octubre y la abuela dijo:

—Una tarde como ésta, Virginia, ya no estaré y no seré, ¡ea! No me encontrarás ni vestida ni desnuda, ni despierta ni dormida, ni presente ni ausente. Nada de nada. Y tú irás ¿y qué dirás? ¿Dónde narices está la abuela ahora? Eso es lo que dirás, lo pensarás aunque no lo digas, por respeto al velorio, que durará más de una semana, cómo no. ¿Qué menos que entera una quincena mi velorio, con rosarios, las visitas y los pésames de todas las personas de algún predicamento de las dos provincias, de Santander y de Palencia, inclusive de Valladolid, que ya es decir? Cómo no. Y fíjate si vienen

o no vienen, Virginia Montes. Pasa lista. A las que no vengan les pones una bola negra. Unas malas envidiosas que no vinieron al velorio mío. Esto es muy Montes, Virginia, ¿a que sí?, esta gracia funeraria, este humor malvado y funerario que tenemos todos. Por eso yo a mi padre le enterré con los pantalones de franela y el jersey que llevaba siempre puesto. Siempre dijo que morirse no le importaba lo más mínimo, que lo elegante es que te enterraran con lo puesto y no de terciario dominico. Pues así le enterré yo, hipócritas funerarios. Yo nunca creí ni creeré nunca que haya algo después. No hay nada. ¿Qué va a haber? No creerás que tengo miedo, Virginia, ahora que estoy dando las boqueadas. Nunca tuve miedo y no lo tengo ahora tampoco. Yo no soy como mi hermana, no soy santa. A mi hermana no la quise nunca: aquella rebondad con que te hablaba. Reclinada en los reclinatorios con el devocionario en la su santa mano. No la quise ni una pizca, falsa. Yo no he sido sumisa, no lo he sido. En las fotos sí lo soy, vestida y revestida, con las mangas jamón, con el faldón, la faldamenta, el collar de perlas. Hay una mujer que yo admiré y no fui. ¿Cómo iba yo a ser otra persona, Virginia? Iba a su casa al té y nos jugábamos al parchís una peseta. Ella me fascinó. Tan sequita y tan tiesa. Hubiera yo querido ser como ella. Ella era del setenta. Yo, en cambio, del sesenta...

Virginia recuerda aquel mediodía en la finca de Peñacastillo. Estaban sentados en la plazoleta de la fuente, desde donde se alcanzaba a ver las marismas, el Astillero y, al fondo, la bahía, y más al fondo el fondo mismo que es la visión que se tiene de un paisaje conocido cuyo fondo último se adivina aunque no se vea desde una posición determinada. Esa presencia paisajística, aérea, del fondo del fondo, es consustancial a todo paisajista romántico, a todo enamorado de las lejanías. Habían llegado pronto aquel mediodía el doctor Anselmo y Virginia, con idea de quedarse a almorzar, que vendrían también Gabriel y Luz. Se había sacado el sillón de la abuela hasta la plazoletita de la fuente y ahí estaba la abuela igual que siempre, sólo que algo más inmóvil o más callada que de costumbre, bañada por la ambarina luz de otoño. La tenue bienandanza de las nubes ligeras deshilachadas que cruzaban sobre el jardín y la casa.

—¡Esta luz del otoño sentiré no verla luego! —declaró

repentinamente la abuela Sahagún. Los cuatro la contemplaron en silencio.

—Saber que es el final —volvió a decir doña Everilda— añade brillo a esta tenue luminosidad de la piel juvenil y la bahía. Saber que es el final es un gran bien, eso dicen. Pero yo no estoy cansada, ¿verdad, Luis? ¿Verdad que tengo un corazón nada cansado?

—Tiene usted un corazón de buena moza, doña Everilda —repuso, animosamente, el doctor Anselmo.

—Tanto no diría yo.

Virginia se fija en el resplandor de los claveles chinos, plantados en un seto circular debajo del pilón de la fuente. Se siente melancólica aquel mediodía y también absurda, quizá sobre todo absurda, como alguien que está de más en una reunión y no se decide a adoptar ninguno de los papeles que con toda naturalidad se le ofrecen: nieta, novia, prima, una invitada, incluso una extranjera con un buen conocimiento del idioma, que se manifiesta en todo momento cortésmente interesada por cualquier peculiaridad local, como el colorido de la bahía de Santander en otoño, unos dieciséis grados centígrados de temperatura a mediodía. Virginia puede asumir, momentáneamente al menos, cualquiera de esos papeles ya actuados y sobreactuados muchas veces, que todo el mundo sabe de memoria. Pero elige el único papel no previsto, o previsto sólo como ese papel que todo el mundo espera que nadie adopte en una reunión determinada: el de frío observador neutral, distanciado, que en cualquier momento podría levantarse y marcharse sin llamar apenas la atención. Virginia tiene la impresión de que ella adopta ese papel cada vez con más frecuencia porque no hay ningún otro tan melancólico, tan disuasorio para todos los demás, tan adecuado, si bien se mira, a la clase de persona que la abuela Sahagún ha llegado a ser, que se inclina ahora con una melancolía no exenta de guasa y malas pulgas hacia el brocal de la propia muerte. La frase de la abuela (*esta luz del otoño sentiré no verla luego*) ha conmovido a Virginia a contrapelo de sí misma: *luego*, quiere decir: después de muerta. Pero ese fraseo quiere decir que el luego y el después empapan todos los ahoras de la abuela Sahagún. Añadiéndoles quizá una cierta turgencia, una irisación más viva que la cotidiana, pero también el mal sabor, el regusto que queda en toda acción, en toda apuesta

arriesgada y finalmente perdida, o a punto de perderse. La abuela no se resignará a morirse. De la misma manera que Virginia no se resignará a ajustarse a las costumbres de la sociedad en que ha nacido. Pero, a diferencia de la abuela, que desaparecerá, Virginia no desaparecerá —tampoco lo desea de momento—. Sólo se siente malagusto este mediodía, sin gana de hablar. Gabriel Montes y el doctor Anselmo hablan animadamente de la psicofisiología de las emociones cotidianas. La abuela bebe a sorbitos su jerez. Luz, tan recién casada como está, escucha a su marido y al doctor. Virginia, de perfil, ha detenido sus ojos en la Peña Cabarga sintiéndose extranjera.

—Virginia, ¿quieres casarte conmigo? —ha preguntado por fin el doctor Anselmo, al quedarse los dos solos, una de estas tardes en que han ido de visita a Peñacastillo y la abuela se ha mostrado especialmente encantada con Luis Anselmo.

—No, no quiero. Ni tú tampoco quieres.

—¿Cómo que no quiero? Te lo estoy pidiendo. Cásate conmigo, Virginia. Cásate conmigo porque te amo. No hace falta que tú me ames tanto como yo te amo a ti. Pero tú no me detestas. ¿Verdad, Virginia, que no?

—No, no te detesto, Luis, ya sabes que no. Todo lo contrario, te admiro. Pero no quiero casarme. Ni contigo ni con nadie, detesto el matrimonio. Y tú también.

—Lo que yo detesto —y más en la teoría que en la práctica— es el matrimonio burgués, la imagen convencional del matrimonio. Pero tú y yo no somos convencionales, y nuestro matrimonio no sería convencional.

—¿Y por qué no? Quedaríamos incrustados en las costumbres matrimoniales de Santander y de su burguesía. Tendríamos un piso elegante. Yo sería la señora de Anselmo. Haría lo mismo que hago ahora, una vida inútil, sólo que bendecida por la buena sociedad y por la Iglesia. Para justificarme tendría hijos, para que mi vida no me pareciese inútil tendría un hijo, dos, tres. Y el cuidado de la prole me realzaría a ojos de todas las aburridas y convencionales amigas y primas santanderinas que me rodean por todas partes. Y tú seguirías con tu carrera, sin apenas variación. Tú me amarías, eso es cierto, te creo. Y me dedicarías todo el tiempo de tu vida que te

queda después de dedicar toda tu vida, día tras día, a la medicina. Tienes razón al decir que no hace falta que yo te ame, que basta con que me ames tú: eso es verdad porque mi papel como mujer se agota en consentir, en aceptarte, en darte hijos, en hacerte feliz en casa, en integrarte en una sociedad que tú discutes pero que en el fondo aceptas. Ahí terminaría todo. Tú das por supuesto que basta con que tú me quieras y con que yo no te deteste, con que yo te admire, con que yo consienta. Pero yo no estoy de acuerdo. Es demasiado poco. Te daría demasiado poco, Luis. Y al final tú también, sin querer, acabarías también dándome poco. Amándome cada vez menos, aunque quizá necesitándome cada vez más, como se necesitan las rutinas, la tranquilidad, la prosperidad económica... Así es como han funcionado los matrimonios de la gente que conocemos. A mí me parece deprimente...

—¿Qué quieres hacer entonces, Virginia? —pregunta el doctor.

—Seguir como estamos. Podríamos vivir juntos, por ejemplo. Ser amantes. Incluso tener hijos. Sin yugos, sin contratos de gananciales. Afirmando la libertad de cada uno de los dos cada día. Eso es lo que tú pensabas antes de conocerme, ¿o no?

—Eso es imposible. Yo pensaba más o menos así, es cierto. Pero sólo porque era un insensato. Antes de conocerte no sabía qué quería. Quería un imposible. O mejor dicho, no quería nada, porque lo imposible me repugna a mí también. Lo irreal y lo imposible me repugnan. Yo soy un hombre de ciencia y amo la realidad, y la realidad es que no podríamos vivir juntos sin más, sin dar un escándalo, sin sentirnos incómodos...

—¡Ahí lo tienes! Si nos amáramos, no nos sentiríamos incómodos. El amor mutuo justificaría el desafío, haría llevadero el supuesto escándalo. Nos reiríamos de todo. ¿Qué puede importarnos lo que piensen los demás si nos amamos? ¿Por qué no seguir como estamos? Podemos mejorar la presente situación, haciendo realmente el amor y sin casarnos.

—¿Y qué haríamos con los hijos? Serías una madre soltera a todos los efectos civiles. Nuestros hijos serían hijos naturales...

—Tú los reconocerías, el escándalo nos vivificaría.

—El escándalo nos aislaría de todos. Te aislaría a ti de tu sociedad y de tu familia. Sobre todo, a ti te aislaría. Y yo acabaría pareciendo un insensato o una mala persona que no quiere

comprometerse. Uno de esos personajes ridículos que se niegan a vivir en la sociedad tal y como es. No veo por qué te asusta casarte.

—No me asusta, me aburre la idea de casarme. Si me preguntas si deseo conservar tu amistad y tu amor, la contestación es desde luego que sí. Y si la pregunta es que si me quiero casar contigo, la contestación es desde luego que no. Ni contigo ni con nadie.

El doctor Anselmo ha aceptado la situación. Tal y como están las cosas, no se imagina ya una vida sin Virginia. Pero en su fuero interno se siente maltratado. Es curioso que el doctor Anselmo no se sienta maltratado al declarar Virginia que no le ama, sino sólo a partir del momento en que declara que no quiere casarse con él. Pero es un maltrato que de momento se compensa, se anula incluso, por la real admiración y el real afecto que Virginia le profesa. El doctor Anselmo es un hombre práctico que no desespera con facilidad. Esto significa que confía en que, con el tiempo, acabará convenciendo a Virginia de la conveniencia de casarse. Y Virginia sabe que el doctor Anselmo vive con esta confianza de llegar a convencerla. Y esta sabiduría aleja a Virginia de su amigo porque le parece que la hace de menos. Virginia siente que si el doctor Anselmo confía en que Virginia acabará cediendo es porque el doctor Anselmo no toma muy en serio a Virginia. No se hace cargo de la verdad de Virginia: la ama, sí. Virginia está segura de que el doctor Anselmo la ama. Pero no la ama en su complicada y contradictoria verdad. Me ama —piensa Virginia— desde fuera y por fuera. No puede hacerse conmigo enamorándome —en cuyo caso me tendría del todo y no necesitaría casarse conmigo para tenerme— y quiere hacerse conmigo atrapándome socialmente, comprometiéndome ante mi sociedad y las instituciones eclesiásticas y civiles. En el fondo me ama pero no me conoce. Y tampoco cree que sea preciso conocerme, tampoco cree que haya gran cosa que conocer. Al pensar estas cosas, Virginia comprende que está siendo injusta pero, injusticia por injusticia, ¿quién está siendo el más injusto de los dos? —se pregunta Virginia.

No se siente bien consigo misma. La descarada conversación que acaba de tener con el doctor Anselmo no refleja, en su descaro, a la verdadera Virginia que quiere ser justa con el doctor Anselmo (una Virginia más tierna, más humana y tranquila que esta Virginia que Virginia Montes está llegando a ser: como si se acristalara o

acorazara y se volviera adrede una persona imposible al no poder ser —al no saber cómo ser— la Virginia posible de quien valdría la pena enamorarse). Y Virginia piensa: ¿Me amaría mejor, más a mi gusto, me admiraría más un hombre menos admirable? ¿Es que hay una competencia entre nosotros? ¿De dónde procede este constante sentimiento —presente siempre que me dejo cortejar por el doctor Anselmo— de que no tengo con él nada que hacer, este sentimiento de que no me necesita? Virginia no sabe de dónde procede esta emoción, pero la presencia de esa emoción es viva e incuestionable en su alma, como si el doctor Anselmo fuese ya una totalidad completa, a la cual Virginia sólo podría añadir perfeccionamientos o aderezos accidentales: una boda elegante, una familia política distinguida y agradable, unos hijos que Virginia educaría sensatamente: todo lo accidental y sólo lo accidental. Cualquier otra chica, cualquier prima o amiga mía puede dar lo mismo que yo. ¿Por qué tengo que ser yo? Entre los dos hemos dejado escapar el encanto inicial, aquel protocolario vernos una vez cada quince días. Fui yo la que fue a buscarle, rompiendo así el no-acordado pero obvio protocolo que se había establecido entre nosotros. Al vernos con más frecuencia, al frecuentarnos, él ya no podía seguir igual: al gustarle yo cada vez más, sin querer yo, le he degradado: ya conmigo no puede ser aquel delicioso doctor Anselmo un poco tieso, un poco pedante o muy pedante que me trataba de usted. En aquel entonces (que al fin y al cabo es casi antes de ayer) nuestra relación tenía lugar en la excepcionalidad: era una relación única en el mundo. ¿Por qué no supe guardar las distancias? ¿Por qué no permanecí siempre a distancia? Como en una ópera de Monteverdi los personajes entonan sus largos parlamentos con una cierta rigidez, sin moverse mucho, dentro de un decorado casi neutro, delante de una fachada, respaldados por los sombríos cipreses mediterráneos genéricos, geométricos, anónimamente cálidos, que no invitan a reposar a su sinsombra, que en su sinsombra artificiada son sólo el lugar abstracto que permite el transcurso de la pasión sólo a través de la voz: un solo, otro solo, un soliloquio a tres voces, a dos voces. ¿Por qué yo no fui capaz de seguir así, por qué fui a buscarle al hospital como una cualquiera? Me impacienté y tonteé como una cualquiera, ¿qué esperaba? Sucedió lo que podía esperarse: se enamoró de mí: yo le degradé. Pero a la vez que se

dice a sí misma todo esto, Virginia se desdice y piensa lo contrario: ¿por qué no he de ser yo seducida, cautivada? Yo tuve acceso, muy joven, al entretejimiento amoroso, posible o imposible, aquello me hizo vivir, me hizo sufrir y no puedo olvidarlo. Lo que tengo ahora es un hombre admirable a quien he confundido exponiéndome a ser amada, víctima de mi propia impaciencia rabanera. Ser amada significa, en el mundo del doctor Anselmo, convertirme en su esposa. Por muy laico que sea, le da igual, aceptará cualquier solución convencional con tal de que lleguemos a casarnos. El tedio que todo esto causa es silenciosamente insufrible.

¿Había algo que en Virginia pudiera ser no-Virginia y luego, sin perderse, otra vez Virginia, otra Virginia superada? ¿No lo había, o sí lo había? Tenía que haber habido una levadura, un fermento, un principio de generación y corrupción, algo intoxicante. ¿Y qué podría ser lo intoxicante, qué hubiera podido serlo? ¿Otro chico, otro Casimiro, una tarea pública, una misión política o pedagógica? La experiencia que Virginia Montes tiene de sí misma en su mundo es, ante todo, negativa, *nihil negativum*, y no puede ser superada.

XVII

El entierro fue soso. El funeral fue soso. De su muerte se supo sólo después, varios días después. Hubo un espacio vacío, como un nicho, entre la efectiva muerte de la abuela Sahagún, su realidad, y su representación autoconsciente en todo Santander. No fue del todo lo que se esperaba, ni su atonía fue del todo inesperada. Las mejores familias esperábamos que la muerte en su conjunto (ese conjunto finito compuesto por el morirse propiamente dicho, más el entierro, más los funerales por el eterno descanso del alma de la abuela Sahagún, e incluso los rosarios), definitivamente sucediera *out of key with her time*: lo suficiente, al menos, para no desmerecer a los difuntos ojos de doña Everilda Sahagún, que nunca autorizó las comparanzas ni admitió de corazón que existieran también otras personas (excepción hecha de doña María) en el mundo real: ni en Santander, ni en Villada, ni en Palencia, ni en Valladolid (en Valladolid menos aún que en ningún sitio): con los años la existencia de los demás acabó no siendo, para la abuela Sahagún, objeto de evidencia inmediata, sino sólo objeto mediato de una laboriosa demostración. Y esto puede considerarse desconsolador si se tiene en cuenta que su vida fue de cabo a rabo un continuo hallarse en medio de todos los demás, tratar con ellos y, en muchos casos, tratar de dirigirlos —con considerable mano izquierda— hacia los fines propios de la abuela, que se identificaban con la gloria y triunfos de los Montes. Así que este último momento de la existencia de la abuela Sahagún, cerrado sobre sí y dando muestras de gran dificultad para distinguir la existencia individual de las demás personas, puede considerarse una desilusión y un fracaso.

¿Pero quién, a fin de cuentas, estaba en condiciones de considerar la vida de la abuela Sahagún en su conjunto? No desde luego el todo Santander, ni siquiera ninguna de las mejores familias de Santander, considerada una por una, y ni siquiera los miembros más distinguidos de estas familias o más próximos a la abuela por

edad o temperamento. Ni siquiera del todo su nieto favorito Gabriel Montes. Sólo Virginia Montes estaba en condiciones de considerar desde la muerte de la abuela la totalidad de la vida de la abuela como un triunfo o un fracaso, y en primer lugar, antes que Virginia, sólo la abuela misma estaba en condiciones de considerar su propia muerte como un éxito, como un final feliz, como un final injusto, como un dormirse o como un puro y simple deshacerse y dejar de ser: un paso del ser al no-ser. Y así fue aquella semana que duró la muerte una semana intransitiva, una semana intransigente, porque la abuela Sahagún no consintió que nadie, sólo Virginia, la acompañara día y noche sin dormir. Ya dormirás después igual que yo, no te duermas, Virginia, escúchame. Y Virginia la escuchaba, sólo que unas veces la entendía y otras no.

Irse a morir, a la vez fragilizó y agilizó a la abuela Sahagún. Y esto Virginia lo notó en la frecuencia con que decía: ahora estoy expuesta... Corre, niña, hazme el favor, las cortinas, que he visto una persona en el cristal. Y, creyendo que bromeaba, a la vez que corría las cortinas dijo Virginia:

—Eres tú, abuela, ¿quién va a ser?...

—Ah, yo no. No, no. Estoy como estoy. Ahora que me encuentro así de mal, estoy expuesta todo el día. Y vienen a mirarme otras personas, sin entrar.

Se sentía expuesta a las corrientes, a un catarro, a que se cayeran de pronto en la cocina todas las cucharas, tenedores y cuchillos, resbalando todos a la vez fregadero de los platos abajo, hasta el retumbo de calderería, todos a la vez esparcidos por el suelo en la cocina. Estaba expuesta a que le saltara de repente encima el gato aquel que había muerto hacía ya años, con quien la abuela se llevó siempre muy mal, por fresco y por mirón.

—Estoy expuesta —llegó a decir— a que me entre aquí arrastrando una sardina, es muy capaz, le encantan las sardinas.

Era imposible estar más abrigada o más acompañada día y noche. Al ir a morirse, clausuró la abuela toda posible exposición, ni siquiera aceptó que viniera a verla Luis Anselmo, el buen doctor, que todos los días venía de visita por las tardes simplemente para estarse en la sala él solo o acompañado de Gabriel. Ir a morirse hizo que la abuela cobrara, en opinión de Virginia, una gran agilidad mental que no era equivalente a ningún tipo de exposición

coherente ni tampoco a lo que suele llamarse corriente de conciencia. Era una agilidad discontinua, cosa que la propia abuela admitía al decir:

—¿No encuentras ahora, Virginia, que no hilo?

Y así era: no hilaba. Pero no hilar no le impedía entretejer: como si bordara una figura o dibujara y a la vez borrara deliberadamente una figura tras otra, en una tela invisible para todos, una tela oral, que inmediatamente se desvanecía, que resultaba, incluso para Virginia, difícil de retener en la memoria, salvo cuando daba la abuela referencias concretas como lo de estar expuestas las personas a las necias nueras, que ya calculaban las legítimas de los hijos varones e iban dadas.

—Tenía yo que decidir entre unas cosas y otras, Virginia, siempre igual. He escupido un poco sangre, creo, al carraspear, toser apenas puedo, mira el pañuelo a ver. ¡Deja, deja, qué cochinería! Si mejor esto, si mejor aquello. No podía no elegir. Yo no podía como tú quedarme en dos. Tenía que elegir o desaparecer. A eso estaba siempre expuesta: a tener que decidir si esto o aquello, y siempre tomé la decisión. ¿A que siempre, Virginia, tomé una decisión? Tú te acuerdas de todo y tú lo sabes. Desde chiquitina, pizco, ya de todo te acordabas tú. Siempre me eché *pa'lante*. Equivocada o no, siempre escogí. Lo mismo los trajes que las casas, que las cortinas, que los novios, que las novias, los negocios. Mucho menos me dejé llevar que mi marido. Fue siempre el más flojo de los dos. A eso, mira, no estoy expuesta ya. No estoy expuesta ya a esa libertad del elegir entre una cosa y otra, nunca había sólo una, siempre dos, como mínimo dos siempre, a veces más, pero lo malo era entre dos, igualmente quizá buenas las dos, igualmente quizá malas las dos. Ahora la libertad... no estoy expuesta ya a la libertad —masculló la abuela Sahagún. Y después añadió dos veces seguidas —: ahora empieza, ahora empieza. Hubo entre las dos un pequeño intervalo como un jadeo, un estertor.

—¿Qué te pasa, abuela? —preguntó Virginia, que en aquel momento se encontraba a unos pasos de la cama, arreglando los leños de la chimenea.

—Que ya empieza y noto que no veo quién hay ya. Hace un momento te cogí la mano y no noté la mano, ni la tuya ni la mía.

—Debiste de creer que me cogías la mano, abuela, pero no fue

así. Yo estaba junto a la chimenea, como ahora.

—Pues, entonces, ¿quién estaba encima mismo? Con la mano encima de la colcha, si no eras tú, ¿a ver quién?

Virginia sintió un escalofrío al oír esto, porque era una señal de que la abuela estaba entrando en el quebradizo sueño que precede a la muerte. Y se equivocó, porque no era eso en lo que estaba entrando, aunque tampoco en lo contrario.

Al irse a morir y estarse en ello una semana larga, al fragilizarse y al mismo tiempo agilizarse y al producirse aquella labia como una hilatura entrecortada, la abuela Sahagún volvió su propia muerte —la muerte misma en cuanto efectiva cesación o dejación— inverosímil. Virginia Montes no tenía la impresión —aun sabiendo que la abuela se moría— de que fuese a morirse, ni estuviese a la muerte, o le fuese paulatinamente llegando la hora de estar muerta, y no más bien de un seguir viva a la vez que medio muerta, e inconsciente, locuaz y remontada y aventada como tantas veces antes la había visto y aún peor. Por eso Virginia empujó al doctor Anselmo a no creer que la abuela se moría, no obstante estar el buen doctor seguro de que la abuela estaba mal, muy mal, y que había de morirse más pronto que tarde, cualquier tarde, e incluso a la hora siguiente a cada visita del doctor Anselmo o cada noche o cada madrugada o cada vez que el teléfono sonaba en el hospital y la enfermera le decía: Es la señorita Virginia, que pregunta por usted. Fue Virginia sobre todo quien —contagiada por la abuela— imprimió a la muerte de su abuela un aura de aún no tener lugar e incluso de no ir a tenerlo ni ahora ni nunca, o no de aquí a mañana. De tal suerte que las raras veces que Virginia apareció por Santander aquellos días y alguien que la vio consiguió detenerla y preguntarle: ¿Cómo está doña Everilda?, Virginia contestó lo de siempre: Está muy bien, muchas gracias, dando guerra, como siempre. Lo cual no era verdad, pero tampoco lo contrario desde la perspectiva peculiar de Virginia, que no consideraba que en el caso de la abuela Sahagún irse a morir y ya morirse de una vez tuviesen entre sí nada que ver. Virginia retrasó y alteró la muerte de la abuela hasta tal punto que no fue posible ni enterrarla ni rezarle los rosarios ni llorarla o recordarla en los recordatorios o en persona con toda la comodidad que corresponde, o incluso informarse acerca de su muerte en una esquela en *La Atalaya*, porque ni hubo

esquela ni hubo recordatorios, ni hubo, dentro de un espacio de tiempo razonable, casi entierro ni casi funeral. Fue demasiado soso para creerlo. Inverosímil, nunca mejor dicho.

Tuvo que ser graciosa a veces, muchas veces. Y ocurrente sin ganas. Porque, de no serlo, ¿qué hubiera sido de no serlo? Una palentina común. Una persona de la provincia de Palencia sin un aquel, ni más fundamento en un principio que las ambiciones de un marido Montes. Que el pobre, sí, la praxis la entendía, pero no daba para más. Y claro, no empezaron siendo gente bien como los Escalante o los Sautuola. O sea, que hidalgos no. Ni empezaron tampoco siendo gente rica. Que es de lo que la hidalguía en el fondo se trataba. Empezaron siendo los que menos y yendo siempre a más, de menos a más. En un proceso lento y sudoroso, harinero, a qué negarlo, polvoriento, no hay por qué negarlo, y desprovisto casi por completo de elocuencia. Una vez que tuvieron el dinero, alcanzada ya la tercera generación, también tuvieron la elocuencia, pero mientras tanto, mientras no tenían ni lo uno ni lo otro, tuvo la abuela Sahagún ocurrencias de continuo, la mayoría de las veces muy graciosas o bastante y con frecuencia muy malvadas. Siempre se ha considerado que las ocurrencias contienen todas en sí mismas un regusto de Luzbel. Esto no era un fundamento, no era un porqué, pero era ya un aquel: la gracia y la mala idea. Era un tener, sin aún tenerla, desde un principio, clase, no obstante no tenerla y precisamente, porque al no tenerla y para tenerla, había que ser desafiante y no-ordinaria. Estrepitosamente no-ordinaria, extraordinariamente no-ordinaria: ingeniosa, pues, y la abuela Sahagún lo fue de cabo a rabo. Las Bustamantes de Quijas ¿tenían acaso que esforzarse? No tenían que esforzarse, ya eran lo que eran. Últimamente mineralizadas todas ellas. A salvo, eso sí. Pero en eso está lo malo, en eso estaba, en hallarse a salvo de la más mínima moción: sin *devenir* ninguna de ellas, sólo *ser*. Siendo y siendo, mañana, tarde y noche, entera y uniformemente Quijas, unas Quijas que casaban con reyes a sus hijas. Y así desde el principio de los tiempos infinitos hasta el momento mismo en que llegaron a Santander los Montes y movieron a todo el mundo el hato.

A manera de responso. Dado que sólo mentalmente se dijo esto seriamente —o se pensó—. Virginia Montes lo pensó en las sosas exequias de su abuela.

XVIII

Como queda dicho, Virginia Montes se hizo, a su manera, cargo de todo: por eso fue todo muy soso. Aquella tarde de la cesación estaban abajo Gabriel Montes y el doctor Anselmo. El reloj de la chimenea dio la campanada de las nueve y media. Habían encendido las luces ya del comedor, era la hora de cenar. Virginia entró en la sala, cerró cuidadosamente la puerta y avanzó unos pasos en dirección a los dos hombres, que estaban sentados fumando un pitillo, cada uno a un lado de la chimenea. Los dos se levantaron casi al mismo tiempo. Virginia los miró a la cara a los dos a la vez, quizá sin enfocar con precisión a ninguno de los dos en particular y dijo:

—Ya está. Se acaba de morir.

Subieron los tres y contemplaron a la abuela recostada en la almohada, en un almohadón de raso que se hacía colocar últimamente porque decía que se ahogaba. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha. No parecía muerta. Gabriel Montes se arrodilló junto al lecho y apoyó la cabeza en la colcha. Virginia y el doctor Anselmo se quedaron de pie, al pie de la cama, en silencio.

—Tendrás que hacer tú el certificado de defunción, Luis.

—Mejor su médico de cabecera. Yo no he estado realmente al cargo de tu abuela.

—Tengo que telefonear a Luz —dijo Gabriel poniéndose de pie.

—Llama tú a Luz y después llamo yo al médico —dijo Virginia.

—Habrá que telefonear a alguna gente más —dijo Gabriel.

Gabriel bajó a telefonear. El doctor Anselmo sólo dijo:

—Yo, Virginia, no soy quién para criticarte en cosas vuestras: cómo os lleváis la familia y lo demás. Pero como has llevado lo de doña Everilda tú (y acentuó este *tú*), no me ha gustado. Ha sido como en contra nuestra, en contra mía, en contra de Gabriel. Quizá tenías derecho, no lo sé. Ella te amaba a ti, con diferencia más que a ninguno de nosotros. ¿Pero te daba eso derecho de excluirnos? No

lo sé. Lo dudo...

—Lo lamento —declaró Virginia secamente.

—Sé que *no* lo lamentas. Y haces bien. No tienes que explicarme nada a mí. Yo te amo. Pero aún así, no puedo *no* juzgarte, sería insincero que pretendiera no juzgarte.

—Me parece bien, Luis, eso me gusta. Te diré, sin embargo, que no fue decisión mía: fue la abuela quien no quiso ver a nadie.

—Sí. Eso lo creo. Yo también creo, como tu abuela, que las enfermedades y la muerte son asuntos íntimos, que en definitiva conciernen sólo al interesado y a sus allegados más íntimos, que nunca, en el mejor de los casos, llegarán a más de dos o tres. Así que yo no te reprocho, ni creo que Gabriel tampoco lo haga, el no poder estar presentes en el último momento o en los momentos o días anteriores al último momento. Lo que únicamente me permito reprocharte a ti en particular, mi dulce Virginia, es la distancia a la que a mí me has mantenido, la frialdad que sé fingida. Porque nadie es menos fría que tú, mi dulce Virginia, mi clara, mi fuerte Virginia.

Virginia pensó que el doctor Anselmo tenía razón y quiso explicarse, explicarle qué había sucedido: quiso hacerle ver cómo no hubo una situación de enfermedad, un agravamiento al término del cual se presentase la muerte, sino que Virginia había tenido a lo largo de todos aquellos últimos días la impresión de que la abuela sólo había reducido su círculo vital a lo que alcanzaba su conciencia individualmente considerada y que en ese círculo, poblado por recuerdos entrecortados, por presencias más o menos fantasmales, sólo Virginia misma ocupaba todavía un lugar real: un lugar donde no parecía apropiado hacer entrar ni siquiera a Gabriel, ni siquiera al doctor Anselmo. Y quiso explicar también Virginia que estas impresiones suyas habían estado dictadas por lo que ella entendió que era la conciencia de la abuela aislándose del circuito vital, espiritual, más amplio donde siempre se había movido. Y que ella, Virginia, se había limitado a dejarse llevar por la corriente aislante de la conciencia de la abuela, su expansividad reducida. Entonces dijo:

—Para mí era un consuelo que estuvieses abajo, que vinieses todos los días a vernos, que te sentases a fumar un cigarrillo en la sala con Gabriel. Si la abuela hubiese preguntado por vosotros no dudes que os habría llamado, pero la abuela no ha preguntado por

nadie, ni tampoco por mí. Yo sólo estaba allí, haciendo las veces de todas las personas reales, de la realidad misma, que cada vez iba alejándose más de la conciencia de la abuela. No fue una decisión que tomé, fue que no creí que tuviera que tomar ninguna decisión y, además... —titubeó Virginia— yo misma no creí que se moriría esta vez. Acepto tu reproche, ahora veo que me dejé llevar.

—Quizá hiciste lo correcto, Virginia. O al menos hiciste lo que te pareció más adecuado en la situación en que te encontrabas. Eso que dices de la conciencia de tu abuela, aislada, me parece verdad, sobre todo, aplicada a ti misma ahora, y hace tiempo ya que te has ido aislando incluso de mí que te amo.

—Eso es distinto. Es que no sé que hacer con esa declaración tuya de amor. Me sobrepasa. No puedo sentir lo que tú sientes y ni siquiera sentir lo que debería sentir. Debería quererte y en un sentido obvio te quiero, te respeto, te considero, con Gabriel, mi único amigo, y ahí se detiene todo. Me he vuelto insuficiente, incapaz de conectar mis sentimientos con los sentimientos de otras personas, o incluso mis propios sentimientos actuales con sentimientos míos anteriores o con los sentimientos que debería tener en el futuro. No sé qué debo sentir. No veo ningún futuro excepto como una tediosa continuación de los días. No sé si esto es la explicación que quiero darte, que debo darte: me siento desconectada ahora que la abuela está ya desconectada del todo.

—¡Pero, Virginia, no estás sola! ¡Tú misma te das cuenta de que no estás sola, que me tienes a mí, en las condiciones que quieras!

—Gracias. Muchas gracias, por supuesto. Lo digo de corazón...

—Pero no lo sientes.

—Eso debe de ser que me he vuelto incapaz de sentir sentimientos. Todos los sentimientos me parecen fingidos. Tengo que sentir sentimientos, claro, me digo a mí misma. Debo sentir sentimientos puesto que los demás sienten sentimientos por mí y yo deseo corresponderles. Pero tú, con toda la razón, me metes prisa, me pides una decisión, me pides una normalización de nuestras relaciones. Me pides que salga de mi conciencia aislada y paralizada y que entre contigo en el mundo común, que es, por supuesto, noble y digno de vivirse. Ahí es donde no quiero entrar, donde no puedo entrar.

—Vamos a dejarlo, Virginia, en este momento quizá la emoción

inexpresada, la emoción que sientes por la muerte de la abuela, te impide expresar ninguna emoción, o sentirla. Quizá este sentir que no sientes es una expresión de tu exceso de sentimiento, que cobra la forma átona de sentir que no sientes. La expresión de los sentimientos es un asunto muy personal. Yo mismo no soy tampoco muy dado a la expresión sentimental, como tú sabes. Sólo contigo, y aún así con dificultades y dando muchas vueltas.

—Muchas gracias de nuevo, debe de ser así como tú dices.

Había transcurrido desde que Gabriel se fue una hora larga. Oyeron el motor de un automóvil que se detenía frente a la puerta principal. Oyeron la voz de Gabriel que hablaba, y al poco hicieron su entrada en el dormitorio de la abuela Gabriel Montes y el que había hecho las veces de médico de cabecera de la abuela, que certificó su defunción. Gabriel había hecho gestiones en Santander. La funeraria vendría temprano al día siguiente. El chofer se llevó al cabo de un rato al médico de cabecera y se quedaron los tres velando el cuerpo de la abuela. Apenas hablaron.

No había teléfonos porque la abuela encargó uno en 1911 y no dio resultado. Virginia Montes reimagina y recuerda aquel batiburrillo de la red telefónica urbana municipal con su central en la Plaza de la Constitución 2, y su subcentral en el Astillero San José y sus locutorios públicos de Plaza de las Escuelas 2 (telégrafos) y su central y subcentral telefónicas del Astillero. Y he aquí que esto es, esto narrado, una frágil permanencia del espíritu objetivo, y he aquí que esto es lo que no es, nunca antes y nunca después, porque el tiempo es el número del movimiento según el antes y el después. Así que la abuela Sahagún encargó uno de los primeros doscientos noventa y nueve teléfonos de la provincia de Santander. Son estos los primeros años del teléfono en Santander y hay un lado largo, brumoso, insuficiente y poético en el relato y en el relatar de estas primicias telefónicas. Ya, para empezar, la lista de señores abonados de 1911, julio, agosto y septiembre, era difícil de entender y más agresiva que otra cosa. Y fue esto lo que la abuela Sahagún primeramente comprendió: que no comprender aquel servicio permanente de la red telefónica urbana municipal, de ser una Sahagún y de ser una Montes y del proceder de Villada y de Frómista y de haber atravesado harineramente los montes imposibles para mandar los barcos a La Habana. He aquí por qué la

abuela Sahagún encargó primero y desencargó después su línea telefónica: en la tapa de la lista de señores abonados figuraba ya en primer término la primera ofensa contra la dignidad de la persona humana, verbatim: *Las comunicaciones deberán pedirse por medio del número (y no del nombre del abonado con quien se desee conferenciar*). ¿Deseaba conferenciar la abuela con doña María Sautuola? Deseaba conferenciar, porque era la única persona seca y práctica con quien podía hablarse en el vacuo Santander de aquellos años. Pues bien: debían las comunicaciones pedirse por medio del número y no del nombre del abonado con quien se deseaba conferenciar. Esto fue para la abuela un non plus ultra, un *non serviam*. Ella hizo lo posible para entender las instrucciones. Dio dos o tres vueltas a la manivela e inmediatamente aplicó el teléfono al oído, y cuando la central contestó dijo el nombre del abonado. Doña María, de Puente San Miguel, y sin separar el teléfono del oído esperó la comunicación solicitada. Esperó y esperó y pasaron dos minutos y dio la abuela Sahagún tres golpes consecutivos en la mesita de caoba que tenía a su izquierda, queriendo decir que se sentía irritada y molestada a consecuencia del infarto aquel de vías sanguíneas, elementales y sanguíneas que no comunicaban, y es más: despotenciaban a los comunicantes propiamente dichos. *Sin separar el teléfono del oído espere la comunicación solicitada*. La abuela Sahagún esperó la comunicación solicitada sin separar el teléfono del oído y no hubo comunicación alguna. ¿No era eso impresentable?

El otro texto que figuraba en la tapa de la lista de señores abonados decía así: *Durante las tempestades se suspenderá el servicio, no debiendo hacerse uso del aparato ni descolgar los teléfonos*. Quizá esto fue lo definitivo para la abuela Sahagún: ¿Y por qué no en las tempestades? Justo cuando hay un temporal es cuando yo quiero llamar, y no es por ver si están las personas mal o bien. Estarán bien las muy caguetas, cómo no, avezadas a los sures de aquí y a los nordestes. El cierzo que soplaba en Astudillo te tiraba por lo regular las chimeneas de las cocinas los inviernos. ¿Y eso qué? ¿O es que a nosotros nos detuvieron nunca las carretas porque hubiera crecida del Besaya, o estuviese Reinosa congelada o Potes? Por no hablar del Océano Atlántico, con sus remolinos y sus temporales. No. Una línea telefónica que se asusta de las tempestades es una línea tonta de mujer como un corsé, una vergüenza nacional. Los tifones antes

de llegar a Veracruz de todo el Caribe los pasaban nuestros barcos. ¿Vino alguna vez un capitán al escritorio a decirnos: Mire usted, que debiera el servicio suspenderse porque hay amenaza de tifón? Le hubiéramos despedido de inmediato a ese cagueta.

Y era la voz de la abuela más que el cuerpo decreciente de la abuela, su voz tronada, destronada por la muerte, la que ahora oye Virginia Montes en el velorio de la abuela. A María yo le dije: Son débiles, María. No como tú y yo que somos fuertes, mujeres pero fuertes, porque como tú dices siempre los hombres pueden fracasar —que ellos mismos no lo creen pero que pueden es un hecho—. A tus hijos tú los apoyaste como yo a los míos. Eso lo hicimos por narices lo mismo tú que yo, para que la semilla a la vez muriera y no muriera. Porque yo, María, no sé tú, no soy creyente, no lo soy. De los Evangelios he escogido lo mejor, lo menos pavo. Como lo de la semilla, que muere o se te pudre y se queda al final como una pasta. Aquella voz enérgica y trivial, profunda y trivial al mismo tiempo, del primer capitalismo industrial, enharinado y puro como un páramo. Ahora Virginia Montes se siente desventrada, apagada y desventrada y nonagenaria, como una muerta viva que se sume en la muerte a contrapelo, a contra *coeur*, sin gracia, sin decisión, sin fuerza. Este velorio de la abuela Sahagún da el giro que determina todo el final de este relato.

Virginia Montes se ha sentado en el sillón donde solía sentarse la abuela Sahagún, en el mirador de la sala de arriba frente a las marismas del Astillero y piensa que no hay ya ningún irse o venirse —no lo hay una vez que se ha instalado en Peñacastillo, de conformidad con la voluntad de la abuela expresada en su testamento, al dejar a Virginia la gran finca—. Es una gran finca de labor, de sesenta y cinco hectáreas y ciento noventa vacas, que Virginia no tiene intención de cultivar o administrar, ni siquiera en el simple estilo continuativo sin innovaciones ni apenas inversiones (las fincas consumen constantemente dinero, son negocios caros incluso en el mejor de los casos) que la abuela mantuvo casi hasta el final. El encargado, Manolo, el mozo mayor, ha acudido ya varias veces a pedir instrucciones a Virginia. Y Virginia ha salido del paso dejándolo todo a su buen criterio. Creyó Virginia por un instante que esta dejación, este delegar, complacería al buen hombre, pero

no ha sido así.

—La señora mayor, doña Everilda, nunca dejó de darme instrucciones, de todo estaba al tanto.

Al oír esto, Virginia se ha sentido infeliz y ninguneada. ¿No era ésta —ahora, de pronto y, también, por fin— la ocasión de poner en práctica su socialismo casero? ¿O es que no fue sincera Virginia cuando escuchaba al doctor Anselmo y se entusiasmaba con el regeneracionismo institucionista e incluso con el higienismo y la utopía socialista de aquellos años? Ahora que tienes la finca, Virginia, ¿por qué no aprovechas la ocasión para aplicar criterios socialistas de los que hemos venido hablando? —ha sugerido amablemente el doctor Anselmo.

Pero Virginia se siente exánime ahora. El doctor Anselmo no la ha presionado después de la muerte de la abuela para que acepte reconsiderar su proposición matrimonial. Ha ido todos los días a visitarla, pero no ha presionado. Y Virginia —distanciada de toda acción— le ha agradecido, sin decírselo, esto. Pero lo cierto es que Virginia, al trasladarse a Peñacastillo, se ha trasladado a un lugar sin tiempo y sin espacio, a una tierra de nadie, que, paradójicamente, está en este momento de la vida de la provincia más plagada de tensiones —y quizá también de posibles— que nunca. Trabajan en la finca unas diez personas, quizá más, hay que tomar decisiones laborales, además de agrícolas o ganaderas. Una finca como ésta de Peñacastillo es lo contrario de una finca de recreo, es una finca que podría convertirse en experimental, de rotación agropecuaria. Como finca de recreo es demasiado visible toda de una vez: hay demasiados *praos* y demasiado poca arboleda, y todo habla de labor, de trabajo, no de recreo. Pero, curiosamente, Virginia Montes se siente bien ahí y decide ponerse en manos del mozo mayor: que se haga todo como se hacía con la señora, que se siga todo igual. Al decir esto dice implícitamente que no se le consulte nada o que la consulta sea sólo formal. Manolo, el mozo mayor, que es un pasiego listo, decide que tendrá informada a la señorita Virginia de todo pero las decisiones las tomará él: Virginia se echará a un lado y Manolo se hará cargo de la institución.

En el Muelle 35 la poquedad era factible, la no intervención era verosímil, hacerse a un lado casi era lo elegante. ¿Y ahora? Ahora lo elegante sería llevar la finca, comprometerse con la acción, discutir

con los incipientes sindicatos obreros, aumentar los salarios o mantenerlos como están, invertir en la finca: todo esto requiere una actitud distanciada, objetiva, enérgica. Y Virginia se siente ahora malagusto, se siente bien y a la vez malagusto en la finca de Peñacastillo. Se siente bien porque está sola, porque ya no tiene que ir y venir por el muelle y encontrarse con sus primas y con sus amigas de toda la vida, o ir a los roperos, o incluso leer el periódico. Ahora hay un blanco espacio, fértil como un cenobio, imaginativo como una pared encalada, Virginia podría profesar ahora, consagrarse al amor de Dios ahora o, en su defecto, a la contemplación de la nada, pero Virginia no ha aprendido a relacionarse con la nada, muy pocos aprenden esto que requiere una instrucción previa, y Virginia tiene apenas una instrucción elemental. Y luego está el orgullo: hay una Virginia rígida que emerge ahora en medio de la Virginia tierna como una malformación que parece, sin embargo, un perfeccionamiento. Ahora Virginia ha empezado a creer que abstenerse y rehuir y clausurarse es emprender una nueva vía, purificada, de comprensión de sí misma y del mundo, pero no hay nada de eso. Desgraciadamente, Virginia se equivoca.

—Desgraciadamente, Virginia, te equivocas, si crees que encontrarás a solas lo que no quieres encontrar acompañada —ha declarado una tarde el doctor Anselmo, que fielmente la visita todas las tardes.

—Leo mucho —ha declarado Virginia a su vez.

—¿Y qué lees, Virginia? —la entristecida voz del doctor Anselmo conmueve a Virginia por un instante y, ahora que nada la conmueve, la voz del doctor Anselmo, entristecida, la conmueve. Pero esta conmoción que la conmueve no la conmueve lo bastante: han aparecido placas tectónicas alrededor de Virginia que impiden que la conmoción sea vertical, hacia el fondo. Lamenta hacer sufrir al doctor Anselmo, a veces piensa: ¡Ea! Me entregaré a Luis Anselmo, seré su esposa, seré su amada, su querida, lo que él quiera. Puesto que en realidad me es indiferente ser amada o no serlo, ¿por qué no ceder a esta fuerte oleada de buena voluntad que dimana de Luis, que me quiere por esposa? Nada cambiaría en mí si me entregara. ¿Qué me pasaría? Supongamos que me entregara en cuerpo y alma ¿qué me pasaría? No me pasaría nada en absoluto,

todo seguiría igual al yo no amarle y, sin embargo, al entregarme a él le daría una gran satisfacción, un gran gozo, *puer natus est in nobis* —recuerda Virginia en mal latín—, ha nacido un niño entre nosotros. Supongamos que quedara embarazada yo del doctor Anselmo cinco veces consecutivas. Al cabo de cinco años cinco niños, en sus cunas enanas darían fe de su amor y mi resuelta entrega sin amor. Pero esos cinco niños, un suponer, darían fe de que me entregué e hice lo que debía, de que al menos le di la satisfacción de ser padre. Entonces, ¿por qué no? No quiero tener gusto en nada, decide Virginia. De leer las obras completas de San Juan de la Cruz sólo ha sacado en limpio esto: y abre el libro de San Juan de la Cruz y lee: ¡*Ay! ¿Quién podrá sanarme*? Y lee el comentario, como si dijera: *Entre todos los deleites del mundo, y contentamientos de los sentidos, y gustos y suavidad del espíritu, cierto, nada podrá sanarme, nada podrá satisfacerme. Y pues así es, acaba de entregarte ya de vero. Donde es de notar que cualquier alma que ama de veras no puede querer satisfacerse ni contentarse hasta poseer de veras a Dios*. Virginia trampea al leer a San Juan de la Cruz, como trampea quien, a partir de la melodía de un clarinete de Brahms, puro significante, puro anhelo sin contenido específico, saca la conclusión de que todo lo demás, todo lo que no es anhelo, todo lo que no es significante melódico, es insignificante y no vale la pena: pero el significante último es Casimiro todavía, el pobre Casimiro, las cuencas de cuyos ojos agujerearon las aves carroñeras del Gurugú. Una vez dijo Casimiro una tarde en el portal de abajo, junto al perro de bronce en las cuencas de cuyos ojos habían puesto de común acuerdo, ellos dos, dos pepitas de cereza blanqueadas y secas, a modo de globos oculares. Y dijo Casimiro: Mi señorita Virginia, tú me olvidarás. Cuando yo me vaya a la mili tú me llorarás, y luego después me olvidarás de fijo. De todo punto imposible es que me quieras, Virginia. Porque tú eres la señorita Virginia y yo tu criado, el hijo de tu cocinera, y a los hijos de los criados uno los olvida. Tú me olvidarás como olvidáis las señoritas a los hijos de vuestras criadas, pero yo no te olvidaré. Y Virginia lloraba y le besaba en el pelo y en los labios, y en la nariz y en las orejas, y en el cuello. Y decía y gemía, mi vida, no te olvidaré, yo no te olvidaré. Y además vas a volver y nos vamos a casar. Y Casimiro la besaba y le decía: Yo sí que no te olvidaré, y a lo mejor

no volveré. Y eso Casimiro lo decía para que Virginia más le amara de pura pena que le daba que se fuera a Melilla a luchar contra Abdelcrim. Y Virginia lloraba y le decía: Yo no te olvidaré. Esto ahora se ha convertido en Dios. Porque tan pequeña es nuestra incidencia individual en el espíritu objetivo, tan poca cosa somos, que cuando Virginia se enamora de Casimiro y por Casimiro pierde la cabeza, nosotros decimos: he aquí la demostración de la existencia de Dios. Y, por supuesto, es esto absurdo, cómo es posible que cada uno de nosotros nos equivoquemos tanto y afirmemos con tanta energía y perdamos nuestras pobres vidas en asuntos que no valen la pena. Es nuestro anhelo de infinitud y trascendencia: *las aficiones y hábitos imperfectos que todavía, como raíces, han quedado en el espíritu donde la purgación del sentido no pudo llegar; en la purgación de los cuales la diferencia que hay a estotra es la que de la raíz a la rama, o sacar una mancha fresca, o una muy asentada y vieja. Porque, como dijimos, la purgación del sentido sólo es fuerza y principio para la del espíritu que, como también habemos dicho, más sirve de acomodar el sentido al espíritu que de unir el espíritu a Dios. Tienen estos también la hebetudo mentis y la rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado y la distracción; de la cual conviene que se ilustre y clarifique y recoja...* Virginia se acuerda mal de esto... Virginia no entendía ni siquiera la mitad, pero lo leía y lo leía porque le parecía que la mitad de su alma, más de la mitad, estaba en esto —y había sido dicha por San Juan de la Cruz con ocasión de su profundo amor por Casimiro, que era Dios—. Dado que Virginia confundía la velocidad con el tocino, su soledad no era fértil, pero era tan individual, y tan profunda, que nosotros ahora no podemos condenarla —no podemos aprobarla, bien es cierto, pero no podemos condenarla—, porque se ama en la vida solamente una vez y eso nos dura hasta la muerte. En esto consiste nuestra finitud, en no tener varias opciones, en tener sólo una, una o dos, y, al fin y al cabo, sólo una quizá y ser ésa la peor. Y en elegirla, a la peor en vez de a la mejor: en eso está la gracia y la desgracia de cada hombre o mujer individuales, digan lo que digan los prudentes sabios.

Dos factores intervienen en la creciente cerrazón de Virginia Montes: su aislamiento físico en Peñacastillo y su renuncia al matrimonio con el doctor Anselmo, y es quizá este segundo factor el que, no obstante la fidelidad del doctor, sus frecuentes visitas a

Virginia, ha determinado lo más agudo del aislamiento. Virginia Montes ha cerrado su intención. Ya no siente, como sintió al principio, curiosidad intelectual por las cosas que el doctor le cuenta. Ya no se inquieta, como al principio, cuando pasan varios días sin verle. Agradece sus visitas, pero no se divierte ya con él. Está ensimismada. Casi prefiere las más superficiales visitas de Gabriel, que Virginia puede gestionar a un nivel conversacional ligero, o incluso superficialmente profundo, pero donde no se la requiere a ella misma tomar ninguna decisión. A ojos de Gabriel no ha cambiado Virginia mucho, está algo más aislada, algo más rara, pero dado que el propio Gabriel tiene esa característica de ser un raro, un excéntrico, no percibe quizá que Virginia esté deslizándose hacia una cerrazón completa. Por otra parte, Gabriel es un espiritualista, un dualista que cree, como buen católico, en la resurrección de la carne y en la vida eterna del espíritu, así que sin proponérselo alimenta una espiritualidad que a Virginia no le conviene. ¿En qué consiste la cerrazón de una conciencia? Todos en mayor o menor medida, todos los lectores, hemos vivido en propia carne, y también hemos visto reflejado en otros, esta actitud que quizá quepa describir como un regreso a una posición fetal mental. Como si nuestra conciencia se recogiera acurrucada sobre sí misma, como si mediante el gesto de recogimiento y de arrugamiento pretendiéramos recuperar una posición prenatal, vital y prenatal, en la que fuéramos oscuramente conscientes, no reflexivamente concientes, sólo vitalmente conscientes de la palpitación de nuestra propia vida. Nada hay fuera, parece decirnos este gesto de introversión vital. Nada puede enseñarme acerca de lo que a mí me preocupa la experiencia ajena. Creo que es adecuado pensar en los procesos depresivos sin dar a la idea de depresión ningún sesgo pseudocientífico o de una psiquiatría casera: la imagen de la depresión que todos conocemos aparece ante nosotros como una negación de la vigencia del mundo: es un estado de suspensión donde nos encontramos ante el mundo sin poder extraer ninguna animación del mundo. Si alguien nos dice que las flores son bellas, o que una persona nos quiere, o que alguien está alegre de estar con nosotros, y esas informaciones, que intelectualmente reconocemos, no llegan a nuestra afectividad, se habla de la serotonina y de otros fenómenos neuropsicológicos; pero quizá no sea necesario invocar

superficialmente a la ciencia ahora y baste con retener la imagen, nuestra propia imagen, de personas que hemos estado deprimidas alguna vez: no logramos enganchar nuestra atención más allá de aquello que nuestra atención nos impone obsesivamente, dejamos de ser dueños de nuestra atención y no podemos dirigirla. Por supuesto que hay medicaciones hoy en día, aunque no las había en la época en que esto le sucedía a Virginia Montes. Virginia Montes no se vivía a sí misma en aquel momento como una persona enferma o trastornada, de hecho no estaba trastornada, sólo que el mundo exterior, los afectos exteriores, se habían ido apagando poco a poco y no podía hacerlos brillar de nuevo, ni quería. Todas las tardes pasaba lo mismo, al cabo de una hora la compañía del doctor Anselmo le resultaba insoportable. Esperaba que diera la hora el reloj y que señalara las ocho, que era la hora en que el doctor se marchaba a su casa. Procuraba entretenerle hablando de unas cosas y otras pero la misma seriedad del doctor, lo mucho que Virginia sospechaba que el doctor Anselmo sabía de ella, por delicadamente que lo usara, impedían a Virginia simpatizar ahora con el doctor, vivía su presencia como una benevolente hostilidad continua. Le parecía que el doctor no estaba de su parte.

XIX

Leonora de Bárcena era una amistad de Gabriel Montes que implícitamente Luz siempre había desaprobado. Eso, no obstante —o quizá precisamente por eso— no hubo en el comportamiento de Gabriel jamás la menor impropiedad pública o privada, otro tanto no sería posible declarar en relación con la señora de Bárcena. (Los únicos Bárcena conocidos en Santander declararon de inmediato no tener la menor relación con estos otros Bárcena recién aparecidos.) Leonora de Bárcena decía siempre *mi amor* a todo el mundo. Era imposible no considerarla afectuosa. Era imposible no considerarla empalagosa. Era imposible no escuchar lo que decía, hablaba casi siempre en voz muy alta —un poco ronca—, o bien en voz muy baja, también un poco ronca, tan baja que era imposible entender lo que decía, ni siquiera echándosele encima. Pero no podía echársele nadie encima porque, sobre todo, hablaba bajo, y como con ronquera, en las sesiones. Llevaba ya ese matrimonio en la provincia de Santander un cierto tiempo, tal vez años, viviendo como en un retiro espiritual por la zona del cabo de Ajo. A favor suyo podía decirse que por lo menos no trabajaba ninguno de los dos, así que eso significaba que eran personas de fortuna independiente, aunque no cuantiosa, dado que en el vecindario de Noja, Isla, Arnuero, Bareyo, Galizano, Carriazo o San Miguel de Meruelo no había grandes casas ni grandes propietarios, aparte de los ya conocidos y notorios. Estos Bárcena disponían al parecer de una pequeña fortuna, suficiente para vivir los dos sin trabajar. El marido, el señor Bárcena, era un hombre pequeño y como tísico, con un aire vagamente burocrático y unas manos largas y venosas, entre amoratadas y azuladas, que denotaban una irregular circulación sanguínea. Iba pulcramente vestido, siempre igual, y nadie recordaba haberle oído emitir jamás un concepto significativo. Era extraordinariamente cortés, eso no obstante. Y, contemplándole sentado en las reuniones, no lejos de su esposa,

producía una invariable sensación de paz, como alguien procedente de otro mundo, tal vez de Cartagena o Albacete. Su fisonomía, reducida y empalidecida, hubiera requerido tal vez un par de gruesas gafas, pero, contrario a toda verosimilitud, no sólo el señor Bárcena no usaba gafas, sino que tenía, según pudo comprobarse, una excelente vista, tanto de cerca como de lejos. Esto se descubrió en varias ocasiones en que, en las reuniones de la Filarmónica, circunstancialmente se perdieron objetos de tamaño reducido, unas gafas, un pequeño bolso de mano, una pitillera, incluso el programa de conciertos, o una partitura: este extraordinario señor Bárcena, con sólo contemplar apagadamente la escena, de inmediato descubría donde se hallaba el objeto perdido. Venía a ser, en opinión de su esposa Leonora, como un don. Un don sin duda indispensable en aquel matrimonio caracterizado en público por el casi constante desprendimiento y pérdida de objetos que circundaban a la persona de Leonora. Podía perder inexplicablemente una pequeña peineta, o el chal, o incluso una de sus enormes sortijas de azabache. O incluso el hilo de un relato. Entonces podía oírsele decir al señor Bárcena: Estabas contando lo del cabo de Ajo, querida. Con esto solía ser de sobra para la recuperación de la elocuencia de su esposa. Gabriel Montes descubrió a Leonora de Bárcena con ocasión de la Filarmónica. Leonora contaba entre sus gracias con el impagable don de ser arpista. Ciertamente irregular o temperamental, pero siempre en principio bien dispuesta a participar en veladas musicales. Sus veladas preferidas, sin embargo, eran más bien poéticas: recitaba con gran gusto y sentimiento toda suerte de poemas de Núñez de Arce y de Espronceda. *El estudiante de Salamanca* era uno de sus recitativos favoritos junto con aquel otro que comienza: ¡*Para y óyeme, oh Sol, yo te saludo y extática ante ti me atrevo a hablarte!* De dónde venían los Bárcena no se supo nunca. No era, es de suponer, un misterio, pero tampoco era una evidencia. Y nadie se había atrevido nunca a preguntárselo a ninguno de los dos. ¿Por qué se habían instalado en aquella casita con jardín, un jardincito muy pequeño, en las proximidades del cabo de Ajo? ¿Tal vez por la belleza del paisaje natural? ¿Tal vez porque era el alquiler más razonable que en la propia capital de la provincia? Venían en tren a Santander con ocasión de los conciertos y las reuniones de la

Filarmónica. Dado que éstas se celebraban por la tarde, se veía obligado el matrimonio a hacer una noche de pensión. Andando el tiempo, y gracias a la relación con Gabriel Montes, cuando Leonora de Bárcena acudía sola a Santander solía hacer noche en cualquiera de las casas de la familia Montes. Y así fue, con ocasión de una de estas visitas, como Virginia Montes llegó a conocer a Leonora. Por indicación de Gabriel, Virginia invitó a Leonora a hacer noche en la casa del muelle. Ahí no será usted, Leonora, molestada, declaró Gabriel con un gran énfasis, que implicaba que en casi cualquier otro lugar de la capital o la provincia, con la excepción del cabo de Ajo, podía ser fácilmente Leonora disturbada o molestada. En el Muelle 35 había sitio de sobra. Desde un primer momento, Leonora declaró hallarse en su ambiente en aquel espléndido piso con su dormitorio de muebles de caoba cuyo balcón daba a la bahía y donde —según se dijo— Leonora se asomaba (es de suponer que en camisón o en traje de noche) al amanecer y al atardecer. La protección de Gabriel Montes hizo mucho a favor del matrimonio, se les hizo sitio en Santander pero de ningún modo les volvió más naturales o más inteligibles. De alguna manera, con los años acabaron los dos teniendo (pero sobre todo Leonora) ese carácter de personas especiales que cobran fácilmente en Santander los académicos de la Real Academia Española, o los toreros, o las grandes actrices del Teatro Nacional. Se los trata con gran cortesía y deferencia, pero no se los penetra. Son, por definición, impenetrables. En eso en gran medida está su encanto. Y una de las más impenetrables características de los señores de Bárcena era su comportamiento marital. Siendo, como eran, personas de posibles, se daba por supuesto que la única función del señor Bárcena era acompañar a Leonora en sus viajes a Santander. Esto, sin embargo, se cumplía unas veces sí y otras no. Y nadie, ni siquiera Gabriel Montes, podía de antemano predecir si Leonora aparecería en el ensayo de la Filarmónica, o al estreno, acompañada o sola. Y, si bien sola era una gran complicación, teniendo en cuenta que había que buscarle una casa decente donde pasar una noche o varias noches, acompañada era una complicación aún mayor, porque de alguna manera el aura ultramundana del señor Bárcena ni se avenía con la estrechez de una mera pensión, ni podía del todo acomodarse —en opinión de los santanderinos— al opulento confort de un

dormitorio burgués. Una capellanía o una residencia quizá de adoratrices hubieran sido con mucho preferibles, aunque en esto también había matices. El aura cenobítica que correspondía de lleno al varón casaba definitivamente mal con su admirable esposa.

Había algo en estos Bárcena que, no pudiendo no ser de Santander, no era, sin embargo, Santander. Y no era el arpa de Leonora, admirable instrumento que, por cierto, para general estupefacción del todo Santander, ella misma, al parecer, no poseía. Sin el arpa no podría yo vivir —había declarado Leonora muy al principio—, y cómo no, ahí estaba Gabriel Montes para proporcionarle la oportunidad de disfrutar del arpa de la Filarmónica. Lo horrible, mi amor, es que no estoy en dedos —declaró inmediatamente Leonora— mostrando los diez largos dedos de sus hermosas manos. Inspeccionadas con detalle, estas manos con sus fuertes muñecas y tendones eran sin duda manos de arpista. Otra cosa es que, en cuanto arpista en ejercicio, dejara Leonora más bien que desear. Prefería, evidentemente, recitar. Sugirió incluso llevar a cabo pequeñas representaciones teatrales que la estirada sociedad santanderina más bien prefería omitir. Muy pronto se supo que Leonora tenía el don, que era psíquica.

—La presencia de una auténtica experiencia psíquica de lo sobrenatural es parte esencial de nuestra cultura occidental cristiana. No hace falta que te diga, Virginia, hasta qué punto mi formación científica me hace escéptico —declaró Gabriel—. Pero la verdad es que me he sentido conmovido ante la enorme fuerza personal, individual, de Leonora.

Virginia comentó con el doctor Anselmo estas opiniones de Gabriel, y en gran medida estuvo de acuerdo con el buen doctor en que había un punto absurdo en estas experiencias sobrenaturales. Pero había pasado mucho tiempo ya de los primeros tiempos de amistad con el doctor Anselmo, a quien Virginia ahora, en su creciente familiaridad, veía más bien como una vía negativa: no podía amarle, agradecía su amistad y le cansaba un poco. Dentro del cansancio de Virginia figuraba, si no preeminentemente, sí en gran medida, el cansancio ante el cientificismo del doctor. Esto fue antes de que Leonora fuese a pasar unos días en casa de Virginia. Una cualidad de Leonora que a Virginia interesó desde un principio sin saber bien a qué atribuirla fue la gran aceptación que Leonora

tenía entre el servicio doméstico: una clase de aceptación que, a diferencia de la que había tenido el doctor Anselmo, no se basaba en la distinción o en la eminencia, sino en una cierta connaturalidad o empatía. Siento que doña Leonora, señorita Virginia, es un poco como yo, una mujer sencilla —declaró Manuela —. Virginia se contuvo y no trató de desengañar a Manuela. Incluso la más superficial inspección revelaba que Leonora no era una mujer sencilla, pero tampoco era en realidad una mujer de mundo. Había algo en su voz ronca, en sus súbitos arrebatos y abrazos, en sus *mi amor*, en su acento vehemente, en su acentuado acento, quizá en la profusión adverbial de su lenguaje, sus: *verdaderamente, realmente, extraordinariamente, mágicamente, divinamente*... que hacían que uno se atuviera más a la tonalidad afectiva que al contenido: invitaba con naturalidad a la confidencia. Así, a los dos días de estar en casa, se encontró Virginia a Leonora, instalada en la cocina, con Manuela en pie ante ella, deshecha en lágrimas. Leonora, al ver entrar a Virginia, se levantó con gran lentitud y dignidad y abrazó a Manuela, que aún hipaba y moqueaba y se secaba los ojos con el delantal. Una vez en la sala, Leonora contó que Manuela, de pronto, le había hablado de la gran pérdida de su hijo en la salvaje guerra de África. Virginia Montes sintió un escalofrío al oír esto. Guardó silencio o murmuró sólo algo como: pobre mujer o pobre Manuela. Leonora la observó de refilón y ahí quedó la cosa.

Los recitales de poesía romántica española sólo eran —como no tardó en descubrir Gabriel Montes— un aperitivo o preludio más bien periférico de lo que Leonora consideraba su don más intenso y más profundo: la hímnica. Componía al parecer Leonora himnos a jóvenes héroes muertos en circunstancias trágicas. Estos héroes eran en ocasiones héroes clásicos, semidioses, dentro de una mitología de amplio espectro que iba desde el vikingo al hitita y desde el Gilgamesh al Cid Campeador. Aunque las preferencias de Leonora iban más hacia el héroe de nombre extranjero. Antes de conocer personalmente Virginia a Leonora y a su esposo, había Gabriel Montes hecho una etopeya en gran prosa castelarina de Leonora de Bárcena, y en esa etopeya figuraba preeminentemente el arpa y la hímnica, si bien, a medida que Gabriel la iba conociendo mejor, y se sucedían los informes verbales a Virginia, iba el arpa

desluciéndose (no acababa de ser del todo Leonora una eficaz instrumentista). A medida que se deslucía el arpa, resplandecía la hímnica. Sólo para ir palideciendo en informes sucesivos la hímnica e ir revelándose Leonora con grandes dotes para el recitado de textos románticos. Nunca antes había oído Gabriel Montes exclamar a nadie con tanta intensidad y profundidad: ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

Pero el recitado de textos, por muy sublime que sea, tenía un límite entre la buena sociedad santanderina. Es difícil tomar el té y estar de tú por tú con una gran recitadora. Todo, durante un tiempo de duración indefinida, fue preludial (quizá un año entero con sus cuatro estaciones o con sus tres estaciones más bien, porque los Bárcena no eran estivales: de alguna manera desaparecían a principios de junio y reaparecían el día de difuntos): como si Leonora o su marido, Cayo Bárcena, no pudiesen, ni por separado ni los dos juntos, ser comprehendidos del todo en solo un año. Cuando Virginia Montes conoció en persona a Leonora (la primera visita que hizo al Muelle 35 con su secuela de visitas a Peñacastillo) el don de Leonora, que había reabsorbido todos los demás, era la adivinación del carácter. Y esto fue lo que Leonora declaró y Virginia, efectivamente, percibió con sus propios ojos con ocasión de la escena de la cocina con Manuela. Este don era intimidante en opinión de Virginia, porque, a diferencia de los otros, que oscilaban entre dones, gracias y habilidades no del todo cultivadas o ejercitadas por su posesora, este don de la adivinación florecía espontáneamente a intervalos irregulares con ocasiones insólitas. Así sucedió con Manuela. Así sucedió con el nombre propio del hijo de Manuela. De pronto, una tarde (acababan de dar las siete en el reloj de mármol negro veteado, de gusto egipcio, de la chimenea), Leonora dijo: *Casimiro*. Y Virginia tuvo la impresión escalofriada de que un joven criado de dieciocho años se volvía inquisitivamente hacia ellas dos desde la puerta de la sala de estar del Muelle 35.

Leonora había conseguido fascinar a Gabriel Montes mediante la sucesiva aparición de sus distintos dones, superpuestos, todo hay que decirlo, al don constante de su abundante y única figura femenina. Cayo Bárcena, en cambio, desafiaba una y otra vez toda hermenéutica. No puede decirse que no tuviese Cayo Bárcena una fenomenología —si se me permite expresarlo así— propia suya: un

como sistemático irse mostrando y desvaneciendo los lados de su singular espíritu. Sólo que, a diferencia de Leonora (cuyas sucesivas transformaciones tenían un agradable punto de estrépito y fanfarria, un lado que pudiera considerarse popular, un poco en esa línea de persona sencilla y asequible que los corazones sencillos, como Manuela y otros miembros del servicio doméstico, enseguida detectaban), las sucesivas manifestaciones de la individualidad única del señor Bárcena sucedían en *low key* y tan disueltas en el espacio-tiempo de la percepción ajena, que sólo un observador contumaz y casi monográficamente dedicado a descubrirlas alcanzaba a detectarlas. Cayo Bárcena se disolvía en los saraos e incluso en cenas de más de ocho o diez personas. Las largas mesas de comedor con el comensal de la derecha, el de la izquierda y los de enfrente, más los incidentes del servicio de mesa, los sucesivos platos de imposibles carnes y pescados, la lubina dos salsas, las pulardas, el sangrante *roast-beef*, la presentación, incluso repetida, de todo lo que no le apetecía... De la ternera asada podía tomar una patatita, un poquito de pimiento asado, podía tomar la sopa con desgana pero hasta el final, y hasta el postre, todo era nolición e inapetencia. En los postres se desquitaba un poco, pero entre la sopa y el postre transcurría con facilidad una hora larga de animada conversación y suculenta presentación de platos exquisitos. En las mesas largas la conversación requiere un cierto dominio del decibelio ajeno, aparte del propio. En las mesas largas, en los salones grandes, repletos de personas agradables y ocurrentes, donde Leonora florecía, se disolvía Cayo Bárcena. También, justo es decirlo, se disolvía la propia Virginia Montes, no obstante hallarse siempre en compañía de personas conocidas de toda una vida e incluso familiares muy cercanos. Pero Virginia tenía la posibilidad de siempre hacerse a un lado con una copita de jerez seco, siempre alguien acudía a darle conversación. En cambio, Cayo Bárcena se escurría por el derredor de las estancias con una imperceptible aunque continua movilidad, de tal suerte que un observador semiatento podía percibirle a la vez en todas partes y en ninguna. Florecía, empero, Cayo Bárcena en el *tea-party* de reducidas dimensiones, sabía tomar el té perfectamente. Florecía sobre todo en los tés de Virginia Montes. En cierto modo, Cayo Bárcena sustituyó al doctor Anselmo, si bien esto sólo era perceptible para

observadores imparciales y capaces de visiones totalizadoras de largos espacios de tiempo. Virginia Montes observó que cuando acudía a sus tés el matrimonio Bárcena, Leonora funcionaba como una especie de *canopy* o floresta amparadora de las subconversaciones que tenían lugar al mismo tiempo que la suya propia. Contaba Leonora del furor del mar en cabo de Ajo: la visión brumosa y argentada del mar invernizo desde los altos de Ribamontán o de Carriazo. Y era factible mantener entonces con Cayo Bárcena una subconversación, si no del todo comprensible, por lo menos jugosa acerca de la función del periespíritu a la hora de la muerte.

—Una evidencia inevidente, Virginia, permítame usted la paradoja, es la existencia de quienes quedan y no quedan más allá. Quedan más acá porque quedan más allá. Estamos en comunicación. Si hubiese sólo cuerpo físico, habría sólo vida física y muerte física, pero hay, Virginia, otra vida: la psíquica. Que no es sólo mental, ese es el gran error: creer que decir *psíquico* es lo mismo que decir *mental*. Craso error... Sí, gracias, un solo terrón de azúcar. Delicioso este *darjeeling*. En nuestra casita de Isla, nunca o casi nunca encendemos luces. Sólo, a ser posible, velas. Para ver no hace falta apenas luz, la excesiva luz oscurece la visión, desconcierta la presencia, la deshace de hecho. Me estoy refiriendo al hecho criptoide: una gran luz artificial lo oscurece. Una pequeña luz natural, una candela, un fuego de leña, lo instala en la ultrapercepción. En nuestra casa todas la luces están siempre veladas, no cegadas, no negadas, la luz del día velada tiene su función desveladora como también la luz de la luna o de la noche. Pero igual que se debe velar la luz del pleno sol, se debe velar el plenilunio. No exponer nunca un criptoobjeto, un *ka*, a un plenilunio descarado. Y la conciencia es descarada, Virginia. La razón por la cual dice Rubén: *No hay dolor más grande que el dolor de estar vivo, ni mayor pesadumbre que la vida consciente*, es por esto que le digo yo. Aunque el fraseo de Rubén debería alterarse. La primera parte está bien: no hay dolor más grande que el dolor de estar vivo: la vida es dolor, la existencia es dolor. Pero la segunda frase debería reformularse: no es que la vida consciente sea pesadumbre, es que produce desconciencia, la conciencia produce ignorancia, no visión... Sí gracias, tomaré una palmerita, me

encanta el hojaldre, especialmente el hecho en casa. Leonora, la pobre, no tiene esa habilidad, no la tiene, ella es más bien del pan, pan. Para ver hay que no-ver. Para sentir hay que no-sentir, para ser conciente hay que entrar en la inconsciencia. Hay personas, como por desgracia yo mismo, que hemos sido llevados justo hasta la franja. Y ahí hemos sido detenidos, desautorizados, si me permite expresarlo así. Se nos ha explícitamente desautorizado en la franja. No es posible. Tú no puedes ir más allá, y he respondido yo en ocasiones, Virginia, con casi en los ojos lágrimas: para el que cree, nada es imposible. Y se me ha dicho: pero es que tú no crees, tú ves, por eso la visión te está vedada. A este lugar, a esta fractura, sólo se llega sin querer, y nunca llegan quienes quieren —como es mi caso —. Sólo llegan quienes pueden, como es el caso de mi esposa. No parece usted muy sorprendida, Virginia. Y esto me confirma que usted misma está muy cerca de esa franja, de lo infranqueable franqueable de la chispa del alma individual: el periespíritu, los espíritus. Vamos a no usar ninguna palabra al uso. No voy a decir médium ni ultramundo ni sobrenatural, ni voy a dar nombre ninguno a nada, sólo quizá me referiré al hecho encriptado, al criptohecho o criptofacto de la comunicación hiperconsciente, infraconsciente.

Virginia Montes descubrió que, en este punto, Cayo Bárcena agradecía un Marie Brizard. Era el punto tenso de un hombre diminuto, perfectamente arreglado en su traje de tarde, que, *sottovoce*, jadeaba un poco, por inverosímil que suene, al pronunciar criptofacto. Casi a su pesar Virginia Montes se sintió atraída desde un principio por este Cayo Bárcena tan frágil, tan lúcido, tan quedamente espiritual. Y por eso solía intercalar:

—No es por nada, pero yo misma en este punto con gusto me tomaría un anís.

—¡*Ecco*! —exclamaba en voz algo más alta Cayo Bárcena—. Mismo aquí. Yo también aceptaría un porqué. Un síes-noes tan dulcemente perspicuo. Por supuesto, tan claramente material como un claro anís, tan alejado de este mundo como Madame Brizard, su ilustre fundadora.

El anís siempre hacía prodigios.

XX

Como casi todo el mundo en Santander, Virginia Montes creyó al principio que los Bárcena tenían un matrimonio jerárquico y que Leonora, el espíritu llamativo, era también el más fuerte. Con el tiempo, sin embargo, fue Virginia comprendiendo que la fortaleza exterior de Leonora se combinaba con una cierta debilidad interior que no dependía de la voluntad o de la conciencia refleja, sino del abundoso subconsciente que Leonora disfrutaba o, si se prefiere, padecía. Leonora brillaba en los salones, atronaba en las cenas. Podía ser reducida, en cambio, a un murmullo, un bisbiseo ronco no exento de *sex appeal*, en las sesiones. Bisbiseaba Leonora con tanta inconsciente plenitud que cada uno de los asistentes, individualmente considerado, por poco psíquico que fuera, salía con la impresión de que Leonora le había cuchicheado y confiado algo personal al oído. Decir el qué no era sencillo: es más, el no decirlo era casi *de rigueur*, debido al hecho de que cada cual tenía la impresión de que lo que se le cuchicheaba en la sesión era exclusivamente personal y propio. Venía a ser como una sensación erótica. Una especie de *penchant* repentino, algo un poco obsceno que, por fuerza, sólo podía reconocer cada cual fuera de escena. Estas sensaciones discontinuas y fugaces eran intensas, venían a ser como punzadas: era impensable, por lo tanto, referirse públicamente a ellas: lo único factible —aparte callarlas— era mencionarlas en seleccionadas capillas o apartes de nunca más de dos personas. Esto confería a los aficionados y devotos de las sesiones de los Bárcena un aspecto bimonádico, quizá bicelular, jamás tricelular: lo revelado, la punzada, era siempre una emoción individualísima, casi sin palabras, que sólo, como mucho, podía ser cosa de dos que hubieran sentido en el mismo sitio a la vez los dos lo mismo. Por eso, la analogía erótica —también, por cierto, inmencionable— era, sin embargo, tan viva en todas las conciencias: como ver un poco los pechos de una diva, o como dejar

ver un poco el propio pecho, o como mostrar, sin querer, parte de nalga o pierna al ponerse los veranos en las cestas del Sardinero el *maillot*. No es que la punzada en sí misma contuviese un contenido explícito: era esencial para su condición de punzada el carecer de contenido. Venía a ser como una aceleración súbita orgánica, pero a la vez clarísimamente inorgánica, innegablemente psíquica. De aquí se seguía que las sesiones pudieran celebrarse y considerarse un éxito a lo largo de los días y los meses sin proporcionar inequívocamente nunca una satisfactoria cuenta de resultados. La falta de resultados mermaba el seguimiento de los Bárcena entre los caballeros santanderinos, en su mayoría eran hombres de negocios. El seguimiento de los Bárcena era, sobre todo, femenino. Venían a ser los resultados como un fruto distante, siempre al borde del pronunciamiento y siempre por fin impronunciado. El quid de la cuestión estaba en esto, en que el resultado no era necesario sino contingente, como el resultado de una lotería. Se confronta el décimo adquirido con la lista de premios del día veintitrés de diciembre. Se comprueba que siempre es por uno o por dos números que no cayó el gordo, o el segundo premio o el tercero. Y lo mismo que en la lotería hay siempre una consolación en las pedreas —se recupera al menos lo que costó el cupón o el décimo— en las sesiones de los Bárcena se ganaba siempre un algo, la punzada —esto casi, Cayo Bárcena, lo garantizaba positivamente al empezar—, una como pedrea del periespíritu que dejaba las almas anhelantes, ni del todo satisfechas ni del todo insatisfechas, es decir, abiertas siempre hasta la próxima sesión.

Que las relaciones de poder entre los Bárcena, la relación entre sus respectivos roles masculino y femenino —como se dice ahora—, fueran más complejas de lo que parecía a simple vista lo percibió Virginia, y también Gabriel Montes (que solía ser casi el único representante masculino que acudía a las sesiones), en aquellos momentos reconfortantemente ambiguos, o ambiguamente reconfortantes de la sesión, en que Leonora se abría, es decir, se dormía y daba la impresión de ronronear. Disfrutaba, al parecer, de una cabezada. Cayo Bárcena, en cambio, sentado a su derecha, un poco retranqueado, a una distancia de respeto que venía a ser como de un brazo y que le permitía apoyar, unidos, dedo índice y dedo corazón en el brazo de la silla de su esposa, mostraba una lucidez,

un alto grado de conciencia que a todos sorprendía: era, según declaraba el propio señor Bárcena, la lucidez de la conciencia racional, la lucidez del no saber, del ignorar. Se le oyó comentar que era ésta la lucidez triste y profunda de quienes con dos dedos rozan la madera de la franja, en este caso del sillón —e incluso un poco el brazo de Leonora en ocasiones— pero que, por razón de ser conscientes, no pueden penetrar en las capas más profundas del saber que es no saber. Por eso en los *tea parties* al cabo de, digamos, una hora u hora y media, llegaba el momento del anís. Madame Brizard, que al fin y al cabo había pasado a mejor vida y dejado en herencia su *anisette* como un periespíritu espirituoso, no podía no acudir en auxilio de un devoto tan pulcro como Cayo Bárcena. De alguna manera cuando el matrimonio Bárcena acudía a casa de Virginia y estaban los tres solos (rara vez en presencia de Gabriel Montes y nunca en presencia del doctor Anselmo), los Bárcena gestionaban, sobre la marcha, una especie de sesión portátil. Estas sesiones —las portátiles— se caracterizaban siempre por el apagamiento de las luces, el encendimiento de las velas, el rumor de la lluvia —siempre llovía en Santander aquellas tardes— y el entrecortado pronunciamiento de nombres propios, conocidos unos, desconocidos otros. Esto de los nombres propios, explicó el señor Bárcena a Virginia, tenía gran importancia:

—Las cosas, Virginia, para adquirir existencia real tienen que ser pronunciadas, sacadas de dentro afuera. Nada ni nadie existe antes de que su nombre haya sido pronunciado en voz alta. A la poderosa llamada del nombre, Virginia, las fuerzas del *ka* del nombrado se estremecen.

Resulta profundamente melancólico tener que reconocer que incluso después de tantos años, el nombre de Casimiro pronunciado en voz alta produjese en Virginia Montes un estremecimiento, un roce, una punzada del antiguo amor, equivalente quizá a la existencia perdida de Casimiro, allá en el Gurugú.

El problema fue que Virginia necesitaba un consuelo que, caso de recibirlo, no podía consolarla. La muerte de Casimiro fue desconsoladora porque no tuvo vuelta de hoja. No dejó ningún resquicio. No había más que hablar. El desconsuelo fue equivalente al silencio. Y al revés: el silencio fue todo desconsuelo. Las conversaciones y la vida (Gabriel Montes, la familia, el doctor

Anselmo) fueron someros regatos que recorrieron la superficie de Virginia sin llegar a empaparla. Como en los secarrales de Villada y de Frómista cuando caen repentinamente los nublados. Debajo de la superficie de Virginia se había hecho el silencio de la desconsolación. Los Bárcena trajeron una locuacidad impensada: lo mudo, lo extinto, aún vivía o daba al menos señales de vida. Sobre todo, hablaba. O parecía que iba a hablar. Aunque lo que hablaba de momento fueran mayormente tonterías pseudomísticas. Virginia no creía, como es natural, nada de lo que los espiritistas o los ocultistas decían: pertenecía a una clase social pragmática, demasiado positiva y materialista como para entregarse sin más a la seducción del periespíritu o los espíritus. Su relación con el doctor Anselmo había sido, de hecho, más profunda que su relación con Gabriel, porque en Anselmo había creído ver Virginia combinarse el realismo, el sentido práctico, la sensatez de los Montes con el idealismo pedagógico y humanístico del emergente socialismo de aquellos años. Fue una lástima que el doctor Anselmo se enamorara de Virginia: fue una lástima que no se diera cuenta el buen doctor que Virginia no necesitaba un compromiso matrimonial, sino una orientación intelectual e incluso política. Su enamoramiento lo descompuso todo. Situó a Virginia en el lado menos flexible de la relación, el lado que dice no, el lado que, ante la oferta amorosa, se niega a corresponder. Y todo ello tuvo además la añadida acidez de que, al negarse a corresponder al amor del doctor Anselmo, cometió Virginia un grave error. Virginia no quiso darse cuenta de que dentro de las circunstancias reales de la propia Virginia, el doctor Anselmo era un partido admirable. Era un hombre admirable y hubiera sido un excelente amante y un noble marido. Hubiera sido un marido fiel —no un putero hipócrita como muchos hombres casados de la burguesía— y hubieran, quizá, entre los dos organizado una expansión espiritual de Virginia en el campo de las ayudas sociales —no de la caridad— sino de la efectiva acción pedagógica y social. Pero Virginia no pudo ver eso, o quizá erró, se equivocó, se torció: no quiso. Hay en la vida humana la voluntad y la noluntad, nociones válidas aún, por viejas que parezcan. Desdichado aquel que no quiere lo que quizá más le conviene. Virginia sintió en un principio, y siguió sintiendo después, sincero afecto por el doctor Anselmo. Pero no fue capaz de desenamorarse

—por absurdo que suene— del difunto Casimiro. La muerte de Casimiro no fue para Virginia una terminación, una cesación efectiva: hay en toda desaparición de una persona viva algo aún más duro y más inaceptable que en el simple reconocimiento de su muerte: no es que Virginia creyera que Casimiro había sobrevivido a la carnicería africana, Virginia no creía eso. Pero el que todo lo que pudiera decirse de Casimiro fuese que había desaparecido en una guerra absurda, que había sido descuartizado devorado por las alimañas, que no se le hubiese dado sepultura, multiplicó la herida, o la brecha, o la grieta que toda pérdida significa. La herida no se cerró nunca, no cicatrizó nunca. A eso Virginia lo llamaba a solas amar a Casimiro: por poquísimo, por insignificante que, con el paso de los años, esa imagen del amor, y esa imagen de aquel muchacho, contuviese en sí misma. Dado, sin embargo, que Virginia había guardado completo silencio sobre estos sentimientos durante todos aquellos años. Dado que ni siquiera al hablar de Casimiro con la madre de Casimiro hubiese desvelado Virginia su secreto amor, la situación, la herida abierta y no cicatrizada llegó a ser soportable: bien es cierto que impidió que Virginia se enamorase del doctor Anselmo, pero al menos no hubo en aquel desconsuelo jamás nunca la menor esperanza. Sólo en sueños, literalmente en el entresueño que precede a los despertares y que con frecuencia recordamos con claridad, al menos unos momentos después de despertar, ni siquiera en esos sueños donde aparecía vivamente Casimiro, había esperanza alguna. También en el sueño fisiológico en la dinámica onírica de la conciencia de Virginia quedaba Casimiro afectado por la negatividad melancólica del no-ser. Vivida en silencio la falta de esperanza, el desconsuelo absoluto fue vivible. Virginia se acostumbró a la desesperación y al desconsuelo porque cerró toda ventana o rendija posible a la luz de la esperanza. Dejad toda esperanza. Ese es el texto célebre que Virginia recordaba una y otra vez cada vez que pensaba en Casimiro. Los que entráis aquí, los que entráis en la muerte, los que entráis en el infierno de la muerte, que es la nada, en el reino de las sombras, dejad toda esperanza. Y sobre todo dejad toda esperanza los que, aún vivos, pensáis en los que han muerto, no hay esperanza, no hay regreso, no hay más allá, ni más acá. En el altar de esa muerte, de la muerte de Casimiro, erróneamente —injustamente, desajustadamente— Virginia puso su

corazón. E injustamente desatendió el amor del doctor Anselmo, que era un amor limpio y noble. Y pasó el tiempo y cuando ya parecía todo clausurado, he aquí que aparecieron en Santander los Bárcena. Virginia Montes desde un principio vio que eran triviales. Pero a la vez desde un principio decidió no verlos como triviales, sino simplemente como individuos reales con unas convicciones teosóficas que Virginia no compartía. Si Virginia hubiera sido una mujer más frívola, las bobadas espiritistas de los Bárcena no hubieran causado el menor daño. El problema fue que Virginia era una persona seria que tomaba en serio a todo el mundo y que tomó también en serio a los Bárcena. Y una vez decidida a tomarlos en serio, no pudo por menos que atender lo que decían y hacían. Y una de las cosas más perturbadoras que hizo Leonora de Bárcena fue adivinar que Virginia había estado enamorada y aún lo estaba del hijo de su cocinera, un tal Casimiro, que murió heroicamente en el Gurugú.

Cuando aparecieron los Bárcena, la conciencia de Virginia había comenzado ya a no ser relacional o expansiva. Era una conciencia muy intensa para ciertos estados anímicos, pero que no correlacionaba unos datos con otros. Carecía de curiosidad. Venía a ser como la conciencia de una monja de clausura: una monjita laica, una creyente sin Dios. Su atención se dirigía exclusivamente hacia el interior de sí misma y ahí no encontraba nada. Ahí no había nada. Y, desalentada una y otra vez, rebotaba hacia fuera, donde no hay nada, o donde Virginia no acertaba a distinguir nada en concreto. Decir que no había nada en la sociedad santanderina de aquellos años es realmente injusto. Había muchísimo de todo, aparte de dinero. Había una vida cultural y una vida social de la alta burguesía que tenía de por sí su propia gracia. Los propios Bárcena y en especial Leonora parecían encantados con la vida social de Santander que, gracias en parte a la protección de Virginia y Gabriel Montes, pudieron disfrutar muy pronto. Que se hubieran decidido a residir permanentemente en el chalecito de Ajo (con suficiente movilidad horizontal pero también con suficiente independencia) fue un acierto diplomático de los Bárcena. Trasladarse a Santander capital hubiese sido un anticlímax. (Y esto sí lo medía —esto de las sucesivas o simultáneas altas y bajas, climaterios de los estados de ánimo y los estados de opinión—, esto

sí lo medía sensitivamente Leonora, y con gran exactitud y sobriedad Cayo Bárcena. Una de sus frases más precisas era: No es momento —o: no es el momento— adecuado. Ahora no. Ahora no —podía exclamar de pronto Cayo Bárcena en medio de la sesión, queriendo decir que ya no podía ser y que tenía la sesión que ser suspendida por completo—). Dar con Virginia Montes fue climáticamente perfecto: en Virginia Montes encontraron una oyente respetuosa, lo suficientemente escéptica de entrada para iniciar un proceso de persuasión: especialmente para Cayo Bárcena, constituía un verdadero regocijo: ganar a Virginia para la causa de la hermandad secreta, de la luz del allende que resplandece en el aquende si uno sabe entornar los ojos y apagar las luces y rebajar la conciencia hasta ponerse justo en el límite de la franja o frontera donde el entrecruzamiento y la comunicación tienen lugar, a veces sí y a veces no. Virginia era escéptica, eso quiere decir que dudaba. Quien duda se acerca a la verdad con el temor y el temblor apropiados. Virginia era una conversa potencial en opinión de Cayo Bárcena: un alma nuestra —para expresarlo con sus propias palabras—. Lo que no era fácil de saber era de quién de los dos era Virginia Montes, con mayor legitimidad, posesión propia. ¿Era una hermana-médium? Leonora nunca aceptó esto en serio. Preferible que no, siempre decía, por el bien de ella y por el nuestro. Frase enigmática esta, donde las haya, que el señor Bárcena, para su capote, achacó a un puntito de celos, verosímiles también en grandes almas, aunque no frecuentes.

Los Bárcena fueron colándose en la vida y las casas de Virginia a partir de la muerte de la abuela Sahagún. Al trasladarse Virginia a la finca de Peñacastillo, los Bárcena se acostumbraron a servirse de Peñacastillo como apeadero: venían a Santander, a la Filarmónica, pero se quedaban en Peñacastillo, es decir: extramuros de la finca. También en esto Cayo Bárcena demostró, una vez más, su talento para la diplomacia. Estamos, Virginia, a tu disposición —decía ahora—, frase que, naturalmente, sólo cobra pleno sentido si quien se pone a tu disposición no se instala en tu casa: cuando alguien se instala en tu casa no está a tu disposición: está a su gusto y se convierte pronto en una pepla. Calificar, con un como retintín, de diplomático este detalle de buena educación es injusto. Uno no puede con los Bárcena —y pasa siempre un poco con la clerecía y

con la mística— librarse de la sensación de que hay un doble juego. Todos los clérigos que han visitado nuestras casas y se han quedado a merendar y a pasar temporadas producían siempre esa impresión: de estar a nuestra disposición y a la vez quedarse a vivir a mesa puesta. Y es que la fondita de Peñacastillo era tan pequeña que el mero pensamiento de que alguien se quedara en ella, aunque sólo fuera de tren a tren, producía en las conciencias hedonistas de la buena sociedad santanderina un considerable malestar.

XXI

El inmenso piso del Muelle 35 era encantador en opinión de Leonora y Cayo Bárcena. Era muy confortable tomar el té en la sala, en compañía de Virginia y Gabriel Montes con frecuencia, y también, con menor frecuencia, en compañía del doctor Anselmo. Y era, sin embargo, en opinión de Leonora, excesivamente confortable y se sentía en él desubicada. Aquello, el periespíritu, que en Leonora se ubicaba a veces con gran intensidad, se sentía en el Muelle 35 un poco malagusto. Había demasiados cortinajes, la temperatura era demasiado agradable con la chimenea combinada con la calefacción, demasiados tapetes en las mesas, demasiada seda y raso en los sillones y cojines. Demasiado —por qué no reconocerlo — doctor Anselmo todavía en el aire. Campogiro fue la maravilla, Peñacastillo el lugar sobrio y austero cuyas elegantes tarimas de roble no sofocaban nunca por completo las alfombras persas. Entre mueble y mueble, entre tresillo y tresillo, entre espejo y espejo, entre óleo y óleo de paisajes montañeses, o entre retrato y retrato familiar, quedaba aún panel de sobra, rebotantes superficies vacías y oquedad suficiente para que los pasos, al entrar o al salir, resonaran gravitantes y tabletearan las contraventanas y el mugido de las tudancas de las cuadras confiriera al lugar un résped montuno, cuyas pulcras afueras, el bienpodado jardín, con su rosaleda y su fuente de azulejos azules, nunca consiguió omitir del todo el vacuo fondo de marisma que precedía al Astillero o la bahía o, detrás de la casa, el talud que daba a los prados y, abajo del todo, al extraño lago de agua dulce y salada, bordeado de juncos y proliferantes bambúes y plumeros. Era un lugar de invierno, de otoño-invierno, para evocar de pronto, con ocasión de un nombre propio, la presencia de los no-presentes. Era un caserío de paredes blancas y cimientos de piedra gris local. Y el servicio doméstico, una vez servida la cena y el café o el boldo y los licores, desaparecía, irreconocible e inaudible, en las traseras contiguas a la

cochera de carruajes y a la cuadra de caballos, muy vacía ya, como si se hundieran en el cañaveral de la laguna y quedaran solos en el caserón Virginia y sus invitados, no del todo abrigados, en torno a la chimenea de la sala. La luz eléctrica no fue nunca del todo fiable o continua o suficientemente fuerte: indispensable encender las velas de los candelabros muchas tardes, no como en el Muelle 35: ahí las velas encendidas eran ya más bien decoración. Leonora y Virginia, cada cual a su manera, se arrebujaban en sus chales y echarpes. Cayo Bárcena ostentaba un punto frío en la nariz, sus azuladas manos se alargaban al frotarse entre sí, como si no acabaran de pertenecerle. Se hacía preciso que Leonora usara mitones casi continuamente y esto daba a sus grandes manos y sortijas el aire entorpecido de las extremidades de un muñeco de trapo: demoraban los mitones las manos de Leonora volviéndolas momentáneamente como artríticas, más lentas y solemnes, al cruzarlas sobre el pecho, su abundante pecho, o al adelantarlas —primero una y luego otra, o ambas a la vez— para enfatizar cualquier declaración. Leonora en Campogiro hablaba menos, quizá —cosa curiosa— porque su marido hablaba más: un habla reverdecida, ésta de Cayo Bárcena ahora, en una línea entrecortada y teosófica que sólo sonaba vagoroso al impuro oído de la conciencia mecanicista del doctor Anselmo. Venía a ser Peñacastillo como tierra de nadie, un territorio frío y remoto, oscuro de por sí, propenso al intercambio de reinos y de almas. Por eso en este blanco caserón, tan campero a la luz del día que llegaba a parecer desangelado, se sentía Cayo Bárcena mucho más a gusto que en ninguna parte, mejor que en Ajo incluso, porque en Ajo toda la presencia —según llegó a decir en un momento dado— se trancaba en Leonora, mientras que, en Campogiro, las presencias, más fluidas, daban juego a una relativa coparticipación.

—¡De pies a cabeza, este bendito Campogiro es psíquico, Virginia mía!

La expresión apropiativa de las emociones y personas menudeaba ahora en labios de Cayo Bárcena, como por otra parte los terrones de azúcar que retenía entre los dientes, acompañando sus diminutos sorbos de té, como un tic.

¡Ah, mi pobre Virginia, pobre Virginia! Para Virginia Montes también era preferible Campogiro al muelle: ahí donde jamás

estuvo Casimiro, ahí estaba, sin embargo. Más presente incluso que en el portal de atrás. Tenía, como el portal de atrás, la siempreviva sensación de frío y un gran perro de bronce que, en Campogiro, era el monte, la propia peña corcovada de Peñacastillo, aromada por los pinares y los desarbolados eucaliptos.

Al filo del atardecer se sentaba Virginia Montes con sus dos inevitables, Leonora y Cayo, que, no obstante haber almorzado con buen apetito entre una y media y dos, reaparecían hacia las seis con ganas ya de merendar. En esto del apetito también se diferenciaban notoriamente los esposos entre sí. Cayo Bárcena devoraba pulcramente su plato de legumbres sin contenido cárnico ninguno y de ahí pasaba al postre. Leonora de Bárcena, en cambio, hacía un melindre ante su plato de legumbres y, en cambio, atacaba con gran brío el filete de ternera o la lubina cocida con mayonesa. Daba gusto verla tomando mayonesa. Habían creado entre los dos una como familia para Virginia. Se comportaban en conjunto con la discreción y la sobriedad de una dama de compañía que, enlutada o, como máximo, de alivio, parece siempre presidir un poco un crepúsculo o un duelo, en los cuales lo suyo es no mostrarse triste nunca ni, por supuesto, menos aún, dicharachera. La gracia de semejante comportamiento no está al alcance de las almas simples. Viene a ser también un don, como la profecía o el don de lágrimas, o la comunicación con los espíritus. Sólo que a diferencia de los anteriores, este don de la compañía es cotidiano. No está sujeto ni al impromptu ni a la vehemencia: requiere un discreto hacerse a un lado: al fin y al cabo la acompañada es siempre una persona de cierta posición, cuyas cuitas son siempre más cuitas que las cuitas de todos los demás. Dado que, en el caso de Virginia Montes, no había cuita alguna, ni tampoco oficialmente duelo alguno, el acompañamiento se llevaba a cabo con ayuda de la teosofía. Corría a cargo sobre todo de Cayo Bárcena.

Al filo del atardecer, Virginia últimamente había comenzado a sentirse más y más vacía. Menos decidida a querer esto o lo otro y más abandonada a no querer nada en particular, ni apoyar opinión alguna ni refutarla: se limitaba solamente a asentir con un gesto amable a la conversación que el matrimonio sostenía incansable para deleite de su anfitriona. Al principio, el doctor Anselmo solía llegar al final de esas tardes ya entrada la noche, pasadas las ocho,

para tomar un whisky y estarse más o menos una hora acompañando a Virginia. Pero a medida que la presencia de los Bárcena se hizo más continua, las visitas del doctor Anselmo fueron espaciándose entre sí sin que Virginia apenas lo notara. El doctor Anselmo notó que Virginia no notaba que faltaba: por eso comenzó a faltar cada vez más, sintiéndose dejado caer, sin llegar a ser nunca empujado, apartado sin llegar a estarlo nunca. Hasta tal punto elidido, que con frecuencia se le mencionaba, se lamentaban sus ausencias. Les sorprendía a los Bárcena la infrecuencia de las visitas del buen doctor ahora. Aseguraban sentirse sorprendidos e incluso, sin querer, culpables, debido a las diferencias filosóficas que les separaban del materialismo cientificista del doctor.

—Pero esto no puede ser óbice, Virginia —declaraba Cayo Bárcena—, no puede serlo en absoluto para que la comunicación tenga lugar entre nosotros. La conexión de quienes estamos a uno u otro lado de la franja, requiere sólo buena voluntad por ambas partes, un no-oponerse, un ceder que no requiera dar el brazo a torcer, que precise sólo de una como inclinación de la cabeza, una civilizada morfología de la suspensión del juicio.

Esto de la suspensión del juicio era un *leitmotiv*. Ponía en esto gran empeño el señor Bárcena, haciendo uso de lo que él llamaba las últimas corrientes filosóficas europeas que, en su opinión, habían venido a darle la razón a la hora de pensar de consuno el más allá en el más acá:

—Vayamos a las cosas mismas, Virginia: las personas mismas que se fueron y no están, que estuvieron y dejaron de estar y nunca hemos olvidado. Puede decirse que no están porque ahora mismo no nos acompañan. Así, por ejemplo, nuestro querido doctor Anselmo ahora no nos acompaña, no está, está más allá de nuestra percepción actual, pero no más allá de toda percepción posible. Está, digamos, supongamos, en su hospital allá en Santander ocupándose de dar a luz una nueva vida. No está pero pensamos en él, y al hacerlo, está presente mentalmente entre nosotros. Así también quienes se fueron y no están vuelven a estar presentes al filo de la tarde al rememorarlos. Haced esto en memoria mía, dice el Señor. Y en memoria suya participamos de los banquetes eucarísticos e incluso de un sencillo té, como ahora mismo. Cada vez que tres de vosotros estéis reunidos en mi nombre, ¡una vez más

el nombre, Virginia!, allí estaré yo en medio de vosotros. ¡Cuánto descanso, cuánta paz trae al corazón nombrar los nombres!

Y Virginia pensaba que no era ningún descanso, pero a la vez se sorprendía de que pronunciar el nombre de Casimiro no fuera ya ni siquiera doloroso. Había comenzado a vivir al día. Como una persona de muy avanzada edad que, aún sintiendo que su vida es sólo un alargamiento interminable, no se decidiera, como es natural, ni a ponerle fin ni a hacer nada especial en ella o con ella. Todo proyecto se pospone dulcemente para una ocasión mejor. Mañana por la mañana se encontrará mejor, o mañana por la tarde, o quizá por las noches, más sosegadas, recogidas y cálidas que los días. Y transcurren, diluidos, los días y las noches. Débilmente, la persona anciana pende perceptivamente de la propiocepción de su propio organismo, siente frío, siente calor, siente la viveza del aire, o la sequedad del aire, o un portazo, o el repentino paso de los vecinos en los descansillos, o una radio en el patio. Tiene y no tiene gana de orinar, defecar, comer, dar cabezadas, todo sucede en suspensión, como andar en el interior de una habitación acolchada, el organismo se retarda a sí mismo. No controla su propia voz cascada, que emite repentinamente gallos o resulta inaudible. O tiene que hacerse repetir lo que acaba de oír. Y comprende que no comprende, y delante hay un muro fácilmente atravesable que cede con sólo empujarlo, y detrás otra vez hay lo mismo. Y no vienen a verle los amigos ni desea que vengan, ni los olvida del todo ni los recuerda claramente, y a veces sus rostros o sus gestos, o sus palabras, cruzan su memoria como en los sueños que preceden al despertar. Y, en efecto, siente que no está ni despierto ni dormido, ni del todo de pie ni del todo sentado o del todo acostado en su lecho o del todo yendo o volviendo del retrete al dormitorio: en suspensión al hilo de la tarde, al filo de la tarde, al hilo de la vida: así Virginia Montes dejaba pasar tarde tras tarde en Campogiro, en compañía de los Bárcena, cada vez más silenciosa.

Tendrías que hablar con alguien, Virginia —le dijeron en los roperos—. Fue la marquesa de Velayo.

—¿Hablar, con quién? —respondió Virginia rápida y secamente, amablemente sin embargo.

—Es que te veo, rosuca, como triste. Muy despegada y como triste —insistió la marquesa.

Se consideraba que Carolina Velayo era un caso único. Por eso podía decir lo que quisiera. Lo decía siempre todo bien. Tenía las dos cosas que se tienen que tener: caridad y autoridad. Y *savoir faire*. Y en el caso de Virginia Montes tenía también que era más o menos coetánea de la abuela Sahagún. En Santander pasaba temporadas. Los últimos años, más largas temporadas que antes, consagrada a la beneficencia.

—Me vas a permitir que me entrometa... —prosiguió la marquesa, impersonando en este caso más bien la *autoritas* que la *caritas*.

Virginia Montes la contempló con su mirada inmóvil de los últimos tiempos. Virginia era intimidante a su modo, casi tanto como la propia marquesa de Velayo. Al no añadir nada, lograba, casi sin proponérselo, desconcertar a su interlocutor, que, tras decir una frase, esperaba una respuesta y, al no hallarla, se sentía como impelido, más allá del frontón de la respuesta, al infinito sin fronteras. Pero la marquesa de Velayo no se inmutó en esta ocasión y quizá tampoco se fijó en el silencio de Virginia, decidida como estaba a decir lo que tenía que decir. De lo que llena el corazón habla la boca —solía decir—. Y tanto había oído esa primavera de la reclusión de Virginia en Campogiro y lo rara que se había puesto, que no podía dejar de decir lo que pensaba:

—Pues me parece, Virginia, que con ese problema que tú tienes, que no sé cual es, deberías consultar a un sacerdote, una persona espiritual, cuánto mejor.

—Pero consultarle, qué tendría que consultarle.

—Tendrías, monina, que abrir un poco el corazón, que se te está ajando de seguir así. Las personas mayores estas cosas las sabemos.

XXII

A diferencia de Leonora Barrachín, que procedía de la baja burguesía mercera y sombrerera, Cayo Bárcena se trasladó directamente de la gleba (Castromocho, provincia de Palencia) al seminario menor. Ahí atisbó por vez primera la glauca luz de los espíritus. Esto le encantó, le dio una idea de sí mismo, le volvió —no obstante lo jovencísimo que era— pulcro y ponderado, uno de los pocos que comprenden. Cayo Bárcena comprendió que comprendía muy temprano. Y a la vez comprendió que comprender era no-comprender, en el frágil territorio que separa la vida de la muerte. Su único tema fue desde un principio los novísimos: la teología del más allá. Inexplicablemente, a los diecisiete dejó el seminario menor y se las arregló para no regresar a Castromocho. Y se vino a Madrid a casa de una hermana de su padre que estaba en el servicio. Al poco tiempo, y a causa de su atildado aspecto, logró un empleo de dependiente en una mercería del centro: La Barrachina, que tenía un complemento de sombrerería de caballeros: Gorras y Sombreros Barrachín, en la Plaza Mayor. Allí fue donde conoció a Leonora. Ahí le conquistó Leonora, que estudiaba en el conservatorio y que deseaba irse de casa y evitar a toda costa el tedio de los hilos, las agujas, los botones, las cremalleras y los lazos de La Barrachina. Así que se casaron y pasaron, ilocalizados, unos cuantos años en la América hispana, años de difícil catalogación. Intensamente psíquicos, es de suponer, hasta que regresaron a España con ocasión de la muerte de los padres de Leonora, que habían dejado a su hija una razonable herencia. Suficiente al menos para instalarse en el chalecito de las inmediaciones del cabo de Ajo. Era un circuito: se formó espontáneamente un circuito. Un trío se formó espontáneamente: Virginia, Leonora y Cayo. Cada vez más, cada tarde que pasaba, el triángulo se subtriangulaba más y más hacia el punto elusivo del uno divino y chispeante. Chispeaba afuera en los adormidos

ventanales de la media tarde antes de correr los cortinajes del salón, chispeaba dentro en el cálido silencio de la chimenea de Campogiro, donde el matrimonio, por turnos, hablaba a Virginia Montes, y por turnos Virginia les contemplaba asombrada o callada.

El corazón de Cayo Bárcena no era monolítico. No era ni siquiera un corazón que latiese con frecuencia. Era un corazón de sobresaltos. Un corazón que de ordinario no tictaqueaba pero que de repente se paraba y resaltaba. Se atascaba o no llegaba o se pasaba: un subitáneo corazón enteramente psíquico y no físico. Todo lo espiritual que puede ser un corazón de carne y hueso. Un corazón de Castromocho, las espinas de cuyos cardos borriqueros se habían atravesado hasta impedirle al corazón latir, por enfriamiento y sobresalto y adecuación a una conciencia que era y no era la propia conciencia de Cayo Bárcena en persona. Esto le volvió, con los años, un hombre interesante para cierto tipo de mujer: un poco sola o muy sola, no necesitada en realidad de nadie y menos de un amante, pero al mismo tiempo disponible, un poco como está disponible, a altas horas de la madrugada, un gran escenario de un gran teatro de principios del siglo xx, todos redorados los balcones de las plateas donde de pronto, en el foso, vemos una luz, la cobijada luz de un flexo estudiantil, sobre el atril del primer violín, que se ha ido a su casa hace ya tiempo, que ahora de pronto se ha encendido porque sí. El escenario entonces, entenebrecido, luce un poco como el agua de una dársena, muy vacía, a pleamar. No hay nadie, no hay nada, todo está vacío, sólo ha crecido el mar hasta la plenitud de su marea, y está la noche puesta a punto, disponible, para nadie, para nada, para uno cualquiera que tenga el corazón atravesado y congelado pero al mismo tiempo conectado con una conciencia plurimembre, con muchas conciencias relativamente distintas entre sí, que algunas veces se expresan en francés, como por ejemplo esta tarde en Campogiro. Acaba de salir un momento Leonora, tal vez ha ido al lavabo —no hay por qué saber este detalle— y están solos en la sala de Campogiro, frente al fuego titubeante de la chimenea de mármol, Virginia Montes y Cayo Bárcena, que acaba de decir:

—El Espíritu Santo, mi querida Virginia, es un don que no puede perderse con la muerte: *qu'on ne peut pas perdre en mourant.* Bueno, y yo digo —lo digo muy en serio— ¿por qué ése no, ese

santo espíritu, no, y otros sí? ¿No te parece un poco injusto que se reserve el don del Espíritu Santo para unos sí, por qué para otros no?

—He oído decir —musitó Virginia— que el Espíritu Santo es un espíritu consolador. No sé yo qué consuelo es ése. Es consolador, o por lo menos tranquilizador, estar charlando aquí como nosotros ahora, tomar el té, mirar el fuego, dar un paseo antes de acostarse y ver, o creer ver, ahí abajo la bahía, ahí al fondo como un espejo negro y viviente. Sentir el aire frío en la cara es también consolador, tranquilizador. Volver a entrar en casa. No sé cómo decir, las rutinas de mi vida. Siempre me ha tranquilizado la rutina, hacer lo que hacía, hacerlo lo mejor posible. Siempre me ha tranquilizado hablar con personas que conozco mucho, desde hace muchos años. Con mi primo Gabriel, con la abuela, con el doctor Anselmo, con ustedes dos ahora. Tal vez con usted más que con su esposa, que es encantadora. El espíritu consolador. Se dice que la resurrección de nuestro señor Jesucristo es una verdad de fe. He oído decir incluso que la fe en la resurrección se puede verificar hoy en día sin dejar reducida esa fe a una aceptación ciega de la autoridad de la Iglesia, algo así. Ahora es como si no pudiera dejar de hablar...

Da la impresión ahora de que en efecto Virginia se ha embalado y también da la impresión de que resbala por las frases deshiladas queriendo decir más de lo que sabe, quizá queriendo decir o capturar lo que siente que tiene que decir y no atreviéndose a decirlo, o a expresarlo o a sentirlo, o confundiendo unos sentimientos con otros ante la atenta y cálida mirada de Cayo Bárcena, quien, por cierto, una vez más ahora, cree entenderlo todo bien. Bien entendido que para este delicado espíritu, entender y no-entender se identifican en una comprehensión, que él llama de tierno atenimiento a lo que, en cada caso, en cada alma, queda siempre acá y a la vez un paso más allá, en el allende del aquende. Eso le fluidifica, confiere una blanda certidumbre a su atención flotante. De pronto, como en un salto atrás, clericalizada, institucionalizada, dotada del poder de convicción de lo ancestral, lo egipcio, lo veterotestamentario, también lo críptico un poquito, por la picazón de la memoria de su vida pasada, que ahora borbotea con frases leídas o rezadas en el seminario menor, en misas de

difuntos (es el relleno verboso de las diversas misas imitadas), declara:

—Nada está oculto, Virginia, que no se haya de manifestar, no hay secreto que al fin no se sepa. Lo que dijisteis a oscuras se dirá a la luz del día, lo que hablasteis al oído en el interior de las casas se pregonará sobre los tejados. Las almas de los justos están en manos de Dios...

Virginia Montes recuerda ese texto que ha leído mil veces: pertenece al Evangelio de san Lucas que suele rezarse en la misa denominada en latín *Salus autem,* es la misa de varios mártires. No comprende por qué ese texto se ha colado en lo que parece ser la respuesta de Cayo Bárcena a una divagación precedente de la propia Virginia. De hecho, Virginia, al decir *ahora es como si no pudiera dejar de hablar*, se ha sentido avergonzada, como alguien que revela algo de sí mismo, algo profundo que, no obstante el paso de los años, aún está en carne viva. Este sentimiento de no poder dejar de hablar ha comenzado a producirse con una cierta frecuencia en compañía de los Bárcena. A Virginia le impresionan poco los temblores visionarios de Leonora —le parecen teatrales, como esquirlas de su talento dramático, de su gusto efectista por los murmullos roncos con los ojos entrecerrados, los trances—, ni siquiera la notable habilidad adivinatoria de Leonora ha llegado a impresionarla del todo. Pero, en cambio, el estilo más sobrio e intimista de Cayo Bárcena (no obstante su obvia verbosidad plagiada) se le contagia con facilidad: el hecho de que Cayo Bárcena afirme siempre que su conocimiento de las cosas ocultas consiste en un no-conocimiento, en un mero vislumbrar sin llegar a ver nunca del todo: esto impresiona a Virginia por su aire de autenticidad, y también porque se parece mucho a su propia manera de ver sin ver en todo lo referente al atascamiento de su propio corazón, a su irremediable apego a un amor pasado, a una ternura desaparecida, siempreviva sólo en el recuerdo. La frase tantas veces oída en las ceremonias religiosas: *las almas de los justos están en manos del Señor* ha conmovido siempre a Virginia. Sin creer en ella —¿cómo creer semejante cosa?— siempre espontáneamente se le ha traducido en: el alma de Casimiro está en manos del Señor. Y también la continuación de la plegaria se le ha personificado a Virginia: a Casimiro no le dañará tormento alguno, los necios creyeron que

había muerto, pero Casimiro no murió, reposa en paz. De aquí que la repentina mención susurrada del texto de san Lucas le haya hecho sentir, sólo *sentir*, como quien entra en un espacio abierto con los ojos semicerrados y siente en la piel el roce del aire fresco, la calidez del sol. Por otra parte, todo este forraje, esta rumia verbosa, circula por la conciencia de la habitación con el tono verdoso de los ectoplasmas. Virginia cree —en el fondo sencillamente lo cree— que Cayo Bárcena sabe más de lo que sabe. Y Cayo Bárcena está experimentando ahora por fin una punzada nueva, quizá no del todo inesperada, pero nueva, o al menos dotada de renovada energía. Cayo Bárcena piensa que está pasando, pasito a pasito, al más allá, está entrando pasito a pasito en Virginia Montes como en un tabernáculo. Y él es el dulce acompañante de Virginia, él es su amante. Siente que Virginia habla sola por sí sola al oído de Cayo Bárcena que siente henchido su cuadruplicado corazón de gusto, por primera vez, oh, por primera vez, de saboreo: está pasando, traspasando, entrando en la conciencia de Virginia Montes, a quien ama y que sin duda alguna le ama. Debe decírselo, y lo dice:

—Virginia, te amo —al decirlo se ha quedado rígido mirando fijamente a Virginia, que le muestra su perfil. Virginia, sin mirarle, dice:

—No, no. Se ha confundido usted. No es eso lo que siente. Eso que dice usted no se siente así. Además, nunca se dice.

—Pero yo sí, Virginia, yo sí lo siento así y así lo digo. Inundado de invisibles lágrimas. Ahora estamos más allá de la razón, al otro lado de la franja, libres de la estrechez del mundo sensorial.

La escena es totalmente inmóvil. Ninguno de los dos advierte la presencia de Leonora de Bárcena, que ha entrado hace un instante y que ha permanecido con las manos juntas sobre el pecho como en oración contemplando en silencio la escena. De pronto ahora, Leonora de Bárcena, en un movimiento unificado como el de una bailarina que se adelanta de un brinco hacia el proscenio, arrebatada su falda de vuelo, se planta entre los dos y dice:

—Queridos míos, ésta es la hora del alma.

Mientras suceden estas cosas, han cambiado un poco las costumbres del doctor Anselmo. Ha cogido el buen doctor la

costumbre de visitar a Gabriel Montes al salir del hospital a última hora de la tarde. Se reúnen en el Círculo de Recreo, toman un whisky juntos, comentan las incidencias locales, dan una vuelta por el muelle, vacío a esas horas o lluvioso o recogido sobre sí mismo, con ese aire introvertido, involuntariamente romántico, piratesco, decimonónico, de la bahía al anochecer. Hablan de Virginia. Gabriel Montes sabe que eso es lo que los une: hablar de Virginia. Se han hecho amigos por las muchas cosas que tienen en común: el interés por la ciencia, la afición a la música, el amor al diálogo y al debate inteligente, amigos también por lo que les separa: la pasión monárquica y católica de Montes frente al republicanismo agnóstico del doctor Anselmo. Eso que los distancia los une, pero sobre todo los une hablar de Virginia, ahora que Virginia Montes se está volviendo cada vez más lejana. Al hablar de ella, el doctor Anselmo gira violentamente de la melancolía a la furia. Virginia es oro molido —declara melancólicamente—. Y, al poco: La muy imbécil se está dejando estafar por esos dos estafadores.

Gabriel, a su vez, oscila en este asunto de los Bárcena: al fin y al cabo, fue Gabriel Montes quien los descubrió y los introdujo en Santander y en la vida de Virginia. Incluso llegó a sentir por Leonora un entusiasmo cercano a lo enamoradizo, aunque no llegó a enamorarse ni por supuesto a propasarse nunca, porque había en el fondo de Leonora un regusto (Gabriel Montes llegó a llamarlo *an after taste)* cursilón. Cualidad que no estaba presente en Cayo Bárcena, en quien, por lo demás, Gabriel Montes no alcanzaba a hallar cualidad positiva alguna, excepto, quizá la invisibilidad.

Hubo un momento de alegría que el doctor Anselmo no reconoció cuando brotaba y que reconoce ahora con melancolía, no entendiendo por qué no floreció del todo. Ahora el doctor Anselmo, con el corazón arrecido y lacerado, se culpa a sí mismo de no haber sabido llevar —como dicen los hombres de negocios— bien lo de Virginia Montes. Se acusa a sí mismo de haber sido excesivamente doctoral, solemne y (oh paradoja) al final un vulgar enamorado, con la consecuencia de haber irritado a Virginia en vez de seducirla. Se ha dado un poco a la bebida. El whisky con Gabriel se duplica con facilidad. Ahora Gabriel se pasea del brazo del doctor Anselmo por

el muelle —el lado de la machina— porque el doctor desbarra un poco y más vale pasearlo por donde no se los vea mucho a ninguno de los dos.

—Yo no la merecía, Gabriel. No la merecí. Pero menos la merecen esos dos de ahora. Ninguno de los dos, a cuál peor. El peor, él. Mucho peor que ella. Puro estafador. Puro palabrón que cree saber lo que no sabe, los misterios... ¡Qué misterios ni que ocho cuartos! Pero ella es una ánima pura, una ánima limpia. Limpia de corazón. Ellos la ensuciarán. ¿Por qué tú, Gabriel, no hablas con ella?

—Pero si es que voy, Anselmo, claro que hablo. Lo que es que no me escucha.

—No es que no te escuche, Gabriel. Es que su alma la atrofia el buen sentido, el sentido común, su buen juicio socialista, que lo tenía espontáneo y natural. Y ahora anda metida en el palique espiritista, la peor especie de mentira. La de los traficantes de almas, los teósofos, los falsos monederos, los fáciles. ¿Por qué yo no fui capaz, Gabriel, de transmitirle la verdad de la razón y del buen juicio? ¿Sabes por qué no? Porque la amaba y perdí el juicio. Y aún la amo. Y hablo de ella contigo y pierdo el juicio.

—Tampoco es para tanto, Luis Anselmo. Sosegaos —declara terminante Gabriel Montes, que de verdad ha acabado por sentirse preocupado (un sentimiento muy desagradable) por su prima y por las actividades secreteantes de los Bárcena en la lejanía mística de ahí, de Campogiro.

Es ahora por la tarde y ha sido el día gris, lento, monótono. Han vuelto los barcos de vela, los *tea clippers* han vuelto con su desazón de lucha con el viento, con los embarrancados corazones en las barreras de coral del Caribe. Han vuelto los *tea clippers* y Gabriel Montes desea regresar a casa, olvidarse del doctor Anselmo y ensayar al violonchello piezas inmarcesibles de Robert Schumann.

XXIII

La declaración amorosa de Cayo Bárcena sume a Virginia en una nueva irrealidad. Una irrealidad excluyente. Su vida anterior, que había ido debilitándose e interiorizándose, o contrayéndose, había sido equivalente quizá sólo a una consagración de su soltería: al rechazar al doctor Anselmo y al encerrarse en Campogiro, Virginia no se había cerrado del todo al exterior santanderino: sólo había reducido a un mínimo su participación en esa agradable vida provinciana. Se había convertido en una solterona inofensiva. Ahora dejó de salir por completo e incluso Gabriel espació sus visitas. Tenía Gabriel Montes muchísimas cosas que hacer en aquel momento. La hiperactividad de Gabriel Montes en esa época se ajustó como un guante al veraneo regio que, a su vez, arrastraba una secuela regia otoñal, en ausencia ya de la familia real y un invierno y una primavera proemiales como un calentamiento de motores y de almas que, en las clases acomodadas, precedía al próximo verano regio que a partir ya de enero, y sobre todo a partir de marzo con la primavera, se echaba encima de los santanderinos como un corrimiento de tierras. Los veraneos sucesivos se abrían como salones de música con sus instrumentos latentes en sus fundas blancas, con sus delicados sillones blancos, con el mar que atronaba los acantilados de la península de la Magdalena, o la lluvia rebotante o mansa en los ventanales del palacio inglés. La conciencia de la presencia del palacio se extendía por todo Santander, como un viento prevalente, como una higrometría especial que hacía resplandecer los geranios de las solanas y el azul intenso de los macizos de hortensias, que remozaba los pinares de la península de la Magdalena, coloreaba las mejillas de las debutantes que se pondrían de largo el próximo verano. No había Santander ya sin la Magdalena, su hermoso palacio, sin la corte y su inminente llegada. Sin el Hotel Real y su soberana mole francesa en el Promontorio.

Desde Campogiro no se ve el palacio ni el Hotel Real, ni Santander. Al hallarse al fondo de la bahía en las faldas de Peñacastillo, y estar la finca en parte tendida sobre una hondonada, aunque la casa estuviera en lo alto de la loma, uno podía vivir de espaldas al bullicio portuario. La lejanía era aquí la cercanía. Visto desde el muelle, el fondo de la bahía queda al fondo. Pero visto desde el fondo, el fondo queda en primer plano y no hay nada delante ni detrás, excepción hecha de Peñacastillo y la propia residencia con su lago de agua dulce y salada. Al ser una finca de labor, los paseos por la finca tenían una cierta estructura circular. Podía recorrerse la parte delantera, donde estaba el jardín, o recorrer las dependencias, las caballerizas, las cocheras, la cuadra de las vacas. Pero, considerada la finca desde arriba, apoyados en el parapeto de detrás, toda la finca se extendía sin obstáculo a los pies del observador. Se podía, bien es cierto, bajar andando hasta la puerta o recorrer la finca todo lo largo del muro de seis metros de altura en una u otra dirección. Pero todo ese paseo podía ser visto de un vistazo sin necesidad de ser ejecutado. Era una finca ganadera y lo más interesante era el ganado, que podía verse pastando mansamente en la pradera, donde apenas había árboles, de aquí que no hubiese un estímulo excesivamente preciso para pasear, no había lugares nuevos que descubrir, y daba un poco igual subir que bajar, girar a la derecha o a la izquierda, porque todo lo que podía recorrerse, se veía de un vistazo a la primera. Estas fincas muy llanas, y muy poco accidentadas, tienen para el paseante el aire de devanaderas, uno puede cruzar y recruzar quinientas hectáreas llanas durante todo un día y no tener una sensación muy diferente de la que se tiene tras haber recorrido quinientos metros. Todo el tiempo es sólo más de lo mismo. Son fincas donde se trabaja pero donde no se sale a pasear. Y si no se trabaja y no se sale a pasear, uno se queda en casa, que es lo que hacía Virginia Montes con los Bárcena. Afortunadamente, los Bárcena, una vez instalados, no tenían la menor intención de pasear. Una ventaja considerable de los Bárcena era que no esperaban que su visita fuera amenizada. Se limitaban a instalarse y dar conversación. Campogiro no era recreativo. No obstante ser una hermosa finca muy próxima a Santander espléndidamente acondicionada, daba la impresión de ser un lugar tan distante y ensimismado como un pólder. Se tenía en

Campogiro una sensación de eternidad. El mundo de la vaca, de la rumia, de la rotación agropecuaria. Un mundo sin recreaciones ni distracciones que no fuesen laborales. Era sin embargo una hermosa posesión. Lo único que podía considerarse recreativo o pintoresco era el gran lago de aguas dulces y saladas. Ése era en realidad el único paseo que Virginia Montes y los Bárcena daban al caer la tarde, entre cinco y seis de la tarde. Un paseo que consistía, sobre todo, en descender al lago, y una vez allí, instalarse, contemplando el lago, desde una especie de veranda. El interés de este lago, a su vez, no era exterior, sino interior. No era notable lo que sucedía en su superficie, apenas unos nenúfares y unos patos, sino lo que sucedía en su interior, recorrido en su considerable profundidad ribereña por calofríos dulces y salinos. Esta doble dimensión de lo dulce y lo salado confería a este lago —que no era artificial, después de todo— una hondura no-comunicativa análoga, en más grande, a la hondura de los pozos. Lo característico del agua de un pozo o de un estanque no es su extensión, sino su intensidad: un fondo que parece, al asomarnos al brocal, parece que se halla carente de sí mismo: un fondo sin fondo. Este estanque apenas había sido modificado: era obra de la naturaleza. Y era móvil: se rizaba y desrizaba al compás del viento. Y tendía a ensombrecerse con la puesta de sol, como solo las aguas estancadas se ensombrecen, punteado el ensombrecimiento por el graznido de algún ave acuática, o el chapoteo repentino de los patos. Había de hecho una familia de patos que al atardecer chapoteaban cada vez más quedamente, hasta recluirse, grandes y pequeños, todos casi a la vez en su casita de madera con pináculos. El arquitecto que diseñó la veranda y el vestuario había diseñado una casa de patos como gótica, con espirales y volutas, en cierto modo innecesarias, donde se encaramaban de día las gaviotas o los cormoranes, y de noche las nieblas agrandándola como un palacio embrujado de juguete. Junto a ese estanque se tenía siempre una sensación de frío que comenzaba ya por la mañana, incluso en verano, y que ni el sol más radiante de los días de junio y julio despejaba del todo. Era agradable darse un baño ahí, nadar un poco, siempre y cuando no se intentara hacer pie. En ningún punto de ese estanque se hacía pie. Y como el agua verdosa era muy móvil, debido a que se acompasaba con cierta imprecisión a las mareas, crecía a la marea

alta, aunque a la marea baja no acababa nunca de decrecer del todo, como susceptible de aumento, pero no de disminución. Era un agua turbia verde y constante. Daba un poco de repelús, fuerza es decirlo. Había una barcaza de fondo plano amarrada junto al embarcadero de los vestuarios. Llevaba mucho tiempo allí. Virginia Montes la recordaba siempre ahí. Siempre amarrada en su sitio. Y, por decirlo así, con sus remos dispuestos en sus toletes, aunque nunca acababa del todo a invitar a un paseo. Alguna vez, en tiempo de la abuela Sahagún, Virginia había llegado a imaginar que la abuela bajaba en camisón por las noches a remar en esta barca: que remaba hasta el centro del estanque y que, una vez allí, se sentaba en el suelo plano, y la barca giraba sobre sí misma lentamente en círculos concéntricos. Los Bárcena consideraron desde un principio muy suyo aquel lugar.

—Así es el alma —aseguraba Cayo Bárcena—, verde e imposible de contemplarse toda de una vez. Y móvil, como el agua de este estanque. Aumenta siempre sin disminuir nunca. Porque el alma es en cierto modo todas las cosas. Nada se pierde nunca en la profundidad del estanque del alma. Todo queda dentro. Invisible y presente en nuestras vidas cotidianas como el más allá.

Hay que reconocerles a los Bárcena, y en especial a Cayo Bárcena, una cierta familiaridad con lo ultraterreno, lo intrapsíquico. Podían hablar de ello y a la vez disfrutar del termo de café con leche y los sándwiches que Virginia llevaba en su *tea basket*, sin necesidad de énfasis ninguno. Transitaban de lo uno a lo otro, del acá al allá, con inmensa naturalidad. Si bien con una especie distinta de naturalidad en el caso de cada uno de los dos cónyuges. La naturalidad de Leonora con frecuencia rayaba en lo declamatorio: *Agua honda y dormida* —recitaba de pronto con cualquier pretexto— *que no quieres ninguna gloria, que has desdeñado ser fiesta y catarata, que cuando te acarician los ojos de la luna te llenas toda de pensamientos de plata*. Leonora recitaba fragmentos así sin citar autores. De aquí que con frecuencia daba la impresión a sus oyentes —por lo demás, no muy cultivados— de que improvisaba poemas de su propia invención constantemente. Lo declamatorio era natural en Leonora, aunque siempre un punto exagerado. Cayo Bárcena, en cambio, era más original, más teosófico, y también más incomprensible. Pero también muchísimo

más capaz de unificar mediante conceptos el allende y el aquende, mientras mordisqueaba un sándwich de pepino. Ambos eran, en una línea metafísica, sumamente entretenidos cuando estaban a solas con Virginia. Y lo que es más curioso aún: cada vez más entretenidos, cada día que pasaba, como si el saberse los únicos acompañantes de Virginia Montes, sus oráculos, les confiriera una quieta dignidad, un oficio litúrgico, clerical en parte, que desafiaba las convenciones y las críticas. Virginia ciertamente había dejado muy atrás los tiempos de enfrentarse críticamente con el mundo o con sus semejantes.

Una de esas tardes se sintió Virginia rodeada de mansedumbre confusa. No podía precisar qué había de malo en todo ello. ¿Y qué era al fin y al cabo *todo ello*? Se encontraban los dos solos, Cayo y Virginia, sentados en la veranda frente al lago, que de pronto pareció artificial. Leonora acababa de subir a la casa, en busca, según dijo, de un texto original que deseaba leerles. Al irse Leonora tan de pronto, Virginia pensó que aquella repentina urgencia por leerles un texto no casaba con la creciente propensión de Leonora por amodorrarse tras el té y aún menos con su escasa afición al ejercicio (el paseo desde el lago a la casa era una cuesta pindia, cómoda de bajar pero molesta al revés, máxime si —como es lógico — Leonora tenía que subirla una vez más a última hora de la tarde cuando los tres se recogieran. También se le ocurrió en ese entonces a Virginia que últimamente (tomado este adverbio temporal en su acepción más difusa) Leonora tendía con frecuencia a dejarlos solos (hasta el punto, caviló Virginia, de que sus mismas frecuentes cabezadas adquirían una especial visibilidad teatral, como ejecutadas por una actriz no muy fina que tiene que hacer que se duerme en medio de una escena transitoria. Se trataba —decidió Virginia— de una ridícula suspicacia. Virginia no había sido nunca suspicaz. La ocurrencia de que empezaba a serlo ahora la disgustó mucho. Por eso —por la tristeza que arrastraba consigo ese demérito— hizo un esfuerzo por no ser suspicaz con los Bárcena. Y así ocurrió que la sola fuerza del esfuerzo actuó como un despertador que por descuido hemos dejado al acostarnos fijado en una hora intempestiva. Virginia comenzó a observar de reojo a los dos huéspedes desde la perspectiva de cómo procuraban últimamente (imprescindible este adverbio una vez más) dejar a

Virginia en compañía más bien sólo de Cayo que sólo de Leonora. Una eficaz idea que Virginia tuvo para deshacerse de su suspicacia fue decirse: ella, pobre, está como celosa por lo que cree que está ocurriendo entre Cayo y yo. Dado que nada en absoluto está ocurriendo (cosa aparte es lo que el propio Cayo a su manera rebuscada haya elegido decirme o decirle a su esposa acerca del amor que por mí siente) es mi obligación hacerle ver a Leonora, comportándome con gran naturalidad en presencia de los dos, que no hay nada entre nosotros dos. Pero este intento conllevaba ya en sí mismo más complicaciones y retranca de lo que Virginia Montes sospechaba: implicaba un canso sentimiento de tener que estar alerta sin más motivo aparente que la propia suspicacia —la cual funciona así a la vez como causa y como efecto del esfuerzo, haciendo que el esfuerzo mismo diera la boba impresión de ser *causa sui,* y por lo tanto innecesario—. Acabó Virginia desentendiéndose de todo ello —falto, a todas luces, de la firme independencia de un dato real y contrastable—. Pero esta cualidad final, iniciada por la desagradable suspicacia, y que había acabado pareciendo un vulgar mal pensamiento, sólo contribuyó, sin aclararla, a la confusa mansedumbre de todo ello, fuese lo que fuese. El análisis desarmó a Virginia, no sólo porque su objeto era confuso, sino porque, en resumidas cuentas, la mansedumbre de la situación lo volvía ocioso. De aquí que al encontrarse a solas con Cayo en la veranda decidiera Virginia —y sonrió al hacerlo— vaciar su pensamiento de todo pensamiento (en la línea eliotiana del *wait without thought for you are not yet ready for thought*). Para quedar así, como mínimo, en paz consigo misma y resultar de paso una anfitriona más amable. Ahora bien, justo al sonreír Virginia, Cayo Bárcena contempló el lago alzando la mano derecha como a punto de iniciar su bendición:

—¡*Bello y profundo eres, lo mismo que mi alma*! —declamó, añadiendo, a la vez que bajaba la mano y miraba a Virginia fijamente—: ¡Lo mismo, Virginia, que tu alma! Lo cual podía considerarse un piropo.

La propia Virginia lo tomó como un piropo teosófico, y como tal, libre un poco del rubor expresivo de los piropos ordinarios (dada su elevación, la ausencia de aval transfenoménico de este tipo de cumplidos permite la continuación inalterada de la vida

cotidiana). En este caso permitió que el señor Bárcena no hiciera tras su frase referencia alguna a su intención significativa, e hiciera en cambio un comentario banal acerca de la temperatura ambiente, acogido de nuevo con una sonrisa por Virginia. Siguió a esto una pausa agradable y no infecunda, puesto que permitió a Cayo Bárcena, con el pretexto de servirse una pizca extra de café del termo, sustraer (causó, sí, esta impresión) tres terrones de azúcar de los cuales depositó uno en su taza, que revolvió cuidadosamente, y otros dos, uno tras otro, entre sus atabacados premolares, aunque el señor Bárcena no fumaba. Entonces, sin mirar ya a Virginia, clavados los ojos en un indefinido punto más allá de la laguna, declaró que confiaba en que Virginia no hubiese a estas alturas olvidado por completo el singular carácter de los sentimientos del señor Bárcena. ¡El no haberlos olvidado y el tenerlos en aquel preciso instante y en ausencia de Leonora tan incómodamente presentes, impidió a Virginia decir que sí o que no! Se limitó a salirse, con cierta frialdad, por la tangente:

—La verdad, Cayo, es que me parece un poco desproporcionada esa estima que dice usted sentir por la profundidad y belleza de mi alma. Creo que me sobrevalora. Señal evidente de que no me conoce bien aún.

—¡Aún, aún! —repuso con viveza Cayo Bárcena—. ¡Aún no, así es, aún no, pero todo se andará con la ayuda de Dios!

—¡No creo que Dios tenga nada que ver en este asunto! —exclamó Virginia con una brusquedad que de inmediato procuró diluir sonriendo.

—Dios siempre tiene que ver en general con todo... Aunque quizá no dé mucho de sí en concreto para nada. Es una expresión convencional... yo me refería...

—Sé a qué se refiere Cayo. Mi respuesta carece de interés, aunque sí, recuerdo lo que usted me confió. No significa nada para mí.

Cayo Bárcena no dio muestra ninguna de impaciencia. Pareció, de hecho, que contaba de antemano con una respuesta disuasiva. Y su innata habilidad para la acomodación y el compromiso, que el desarrollo y control de las sesiones había ido afinando con los años, le permitió divagar ahora por el prometedor territorio de las significaciones, su especialidad al fin y al cabo. Eligió detenerse en

la última aseveración de Virginia, que, no obstante su fiereza autobiográfica —o quizá precisamente por eso— debió de darle la impresión de garantizar una buena dosis de analítica sapiencial, sin compromisos.

—Que no signifique para usted, Virginia, algo, da lugar —en mi humilde opinión— a un imposible metafísico. Las personas como usted, por naturaleza, están dotadas de una gran capacidad de percibir significaciones de continuo. El mundo —si se me permite una paráfrasis— es un bosque de significados y de símbolos que amistosamente se rinden ante usted y la contemplan mientras camina gentilmente. Todo es significativo para usted, Virginia: en esto reside gran parte de su encanto.

Era éste un lenguaje que a Virginia, en casi cualquier otra circunstancia, le hubiera parecido remontado, y que, sin embargo, en esta concreta circunstancia en la que ahora se encontraba, le pareció nuevo y también halagador. Esto último hizo que sonriera, con lo que, a ojos de Cayo Bárcena, fue una sonrisa cansada, como la sonrisa de alguien que por fin y a su pesar se rinde a una evidencia largo tiempo rechazada. Había atardecido muy profundamente de pronto: como si el propio atardecer entendiese, mediante una delicada fotosíntesis, de qué iba la conversación y también cómo acabaría de seguir así. Ninguno de los dos podía ahora, aun hallándose muy próximos, ver con precisión el rostro de su acompañante. Una situación que, de por sí, invitaba ya a la confidencia. Dándose cuenta de esto Virginia —y temiéndolo—, se apresuró a preguntar en un tono de voz más alto del empleado hasta ahora qué habría sido de Leonora:

—Mi pobre Leonora —respondió con presteza Cayo Bárcena— habrá decidido no arriesgarse a bajar, pensando cuánto le costará después la cuesta arriba. Su pneumatología, por desgracia, no es todo lo ágil que debiera... debido en parte a su imparable sobrepeso.

Virginia entonces declaró que se había hecho ya de noche, que era ya bastante tarde, y que deberían los dos volver a casa.

Como un resorte se levantó de su silla Cayo Bárcena. No se dijo nada más durante el empinado regreso. Tan sólo en voz muy baja, como ronca, cuando estaban a punto de entrar en la casa, declaró el señor Bárcena:

—Ha sido una tarde mágica, Virginia. Nunca la olvidaré. Y, si me permite expresarlo así, usted tampoco.

Leonora les recibió a la entrada, excusándose por haber subido y no haber vuelto a bajar a causa de no haber dado con su texto manuscrito, evitando así a Virginia el mal trago de no saber qué contestar a su marido.

XXIV

¿Se había sentido amenazada? La última frase de Cayo Bárcena, con su relamido *si usted me permite expresarlo así*, le había sonado estrepitosa, a pesar del tono quedo con que había sido pronunciada. Le había parecido sobre todo *out of character*, que hubiera dicho Gabriel Montes. ¿Por qué le había parecido amenazador aquel *a usted tampoco*? ¿Amenazador o sólo insolente? Ambas nociones —la amenaza, o la insolencia— casaban mal con los pulcros modales del señor Bárcena, quien, en este su nuevo papel de enamorado, como mucho resultaba chusco. Que algo resultase chusco, no era una noción habitual de Virginia, que, en su soledad, había perdido el sentido del ridículo.

Todo el resto de la tarde tuvo una sensación de apagamiento. Como si hubiese perdido el sentido del oído o de la vista, y todos los objetos cotidianos, incluidos los platos, cucharas y cuchillos en el comedor, hubiesen perdido gravidez o, por arte de magia, su condición de utensilios y fuesen sólo adornos u objetos de cartón u otro material inadecuado que los volviese inservibles.

Desde la instalación más o menos definitiva de los Bárcena en Campogiro, Virginia había renovado la costumbre de cenar a eso de la diez de la noche. Decidió que su costumbre de tomar una merienda-cena a media tarde, que para Virginia era de sobra, resultaba insuficiente ahora, dado que los Bárcena, a medida que los iba conociendo mejor, habían ido dejando de lado sus remilgos iniciales (especialmente el señor Bárcena) y mostraban sus verdaderos apetitos —cada cual, eso sí, dentro de su especificidad propia, vegetariana o carnívora—. Cenaban los dos de buena gana, una sopa, un plato principal y un postre, sin perder por eso su habitual locuacidad. Daba gusto verlos cenar. Y Virginia tuvo que reconocer, andando el tiempo, que esta satisfacción inocente había también contribuido a facilitar la inmersión de estos personajes en su vida. A diferencia de Virginia, disfrutaban de la vida. Esto los

asimilaba a Gabriel Montes: los asimilaba a todo el Santander que Virginia conocía, los volvía estivales. Y, sin embargo, en la medida en que cada uno de los dos disfrutaba de un modo tan distinto, Virginia no tenía la sensación agobiante de pertenecer (ni siquiera como espectadora o cómplice pasiva) a una comunidad fruitiva convencional, santanderina, connaturalmente predispuesta a la buena vida y al festejo. Una comunidad que, a mayores, se sentía santificada por su catolicismo de misa de doce y por toda una vivaz grey de damas apostróficas de todas las edades, que nacían y vivían (y se desvivían) para casarse primero y para cuidar de la prole y del servicio doméstico después, sin más cielo o más infierno que la consideración social —o la desconsideración, según los casos—. Injusto todo esto, bien es cierto. Pero la soledad nos vuelve injustos y Virginia llevaba ya muchos años de desolación. Así que los Bárcena, en cuanto fruitivos, resultaban muy santanderinos, y en cuanto espiritistas o teósofos, muy poco. Por eso resultaban engañosos. Engañosos, sobre todo, para la propia Virginia, quien, a su vez, participaba de una análoga dualidad: la teosofía, que le parecía una sandez, tenía, con todo, la ventaja de no sonar nada católica (sonaba más bien muy protestante), y en cambio, el disfrute de la vida, tan santanderino, tan Bárcena, aún resultándole a ella misma inaccesible, le parecía un asunto familiar. Los Montes todos, rama por rama y en conjunto, siempre disfrutaron de la vida —hasta el punto de irse en parte arruinando a consecuencia del disfrute, cosa que en los tiempos de la abuela Sahagún, y en los de Virginia más aún, se veía ya venir—. En cualquier caso, ver disfrutar a los Bárcenas almuerzo tras almuerzo, cena tras cena, sin dejar ninguno de los dos de hablar, contribuyó definitivamente a que Virginia se confiara y le gustaran (con ese gusto malagusto con que, con los años y con la cerrazón sobre sí misma, fue Virginia abandonándose a la finitud, cuya propiedad más notoria justo es la inconsecuencia). Y todo ello, en una suma heteróclita, se densificaba como una salsa casera hecha de todo un poco, que se deja al fuego sin dejar de revolverla lentamente con una cuchara de madera, a fin de espesarla y que, una vez bien trabada, se pasa por el chino y se paladea con sorpresa, no sabiendo qué admirar más, si la final unificación de todos los ingredientes o la capacidad que un paladar selecto tiene de irlos paladeando uno por uno. Esta imagen

culinaria no era, desde luego, fruto del imaginario de Virginia, casi del todo inapetente a estas alturas, sino un cómico extracto sentimental del modo con que los Bárcena disfrutaban de la hospitalidad de Virginia. Y todo lo anterior se hubiera ido quedando en nada con el tiempo, de haber Virginia conservado una normal relación con su vida anterior, con su primo Gabriel, con su olvidado Luis Anselmo como mínimo. Pero todo pareció inclinarse por sí solo hacia otro lado: el confuso lado de los Bárcena, quienes, a su vez, no pueden considerarse en realidad culpables de la situación en que Virginia cada día con más abandono se encontraba, sino que casi cabe considerarlos, juntos y por separado, también víctimas. Cada paso que daba cada uno de los tres, bien juntos, bien por separado, era un adentrarse en una trama que era imposible considerar tramada de antemano, si bien era imposible, al mismo tiempo, liberar todo aquello de una impresión de finalidad querida por sus tres protagonistas a la vez, aunque cada cual por un motivo muy distinto.

Y así fue cómo una noche, por fin, los Bárcena lo hablaron en la soledad de su segundo piso de Campogiro:

—Lo que veo, Cayito, no puedo decir que no me guste, ni del todo que me guste. Lo que más bien puedo decir —y debo— es que lo vi venir desde un principio con ese sexto sentido que yo tengo para ver lo por venir.

—Sí, Leonora —respondió secamente Cayo Bárcena, que en aquel momento, ya en pijama e instalado en una butaquita frente a un pequeño fuego de carbones (que daba algo de tufo), estaba releyendo a Swedenborg: una selección de Swedenborg, por cierto, traducida en Argentina, que Cayo Bárcena atesoraba desde el viaje de novios de la pareja a ultramar.

—¡Cómo que sí! ¡Sí qué! —quiso saber Leonora, enojada con razón—. ¡Acabo de enumerar varias posibilidades a la vez, y aunque sólo sea *pour faire un peu de conversation*, me gustaría saber cuál sí, cuál no, según tú, es sólo sí!

Cayo Bárcena se sentía un poco fatigado aquella noche. Le había interesado mucho volver a leer, en nota a pie de página, una referencia al célebre texto de Juan Calvino titulado *Refutación del error mantenido por algunos legos que en su ignorancia imaginan que, en el intervalo entre la muerte y el juicio final, el alma duerme.* La

posición del propio Cayo Bárcena era en esto muy próxima a Calvino: en su opinión, después de la muerte, el alma descansa, pero no duerme en absoluto, no señor. Por descanso no se entiende inactividad o letargo. Una vez más el señor Bárcena se sentía al borde del saber que es no-saber. ¡Y falta le hacía en ese instante en que tan claramente sabía que no sabía lo que sentía por Virginia Montes! En casos semejantes del pasado, cuando Cayo Bárcena no sabía qué sentía, siempre se regocijaba, consciente de que al menos sentía que sentía, aunque no supiese qué. Este caso de Virginia era especial: era irritante. Se sentía, pues, cansado a esas horas de la noche: la nubilosa prosa de Swedenborg, en combinación con el tufo del carbón, casi le había mareado. Y la costumbre de leer antes de acostarse, con Leonora hablando sin parar mientras se arreglaba la cara y cepillaba el pelo, le había permitido concentrarse hasta tal punto que no había oído una palabra y había contestado *sí, Leonora*, para que Leonora le dejara en paz.

—Perdona, Leonora, estaba distraído como cada vez que estoy muy concentrado. Y la conyugalidad, tan éticamente satisfactoria, de esta situación de irnos a acostar, me ha impedido prestarte la atención debida. Mis disculpas.

—¡Bien está! —declaró Leonora dejando de cepillarse el pelo y volviéndose a su esposo—. Lo repetiré todo otra vez: Yo veo lo que veo, mi querido esposo, y tú ves lo que yo veo, tú también, ¿o no? ¡Claro que lo ves! ¡Cómo no vas a verlo si lo estás haciendo! Tu mano izquierda siempre sabe, Cayo, lo que hace tu derecha. En eso eres auténticamente zahorí. Sólo que, a diferencia mía, que además del presente, veo el futuro y veo el pasado, tú no recuerdas el pasado, salvo muy sectorialmente. Y el futuro no lo catas. ¡Nunca lo has catado! Y te decía que lo que yo veo en el presente, este presente, tú lo ves igual que yo, pero como no lo futurizas, no lo ensanchas y profundizas visionariamente hacia el futuro en realidad. ¡Tú el presente lo ves y no lo crees!

—Me encantaría saber, Leonora —dijo mansamente Cayo Bárcena— a qué te refieres en concreto: qué presente es ese sin futuro que yo veo, y que, por pura miopía según tú, aunque lo vea no lo veo en realidad.

—Me refiero a tu *liason* sentimental con nuestra Virginia, tan amada por nosotros dos.

—¡Ah, eso!

—Sí, eso. Y te acabo de decir que no puedo decir que no me guste, ni del todo que me guste. Y precisamente eso, Cayito, que a la vez me guste y no me guste tu *liason*... quería saber dónde estás tú. ¿Sabes acaso tú mismo dónde estás? Porque yo no, ni tú tampoco.

—Estoy, Leonora, quizá cansado un poco ya esta noche para desentrañar toda esta cosa con Virginia, que sí, es una *liason*, que a ti te gusta, que a mí me gusta, y que no, no es una *liason*, pero no entiendo por qué no acaba de gustarte a ti del todo. Mis relaciones amorosas, siempre castas, como sabes, con personas del pasado te han siempre divertido, pero siempre. Nunca jamás, ni un solo caso, has sentido que no llegaran a gustarte por completo. Siempre nos han dado que hablar muchísimo a los dos y por eso siempre te han gustado, y nunca, pero nunca, lo contrario. ¿A que estoy en lo cierto por completo, Leonora, a que sí?

No obstante lo que acaba de asegurar acerca de su visión del pasado y del futuro, Leonora no era memoriosa, y rara vez le había afectado esa peculiar angustia ante la posibilidad que el futuro representa. Leonora vivía al día, y su afectividad, tan copiosamente verbalizada, tenía un aspecto ornamental en la línea ampulosa de sus collares y sortijas. Se contentaba con lo que tenía a mano. Y esto incluía a su marido: un apego constante que no era negociable y que a ratos descontaba, de puro acostumbrado. De todos los recuerdos de su vida, sólo el recuerdo de La Barrachina permanecía aún como el de algo que tuvo muy a mano y siempre detestó sin paliativos. Todo lo demás estaba bien. Y los últimos tiempos en que al chalecito del cabo de Ajo se habían adherido el buen tono de la burguesía santanderina y las largas temporadas en Campogiro como un premio especial, estaban empezando a parecerle una edad de oro a Leonora de Bárcena. De ahí provenía su creciente preocupación por el avatar amoroso del marido: no eran celos —en eso erraba Virginia Montes por completo—. Era más bien una deriva del deseo de felicidad incesante, correspondiente al concepto mismo de una edad dorada, que Leonora formulaba para su capote, con una sorprendente dosis de sentido común, mediante dos aspectos

complementarios: que el asunto (el presunto *affaire*) no le disgustase hacía juego con el hecho de que análogos asuntos del pasado casi nunca le hubiesen disgustado (casi siempre acabaron dando de qué hablar al matrimonio y, por lo tanto, entreteniéndoles). Pero por otro lado, este asunto en concreto intranquilizaba a Leonora porque Leonora entendía que Virginia —en cuanto perteneciente al sexo femenino— era un factor aún incógnito, y temía que, al despejarse la incógnita, acabara perturbándose la olímpica tranquilidad presente. ¿Cómo reaccionaría Virginia si Cayo llegara a propasarse castamente un poco? Es digno de observarse que lo que a Leonora perturbaba no era la concupiscencia de su esposo, sino, muy al contrario, su vehemente contención erótica. Justo esto último era, en opinión de Leonora, lo que acababa siempre tornando irresistible al señor Bárcena. Y es que Leonora siempre había considerado que la concupiscencia masculina, no obstante su popular fama de torrente incontenible, es más bien gaseosa: un efecto retumbante, achampañado, sin la menor profundidad o duración. Sólo podía resultar perturbadora cuando, embridada por la castidad y sazonada por un anhelo espiritual (como sin duda le sucedía a Cayo Bárcena) se incrustaba tercamente en un objeto. La escandalosidad visible y verbenera del promiscuo tradicional se veía sustituida ahora por una como diabólica inventiva transcarnal que acababa poniendo todo patas arriba. Y, en este caso, tanto más patas arriba cuanto que Virginia estaba ya muy patas arriba de por sí. Leonora se había ocupado de observar a Virginia en la distancia corta de este encierro de los tres en Campogiro. Había lamentado un poco al principio que las visitas del doctor Anselmo se espaciaran, más por culpa —a su juicio— de la incompatibilidad del buen doctor con Cayo que con ella. Y había lamentado muy sinceramente dejar de ver a Gabriel Montes. Al fomentar, como tenía por costumbre, las facilidades para que Virginia y Cayo tuvieran la oportunidad de verse a solas, ella misma, Leonora, se había sentido en ocasiones algo sola —aunque no aburrida— (el gran estilo doméstico de Campogiro, con sus almuerzos y sus cenas tan formales, hacían que Leonora de Bárcena se sintiera en conjunto ambientadísima, engrandecida y lujosa, como por lo demás siempre había entendido corresponde a una notable *clairvoyante* en su radiante madurez).

Esto último, por cierto, la fe en los poderes o dones divinatorios de la propia Leonora, era axiomático para ambos miembros de la pareja por igual. Esta compartida fe en la complementariedad del matrimonio en el territorio de la percepción extrasensorial constituía, con todos los matices que se quieran, una auténtica defensa del vínculo, que los mantuvo vinculados con mucha más fuerza que la ley durante todos los años de peregrinaje hasta dar en cabo de Ajo. Venían a formar una pequeña iglesia de dos miembros que, con relativa independencia de la fratría teosófica universal, se habían mantenido fieles a la fe: Cayo Bárcena, el teólogo. Y Leonora Barrachina, la indiscutible vidente de esa fe. Debe añadirse que Leonora era quien con más firmeza creía en sí misma de los dos. Por eso nunca se aburría: cada vez que comenzaba a aburrirse, echaba un ojo en torno suyo y adivinaba esto o lo otro. Así fue cómo adivinó, nada más conocer a Virginia en el piso del muelle, su historia de amor con Casimiro. Tuvo esto su considerable mérito, no obstante haberse Leonora servido de la madre del difunto para impulsar sus dotes de adivinación. Manuela, en efecto, desde aquella primera tarde en la cocina en que Virginia la encontró abrazada (o quizá sólo en pie delante de Leonora) y llorando, fue confiando poco a poco en la vidente su dolor y, sobre todo, sus sospechas. ¡Cosas así, doña Leonora, no se le escapan a una madre! Una vez declarado esto, fue todo pan comido. Leonora sólo tuvo que limitarse a asentir y a condolerse del modo más melodramático posible (facultad esta que Leonora de Bárcena poseía en alto grado) y, a mayores, como recurso verificativo de innegable eficacia dramática, a dejar caer el nombre propio del desaparecido soldado en presencia de Virginia, con ocasión o sin ella. Lo que contó Manuela no fue gran cosa en realidad: casi consistió sólo en referir cómo había visto a los dos jóvenes acariciarse en el portal de abajo y cómo arrancó más tarde a Casimiro, con la tenaz ternura de una conmovida madre, lo mayor de la historia. El hecho de que nunca Manuela mencionara el conocimiento de primera mano que tenía de ese amor, por afligida que se sintiese al confirmar la desaparición del chico, y por mucho que los lazos entre Virginia y su cocinera se estrecharan en el curso de la aflicción, da idea de la seriedad que Virginia imprimía a todos los actos de su vida doméstica. Mencionarlo sin que la propia Virginia se hubiese adelantado a

hacerlo le hubiese parecido a Manuela una imperdonable falta de respeto. El tiempo y la especial bondad con que Virginia trató siempre a Manuela hicieron las veces del reconocimiento explícito que nunca se produjo. A esto quizá debe añadirse un temor servil a la reacción de la señorita Virginia, de haber sabido que la madre de su amado Casimiro estaba al tanto de su sagrado secreto. En última instancia, debió pensar Manuela, ¿qué más daba ya? La muerte, con su igualadora compostura, había resuelto aquel trágico problema de una vez por todas. Lo ocurrido al aparecer doña Leonora fue como el reabrirse de una vieja costura intestinal, una repentina sangría emotiva que, al mismo tiempo que estaba teniendo lugar, iba dejando a Manuela horrorizada y fascinada por su propio desparpajo. Claro está que aquí la perpetua referencia de Leonora a sus propios dones curativos, a su espontánea visión transnormal del pasado (e incluso lo que Manuela oyó contar al servicio de las otras casas acerca de las facultades mesméricas de doña Leonora) todo ello contribuyó a la imprevista manadera de la confesión y del llanto. Leonora de Bárcena, a su vez, atesoró este descubrimiento como un don cuya utilidad no era capaz de calibrar de inmediato pero que, automáticamente, sospechó importante. Tanto lo atesoró que no le pareció prudente referírselo ni siquiera al señor Bárcena —con quien, como es lógico, estaba acostumbrada a compartir todo lo relativo al corazón y a los espíritus—. La verdad es que Leonora creía (con secreto temor) en la presencia invisible de todos los difuntos. Así como en su agitado tránsito del más allá al más acá y al revés: creía en esto con tanta o más seriedad que el propio Cayo Bárcena.

Aquella conversación nocturna quedó pendiente porque, tras la fatigada respuesta de Cayo Bárcena, se quedó Leonora pensativa, pensando muchas cosas a la vez (algunas de las cuales se han enumerado en lo anterior). Esta totalidad de componentes de los pensamientos de Leonora, tomados en ese momento todos juntos, suspendió por completo el cepillado del pelo y el arreglo nocturno de la cara y borró en Leonora todos los preparativos del dormirse, la somnolencia propia y la creciente somnolencia de su cansado esposo. Los dos se contemplaron en silencio, desvelados y exhaustos, sin tener ninguno nada que añadir a lo ya dicho, y sin poder quedarse tampoco ninguno de los dos adormilado en su

amplio lecho a lo largo uno del otro. Entre el tocador ante el cual Leonora se sentaba y el confortable sillón donde Cayo Bárcena leía a Swedenborg, se extendió una franja que, a la ondulante luz del fuego de la chimenea, pareció de pronto sobrenatural. El fluido eléctrico llegaba a Campogiro en aquel tiempo con regularidad, pero con variable intensidad. Las bombillas se comportaban un poco todavía como con nostalgia de las sustituidas velas, carburos, lámparas de aceite. Y vacilaban, avivadas al anochecer por su vacilación, hermanadas con la variable lumbre de la chimenea. Los pies fríos de los cónyuges —incluso dentro de sus zapatillas— expresaron un difuso deseo orgánico de paz y de reposo, si no eterno, al menos temporal (¡al fin y al cabo ya era hora de acostarse de una vez!). Pero Leonora dijo:

—Hay cosas que yo sé que tú no sabes, Cayo. Las cosas que tú sabes, no las sabes como yo por connaturalidad, sino por mera lucidez de raciocinio, como tú mismo me has explicado tantas veces. Y ahora tengo que decirte —y por eso antes dije lo que dije— que no las tengo todas conmigo y que no estoy tranquila y que veo peligrar lo que veo peligrar: la casa misma, esta misma casa y nuestra apacible relación... por tu culpa.

—¿Por mi culpa? ¿Desde cuándo a acá tengo yo culpa de nada? Esta actitud culpabilizante y enfadosa no es en absoluto nada tuya. No.

—Virginia es una rara y una incógnita.

—¡Y tú otra!

—No. Yo no, Cayito. Tú piénsalo y sé justo. Rara no te digo que yo lo sea o no lo sea, eso da igual. Pero no incógnita, eso no. Tú al menos me conoces, me lees, vaya, como un libro abierto.

—Eso es cierto.

—Pues lo mismo que me lees tú a mí te leo yo a ti, de cabo a rabo. Yo te leo y tú me lees. Pero a Virginia no la entiendes tú, ni yo, ninguno de los dos. De pronto puede zozobrar. ¿Y entonces qué sería de nosotros? ¿Dónde iríamos ahora que nos hemos acostumbrado a vivir aquí tan ricamente? Pero que conste que, con ser eso un problema, no es, ni de lejos, el problema principal.

—¿Y entonces cuál es el problema principal? —Cayo Bárcena había cerrado la antología de Swedenborg, que sostenía sobre su rodilla derecha cruzada sobre la izquierda, e hizo su pregunta

observando con atención sus azuladas manos.

—El problema principal es que lo mismo Virginia de pronto no hace pie y se enamora de ti como una loca. ¿Qué vas a hacer entonces?

—Nada. No hay nada que hacer en semejante caso, de sobra lo sabes. Como mucho dejar que pase el tiempo.

—Ya. Pero Virginia no es como las otras.

—¿Qué otras?

—Tus otras. Tus admiradoras, tus personas de este disparatado sexo femenino al que Virginia y yo pertenecemos.

—Nunca que yo sepa he cometido, Leonora, la menor incorrección. Y tú lo sabes.

—Ya. Pero no es eso. Eso no es. Si se diera el caso, digo si se diera... La más grave incorrección sería la perfecta corrección: tu feroz e irracional insensibilidad para el amor profundo.

—¡Por favor!

—¡A que es verdad, Cayito: a que eres insensible!

—Mi insensibilidad como tú dices ha sido sólo un cortafuegos, un retén de bomberos que en el último minuto acuden campaneando con sus mangas-riegas y salvan, como mínimo, los muebles. ¿Qué sería de ti sin mí, sin mi agua fría?

—Ella te interesa y te conmueve, Cayo. Tú lo sabes, yo lo sé. Afortunadamente, entre nosotros dos no hace falta que digamos todo. Tú me entiendes, yo te entiendo: sin palabras.

—Sí. Creo que sí.

—Y ella te interesa. Esta vez no es como las otras veces. Te conmueve. Virginia te conmueve. Lo que no sé es si a ella le conmueves tú. Porque ella es como el agua de un estanque, que o no se inmuta, o catapún: te traga.

—Por esta noche vamos a dejarlo, mi admirable vidente y visionaria Leonora Barrachina. Lo que sea, sonará mañana, o tal vez nunca. Vamos a dormir.

XXV

No es del todo exacto decir que los Bárcena lo hablasen todo o se lo contasen todo el uno al otro. Había cosas que sí y cosas que no. En esto muy como la gran mayoría de matrimonios de la época. Sólo que en su caso, al no tener el señor Bárcena una ocupación profesional externa y al vivir ambos de una renta fija y, sobre todo, al instalarse como huéspedes en casa de Virginia, se veían ahora más que nunca, más incluso que en la casita de Ajo: esto hacía que el no tener secretos infundiese en ambos un deseo de especialidad más acentuado. Tenían que moverse, pues, un tanto, sin cambiar de sitio apenas. Visto desde fuera, venía a ser como un elegante ballet a dúo compuesto de encuentros, desencuentros y reencuentros cotidianos y continuos que no resultaban siempre del todo placenteros. Todo reagrupamiento y noticiario entre ambos cónyuges era inevitablemente un *déjà vu.* Los momentos visionarios, a su vez, las sesiones, habían ido cediendo un poco a las exigencias más normalizadas de la vida con Virginia, exigencias mínimas, sin duda, sin más obligaciones que las que los propios huéspedes entendían que debían cumplir con su anfitriona. Estas obligaciones se extendían a lo largo del día entre las doce del mediodía y las doce de la noche, con el almuerzo y la cena a ambos extremos, el paseo al estanque y unos entretantos que podían optativamente rellenarse o dejarse al albedrío de cada cual. Vista la situación desde fuera, era imposible no pensar que tenía que resultar tediosa. Vista desde dentro, sin embargo, tenía una propia vida interna, con una agitación en el espacio tridimensional, equivalente a la agitada vida de las proteínas en la célula. Y de la misma manera que el organismo está compuesto de cadenas de aminoácidos, el microcosmos de Campogiro estaba hecho de cadenas de microsentimientos y microemociones.

Cayo Bárcena había hecho su vida en función del más allá. Un incesante más allá que, instalado en el más acá, ofrecía toda suerte

de perspectivas variadísimas. Lo suyo era el más allá. Que era también lo de Leonora. Sólo que Leonora —según se había convenido en aquella peculiar sociedad de gananciales espirituales — lo veía con sus propios ojos, oía hasta cierto punto lo que hablaban y, en los trances, estaba en condiciones de comunicar una buena parte de ello a los demás mortales. Cayo Bárcena, en cambio, había aceptado su papel mosaico de acercarse justo hasta la línea de visión del allende prometido, sin estar en condiciones de traspasarla nunca. Y de la misma manera que nunca, que se sepa, había Cayo Bárcena traspasado la invisible franja del pudor en sus relaciones con el sexo opuesto —exceptuada su mujer— (y esto le aportaba una gran dosis de continencia y poderío, un aura sin gastar), así también su haber llegado hasta la franja misma sin pasar nunca de ahí (humildemente reconociendo su incapacidad para ese paso) le había aportado con los años una vitola, si no sacerdotal (reservada más bien a su *clairvoyante* esposa), sí académica o erudita: un aire de estar al tanto de las bibliografías, los autores, y las corrientes principales de la teosofía mundial. Todo esto, con ser mucho, no era, ni mucho menos, todo: el todo microprocesual eran las emociones y los sentimientos. Ahí también estaban sus secretos, entendiendo por tales los detalles de su vida psíquica (y en especial amorosa) que nunca había compartido con Leonora en detalle, no obstante haberla tenido siempre al tanto de los macroprocesos consiguientes. Así sucedía ahora con Virginia. Leonora estaba al tanto de lo gordo, lo visible y debatible en el amplio marco tridimensional del mundo común a todo el mundo, pero desconocía la fina redecilla fibrilar neurotransmitente del erotismo en cuestión. Eso se lo reservaba sólo para sí y no sólo porque estaba convencido de que contárselo a Leonora hubiera sido echar margaritas a puercos, sino también porque la fuerza, la gracia, el entretenimiento del asunto consistía en ser secreto. Se da la coincidencia de que, sin saberlo el señor Bárcena, esta misma cualidad de la reserva había presidido el encanto que tuvo el enamoramiento de Virginia con el pobre Casimiro. Que el amor fuera un secreto entre los dos en el caso de Virginia establecía una perversa analogía con lo que ahora, fuese o no enamoramiento, tenía en la cabeza el señor Bárcena: sólo que su secreto era monádico: carente de puertas y ventanas. De las insinuaciones de su esposa pudo colegir el señor Bárcena que

Virginia también tenía un secreto —o que lo había tenido— y que Leonora, con sus dotes visionarias, lo había descubierto sin que la interesada se lo hubiera revelado. El señor Bárcena se encontró de pronto con la incómoda sensación de que Leonora dejaba ver que guardaba en secreto un secreto de Virginia, reservándoselo para ella sola y no deseando comunicarlo a su marido, aun habiéndole mostrado a las claras que existía. Que este secreto fuese un secreto de Polichinela no tranquilizó en absoluto al señor Bárcena, que se sintió maltratado por su esposa e intensamente curioso acerca de Virginia. Una curiosidad tan silente y vehemente que se volvió equivalente a todo el erotismo de su vida y que le hacía sonrojarse de contenida excitación cada vez que hablaba con Virginia a solas.

Cada vez que hablaba a solas con Virginia se felicitaba por la suerte que en aquel momento pensativo de la trayectoria de los Bárcena —y tal vez sin merecerlo— había sonreído al señor Bárcena en persona. Que ambos se hallaran en un momento pensativo se hizo evidente en Campogiro y no antes. Antes la vida conyugal se había alimentado de los avatares inherentes a su juvenil errancia ultramarina combinada con asuntos de naturaleza muy diversa y poca monta. Ninguno de los dos había manifestado hasta ahora un deseo excesivo de dar cuenta de esos viajes y negocios, que, al no haberles materialmente enriquecido, interesaban poco en Santander. Y Virginia misma, a estas alturas, tan gentilmente ensimismada como andaba, tomó siempre a los Bárcena por su validez a la vista sin meterse a preguntar. Las personas que preguntan poco tienen la desventaja de admitir a su vez pocas preguntas. A diferencia de Manuela, que habiendo sentido una viva curiosidad por doña Leonora le preguntó con timidez desde el primer día por sus viajes, poniéndose así a tiro de las preguntas sinuosas de doña Leonora, Virginia no se mostró nunca interesada en preguntarle nada que ellos mismos no consideraran oportuno referir. Las elevadas miras metafísicas, por lo demás, del matrimonio, invitaban si acaso a la meditación trascendental, pero nunca al cotilleo.

Debe declararse desde ahora que la fascinación del señor Bárcena por Virginia no procedía de una vulgar curiosidad. Cayo Bárcena comenzó por proponerse él mismo como objeto de curiosidad para Virginia declarándole su amor de sopetón. Que esto

volviera la declaración inverosímil no impidió que Virginia se sintiera vagamente interesada desde un principio, luego inquieta, a ratos halagada, y en conjunto entretenida en su aislamiento por aquel amor tan poco razonable. El señor Bárcena se daba por contento con haber introducido este entretenimiento ligero en la vida de Virginia. Pensaba que la melancolía —o lo que fuese que aquejaba a la joven— podía combatirse con dosis controladas de curiosidad por Cayo Bárcena, administradas poco a poco. Así diluyó su declaración de amor (con su brusca verbalización inicial) en atenciones que no ofendían el buen gusto. Se trataba de imprimir al ánimo de Virginia —y de paso a la relación entre los dos— un ritmo de flujo tan lento que la contemplación del proceso resultase aburrida para cualquier observador: la lentitud del proceso garantizaría su secreto. La propia interesada no llegaría a advertir su transformación anímica (su tránsito del desinterés amoroso al interés). El único inconveniente de este método era Leonora, quien, pendiente siempre de la evolución de los espíritus, daba muestras (como las de la pasada noche en el dormitorio) de estar queriendo levantar la liebre. Levantar la liebre, en este caso, no consistiría —contra lo que puede suponerse— en presentar lo descubierto al público en general, sino sólo en debatirlo mano a mano con su esposo, como el matrimonio tenía por costumbre. Esto es lo que, con referencia a Virginia, Cayo Bárcena más temía y detestaba.

Hubiera sido menos peligroso que Cayo Bárcena hubiese deseado acostarse con Virginia. Este deseo hubiera puesto las cosas en su sitio, permitiendo a Virginia deshacerse de los Bárcena, o incluso acostarse con el señor Bárcena una vez —o más de una— si así lo deseaba. Lo explosivo, lo incalculable, era lo que había en la actualidad. Lo cierto es que Leonora, no obstante su aparente insensatez, había más o menos venido a reconocerlo claramente en conversación con su marido. Para éste, en cambio, toda noción de peligrosidad se desvanecía en el venteo de su presa: una presa físicamente casi inmóvil, aunque no menos inaccesible por eso. El señor Bárcena tenía en ocasiones la impresión de que Virginia le había engañado por completo y que no había en ese coto absolutamente nada que cazar... Sólo para descubrir, al poco rato, que la reserva era inagotable, sólo que —como Leonora había asegurado— era una absoluta incógnita. ¿Qué es lo que me

propongo yo alcanzar? —llegó a preguntarse Cayo Bárcena, en un instante de intensa sinceridad consigo mismo—. A sus labios acudió entonces, como un tábano, gris y pegadizo, una cita: *Lo eterno femenino siempre arriba / con su potente acicate nos aguija*. Esto era, sin duda ninguna, una respuesta —y válida también, qué duda cabe —, decidió el señor Bárcena, con la testarudez febril de los mitómanos. Nada menos que Goethe lo declara así en su *Fausto*. El encanto de una cita literaria es su inmediatez: siempre viene bien y a cuento al ser citada —toda cita es, por definición, citable—: organiza automáticamente el espacio mental, verbal, del corazón confuso. Me propongo alcanzar —resumió tranquilizado el señor Bárcena— el eterno femenino que Virginia representa y que desde joven ha aguijoneado mis sentidos desde arriba. Este detalle goetheano de la posición espacial de la feminidad eterna enhechizó a Cayo Bárcena aún más si cabe al repensarlo. Que lo suyo con Virginia estuviera *arriba* o viniera de *arriba* le pareció exquisitamente natural, dignificado, dotado de un plus de congruencia y de nobleza, a tono con su idea del más allá que, por supuesto, queda *arriba* o tiende hacia *arriba* entre la gente bien. También Leonora piensa esto mismo —añadió impulsivamente Cayo Bárcena, con una especie de cortesía mental y conyugal, tanto más indispensable en este punto, cuanto que el señor Bárcena rondaba ahora *in mente* el adulterio—. ¡Y también esta vulgar noción cruzó ahora su conciencia como una inasequible ave caribeña, una pajarota indescriptible! Y todo este pelotón de delicadas emociones (impronunciables casi y no-citables) se agolpó en su alma, atropellándola y realzándola a la vez. Como el femenino acicate de Virginia, la ignota pieza por cobrar.

Si se trataba, pues, de una cacería, ¿qué le impedía consumarla? El obvio impedimento de toda cacería es que la pieza se nos vuele o se esconda o, caso de tratarse de un profundísimo leopardo, salte sobre nosotros y nos cace. Pero al tratarse de Virginia, por muy Montes que fuese, ¿qué podría hacer, pobre Virginia? Es plausible que al tratar de responder a esta pregunta sintiese algo de miedo Cayo Bárcena: un temor que Cayo Bárcena nunca había sentido en análogos lances anteriores, el miedo escénico a un fracaso sentimental de último minuto. En los amoríos del señor Bárcena no hubo nunca estricta ultimidad. Toda la gracia

estaba en los preámbulos y en sedosos momentos intermedios. Luego, nada. Fuese y no hubo nada. O al menos ningún final dramático que el amante tuviera dificultades para olvidar después: consecuencias o secuelas desastrosas, nunca. La pulcritud retórico-amatoria de este singular amante hallábase desde un principio encastrada en un vivaz post mórtem. El cielo era el límite al final. Los amantes no tenían por qué preocuparse en consumar su amor a la carrera. Les quedaba entero, al otro lado, todo el otro mundo: esa deliciosa ultratumba musulmana que fascinó, por lo visto, a Friedrich Schlegel. Cayo Bárcena salía siempre bien parado, es decir: libre.

El otro miedo que nunca había sentido el señor Bárcena era el miedo a la pública opinión: bienquisto siempre Cayo entre las amistades y familia de sus perplejas amadas, las cuales nunca preveían que lo que parecía un interludio simple y dulce fuese todo lo que había de haber. Ni podían quejarse amargamente del comportamiento de un caballero tan espiritual y correcto como el señor Bárcena. No había nada que hacer. Y después de tanto hablar, no había manera de añadir ni una palabra más. Cuando Cayo Bárcena, tras uno de estos lances, finalmente se hacía a un lado y, como solían decir entre sí los conocidos, ya no se halla entre nosotros, dejaba que todo el mundo descansara en paz. *Sit tibi terra levis*, es muy posible que musitara el señor Bárcena para su capote.

La posición de Leonora en todo esto fue siempre notable. Desde los primeros tiempos de su agiotado emparejamiento hasta ahora en Campogiro, Leonora de Bárcena jamás albergó ninguna duda acerca del lugar que le correspondía en el corazón de su marido: ella era la vidente, el espíritu singular por antonomasia. Leonora creía que Cayo creía en ella con tanta firmeza como ambos creían en la posibilidad de comunicarse con el más allá. Que hubiese un más allá de este mundo no era objeto de controversia conyugal: aunque a veces sí lo fuera el modo de comunicación en ese ámbito. Una vez presupuesta la comunicación, la verdad es que aún queda todo por hacer: se presuponía, claro está, que la comunicación sería entrecortada. Y lo era. ¿Cómo no iba a serlo? Cayo Bárcena, por su parte, creía que Leonora creía en él. Y también creía que Leonora comprendía que el papel restringido de Cayo en las sesiones era duro de sobrellevar: exigía una tensión psíquica análoga a la de

Leonora con el fin de no desactivarla. Y no conllevaba, sin embargo, el premio ultrasensorial de la visión. Imposible que Cayo no se sintiese en ocasiones insatisfecho y frustrado, como quien participa asiduamente en un proyecto conyugal que, en definitiva, no se le ha ocurrido a él. Leonora de Bárcena entendía que su esposo requiriera ocasionales desahogos colaterales con otras mujeres dentro de esta misma línea noble de la comunicación con los espíritus. Las sesiones, con todo su amplio requilorio de contactos previos y consultas complementarias tras el acto comunicativo propiamente dicho, eran admirables ocasiones de solaz esparcimiento para Cayo: esto Leonora lo comprendió siempre y siempre lo había fomentado. Así lo hizo también cuando —por una concatenación un tanto imprevisible de circunstancias— el matrimonio quedó empotrado en Campogiro.

No se sabe a ciencia cierta cuándo la subsiguiente conversación tuvo lugar, debió de ser muy al principio:

—Aquí estaremos bien, al menos de momento —comentó Cayo, una vez ya instalados en la finca.

—¡De primera! —convino Leonora—. ¡Virginia es un encanto!

—Y la casa es muy cómoda. Con todo este servicio. ¡Y tan vacía!

—¡Tan vacía, sí! —asintió Leonora—. Tengo que reconocer que Virginia me da un poco de pena. Siento como una inmensa necesidad de ayudarla.

—¡La ayudaremos, no lo dudes!

Instalarse en Campogiro les llevó algún tiempo. Hubo primero series de fines de semana, las noches de conciertos, varias sesiones semipúblicas, un alargamiento de una navidad hasta finales de enero con Cayo Bárcena desplazándose a echar un ojo al chalecito de Ajo. Ahí quedó ese chalet por fin como sumido en el futuro de la pareja, que lo visitaban por turnos, nunca los dos juntos (uno de los dos, al fin y al cabo, siempre tenía que quedarse acompañando a Virginia).

¿Se dio Virginia cuenta de este maniobrar de sus huéspedes? ¿Y fue realmente un maniobrar, una manipulación deliberada?

Todo hubiese sido mucho menos peligroso si Virginia Montes

hubiese sido más convencional o menos terca o incluso menos rica (de tal suerte que hubiera tenido que depender más de su padre o de sus primos y parientes: doña Everilda dejó a su nieta muy mejorada en la testamentaría, también eso contribuyó a segregar a Virginia de su gente). Una mayor dosis de hedonismo, algo de sensatez, casi autocompasión en relación con el doctor Anselmo. Todo eso junto, incluso en dosis muy pequeñas, hubiera desactivado la presente situación. Pero Virginia era como era. Y los Bárcena también. Y Cayo Bárcena, además, que empezó tratando de enamorar a Virginia declarando que la amaba (a su manera verbosa un poco cursi), terminó por sentirse cohibido ante Virginia, arrebolado y —lo que es peor— cada vez más cansado de la compañía de Leonora. Y temeroso de lo que podría hacer Virginia si la cosa iba en aumento, aunque al usar la expresión *la cosa* se sintiera el señor Bárcena incapaz de proporcionar (siquiera fuese para su gobierno personal) la más mínima especificación.

Por culpa —valga la palabra— de Virginia había acabado Cayo distanciándose de Leonora. Comparada con Virginia, Leonora resultaba terrenal y banal. Y ahora comenzaba a darse cuenta Cayo Bárcena de que acompañar a Leonora había sido siempre un laboreo ingrato e insulso: equivalente al del apoderado de una actriz que nunca hubiese, como actriz, llegado a nada y que tuviese, sin embargo, pretensiones. Virginia no tenía pretensiones —decidió Cayo Bárcena— y se ignoraba a sí misma. Esto era lo mejor de todo, y esto era —esta ignorancia— la incógnita que, con su característica torpeza, Leonora había creído percibir en Virginia y se había sentido amenazada. Reflexionar acerca de esta incógnita que Virginia representaba para su mujer se convirtió en un entretenimiento cotidiano, con Cayo Bárcena aplicándose en despejar una por una todas las posibles incógnitas que Virginia podía por hipótesis ofrecer a Leonora, aunque Leonora hubiese hablado, muy en general, sólo de una X. A consecuencia del distanciamiento de los cónyuges, Cayo Bárcena no podía recurrir a la propia Leonora para aclarar la dificultad —ni, por lo demás, lo deseaba en modo alguno. Preferible entretenerse imaginando lo ignoto de Virginia en cuanto tal. En su elucubración dio en figurarse que Virginia era una amante abandonada, a consecuencia de lo cual detestaba al sexo masculino. Pero esto, que se acercaba la mitad a

la verdad, al no poder verificarlo Cayo, quedaba tan lejos de servirle para entender a Virginia como la más absurda figuración. Era evidente, además, que la esencia de la complicación no procedía del objeto mismo (que diariamente tenía Cayo Bárcena ante sí y que apenas cambiaba) sino más bien de la clase de temporalidad que la agitación del propio Cayo imprimía a su percepción del objeto. Cayo se daba cuenta, sin poder remediarlo, de la intensa aceleración, la falta de paciencia, que precedía todo su imaginar a Virginia e incluso todo su dirigirse a ella en el curso ordinario de la convivencia. Le desesperaba que el acelerado ritmo de su deseo de entender y poseer (mentalmente al menos) a Virginia chocase en cada momento con el pausado ritmo con que Virginia parecía dejar transcurrir su vida. Hubiera deseado escribirle cartas, dos o más cartas diarias, o hablar con ella por teléfono —dos o tres veces al día— (cosa a todas luces absurda, puesto que los dos convivían en la misma casa y se veían cuatro o cinco veces al día como mínimo). Y descubrió Cayo Bárcena que el truco de confesar su amor a Virginia tan temprano (con la secreta esperanza de provocar que ella le amara aunque sólo fuese por contagio o por probar) estaba resultando contraproducente. Virginia había reducido su nivel de conversación con Cayo Bárcena a un mínimo tal de urbanidad y trivialidad afectuosa que resultaba una barrera infranqueable.

XXVI

La única incógnita que la propia Virginia Montes examina ahora son los Bárcena, juntos y por separado. Esa incógnita envuelve la subincógnita de cómo han podido llegar las cosas a este extremo. Y lo curioso es que resulta difícil precisar hasta qué extremo han llegado porque no parece haber cambiado nada mucho. Decide que tiene que hablar con Gabriel. Quizá con Luis Anselmo. El teléfono de Campogiro. ¿Cómo es posible que en todo este tiempo no haya pensado en este teléfono ni en escribir ninguna carta? Es que soy una rara, ya está visto —se dice Virginia, sonriendo como a espaldas de sí misma—. Esta sonrisa no puede en realidad ser más que una mueca. Si alguien hubiera visto a Virginia en este momento, habría tenido una sensación de extrañeza: ha arrugado la cara, entrecerrando los ojos. Ha entreabierto la boca, los labios: sólo la frase que ha repetido a media voz, *estoy hecha una rara,* hace pensar en una sonrisa y da idea de lo muy retrasada que Virginia se está quedando con respecto a todos los demás, rezagada en un limbo de inacción que, curiosamente, las atenciones de Bárcena han contribuido a hacer ver.

El teléfono está instalado en un despacho adjunto al vestíbulo, que la abuela habilitó para recibir al mozo mayor, una o dos veces por semana, y a los empleados de la finca una vez al mes, para los sueldos y otros menesteres, que incluían atenciones benéficas a las mujeres del personal. Éstas acudían por riguroso turno con bebés en los brazos o con mocosos más crecidos pegados a las faldas. Virginia solía pensar que la estampa matriarcal de doña Everilda severamente arreglada, sentada a la mesa del despacho con la luz a la espalda, rodeada de las familias, los hombres gorra en mano, tenía un cómico sabor perediano que Virginia apreciaba (y también Gabriel) sin llegar nunca a enlazarlo con sus preocupaciones socialistas. Cosa, por cierto, comprensible, ya que la abuela, que detestaba a los tradicionalistas, se consideraba una propietaria a la

antigua usanza *más bien de horca y cuchillo,* como solía decir ella misma —nunca supo Virginia si medio en broma o medio en serio —. La habitación era larga y estrecha, con estanterías de pino sin pintar o barnizar a ambos lados, atestadas de archivadores y de libros sobre ganadería. Este cuarto había ido cobrando con los años y el desuso un aire hermético que recordaba un poco el de las sacristías o los despachos parroquiales. La abuela no introdujo ahí ningún adorno, ni siquiera un mapa de la Montaña, o fotos de vacas famosas o de sementales: ni tan siquiera figuraban los trofeos que la ganadería de Campogiro había ido ganando en las competiciones anuales de la provincia. Había una gran estufa de hierro que se prendía con leña los inviernos. Dado que las reuniones tenían casi siempre lugar por la mañana o a primera hora de la tarde, no solía haber más luz que la del ventanal a espaldas de la abuela.

La habitación, en su austera desnudez, era ideal para conferenciar sin llamar la atención ni ser oído. Ahí hizo instalar la abuela, en 1911, uno de los primeros 299 teléfonos de la provincia de Santander. Era un artefacto divertido cuya utilización doña Everilda consideró desde un principio insoportable.

En esta habitación se ha instalado Virginia esta tarde. Contra su costumbre de los últimos tiempos, los Bárcena se han ido los dos juntos a Santander esta tarde. Es como si la decisión de llamar por teléfono a Gabriel (con no haberla Virginia mencionado a nadie) hubiese producido un inmaterial efecto sísmico. Los Bárcena, que anunciaron durante el almuerzo su intención de viajar a Santander después del almuerzo, se han introducido en el coche de Virginia y cuchicheado sus instrucciones al chofer con un tono de precipitación, hablando los dos al mismo tiempo. Es verosímil que el particular sismógrafo ultrasensorial de Leonora de Bárcena haya registrado hace días ya la conmoción doméstica. Sería esto, sin duda, prueba fehaciente de la sutileza y precisión de semejante instrumento. ¿Se ha mostrado Virginia más callada acaso, o menos amable o normal que de costumbre? No parece lógico y más ilógico aún parece aquí hablar de un haberse de antemano olido la tostada el matrimonio. ¿Qué tostada? La propia Virginia, pensativamente instalada ahora en la mesa de la abuela ante el teléfono, no da la impresión de tener la menor idea de lo que quiere decir a su primo. Querer de pronto hablar con él ha sido un acto de determinación

inconfundible. Pero ¿han las ondas y corpúsculos de Campogiro variado significativa y decisoriamente sólo por eso? Una de las posibilidades que podrían dar cuenta de la precipitada excitación de la pareja sería que Leonora, haciendo honor a su facultad divinatoria, hubiese tenido la mosca detrás de la oreja desde el principio del asunto. No hace mucho tiempo al final de una cena, asiendo cálidamente la mano derecha de Virginia entre las suyas, ha declarado:

—Verdaderamente, Virginia, después de pasar tanto tiempo aquí contigo, inmersos en tu vida y en ti misma como los dos estamos, la mera idea de ya no estar aquí contigo en esta casa y esta finca únicas me llena de terror, de horror. Y creo que hablo por los dos, ¿no es cierto Cayo?

Esta declaración bien pudiera considerarse un síntoma de la debacle que Leonora se malicia. Pero es difícil de saber. Cayo Bárcena ha abundado desde luego (aunque más fríamente) en los sentimientos de su esposa. Pero ahí queda todo, como el pecio inconcluso de una sentimentalidad de anochecer.

Ha tenido que mirar el teléfono de Gabriel en su agenda. Hizo esto por la mañana. Toda esta demora se ha ido transformando a lo largo del día en negatividad. No quiere llamar. Y piensa: ¿Para qué llamar, para decir qué? Y, como una justificación para no llamar todavía, o para no llamar nunca, añade: ¿Por qué en todo este tiempo Gabriel nunca me ha llamado? Pero esto es miserable y falso. Virginia lo sabe de sobra. Gabriel ha ido llamando a su prima con regularidad todas las semanas, lo que hace es venir menos de visita. Al final, no obstante haber sido él el descubridor y el valedor de los Bárcena, ha acabado harto de ellos. Ahora ya no cree, como creyó al principio, que Leonora tenga un don. E influido por el doctor Anselmo —a quien sí ve con gran frecuencia— ha acabado medio convenciéndose de que Cayo Bárcena en realidad es un charlatán. El doctor Anselmo, en cambio ¡ese sí que no ha vuelto a llamar desde hace mucho! Virginia se atribuye toda la culpa en ese caso. Tiene que reconocer que ha malbaratado este afecto. Ha herido al buen doctor. Esta idea le da la idea de lo que pudiera hablar con su primo. Le preguntará por el doctor Anselmo. Gabriel no está en casa cuando Virginia por fin llama. La doncella le pone con Luz. Charlan Virginia y Luz un buen rato. Cuando cuelga el

teléfono, Virginia se siente muchísimo mejor.

Los Bárcena han regresado ya de Santander y dan conversación a Virginia en espera de la cena. Una hora antes de la cena logra Virginia hablar con su primo: que semejante trivial comunicación telefónica le parezca *un logro* hace que se sienta ridícula. Al sentirse repentinamente ridícula, se levanta de la butaca con excesiva presteza: sin proponérselo reproduce el gesto de quien espera con impaciencia una llamada. Los Bárcena, que ya se habían sobresaltado al oír decir a la doncella que don Gabriel está al teléfono, se sobresaltan aún más. Observan boquiabiertos cómo Virginia desalada sale de la habitación murmurando: Perdonad un momento, con el tono de voz de quien pide innecesariamente disculpas. Los Bárcena se miran el uno al otro ahora como si acabaran de reencontrarse, sorprendidos, en este (inhóspito de súbito) cuarto de estar de Campogiro. Debe indicarse que el protocolo de recibir (y más aún de esperar) llamadas telefónicas en Campogiro conllevaba un alto grado de artificialidad derivada de la incómoda instalación del dichoso teléfono en aquel sombrío despacho. Dado que la puerta del despacho había de permanecer siempre cerrada, la abuela en sus últimos años mandó instalar una alarma en la cocina por si acaso alguien llamaba. Doña Everilda rara vez telefoneaba a nadie: recibía, pues, pocas llamadas. Pero muy al final, con frecuencia preguntaba a la doncella o a Virginia si alguien había llamado y a qué santo. Una vez obtenida la respuesta (generalmente negativa) fingía no importarle el asunto lo más mínimo. Era evidente, sin embargo, que a su manera esquiva sentía curiosidad por las llamadas.

Gabriel se muestra sorprendido y encantado por la llamada de Virginia:

—¿A qué debo este delicioso honor, querida prima?

—A nada. Te llamo porque sí.

—¡Por supuesto! —exclama Gabriel echándose a reír. De inmediato, Virginia reconoce una buena dosis de guasa Montes en la exclamación.

—También te llamo... —Virginia vacila un poco— porque no sé nada de Luis, hace mucho que no hablamos...

—¡No será por culpa suya! —intercala Gabriel.

—Desde luego que no. Pero tampoco es sólo culpa mía...

—Supongo que no, Virginia. ¡Pero más tuya que suya, reconoce!

—Lo reconozco, ¿qué tal está?

—Está muy bien. Ya le conoces. Trabaja mucho. Se está volviendo una celebridad local, lo mismo que yo. Más que yo, porque se convertirá en una celebridad nacional dentro de nada. Deberías convidarle a almorzar como antes. ¡Claro que con esos ahí no veo cómo!

—*Esos,* como tú dices, estarían encantados. Me preguntan por él con frecuencia. Y también por ti...

—No dudo que pregunten, a su modo cenizo son muy listos. Pero no creo que tengan mucha gana de ver a Luis, ni siquiera a mí...

—¿Por qué dices eso? Antes les apreciabas...

—Antes no los conocía. Me parecieron originales, yo qué sé. Ahora me parecen charlatanes. Te han sorbido el seso, prima.

—¡Estoy hecha una rara, Gabriel, no tienen ellos culpa de eso!

—¡Ya estamos con las culpas otra vez! Lo que tienes que hacer es salir más, venir por Santander, ver a la gente. Todo el mundo me pregunta por ti. Como eres como eres, Virginia, les asustas. Nadie se atreve a dar el paso de llamarte, si tú primero no les llamas. Me recuerdas a la abuela, lo peor que tenía, el aislarse, no llamar. Lo sabes de sobra.

A Virginia le complace esta comparación con la abuela. A pesar de ser enteramente negativa, Virginia reconoce el afecto familiar que todo lo presidió siempre entre ellos. Hasta los defectos, en el seno de ese afecto, resultaban virtudes, rarezas censurables de cara a la gente, pero secretamente jaleadas y coreadas de buen humor entre los primos. Como antes con Luz, la conversación con Gabriel le saca del ensimismamiento de esta última temporada. De pronto se le ocurre lo más obvio y lo dice, arreglándolo un poco:

—En realidad, Gabriel, no te llamaba sólo por hablar: tengo pensado dar una vuelta por el muelle, darle una vuelta al piso, falta le hace. ¿Por qué no os venís a tomar el té Luz, tú y Luis, sobre las siete, para no cambiarle mucho a Luis sus horarios de hospital?

Gabriel acepta encantado. Irán los tres. Fijan ya el día, el próximo jueves, dentro de dos días. Todo arreglado.

Virginia no abandona el despacho de inmediato, ahora, al

colgar el teléfono, siente como palpitaciones, se siente excitada, divertida, un poco como se sintió cuando se presentó de improviso en San Rafael a visitar al doctor Anselmo. Y también se siente —por primera vez en mucho tiempo— guasonamente liberada de los sombríos Bárcena. Cuando se tranquiliza planea el esquema de lo que dentro de un momento contará a los Bárcena. Le divierte pensar que no sólo tendrá que darles falsos recuerdos de parte de Gabriel, sino también prepararles para esta inusitada expedición del jueves que, por supuesto, hará sin ellos. ¿Qué caras pondrán los dos ahora? ¿Y qué irán a decir y no decir acto seguido? Virginia entra sonriente en el cuarto de estar.

Los Bárcena le parecen de pronto un matrimonio pequeño-burgués de escasas luces, que piensan y se mueven como un todo: una totalidad inepta y convergente que duermen en el mismo colchón y que, como dice el dicho, suelen ser de la misma opinión. Esta apariencia visual procede, ante todo, esta noche particular, de hallarse ambos sentados en el confortable sofá para dos personas que Virginia ha mantenido en la misma posición —perpendicular a la chimenea— donde siempre estuvo en vida de doña Everilda, frente a los individuales sillones de orejas, donde de ordinario han venido sentándose los Bárcena estos meses atrás. No dan la impresión de estar hablando al entrar Virginia, sino más bien, empequeñecidos y pacientes, mano sobre mano, como en la sala de espera de un dentista. Ahora son pareja: el volumen escaso y pulcro de Cayo parece calculado para contrapesar la voluminosa figura de Leonora de Bárcena con su chal de flecos negros, su perfil agitanado, sus grandes manos de recitadora y de arpista, sus abultados anillos. En este momento el recatado aire de los dos realza su singularidad de pareja inverosímil. Su silencio es inverosímil. Y la conjunta mirada blanda y bovina con que acogen a Virginia evoca la mansedumbre de una pareja de perros en la parte inferior de un cuadro cortesano. Virginia siente lástima y no sabe qué decir. Afortunadamente, la doncella anuncia la cena y los tres entran en el comedor con cierta solemnidad procesional, las dos damas delante y detrás Cayo Bárcena como un archidiácono. Los tres ocupan sus lugares habituales.

—¡Qué temperatura deliciosa estos días nublados! —declara Leonora con su velada voz de vidente mientras despliega la

servilleta.

—¡Verdaderamente sí! —confirma Cayo Bárcena como quien responde a una letanía.

Compadecida y sorprendida, Virginia decide que más vale dar de sopetón la noticia (paladeando al hacerlo, como un cosquilleo diabólico, la absurda comicidad de la situación): una noticia que a la vista de las caras de sus huéspedes tendría que sonar como una noticia catastrófica:

—El próximo jueves, es decir, pasado mañana jueves, tengo que ir a Santander a una reunión con la familia. Como comprenderán es una lata, es una cosa que ha surgido de repente...

Ahora es hora de cenar. Virginia se apoya en esta idea como quien se apalanca en un butacón y no se moverá caiga quien caiga. Los Bárcena no parecen los mismos, asustados como perrillos o como niños, sin que Virginia entienda bien por qué. Al fin y al cabo lo lógico es ir y venir, llegarse a Santander, vigilar las casas, darles un limpión, visitar a los amigos y parientes —en esto no hay traición ninguna—. Virginia, sin embargo, sintió que al anunciar que iría a Santander el jueves y precisar (mintiendo un poco) que iba a una reunión de la familia, traicionaba a los Bárcena: a los dos, de un modo distinto a cada cual, como si fuesen a la vez sus novios ambos. Y se sintió impregnada de los Bárcena como una gallinácea impregnada por gallos de ambos sexos. Y se sintió alagada absurdamente al no haber como no había porqué ni fundamento en todo aquello. Y entonces se acordó de haberse detenido en el Hotel Real un mediodía después del almuerzo en la belleza de los ojos azules de un botones a la vez que amaba a Casimiro de todo corazón, cuyos ojos, sin embargo, no eran verdes sino mansos y marrones, como el agua de los bebederos del ganado en Campogiro. Y recuerda ahora lo mal que entonces se sintió, como si hubiera apuñalado a Casimiro por la espalda. Y ahora le preocupó de nuevo aquel entonces y pensó que estaba loca (no como antes, rara o chalada, sino loca de atar) porque Casimiro estaba muerto y al botones aquel no volvió a verle (pero se quedó con sus ojos claros en la memoria remetidos, que ahora, como un corcho, sin motivo ninguno reflotaba) y *ahora* era todavía aquello una traición involuntaria al pobre Casimiro entonces, porque amar no podía trocearse o distraerse ni un instante y Virginia nunca se distrajo —

sólo aquella vez muy brevemente—. Pero ahora el ahora era otro ahora, carente de toda melodía, sórdido y tenaz, pringoso y rancio: y ahora ahí los Bárcena cenaban (con muy buen apetito, dicho sea de paso, aunque al mismo tiempo contristados, un puchero infantil en ambos rostros, porque Virginia iba a irse el jueves próximo, es decir, dentro de dos días, a visitar a personas no enunciadas de su propia familia, o tal vez otras). Por eso añadió muy a su pesar, pero sintiendo que era su deber decirlo en cualquier caso:

—¡Claro está, no hace falta que lo diga, que si ustedes también quieren venir a Santander el jueves próximo, este jueves, no hay ningún inconveniente, podemos ir los tres tan ricamente!

—¡No-no-no-no, por Dios, pero qué horror! ¡Nosotros no somos personas de ese estilo, aquí estaremos esperándola, Virginia, cuando usted vuelva aquí estaremos! —declaró Leonora de un tirón, como si recitase un breve texto muy dramático. Y, conmovida al parecer por su propio dramatismo añadió—: ¡Nosotros somos en realidad personas no tan jóvenes... comprendemos muy bien la situación!

Hay que reconocer que de todas las salidas posibles a una situación tontamente embarazosa, ésta que los Bárcena adoptaron de consuno era la peor, la menos elegante y la más apta para crear en Virginia un sentimiento de culpabilidad innecesario. Con todo y con eso, no obstante hallarse aún ambos contristados, este intercambio de pareceres tuvo un efecto curativo en los Bárcena, que volvieron a servirse compota de manzana. Cayo Bárcena, en concreto, debió sentirse tan amplificado que recubrió entera hasta anegarla su compota con toda la crema de la jarrita de la crema que aún quedaba. Pero nadie se fijó, ni siquiera él mismo, inmerso el trío en esta curación por la palabra que Virginia había desencadenado con motivo del inmediato jueves.

Los Bárcena esa noche apenas se miraron, o sólo muy de refilón al acostarse, porque cada uno de los dos sabía que el otro sabía que las predicciones o visiones de Leonora se habían ido cumpliendo una tras otra y en cierto modo todas a la vez, en una pirotecnia carmesí, fosforescente y silente como agua de mayo. Y a la vez como un pedrisco.

Y a su vez Virginia, al acostarse, se miró al espejo fijamente y contempló un rostro ajeno aunque no ajado —no esta noche—, lo cual es muy de preocupar. Porque lo suyo era que el reflejo hubiese

reflejado un entrevero de impaciencia y fastidio con los cursis más el subrayado enfático de la subrepticia glotonería de Cayo, más el turulato pitiminí sentimental de ambos cónyuges. Al no mostrarse en la imagen nada de esto, sino un como rubor adolescente (una lejanía o alienación del consabido rostro propio, que Virginia se sabía de memoria y en el cual, por tanto, apenas se fijaba cada noche). Sintió, pues, Virginia que ese rubor la delataba, o delataba una variación fisonómica en la cual desde los tiempos de Casimiro hasta esta misma noche jamás había reparado. ¿Significaba eso quizá que el menesteroso amor una vez más había resurgido como una hernia que se sale y que resulta ya visible al tacto?

XXVII

Es jueves. Virginia ha dejado a los Bárcena instalados en el cuarto de estar de Campogiro. Cada uno sentado en un sillón de orejas, cada uno con un libro. La impresión de que la iniciativa de Virginia les ha cohibido y encogido sigue siendo tan fuerte como hace dos días. La verdad es que Virginia, para sorpresa suya, se ha sentido estos dos días como arrastrada por dos fuerzas que se mueven en opuesta dirección.

Ahora que va a verse de nuevo con el doctor Anselmo, aunque sea en la protección de su propia residencia santanderina y en compañía de Gabriel y de Luz, ha recordado los comienzos de aquella relación y cómo a contrapelo se sintió estimulada por la compañía del doctor. Que esta estimulación contuviese desde un principio un lado erótico, bien que severamente controlado por parte del médico, contribuyó al encanto de esa amistad. Virginia piensa ahora que fue irreflexiva y egoísta en su disfrute de la compañía de Luis Anselmo. Si no hubiese habido atracción amorosa (antes incluso de que el propio enamorado la percibiese) el asunto hubiese tenido mucha menos gracia. Hay que agradecerle eso al amor carnal —decide Virginia— por incómodo que sea su reconocimiento explícito. Pero Virginia no pudo contagiarse de ese amor del todo, ni tampoco aceptar el dramatismo erótico propiamente dicho, que exige ir quemando etapas: el amante quiere más y más, incluso cuando está dispuesto, como lo estuvo el doctor Anselmo, a posponer indefinidamente la consumación. Pero la consumación posible está presente como un gnomo en los inicios mismos de todo amor sensual real y ningún aplazamiento es nunca un pacto con la negación absoluta del fin ansiado. Virginia repasa mentalmente estas trivialidades mientras con ayuda de su doncella y de Manuela, que la han acompañado desde Campogiro, recorre el piso del muelle, abriendo y cerrando las ventanas, aireándolo por fin, y ocupándose de los preparativos del té. El hecho de que los

seres humanos seamos, por definición, capaces de sustituir unos objetos por otros, no resta gran cosa a la fuerza de nuestras inclinaciones amorosas. El doctor Anselmo había amado a Virginia —eso era evidente—, le había declarado su amor y había obtenido una respuesta negativa. Desde ese momento hasta este jueves se había consagrado a su profesión con alma y vida. La incipiente ginecología de la época era apasionante y el doctor Anselmo era un hombre sistemáticamente voluntarioso. Esto le ayudó mucho. No olvidó a Virginia, no buscó ni dio con otra persona, sintió un dolor agudo y considerable irritación ante el rechazo: lo resintió. Y se le quedó en el corazón con la molesta, aunque intermitente intensidad, de una astilla clavada en la mano. No es grave pero, si no se extrae, acaba infectándose. El doctor Anselmo no extrajo su espina, añoró a Virginia y detestó a los Bárcena.

A las siete en punto llaman a la puerta. Virginia se ha instalado en la sala, a la puerta de la sala, dispuesta a saludar a sus tres visitantes. Virginia confiaba que aparecieran los tres a la vez: en ningún momento consideró la posibilidad de que el doctor Anselmo apareciese el primero y solo. Pero, naturalmente, Virginia no puede reconocer que esta repentina aparición de su ex pretendiente, sin la compañía de los primos, la incomoda. No puede reconocerlo y se muestra, al contrario, encantada de tener la oportunidad de charlar un poco a solas con el buen doctor. Desde un principio queda claro que Gabriel y Luz aparecerán de un momento a otro. Gabriel consideró más fácil encontrarse los tres en casa de Virginia que reunirse de antemano los tres para ir a casa de Virginia. Lo lógico era encontrarse allí los tres. Así que Virginia y el doctor Anselmo se sientan frente a frente, como solían sentarse al principio de su relación. El doctor Anselmo está igual, es el mismo hombre apuesto de siempre, con la misma indumentaria severa que tan bien le sienta y con su rigidez y urbanidad que en un hombre, al fin y al cabo muy joven aún, añade a su persona un severo encanto. El doctor Anselmo piensa que Virginia ha cambiado considerablemente. Encuentra que ha adelgazado mucho y que, no obstante mostrarse risueña y con gana de hablar, da la impresión de estar ausente y de no emplearse a fondo. Esta impresión se confirma al pasar el tiempo, unos veinte minutos, y no presentarse ni llamar por teléfono Gabriel y Luz. Parecería natural, piensa el doctor, que

Virginia hiciera algún comentario a este respecto. Extrañarse un poco ante la no comparecencia de sus primos. Pero Virginia a todos los efectos no se da por enterada y procede como si el doctor Anselmo fuese su único invitado, al cual, por cierto, no parece tener intención de convidar siquiera a un té. Se hace, pues, un silencio. Y cuando la doncella se asoma preguntando si sirve el té, Virginia la despide asegurando vagamente que todavía esperarán un rato.

—¡Creí que ya me tenías olvidada, Luis! —acaba de decir Virginia con un tono ligero, calculado en apariencia, para mantener la conversación a un nivel preliminar, de té de media tarde entre personas que se ven con cierta regularidad y que, en cualquier caso, no tienen gran cosa que decirse. El recurso le falla a Virginia porque el doctor Anselmo detesta el palique de salón. Si no tiene nada especial que decir, o no le interesa lo que dice quien le habla, permanece en silencio. Virginia sabe esto de sobra. Así que su intento de dar un poco de conversación sin compromiso tiene un punto de desesperación risueña. Como el nerviosismo de una persona muy joven que, en compañía de una persona considerablemente mayor, no sabe de qué hablarle: todos los tópicos que mentalmente ha repasado le han parecido juveniles y bobos. Entonces flirtea un poco como acaba de hacer Virginia, acusando al doctor de tenerla muy abandonada.

—No creo que creas eso, Virginia. Eso lo dices por decir y no cuela. Ni tú misma lo crees. Yo no te he olvidado. No te olvidaré nunca pero en esto, por desgracia, sí que nos diferenciamos tú y yo: para ti todo puede seguir como hasta ahora, dejar pasar un año o dos o diez. Para mí es imposible. No te he olvidado y a la vez, al no poder seguir contigo, te he dejado...

—Me has dejado por imposible... ya lo veo —Virginia termina esta frase del doctor con una sonrisa.

A diferencia de Cayo Bárcena, cuyas declaraciones amorosas pueden iniciarse e interrumpirse a voluntad sin que tenga lugar ninguna variación en la escena, el doctor Anselmo —un científico mecanicista al fin y al cabo— aplica a las conversaciones un estricto concepto de causalidad. Hay una relación unívoca entre causa y efecto. Hay causalidad eficiente. Uno no puede intercalar ligeros comentarios acerca del tiempo o las pastas del té en el curso de una conversación adulta y responsable. Uno no puede distraerse. La

verdad es que en esto, sentimentalmente al menos, Virginia se parece mucho más al doctor Anselmo, que nunca se distrae, que al picaflor de Cayo Bárcena, que, casi de continuo, se traslada de una idea a otra, de una sensación a otra, en sus conversaciones.

—Para ti todo puede seguir como hasta ahora. Para mí es imposible. Tengo que progresar, Virginia, tengo que mejorar. O atascarme. Entonces... no, yo no te he dejado por imposible, de hecho ni siquiera he dejado de pensar en ti. Sólo he tenido que atenerme a la situación tal como es, tal como era cuando lo dejamos. Y, sí, confieso que es como si hubiera gastado contigo, Virginia, toda mi larga temporada de romanticismo. Tú eras mi novela, recordarás que te dije que tú eras mi novela...

—Lo recuerdo, sí, Luis. Me encantó aquello —la voz de Virginia suena apagada al hacer este reconocimiento.

—Tú eras mi novela —repite el doctor Anselmo—. La he leído sin entenderla, y aquí estamos. Esta sala es la misma de siempre. Tú no. Tú pareces cansada. Estás mucho más delgada. Muy bella y muy delgada. Yo en cambio no estoy cansado, Virginia... tengo que seguir con mi vida. Quiero seguir con ella. Quiero seguir a toda costa.

—¿Quieres seguir a toda costa? —repite Virginia como un eco —. ¿Qué quieres decir con eso? Supongo que significa que quieres seguir con tu carrera. No creo que signifique que aún querrías seguir conmigo. ¿Querrías aún casarte conmigo?

—Aún... si tú quisieras. Mejor dicho: si *tú* me lo propusieras explícitamente. Pero no creo que lo hagas.

—¿No lo crees?

—No. Realmente no lo creo.

—Es que ya no estás enamorado de mí. Eso se ve Luis, es obvio.

—Lo que ha pasado, Virginia, ha pasado. Da igual como lo llamemos. Enamoramiento u otra cosa. Ha cambiado el curso del mundo. El curso de nuestro pequeño mundo. Me ha cambiado a mí. Te ha cambiado a ti. Y no es reversible. Pero eres maravillosa aún, Virginia. Y aún te amo. Ahora que ya no te amo, aún te amo. ¿Entiendes esto?

—No, no muy bien.

—Tampoco yo. Estoy tratando de expresar emociones, quizá una única emoción, que por todas partes me desborda. Te amo y no

te amo. Ésta es la situación.

La sequedad de la frase *ésta es la situación* cambia la situación perceptiblemente. Y Virginia se siente embargada ahora por la otra fuerza —opuesta a la que conllevaba la figura del doctor Anselmo en su memoria—, la fuerza difusa de los Bárcena, y en especial de Cayo Bárcena. Fuerza viva y fuerza muerta (de automoribundía, por así decir) chocan ahora en la conciencia de Virginia como una brusca palmada en un lugar cerrado. Cayo Bárcena no es, desde luego, un hombre apuesto. Y Leonora de Bárcena, una vez que todo ha sido visto, no es una mujer de mundo, es un poco una cursi. Es estrafalaria y cursi: Virginia aplica estos dos adjetivos a Leonora de Bárcena como quien clava con el pulgar una chincheta en un corcho con un breve giro de la mano. ¿Bueno, y qué? Una vez calificados, ahí siguen los Bárcena inmunes a toda descalificación. Y hay algo repelente —se le ocurre a Virginia esto de pronto— en la seca lucidez de Luis Anselmo. ¿A qué viene tanta lucidez? Sentada, sonriendo amablemente ante el doctor Anselmo, tiene la sensación de que se ha abierto inesperadamente una ventana y ha entrado una corriente de aire frío. Un aire frío que, si bien se mira, tampoco tiene nada de particular. De acuerdo: el doctor Anselmo está dolido, resentido y declara que la ama. Bien podía haberse ahorrado esta declaración. Tanta franqueza sin prudencia resulta antipática. Es como si el doctor Anselmo le echara en cara ser una boba picaflor. Virginia sonríe.

—Yo, de verdad, lamento, Luis, lo que ha pasado. Yo soy la que más pierde. Me fue imposible.

—¿El qué? —inquiere con brusquedad el buen doctor inclinándose hacia Virginia con el gesto profesional de quien pregunta lo que le duele a un paciente (sea o no sea este dato un dato fiable).

—Amarte.

—¿Pero por qué? Que no me amaras lo comprendí desde un principio. Todo amante responsable cuenta con eso al fin y al cabo. Yo te amaba de verdad, por consiguiente pensaba que no te merecía y que era natural que no me amaras.

—Entonces y ahora y siempre tú te mereces, Luis, una mujer mucho mejor que yo.

—¡Eso es un tópico, Virginia! Es la disculpa universal de todos

los amores rechazados. No hay ninguna mujer mejor que tú, y si la hay yo no la encuentro, no digas tonterías.

—No las digo. Sólo he dicho que mereciéndolo tú todo, a mí en concreto, en fin, me fue imposible.

—Pero ¿por qué?

—Porque amaba a otra persona, Luis. Por eso.

—¿A otra persona? No te creo, ¿a qué persona?

—A otra persona, sí. A otro chico. Un pobre chico.

—¿Qué pobre chico?

—Un pobre chico que murió en la guerra. Ahora ya lo sabes todo.

El doctor Anselmo no sale de su asombro. Siente impaciencia. Y siente, a la vez, curiosidad. ¡Vaya por Dios, resulta que había otro fulano! Esta revelación ha, en conjunto, impacientado, mucho más que estimulado la curiosidad del buen doctor. Y, a un nivel subconsciente, ha operado como una descarada ofensa a su honor de hombre cabal. Es la primera vez que se le ocurre que Virginia ha flirteado con él y le ha dejado, en realidad, por otro. Esto tiene que aclararse —decide el buen doctor— y yergue su cabeza en un gesto obstinado, como ante un colega, a todas luces menos competente que él mismo, que acaba de discutirle un diagnóstico. Procura controlar su mal humor, su impaciencia e incluso la punta de curiosidad malsana que sabe que hay al fondo de su alma. Así que al hacer su pregunta, la voz del doctor Anselmo es casi tierna, casi enamorada todavía:

—¿Quieres decir, Virginia mía, que a la vez que yo te cortejaba, y permitías tú que yo te cortejara, había otra persona que también te cortejaba y a quien tú permitías que también te cortejara como te cortejaba yo al mismo tiempo?

—No, Luis. Al mismo tiempo, no. Aquel pobre chico ya había muerto hacía tiempo cuando empecé a tratarte a ti. No hubo entre vosotros dos rivalidad ninguna. Sólo que yo le amaba todavía aunque él había dejado de existir hacía ya tiempo. Fue una cosa juvenil, en fin, esto no es de ningún modo una disculpa. No me estoy disculpando por no amarte, estoy diciéndote lo que hubo. Eso es lo que hubo.

—Ya veo.

Virginia ha dicho todo lo anterior con voz muy clara. Se ha

esforzado —ya que por fin se ha decidido a desvelar su más íntimo secreto— en ser precisa y en no ser sentimental. Ha procurado hacer ver con claridad al doctor Anselmo que la culpa es toda de Virginia: que el no amarle fue independiente por completo de los merecimientos objetivos del doctor, que, como Virginia ha insistido, fueron muchos. Incluso Virginia, mediante este tono suyo de voz, nítido y templado, ha hecho todo lo posible para que el doctor Anselmo vea que Virginia es en el fondo una romántica chalada enamorada de un difunto que más valdría no tener en cuenta. Mientras hablaba ha observado con atención el rostro del doctor. Y le ha parecido un rostro apuesto, distinguido, enérgico, viril, digno, como ha dicho, del amor de una mujer de muchos más quilates que ella misma. Pero también le ha parecido impertinentemente seco y resentido. El breve *ya veo* del doctor Anselmo ha cerrado de golpe la intención que Virginia tenía de ser hasta el final, durante toda la velada, comprensiva y amable y muy sincera. Virginia decide bruscamente que el doctor Anselmo se lo tiene creído, o ha acabado por creérselo con tantos éxitos tocoginecológicos como ha ido acumulando en estos años. Y a la vez Virginia decide que ahora sí que la situación es ya irreversible: al declarar que amaba a otra persona —¡y además a un difunto!—, al revelar su secreto, se ha puesto en manos de un experto ginecólogo que acaba de considerarla afectivamente estéril. Virginia piensa que el doctor Anselmo tiene toda la razón. Pero no se la dará. Se retirará discretamente ahora al previo refugio que instintivamente había elegido cuando se retiró a Campogiro y aceptó a los Bárcena. Y Cayo Bárcena se le aparece ahora como una persona mucho más responsable en el fondo que el doctor Anselmo, porque siempre la trató con la delicadeza y la consideración que corresponden a un alma dolorida y a un espíritu capaz de intentar comunicarse con el más allá. El más allá le parece de pronto ahora a Virginia un lugar mucho más oxigenado y soleado que su sala de estar del muelle con este buen doctor Anselmo convertido de pronto en un cabestro y un creído. Ya no hay dos fuerzas opuestas y enfrentadas, sino una sola: la fuerza de los Bárcena que conduce directamente a un más allá de esta presente situación tan sumamente rígida e incomoda. Virginia, pues, guarda silencio. Y el doctor Anselmo da muestras de querer añadir algo o quizá sólo de disponerse a resumir la situación a su

manera.

—Y Gabriel ¿está enterado de esto, o lo estuvo?

—No, nadie lo sabe. Tú eres el primero y, si me haces el favor, te agradecería que fueses también el único en saberlo. Me ha parecido justo darte una pequeña explicación. Confesar por qué no pude amarte aunque lo merecieras más que nadie. Ahora que lo sabes, confío en que me guardes el secreto y que me olvides.

—¡Por supuesto, sí, cuenta con eso! Pero en vista de que Gabriel y Luz han decidido, quizá a propósito, darnos plantón esta tarde, tal vez tú y yo pudiéramos, no se cómo decirte, desmenuzar un poco todo esto, ver a ver qué significa este romanticismo tuyo, tan *Cumbres borrascosas,* si me permites expresarlo así, que te está convirtiendo en una inválida. Quizá como médico yo pudiera darte alguna idea acerca de qué hacer con un amor así, con semejante insensatez de duelo... Hoy en día se sabe de esto mucho más que hace cincuenta o cien años. Deberías hablarlo con algún psiquiatra. Estoy seguro de que Gabriel vendría a decirte más o menos eso mismo...

Virginia se echa a reír de buena gana, sorprendiendo al doctor Anselmo, que, a medida que hablaba, ha ido cobrando un aire más y más clínico cada vez. Se gusta —ha pensado Virginia, sin querer —. Se está encontrando a sí mismo muy satisfactorio, pobrecillo. A diferencia de Cayo Bárcena, a quien Virginia dejó hace unas horas en Campogiro hundido en un sillón y confundido y atemorizado por no se sabe qué, este Luis Anselmo se considera a sí mismo una eminencia médica y ha diagnosticado que estoy loca. Estoy segura de que le gustaría saber más, los macabros detallitos de la cosa. Va a quedarse con las ganas.

—Está visto que, en efecto, Gabriel y Luz nos han dado plantón. Mucho me temo, Luis, que esto se deba a la esperanza que mis primos tienen de que tú y yo nos arreglemos. Los pobres posiblemente han decidido no venir para darnos a ti y a mí una oportunidad de hablar de nuestras cosas...

—Bueno, eso es lo que hemos hecho, ¿no te parece?

—Sí y no. Y que por cierto, Luis, querrás tomar el té. Te convido y te tengo a pelo aquí, habla que habla. Perdona, voy a llamar a la doncella.

El doctor Anselmo se pone en pie, se inclina cortésmente ante

Virginia. Rehúsa el té. Se va. Virginia, que le ha acompañado hasta la puerta principal, decide que ya es hora de tomar el té. Y se lo hace saber a la doncella. Mientras espera la llegada de la bandeja en la sala, Virginia piensa en Campogiro y en los Bárcena, aliviada.

XXVIII

Virginia pensó que estaba loca. ¡Era tan fácil pensar eso, no estándolo! Era, en negativo, casi tan consolador como pasar con nota un pequeño examen de inglés o de francés. Se siente uno momentáneamente reconfortado al abrigo de las insidiosas dudas acerca de uno mismo que nos acompañan siempre punteando nuestras entradas y salidas en asuntos cotidianos, tan importantes y tan desoladores al final, salgan como salgan. Pero un notable es un notable. Hay una papeleta que lo dice, un listado con nuestro nombre y nota claramente escrito a máquina. Así también Virginia, mientras el chofer la trasladaba a la mañana siguiente del muelle a Campogiro, pensó que pensar que estaba loca resultaba muy consolador, como un refugio, un piso en un bloque de pisos de una ciudad grande, donde nadie nos conoce y donde nos sentimos —por un instante al menos— desequilibrados, tal vez, pero a salvo. Otra cosa es después. Virginia podía sentirse momentáneamente a salvo en ese pensamiento, no sólo porque al ser a todas luces inexacto no alojaba el terror que para el propio enajenado incipiente contiene la posibilidad de empezar a enloquecer en serio, sino sobre todo porque servía, de momento, para alejar de su conciencia la preocupación de haber llevado mal la entrevista con el doctor Anselmo. ¿Qué es lo que había salido mal? Mientras contemplaba distraída desde su asiento la lenta anulación de Santander como un mal recuerdo, iba pensando que lo peor de todo había sido haberse recreado en rebajar al doctor Anselmo en comparación con Cayo Bárcena. Al hacer mentalmente esa comparación, Virginia había cruzado una frontera extraña: tan extraña que esta mañana, al regresar a Campogiro en coche, necesitaba la idea de su propia locura para reducir un poco la extrañeza. La comparación entre los dos hombres (motivada, sin duda, por lo que a Virginia había acabado pareciéndole una actitud agresiva del doctor) había contenido un elemento que, desde que Virginia se despertó

temprano aquella mañana, había comenzado a juzgar caprichoso, casi frívolo: la tarde anterior había sentido que no había manera de contemporizar con el doctor Anselmo, transformar en amistad duradera aquel romance, mientras que toda la relación con Cayo Bárcena dependió desde un principio de la habilidad que éste tenía para contemporizar y alcanzar estados de relativo equilibrio sentimental entre los dos. Que esta comparación tuviese un lado justo no quita para que, a ojos de Virginia, tuviese un lado desmedido y fuese, en la conciencia de Virginia, equivalente a cruzar una frontera. No obstante sentirse absurda al pensarlo, Virginia no podía evitar pensar que mentalmente había dado a Cayo Bárcena un gran sí, había tomado en serio su absurdo cortejo. Y esto tenía, junto con la sensación de extrañeza, una nota jocosa en la cual resultaba agradable detenerse. Virginia pensó que no se había comprometido con Cayo Bárcena ni de palabra ni de obra. Pero sí de pensamiento. Había consentido en verle como un hombre tierno y bueno (aunque no apuesto) y también superior en los asuntos del espíritu a aquel inmutable doctor Anselmo que arrastrado por su soberbia tecnocientífica se había atrevido incluso a recomendar a Virginia que visitara al psiquiatra.

Cuando llegaron a Campogiro acababan de dar las doce, así que aún faltaban casi dos horas para almorzar. Virginia subió directamente a su cuarto rechazando de momento la idea de telefonear a Gabriel y preguntarle cómo era que le había dado aquel plantón la víspera. Una vez en su cuarto, Virginia se sintió desconsolada y muy aislada: más o menos como nos sentimos en un piso anónimo en una ciudad anónima una vez que la excitación de instalarnos y contemplar por la ventana el nuevo paisaje se extingue. Tenemos todo el día por delante y no sabemos dónde están las tiendas, ni si habrá cerca un parque donde pasear, o un cine razonablemente próximo donde pasar la tarde hasta la cena. Vista la anónima ciudad desde la altura de nuestro anónimo piso, nos parece una locura haber pensado que aquel lugar vacío y ajeno iba a servirnos de refugio una vez que la ligera excitación del traslado hasta ese piso pierde toda significación. Así, sentir que enloquecemos o, con más sencillez, sentir que no podemos librarnos de una idea fija que se acopla como un guante a nuestras ocurrencias coloreándolas sin cesar del sistema imaginario que nos

obsesiona, ya no es un refugio sino una horrible trampa. La locura consiste en no poder frenar las ocurrencias correspondientes a esa fijación. Y el no tener a mano ningún recurso evidente para frenar el incesante flujo de nuestro propio yo. Así que, una vez encerrada en su cuarto, Virginia no se sintió a salvo ya, sino agobiada por la espontánea reiteración de todos sus recuerdos de la tarde anterior y de toda su vida anterior, ahora teñidos por el pensamiento de que estaba sola y no tenía nadie en quien confiar. Y a esto se añadió ahora el darse cuenta de que en un momento de debilidad, o quizá de simple frivolidad, había revelado al doctor Anselmo el único secreto verdaderamente importante de su vida: su amor por Casimiro. Y ahora de pronto sintió que no podía confiar en que el despechado doctor guardase su secreto (aunque prometió hacerlo). Porque sin duda el despecho había de funcionar como un pretexto admirable, como una razón suficientísima para contarle a todo el mundo, o por lo menos a Gabriel, que Virginia Montes le había dejado por una quimérica fidelidad a un novio muerto. ¡Sin duda estaba loca!

Afortunadamente era ya la hora de almorzar. Virginia se arregló ligeramente, bajó a la sala de estar, donde ya estaban instalados los Bárcena. En esta ocasión no sentados, ni juntos, sino cada uno en un punto distinto de la sala. Ambos se volvieron al entrar Virginia. Y Virginia sintió una intensa sensación de felicidad al saludarlos. De pronto todo se acabó. El comecome que se había apoderado de Virginia durante toda la mañana dejó de existir y sólo hubo un agradable almuerzo en compañía de los Bárcena, donde hablaron los tres mucho sin hablar de nada en absoluto: nada grave, nada serio, nada psicológico, nada que hiciese referencia al futuro o al pasado de ninguno de los tres. Todo fue maravillosamente fácil. Una tarde de palique que duró hasta media tarde y que se prolongó con un paseo hasta el estanque, con su regreso luego a paso lento para que Leonora no sintiese la opresión que sentía al subir cuestas. Y después la cena transcurrió lo mismo. Y Virginia durmió como un lirón aquella noche.

Al día siguiente llamó por teléfono Gabriel Montes para preguntar qué tal había ido el reencuentro con el doctor Anselmo. A Virginia le pareció que su primo estaba al tanto de todo y que llamaba sólo para tantear la situación. Esto la molestó. Le preguntó

por qué no se habían presentado al té, por qué no habían telefoneado para decir que no iban: representó, en una palabra, el papel de una persona de sociedad que toma muy a mal una falta de cortesía. Lástima que Virginia no representase bien ese papel. Gabriel no se dejó engañar en absoluto. Lo que declaró, en cambio, fue:

—Como comprenderás, no fuimos a propósito. Los dos teníais mucho que deciros. Ni Luz ni yo hacíamos la menor falta. Anselmo es todo un caballero y tengo la impresión de que la cosa no ha ido bien, Virginia. No pasa nada. Entre nosotros las cosas siguen como estaban. Entre vosotros... tú verás, Virginia. Yo quisiera recordarte que nos tienes a nosotros y que no estás sola. Y que sólo tienes que llamarme y que Anselmo es un caballero del que puedes fiarte por completo.

—¿Quieres decir con eso que Anselmo guardará el secreto de lo que los dos hablamos en secreto el otro día?

—¡No te quepa la menor duda! Me permito, sin embargo, recordarte, Virginia, que calificar de *secreta* alguna cosa nuestra es un arma de dos filos: preserva nuestra intimidad. Y esto es un bien. Pero reduce nuestras posibilidades terapéuticas. Y esto es un mal. Cuanto más profundo es un secreto y menos inclinados nos sentimos a revelarlo, más convendría quizá dar cuenta de él a las personas que te respetan y te quieren. A veces guardamos en secreto cosas, papeles por ejemplo, poemas o cartas que escribimos de jóvenes. Y sucede que cuando, al cabo de los años, abrimos esas cajas y leemos lo que hay dentro, descubrimos que no es nada o casi nada. Y, sin embargo, haberlas conservado escondidas en secreto las ha aumentado de valor y ha vuelto innecesariamente obscena su aparición a la luz pública. Y nos dañan en su secreto como una mala acción, cosa que no son. Los secretos no son malas acciones, la mayoría de las veces son simples fidelidades infantiles o juveniles a sentimientos que, una vez aireados ahora, nos hacen sonreír y nada significan. Como comprenderás, Virginia, esto que te digo no es ninguna sabiduría esotérica, ni siquiera es sabiduría, yo lo llamaría vulgar sentido común. En fin, tú verás, ya sabes dónde estoy.

Virginia escuchó asombrada todo esto, sintiéndose primero avergonzada y después furiosa, convencida de que el doctor Anselmo lo había largado todo, como el bellaco que en el fondo era.

Gabriel Montes —se dijo Virginia— era un encanto. Siempre lo había sido. Era y sería siempre su primo favorito. Pero después de esta conversación telefónica resultaba evidente que el doctor Anselmo había logrado que se pusiera de su parte. De todo lo que Gabriel Montes había dicho con su fluido verbo rebuscado de siempre, la única frase que a Virginia se le quedó grabada fue: *reduce nuestras posibilidades terapéuticas*. Y dentro de esa frase, de sus cuatro palabras, sólo la última rebotaba ahora en su conciencia como una pelota de ping-pong: *terapéuticas.* ¡Estaba claro que el doctor Anselmo había tratado de llevar al ánimo de Gabriel su propia impresión de que Virginia necesitaba con urgencia un tratamiento! Y esto que en otras circunstancias Virginia hubiera considerado como una muestra de afecto por parte del doctor, le pareció ahora un insulto. Y le pareció, además, que el único recurso que el maldito doctor Anselmo había tenido para convencer a Gabriel de que su prima necesitaba atención médica había tenido que consistir en declarar punto por punto que la propia Virginia le había confesado que no le había querido porque estaba enamorada de un difunto. Esto se tenía que acabar. Virginia de pronto se echó a llorar a solas y se acordó del pobre Casimiro tiernamente, muerto en el Gurugú.

Que Virginia hubiese atravesado una frontera al comparar favorablemente a Cayo Bárcena con el doctor Anselmo se confirmó ante el hecho de que desde su regreso de Santander (y coincidiendo con el misterioso esponjamiento de los Bárcena) Virginia no pudiese no pensar en ellos dos, y en particular en Cayo, sin una cierta añoranza o anhelo que recordaba sus anhelos amatorios. Ahora deseaba verlos a los dos, juntos y por separado, integrándolos así en el reducido escenario de Campogiro, como nunca ninguno de los dos creyó que llegaría a estarlo. Y esto procuraba a la casa entera un bienestar difuso pero firme, como una primavera soleada que permite disfrutar del aire libre y del sol, sin sus excesos.

Por su parte, los Bárcena se habían apresurado a disfrutar de esta bonanza desde el momento mismo en que Virginia se presentó en la sala, poco antes del almuerzo, el viernes: de la misma manera que, sin datos, habían presentido una debacle antes incluso de anunciar Virginia su viaje a Santander del jueves, así ahora también, sin dato nuevo alguno (excepto lo enigmáticamente

percibido por vía psíquica) presintieron que una larga calma y un florecimiento renovado se adueñaba de la finca. Duraban los almuerzos algo más y las sobremesas y las cenas y los paseos al estanque: con la particularidad de que Leonora, en esta nueva y sonrosada fase, no hacía ya el menor esfuerzo por dejar a solas a su marido y a Virginia: estaban, al revés, en todo momento los tres juntos hablando con gran animación sin que llegara nunca a despuntar referencia alguna al alma de ninguno, o a cualquier otro asunto puntiagudo. Una charla insulsa y viva y muy medida fluía entre ellos, análoga a esas charlas fáciles y triviales y medidas que tienen lugar en las convalecencias. La idea de convalecencia casaba con el tiempo atmosférico en Campogiro aquellos días. Nublado y soleado el aire húmedo resplandecía en la piel de las vacas y el olor a boñiga de las cuadras, los mugidos del ganado hacían juego con los distantes reflejos de la bahía, la pleamar y Peñacastillo detrás, como una joroba benevolente del paisaje y su olor a eucalipto. El sedeño cielo no parecía tener prisa estratificado y alto sobre las cabezas de Virginia y de los Bárcena, inclinado al sepia, al oro y al azul al atardecer cuando bajaban al estanque, y, pastueñas, las vacas de los grandes prados de Campogiro, asubiadas por la alta valla circular de seis metros, conferían al paisaje entero un bucolismo natural apenas subrayado, que invitaba a sentarse en la veranda y oír el chapoteo hondo y glotón del agua dulce y salada del estanque y observar las graciosas estelas de los patos, de cuando en cuando el plop de una rana súbita que se zambullía en el agua. Ahora sí —pensaba Virginia— que Campogiro es el refugio que la abuela Sahagún quiso que yo tuviera asegurado tras su muerte.

Como toda convalecencia, también aquella tenía que tener su propio fin. La cuestión estaba en decidir si la convaleciente era Virginia sola o también convalecían los Bárcena del arrechucho de humildad e insignificancia perruna que habían padecido cuando predijeron (sin verificación ninguna y sin más datos que su don profético) que todo el bienestar de Campogiro se iría al garete de repente si Virginia reanudaba el contacto con la poderosa sociedad santanderina y con los Montes, cuya hostilidad también adivinaron sin más fundamento empírico que los presentimientos de Leonora. Y si el silencio de Cayo Bárcena durante estos paseos dulces de atardecida era notorio, más notable aún era el ampuloso silencio sin

suspiros de Leonora de Bárcena, que había sustituido su echarpe negro con sus flecos negros por una versión anglo-hindú del mantón de manila, de fondo crema y bordadas rosas rosas. Este modificado mantón cubría sus hombros: la perpetua posibilidad de que resbalara y cayera al sedoso prado era lo único estridente del paseo. Deambulaban nostálgicos y leves los tres como sonámbulos que circulan entre vivos y difuntos y exclaman en silencio con San Pablo, ¡*hora est iam de somno surgere! ¿Ubi est mors victoria tua*?

No podía continuar así. Y los tres lo sabían. Pero, a diferencia de los Bárcena, que a su modo ultrasensorial podían ver el porvenir —aunque no, eso no, modificarlo—, Virginia no tenía la menor idea de lo que vendría después. Los Bárcena, además, caso de tener alguna duda, podían escrutar el alma de Virginia. Y Virginia era incapaz de escrutar el alma de los Bárcena, menos incluso que la suya propia. Virginia, pues, vivía ahora en un presente plácido que pudiera decirse novelado en el sentido de que la distancia entre los hechos y la representación imaginativa de los hechos era mínima. Novelada también porque, como llega a ocurrirles a los lectores de novelas y a los novelistas, a medida que se internan en las imaginarias situaciones de sus imaginarios personajes, empiezan a parecerles más vigorosos y accesibles que sus referentes ontológicos. Así Santander entera, que quedaba a unos diez kilómetros de Campogiro como mucho, le parecía a Virginia una ciudad pensada y rebuscada cuyos avatares y habitantes aparecían y desaparecían en su conciencia con la volubilidad de las ocurrencias. Cosa muy distinta sucedía con los Bárcena y Campogiro mismo —y en especial la casa y sus rutinas—, que se presentaban ante su conciencia con la solidez de una convicción correspondiente a una percepción ultrasensorial. El escéptico lector bien puede aquí decirse que, a todos los efectos, tanto Santander como Campogiro y sus ocupantes habían, en la conciencia de Virginia, perdido en realidad todo lo que habían ganado en imaginatividad. Ambos lugares iban crecientemente asimilándose a una experiencia fantasmal que trasciende nuestra ordinaria experiencia de los objetos físicos. Pero estamos hablando de Virginia, de sus percepciones y sus sentimientos, que eran ocurrencias aureoladas ahora por la intensa sensación de soledad que llevaba muchos años experimentando y que la desafortunada entrevista con el doctor Anselmo, unida a la

insatisfactoria conferencia telefónica con su primo, había incrementado. Y a la vez sucedía, para desgracia de Virginia y como una burlona paradoja de su autoconciencia desdichada, que los Bárcena unían a sus cualidades ultraperceptivas un extraordinario realismo costumbrista: eran los dos, tanto en conjunto como por separado, dos entes realísimos, como podía descubrir cualquiera que los viese almorzando y cenando en Campogiro. No había absolutamente nada ultrasensorial ni en sus ingestas ni en sus digestiones, admirablemente relajadas, como corresponde a personas de excelente salud física y mental. Los Bárcena le parecían a Virginia tan visualmente reales, tan reduplicativamente verdaderos y reales en su estar siendo presentados a diario en la conciencia de Virginia, que ésta tenía la creciente convicción de que el mundo era más seguro y transitable desde que los Bárcena se instalaron en su casa. Leonora de Bárcena, para colmo de realismo, había comenzado a interesarse por la agricultura. ¡Y, verdaderamente, en aquel remoto Campogiro de los años veinte del siglo XX, lo agropecuario era digno de atención! Este interés de Leonora por la ganadería y el estado de los pastos y el ordeño de las vacas conllevaba un trato asiduo con el personal de la finca. A diferencia de la abuela Sahagún, cuyo talento para la agricultura y el comercio jamás ofreció la menor duda, pero que sólo trataba al personal en el despacho y siempre guardando escrupulosamente las distancias, Leonora de Bárcena trataba a todo el mundo con el cálido interés de una vieja amiga. Los conocía a todos por sus nombres de pila, e incluso por sus familiares motes, y podía vérsela, a eso de las once, en la herrería o en las caballerizas, sentada sobre un saco de maíz o sobre un fardo de alfalfa departiendo con los mozos. En seguida se vio cuánto los mozos apreciaban esta familiaridad. ¡Doña Leonora entiende de campo y de ganado, hasta más que nosotros muchas veces! Este comentario, o uno parecido llegó, a oídos de Virginia, en conversación con su doncella. No sólo Leonora se metía en la cocina a preguntar recetas a Manuela, sino que a veces, a última hora de la tarde, después del paseo y antes de la cena, se iba a echar una parrafada con Manuela —estorbando un poco, como con todo respeto tuvo que reconocer Manuela ante Virginia— para hacerse con el alma popular.

XXIX

—Y yo sé —prosiguió lentamente Cayo Bárcena— que el doctor Anselmo me detesta...

—¡Oh, no, no lo creo! —exclamó sin convicción Virginia.

—Tengo esa convicción —añadió Bárcena con firmeza, como si deseara contrapesar la debilidad de Virginia—. Sé que es injusto por su parte. Comprensible, pero injusto.

—Es una persona de otro tipo, Cayo. Muy distinto de ti. Con una experiencia, no sé cómo decir, muy pegada a la vida real, los partos son asuntos cotidianos...

—Y a la vez numinosos —declaró el señor Bárcena con renovada firmeza—. El gran error de la ginecología mecanicista, el inmenso error, me atrevería a decir, de toda la medicina contemporánea, incluidas la psicología y la psiquiatría y el mismísimo doctor Freud, es su materialismo impenitente y romo. Un parto es una hierofanía. No reconocerlo unifica a las mujeres y a las vacas en una misma naturaleza sin significado.

—Hay que reconocer —declaró Virginia sonriente— que a la hora de parir se parecen bastante, con una notable facilidad a favor de las vacas, por aquello de su posición cuadrúpeda.

—Estás bromeando me figuro, Virginia —declaró con gran severidad el señor Bárcena: con una severidad y prontitud que recordaba, paradójicamente, la del doctor Anselmo en parecidas circunstancias.

Virginia prefirió no insistir. Al fin y al cabo, a estas alturas estaba claro que *ella* era la convaleciente. Los Bárcena vendían salud aquellos días. Tanta salud que Leonora de Bárcena inició por entonces una temporada de baños vesperales.

—¡Hay que darse cuarenta y siete baños justos al caer la tarde! —había asegurado al comenzar la serie.

Y en ello estaba en aquel preciso momento, braceando en mitad del estanque. Era difícil no considerar cómicamente aquel

espectáculo de Leonora nadando. Ahora acababa de volverse hacia ellos y Virginia saludó a la nadadora con la mano. Leonora saludó a su vez y se sumergió por completo. Emergió de nuevo y los saludó con la mano izquierda. Virginia y Cayo Bárcena correspondieron a este segundo saludo, los dos a la vez, como un matrimonio que contempla las proezas acuáticas de su única hija, un poco demasiado gorda para su edad tal vez, pero que hace buen efecto nadando. Virginia se sentía de buen humor aquella tarde. Tenía incluso la impresión de que el baño de Leonora obedecía a una finalidad terapéutica calculada por Leonora para animar, siquiera visualmente, la convalecencia de Virginia. Porque Virginia había acabado asumiendo que, sumado lo de Santander a todo lo anterior, necesitaba reposar y verse a sí misma de otro modo. ¿Y qué mejor para eso que una convalecencia tras una indefinida enfermedad del alma? Esta convalecencia tenía, sin duda, el aire melodioso de una cura ingeniada por los Bárcena. Tenía en todo Campogiro: en la casa, en el comedor, en el cuarto de estar, en el amplio *hall* con su escalera, pero sobre todo frente al estanque en la veranda, el artificiado aspecto de un gran guiñol que a la vez tuviese un regusto a teatro-circo Cirujeda, un teatrito de provincias que se monta para las fiestas de la Virgen del Carmen, con dos flexibles payasos afuera en un tablado para entretener a los niños. Virginia tenía desde hacía ya tiempo la impresión de que estaba siendo festejada y entretenida como una joven reina de visita en provincias: todo el entretenimiento llevado a cabo de tal suerte que a la vez los Bárcena eran los payasos del tablado exterior y el *entourage* de chambelanes y personas de la corte que asistían sonriendo respetuosamente al regio festejo. Y era sobre todo esta versatilidad de los Bárcena lo que infundía un gozo resplandeciente a la escena, una cualidad ingenua, como un acto de prestidigitación que a la vez contuviese capas más profundas de significado sonriente y floral que la mirada del espectador nunca agotaba por completo. Examinados de cerca, resultaba que los Bárcena sí que eran ultrasensoriales a su modo a la vez estrambótico y regimentado. Una vez que se les dejaba ir, se les daba pie, una vez que se desinhibían y esponjaban, acunados por las buenas maneras del servicio y las nobles y llanas maneras de la propia Virginia, los Bárcena hacían su multívoco número a la perfección. Con la

dedicación, la precisión y la alegría de la mejor gente de teatro. Virginia, viéndoles, tenía constantemente la impresión de que en la fascinación que los Bárcena ejercían había un componente de auténtica genialidad, a la vez consciente e inconsciente de sí misma, como en los grandes creadores, como en el juego o en la charla improvisada de los niños. ¿Puede esta fascinación considerarse amor? Yo creo que sí. Siempre y cuando se entienda que se trata de un amor no convencional y no carnal que no puede reducirse a la amistad sin más, porque incluye un elemento erótico difuso como, por otra parte, las propias sesiones de espiritismo siempre ostentan. Y si se toma como ejemplo el de esta tarde misma en que el lector se halla inmaterialmente sentado en la veranda con Virginia y Cayo, que a ratos hablan y a ratos contemplan a Leonora tomándose un gran baño: si se toma el ejemplo de este baño, ¿no hallamos todo unificado aquí, toda la gracia, la ingenuidad, la teatralidad del alma misma individuada y cósmica?

La decisión de tomar cuarenta y siete baños vesperales corría paralela al interés de Leonora de Bárcena por la rotación agropecuaria, con un aparte consagrado a la conversación con los mozos de cuadra. Estos mozos eran montañeses fuertes, remangados, rubiascos, deferentes, de no muchas palabras. Un estado de cosas ideal en opinión de Leonora, que suministraba así el grueso de la conversación. Estos mozos, casados y solteros, olían indistintamente a vaca, a hierba y a sudor. Vivían, en opinión de Leonora, en olor de santidad popular. Pero el diálogo con los mozos transcurría fuera de escena y en apartes: el baño en el estanque, en cambio, transcurría a plena luz de las atardecidas, para deleite de Virginia. El traje de baño de Leonora era un auténtico traje de piqué: tenía dos, lo que se dice un quita y pon, uno en azul pálido, otro en rosa pálido. Leonora se introducía en el estanque mediante una rampa construida a este propósito en el extremo de la veranda, con su pequeño pasamanos de madera de teca. En esa rampa Leonora se encasquetaba el gorro de baño floreado. Y así dispuesta se introducía en el estanque hondísimo como una gran magnolia. Tenía Leonora una buena braza, eficaz: a braza se trasladaba con inmensa competencia desde la rampa al centro del estanque. Y una vez ahí, en el centro, hacía la plancha. Quizá el punto culminante, el acmé del baño de Leonora de Bárcena, era esa plancha. Hacía la

plancha en perfecta posición horizontal, los senos, los montículos copiosos resplandecían. E inmóvil Leonora, entraba en un éxtasis acuático. Un trance. Una exposición —según explicó a Virginia en su momento— a la ondulación del agua primordial y el sol augusto que la enajenaba. Un cuarto de hora largo, a veces más. Y parecía delgada contemplándola así desde la veranda, rejuvenecida y fresca y sensorial, como una inmóvil maternidad lacustre. Glauca y sonrosada y relajada: una genuina *natura naturata,* como la propia luz cedente del fascinado cielo. Era un espectáculo visual que, mientras sucedía, parecía ir a no acabarse nunca, a reanudarse sempiternamente y que de pronto, tras casi veinte minutos de intensa sedación, se deshacía sumergiéndose Leonora en las oscuras aguas, dándose vuelta en su interior y buceando un poco hasta reaparecer, por fin, majestuosa en su rotunda braza, dando un par de vueltas completas al estanque, como una reina de los mares.

Lo bueno parecía ser que no había nada que pensar, nada que hacer, ningún mañana, ninguna prisa, ninguna memoria más allá de la memoria inmediata. Y Virginia se daba cuenta de que esa levedad era una liviandad, y la peor de todas, porque la complacía vivir así, dejándose llevar, y no quería dejarlo ni sabía cómo. Y, además, no podía retroceder. ¿Qué clase de acción hubiera sido echarse atrás ahora? ¿Qué hubiera supuesto? ¿Quizá volverlo todo a hablar con el doctor Anselmo? De nuevo la pregunta esencial dependía de una única palabra: *todo,* hablarlo todo. ¿Y qué es todo? ¿Qué era? ¿Qué había sido? ¿Qué podría ser *todo* en un futuro próximo o remoto? Virginia comprendió de pronto que la totalidad de su vida en cuanto tal sólo en abstracto podía ser designada: tan pronto como deseara enumerarla, cualquier punto de la misma aparecería tan repleto de detalles, de matices, tan disuelto en el tiempo emborronante, que la enumeración resultaba imposible además de tediosa. Decidió que su propia vida no podía ser contemplada en concreto en ningún sentido preciso: lo máximo que podía lograrse era irla viviendo según venía, un instante tras otro: entonces se le ocurrió que en una cosa había estado equivocada siempre: en creer que la gracia estaba fuera. Cuando Casimiro existía, cuando dejó de existir, cuando apareció el doctor Anselmo y cuando el doctor Anselmo se redujo —como ahora— a su mínima expresión, a casi nada, siempre pensó que la gracia estaba fuera, dos pasos más allá

de sí misma, o dos leguas. ¿Fuera de qué? —se preguntó ahora—, ¿fuera de quién? Fuera de sí misma, creyó siempre. Ahora veía su error: la gracia estaba en ella misma, en Virginia: sólo que Virginia no había estado nunca en condiciones de percibirse a sí misma agraciada: la gracia estaba dentro de Virginia, pero inserta de tal modo que no podía disfrutarla: Virginia era incapaz de hacerse gracia. La gracia misma, sin embargo, caso de existir, sólo podía ser inmanente. Y ahí es donde los Bárcena (los dos, no sólo Cayo) intervenían: los Bárcena hacían con su sola presencia que Virginia fuese revelada. La gracia estaba en ella en presencia de los Bárcena. Por eso con ellos —como con Casimiro, pero no con Anselmo— se sentía arrebolada, acariciada. Y de aquí, de este foco difuso, provenía el bienestar e incluso la simple alegría de ver nadar a Leonora de Bárcena: de que Virginia veía que estaba siendo mirada, acariciada, como nunca antes lo había sido —sólo con Casimiro—. Que hubiera podido desde joven —desde tan joven— hacer esa excepción con Casimiro había sido matricial para Virginia. Le había hecho sentirse competente en su capacidad de ternura, le había proporcionado la desesperada energía que necesitó en su solitario duelo de tantos años. Virginia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y elevó una plegaria hacia aquel amor inmune a la muerte que Casimiro le había hecho sentir. Una excepción a todas las vulgares reglas amatorias, a todos los usos de su sociedad —tan escéptica en el fondo—, una excepción que —ahora lo veía entre lágrimas— había domesticado su corazón para acoger a Casimiro y le había singularizado y vuelto único. Los dos se habían vuelto únicos el uno para el otro. Por eso no podía olvidarle. Y ahora comprendía que lo del doctor Anselmo (con quien estuvo injusta el otro día) sólo fue una extensión de su desorbitado deseo de gracia exterior: ahora no había desorbitación, la gracia estaba dentro. *Noli foras ire*.

El llanto y la evocación de Casimiro sirvieron para tranquilizarla. Se había retirado a su habitación después de almorzar. Dentro de un rato bajaría al estanque con los Bárcena. Pensó que este llanto ya era de por sí una novedad (Virginia rara vez lloraba a solas, y nunca en público): pensó que era un llanto benéfico que no contenía tristeza alguna porque Virginia ahora, gracias a los Bárcena, había dejado de sentirse melancólica. Ahora

disfrutaba de la vida. Y todo lo que parecía encaminado a no acabarse nunca y que permitía, por lo tanto, demorarse instante tras instante en cada instante, era compatible con el buen humor, con una conciencia de sí misma y de su situación que antes Virginia rara vez había sentido. Por primera vez ahora se sentía Virginia hallada, argumentada, imaginada con simpatía, explicada sin palabras por los Bárcena, que le rendían pleitesía. Y esta pleitesía, por el hecho de que era tan teatral, le parecía ingenua y sincera. También, por otra parte, no podía no parecerle absurda, inmotivada y, por lo tanto, absurda. Había una explicación trivial que Virginia adelantó ahora ante sí misma, como quien ofrece a alguien, en el curso de un almuerzo, un cestito de pan: los Bárcena le rendían pleitesía porque eran estómagos agradecidos. Esta interpretación trivial le pareció a Virginia ahora, en su nuevo y regocijado estado de ánimo, aceptable y franca: como cuando una persona no muy agraciada físicamente reconoce a las claras, ante los demás, que no lo es. Que fuesen estómagos agradecidos era tan obvio que por sí mismo se neutralizaba sin el menor esfuerzo: ¿Por qué no habían de serlo? ¿Hubiera sido preferible que fueran desagradecidos? ¿Hubiera sido más virtuoso que los Bárcena se hubieran comportado, en medio de todas las comodidades de Campogiro, como dos personas a quienes todo se les debe y que, altivos, rehúsan reconocer que están muy satisfechos? Estaba claro —decide Virginia— que una parte de la gracia de los Bárcena —lo poético de ambos— consistía en su franca aceptación de que Virginia los trataba bien, y se reconocían agradecidos por ello y le rendían pleitesía, entre otras cosas, porque estaban encantados de la vida. Virginia se aferró con ambas manos a estas reflexiones: como si debatiera este asunto con Gabriel o con el doctor Anselmo y hubiese dado con un argumento indiscutible: los Bárcena no eran desagradecidos y no eran estrafalarios. Eran únicos. Y como todas las cosas verdaderamente únicas de este mundo, aparecían integrados en contextos triviales como éste de la confortable vida que se vivía en Campogiro y que los Bárcena, como es natural, agradecían a Virginia. Y a la vez se sentían desbordados: por eso rendían pleitesía: porque valoraban como una gracia excepcional las buenas maneras y la amabilidad que a Virginia, su anfitriona, le parecían de lo más corriente. Y sobre ese tejido de cotidianeidad y bienestar recibido con agradecimiento se insertaba

toda aquella benevolencia hacia Virginia, todo aquel cotidiano teatro que iba desde la natación a las elevadas conversaciones sobre la inmortalidad del alma y la pervivencia en un más allá (que queda ahí a un paso, aunque no lo veamos) de nuestros seres queridos ya difuntos. La genialidad de todo ello procedía de haber instalado en plena vida cotidiana un sentido de la trascendencia que todo lo volvía comprensible y benéfico... —y accesible también— si uno acierta a disciplinarse y situarse —como decía Cayo Bárcena— en el punto transferencial adecuado. Así que todo estaba bien. Por primera vez en su vida, Virginia estaba ahora en condiciones de disfrutar de Campogiro y de sí misma, en este preludio verdadero de la vida perdurable.

Virginia se encontró de pronto inmersa en un mundo sin conflicto donde el coeficiente de adversidad de la existencia parecía haberse reducido al mínimo. Ni la fortuna de Virginia ni su manera de vivir, ni la sociedad santanderina de esa época, permitían sospechar que allá fuera, allá lejos, en la descalabrada Rusia de los zares, o en los ensangrentados campos de batalla de Europa, había amenazas pendientes y crecientes que la magia y la prestidigitación no podían disolver ni ocultar. Pero quizá esta conciencia de estar a salvo en un rincón de una pequeña provincia española (España había sido neutral en la Gran Guerra) conllevaba una conciencia de satisfacción, como el secreto júbilo que inspira el sentimiento de lo sublime kantiano en quien contempla un temporal terrible a través de los cristales de la ventana de su confortable casa. La verdad es que los Bárcena eran difíciles de ver: toda su obviedad, su punto de cursilería, su teatralidad, su gran reserva (porque los Bárcena albergaban grandes dosis de reserva: lo que Kierkegaard denominó lo demoníaco), contribuían a volverlos inaccesibles en la medida en que eran lo accesible por definición. Y todo lo que en ambos había permanecido larvado durante tantos años, manifestándose sólo en absurdas sesiones de espiritismo, en recitales y vida social pseudoelegante, ahora, catalizados por el ensimismamiento de Virginia, se estaba reagrupando y rearmando y urdiendo como un vivero no muy grande de víboras inconsecuentes.

XXX

Resulta difícil saber cuánto dura una situación determinada: fijar el momento inicial no es menos difícil que fijar su acabamiento. Hubo una inmersión de Virginia en Campogiro tras la muerte de la abuela Sahagún que precedió a la instalación en Campogiro de los Bárcena. Los Bárcena, alternativamente confortables y risibles a ojos de Virginia, cambiaron de coloratura, de adornos, a partir de la pelea de Virginia con el doctor Anselmo —si es que fue una pelea—. Tras esa pelea y, sobre todo, tras la atemorizada reacción de los Bárcena ante la posibilidad de que Virginia decidiera reanudar su antigua vida y retomar sus amistades, apareció el lado bueno del matrimonio: Virginia fue capaz de verlos *sub ratione boni*. Este nuevo ángulo ejerció sobre Virginia un efecto magnético, como una presencia solar, el sol imagen platónica del bien. El bien es continuidad, consecuencialidad, previsibilidad. Las buenas personas —pensaba Virginia—, a diferencia de las malas, son siempre previsibles: se puede depender de ellas, contar con ellas, cambian poco o no cambian nunca. Son idénticas a sí mismas. La contemplación de estas personas buenas y del bien que irradian, no siempre puede decirse que es una percepción ajustada de la realidad. A veces entra en juego un simple factor de perspectiva: desde una determinada perspectiva, ni muy próximos ni muy alejados, las personas pueden parecernos mejores de lo que son si de antemano hemos decidido verlas de la mejor manera posible, ser justos con ellas y, en cualquier caso, considerar inverosímil que sean o puedan ser en parte malas. Y una parte del aspecto bondadoso que puede presentar una persona depende de su normalidad o cotidianeidad: las cosas que vemos a diario y que no nos sobresaltan nos parece que están en su sitio, que están bien como están y donde están. Y hay una cierta pereza bondadosa que nos impulsa con frecuencia a ver en esa normalidad de personas que se ajustan a nuestra vida cotidiana una señal inequívoca del

splendor ordinis. Virginia se sentía en Campogiro ahora inmersa en el bien, en una clase de bondad sin fracturas, sin conflictos, libre en apariencia de todo coeficiente de adversidad. Uno de los motivos por los cuales la adversidad quedaba fuera de Campogiro era la propia Virginia, que con su bienestar económico y su posición social alejaba las preocupaciones de la vida cotidiana. Allá quedaba, en el chalecito del cabo de Ajo, lo incognoscible de los Bárcena. Y de la misma manera que el matrimonio tenía un lugar perfectamente identificado en lo geográfico que, sin embargo, nadie había visitado nunca, y al cual rara vez se referían los Bárcena, así también sus vidas, juntos y por separado, tenían, examinadas con un punto de sospecha, un lado irreductible alejado de Virginia y de Campogiro en el espacio y en el tiempo, un ámbito vivido y elidido ahora que, por serlo, permitía que Virginia se representara a los Bárcena como recién aparecidos en su vida, como inventados por Virginia al convivir con ellos. Y esto procedía (este efecto de intemporalidad y de novedad) de una cualidad del matrimonio que pudiéramos llamar ductilidad o maleabilidad o flexibilidad: todo les venía bien, eran acomodaticios. Por eso daban a Virginia la impresión de ser, si no en origen, sí por último, equivalentes a personas del servicio a quienes cabía querer como amigos y como familiares, porque se acomodaban a Virginia y no daban nunca muestras de tener voluntades propias o manías ni, por supuesto, vicios. Cumplimentaban al dedillo, al menos a ojos de Virginia, esa figura antigua de las personas de compañía las señoritas de compañía. Virginia las había conocido en otras casas. Otras abuelas las habían tenido, no doña Everilda, bien es cierto. Personas cuyas vidas podían ser esquemáticamente resumidas en dos o tres rasgos, viudas, hijas únicas sin medios económicos propios, solteras, antiguas profesoras particulares de los niños que se quedaron después en casa y seguían siendo un poco las institutrices con un cargo sencillo, superior al de ama de llaves, aunque sólo fuera por el hecho de que, a diferencia del ama de llaves que tenía obligaciones imperativas, estas personas de compañía sólo estaban allí de acompañantes y se parecían a las señoras en que tampoco tenían nada que hacer en todo el santo día. No tener que trabajar las distinguía del servicio doméstico ordinario, pero el vivir a costa de la persona mayor, de la abuela, las volvía dependientes. Virginia

no había conocido en su casa, pero sí en otras casas, a muchas personas así: los Bárcena se les asemejaban mucho. Sólo que los Bárcena tenían la peculiaridad de ser dos en vez de uno solo: que fuesen matrimonio añadía un aquél diferenciado a su presencia. Virginia había conocido matrimonios de criados, el *valet* y la doncella, o el chofer y la cocinera. Solían ser una buena solución doméstica, repartiéndose el trabajo entre los dos. Pero en el caso de los Bárcena, lo que entre los dos se repartía era la función espiritual de acompañar a Virginia en Campogiro. Hacían eso a las mil maravillas. Y representaban e irradiaban la continuidad propia del ser, propia del bien. Pulcritud de la identidad según la cual el ser es y el no-ser no es, sin más conflictos.

El encuentro con Virginia (declaración e instalación en Campogiro incluidos) provocó en Cayo Bárcena una reactivación mental considerable. Se sintió muy renovado. Podría llegar a decirse, pues, que la declaración de amor le sonó a revieja al propio Bárcena casi en el momento mismo de ser hecha, como una gracia o una broma de una época anterior que ya no hace verdadera gracia, pero que se repite aún maquinalmente en determinadas circunstancias a falta de una idea mejor. En sus previos amores Cayo Bárcena había procedido en parte por instinto (un impulso éste muy alquitarado) y en parte por la costumbre, venteada en el seminario, de seducir piadosamente a feligresas encaminándolas así a mejor vida. Tenían estos lances un componente ensayístico, experimental, como el hacer dedos de un pianista. El paso de Bárcena por el seminario fue, como se ha dicho, breve, pero le dio la idea de esto de las conciencias y las postrimerías. Había las almas, por un lado, con sus anhelos de por vida insatisfechos, y por el otro lado había la cura de almas, como un coto de caza de perdices reservado al buen pastor. Y a cambio de no haber filosofía ninguna, había la retórica suntuosa de los novísimos y las exhortaciones a la virtud y las vidas de santos con sus milagrosas peripecias. Más que suficiente para darse cuenta, en poco más de un curso académico, de este filón de la subjetividad exacerbada. En su breve paso por el seminario se acostumbró Bárcena a los remediavagos. Y sacó después mucho provecho de esos manuales sin tener que calentarse a cambio mucho la cabeza. Cayo Bárcena leyó después de todo un poco, no siempre de primera mano aunque,

como él mismo decía: ¿Y quién ha? Era, pues, Cayo Bárcena, un hombre de florilegio con más capacidad para la extensión que para la concentración del saber. Hablar de concentrarse era, en su opinión, un habla inauténtica y ociosa. ¿Concentrarse en qué? Lo suyo era, al contrario, desconcentrarse y mantener una atención flotante. Con Virginia, sin embargo, en Campogiro, por fin se concentró. De ahí venía su creciente sensación de renovación. Y fertilización espiritual. Virginia le pareció inalcanzable. Inmune al laboreo de su retórica y, curiosamente, propensa a la vez a dejarse embaucar. En esto Leonora fue de gran ayuda: fue Leonora quien por fin, haciéndose valer por haber sido capaz de penetrar en el secreto, le contó aquel amor trágico de Virginia por un soldado de las guerras de África. Leonora acabó contándolo, tras mucho rodeo, como quien da una noticia que conoce de primera mano. Una vez dada la noticia, los esposos se miraron pensativos, comprendiéndolo todo de repente. A partir de ese momento Cayo Bárcena comenzó a preparar su conquista de Virginia concentrándose específicamente en su alma desgarrada. Venía a ser lo mismo de otras veces, pero ahora la calidad del objeto estaba garantizada, aunque sólo fuese por la impresión de seguridad burguesa que conferían a la figura de Virginia Campogiro, el muelle y la sociedad santanderina. Hay que decir que, por primera vez en su vida, Cayo Bárcena se había encontrado con una personalidad que le conmovía. Y también con una personalidad perfectamente ajustada a un medio social que los Bárcena, ambos, consideraban admirable y habían considerado hasta la fecha por completo fuera de sus posibilidades. Los dos habían sentido en Campogiro que por fin habían llegado a alguna parte: que no habría después ningún otro sitio parecido donde aselarse, de la misma manera que no había habido antes, con la excepción de la inestable y austera casita de Ajo, lugar ninguno que de verdad les pareciera suyo. E incluso el chalet de Ajo era ahora ya un refugio quebrantado por los ávidos deseos del matrimonio, unos deseos que, como la vida psíquica entera del individuo aislado en una ciudad presuntamente llena hasta los topes de objetos codiciables, llevan a codiciarlo todo sin saber cómo llegar a posesionarse de nada. Una fórmula sencilla en estos casos hubiera sido, de haber sido posible (de haberse legalizado la bigamia en España a principios del XX), que Cayo Bárcena se casara con Virginia

Montes. Pero tan no podía esto ocurrir que su misma imposibilidad, como un flujo subterráneo, empapaba de imposibilidad todas las otras posibilidades accesibles a los Bárcena, de las cuales ya disfrutaban ampliamente, como almorzar y cenar en compañía de Virginia y pasearse por Campogiro, y representar el papel de huéspedes especiales y adorados. Y todo esto hubiera sido simple vanidad y devaneo de no haber habido el pie forzado, de no haberse dado la circunstancia insólita de que Virginia había ido convirtiéndose sin apenas darse cuenta en una mujer rara, en una soltera solitaria, en una pobre chica rica, que no sabe qué hacer consigo misma. Era como un suculento postre de cocina presente y al alcance de los dos—, y a la vez imposible de atacar. Era imposible abalanzarse sobre Virginia y transformarla en objeto codiciado y a la vez consumido. Los Bárcena no podían comerse a Virginia, salvo mentalmente. Y, cada cual a su manera —en esto no había comunicación entre los dos— se consumían pensando en cómo consumir a Virginia sin literalmente devorarla. No podían poseerla por más que Virginia, sobre todo a partir de la pelea con el doctor Anselmo, hubiera dado señales inequívocas de estar dispuesta a dejarse consumir, a enamorarse del matrimonio Bárcena, a la vez de los dos, y ser llevada hasta un éxtasis inmaterial, de seducción sin seducción: venía a ser un trabalenguas. Una de esas situaciones cuya inverosimilitud se nutre de sí misma hasta persuadir a sus participantes de que lo imposible es posible, y lo irreal real. Más o menos lo mismo que sucede con la inmortalidad del alma individual.

Los dos veían a Virginia como un objeto excelso y codiciable cuyo secreto habían descubierto: ambos tenían la impresión de que tenían ante sí todo lo que había, hubo habido y habría de haber de Virginia en este mundo. Tenían, pues, de alguna manera, una intuición matrimonial de Virginia: algo que una vez contratado, desposado, trancado en casa y disfrutado parcialmente, queda en vilo, clausurado, aderezado, dispuesto en todo momento a reaparecer, bien en su totalidad, o por partes, a diferentes horas del día y de la noche con variados trajes y sonrisas, y así siempre hasta que la muerte los separe. Los Bárcena tenían con Virginia una emoción de eternidad y de predictibilidad que producía un estado de ánimo satisfecho, aunque algo soso. Sí, ahí estaba Virginia y era

de ellos, ¿de quién sino? E incluso —para acentuar aún más si cabe la imagen sempiterna de la esposa— los Bárcena notaban que Virginia los amaba con esa castidad modosa con que las esposas de larga duración contemplan a sus maridos, les sonríen, dan su brazo a torcer en punto a los detalles cotidianos, son felices. Sólo que esta imagen conyugal era de hecho tan violentamente absurda que hasta los propios Bárcena, no obstante su profunda instalación en el absurdo, la percibían. Llegó un momento en que cada vez se les ocurrían menos cosas (en esto también como el afable esposo al que cada vez se le ocurren menos cosas que regalar a la esposa el día del santo, o cosas más incongruentes, que la esposa, en realidad, detesta, como un bolso de piel de cocodrilo, pero que son caras, y parece que rellenan el vacío de las escasas ocurrencias de regalos que los esposos tienen con los años). Los Bárcena nadaban y daban gran conversación. Eran puntuales. Disfrutaban mucho con los guisos de Manuela, los elogiaban siempre mucho, daba gusto tenerlos a almorzar o a cenar. Tenían conversación más que de sobra... Virginia parecía muy feliz. Pero los Bárcena, en cambio, cada cual a su modo, comenzaron a sentir la comezón de cambiar las cosas, de cambiar: por el cambio, o por un cambio, casi por cualquiera, hubiesen dado media vida (como, por cierto, les sucede a los esposos que disfrutan a perpetuidad de bellas esposas inmutables). Así que cada uno a su manera (porque eran muy distintos entre sí los Bárcena) puso en marcha su idea de cambio propia y singular. La idea de cambio que sedujo con mayor viveza a Cayo Bárcena fue la de lograr por fin que Virginia Montes, en una sesión de espiritismo memorable, se comunicara con su amado muerto, y que le viera en carne y hueso. Leonora de Bárcena, en cambio, decidió que el cambio que ella al menos anhelaba quedaba más bien del lado de las cuadras, en el misterio rojofuego de los mozos solteros o recién casados. Y hubo un mozo, que apodaban el Peluco, que se dejó, sin querer, embelesar. Era un chico retraído que se entendía mejor con el ganado que con el género humano. A la hora del último ordeño de la tarde, Leonora se acercaba a ver al Peluco ordeñando las vacas. Leonora de Bárcena tenía la curiosa habilidad de poder parecer casi una vaca, o una mujer de campo entendida en vacas, si se lo proponía. Así que hablaban de las vacas. Eran sesiones cortas porque Leonora descubrió de pronto que se

estaba enamorando del Peluco, que no podía soportar el verle sin acariciarle el pelo debajo de la gorra de visera. Cosa, evidentemente, inapropiada. Se sentaba el Peluco en un taburetito con la gran ubre de la vaca al alcance de ambas manos, sosteniendo entre las rodillas un cubo donde restallaba la espumosa leche de la vaca. Olía a vaca, a leche y a pasión. Y Leonora no lo podía soportar. Pero a la vez no podía no volver. Tenía que volver todas las tardes a ver al Peluco ordeñando eficazmente la gran ubre. Leonora era en la cuadra una presencia retumbante que, de alguna manera, hacía el vacío en torno suyo. Se la trataba con un gran respeto, derivado del respeto con que se había tratado siempre a la abuela Sahagún y a Virginia. Esto encantaba y fastidiaba a Leonora al mismo tiempo. La hacía suspirar. Ahora Leonora suspiraba más que de costumbre a las horas de las comidas y en las sobremesas. Y comía con desgana un poco menos.

De algún modo las cosas se arreglaron para que Leonora fuese al cabo de Ajo a inspeccionar unas goteras. Estas goteras habían ocasionado graves destrozos en una parte del mobiliario de la sala, un gran aparador del comedor que había pertenecido a su familia. Entonces Virginia organizó que acompañase alguien a Leonora al cabo de Ajo a cambiar de sitio el mobiliario. Y resultó que se ofreció el Peluco. Así que los dos se fueron en el coche, que les dejó a los dos en el chalet, volvió a Santander a unos recados y les volvió a recoger a media tarde. Virginia organizó todo este viaje con una cierta eficacia indiferente. La indiferencia fue deliberada: Virginia estaba al tanto, por el señor Bárcena, de lo que había entre Leonora y el Peluco, una atracción romántica imposible. Virginia se sorprendió a sí misma en este su estar al tanto del asunto y en este su proceder con fría y eficaz indiferencia. Se sorprendió a sí misma deseando que se amaran Leonora y el Peluco. Pero esto era un imposible. Tenía un punto, además, casi grotesco. Cómico, una especie de insustancialidad malvada: el hecho de que Cayo Bárcena lo tomara como si tal cosa sólo agravaba el sinsentido de la situación, la ópera bufa. Que Virginia Montes no percibiera lo bufo en este caso era de algún modo un síntoma de que sólo percibía la realidad fraccionada. Porque lo que percibía entero, sumida en absoluta incredulidad, era el reencuentro ultraterrenal con Casimiro. De esto se ocupaba Cayo Bárcena.

—Hay que cambiar, Virginia, por completo, la idea de la muerte. Hay que dejar de verla como un límite, como un non plus ultra. Más allá de la muerte está la vida eterna. ¿Y cómo hemos de pensar la vida eterna? No hay ningún otro asunto más importante que éste. Cómo hemos de pensar y de situarnos ante la inmortalidad y los difuntos que la pueblan. Porque están ahí, al otro lado, que está aquí, en este lado, sólo que no lo vemos porque nos hemos acostumbrado a no mirar, a no escuchar, a no enhebrar el hilo de la vida en el agujero de la cabecita de oro de la fina aguja de la muerte. Nos asustamos, nos cansamos, decimos que no vemos bien el ojo de la aguja, porque atardece o porque anochece, o porque se llenan de lágrimas los ojos y nos tiembla el pulso. Pero ¿y si el pulso no temblara, entonces qué? Entonces veríamos lo que hay al otro lado por lo menos una vez. Una vez por lo menos en la vida veríamos, Virginia, los seres que creímos perdidos para siempre.

Este largo discurso es un resumen. Cayo Bárcena confeccionó otros muchos similares, todos los cuales se encaminaban a lo mismo: a hacer que Virginia se sintiera a gusto con el más allá y confiada en el más acá, que representaba Cayo Bárcena con la mediación del don ultramundano de Leonora.

Era fascinante, tantalizante, para Cayo Bárcena, que Virginia le escuchara sin asentir ni disentir. Una amable sonrisa que a la vez que invitaba al señor Bárcena a despacharse a su gusto, no daba muestra alguna de que lo mentado en el discurso se hincara en la conciencia de Virginia de un modo especial. Daba Virginia la impresión, más bien, de escuchar con la atención de un niño a quien se le sugiere que al final de la tarde o del paseo le está esperando una sorpresa. El niño sabe que debe ser paciente y no interrumpir ni molestar: consciente de que atender a lo que se le dice —además de un acto de atención a un contenido determinado — es un ponerle a prueba: por eso da la impresión de hallarse, en su concentrada atención, como dormido. El niño sabe que una parte de la prueba consiste en no dar muestras de que sabe que se le está poniendo a prueba. Quizá el niño desea proporcionar a quien le habla todo el intenso placer que el propio niño supone que dimana de haber logrado sorprenderle eficazmente. Tiene que dejarse sorprender. Y este dejarse cobra la forma fisiognómica de un como adormecimiento. Y procura el niño evitar que se sospeche incluso

que espera, con gran emoción, verse sorprendido al final. De aquí que el niño, en este su esfuerzo teatral de reduplicada atención, parece más niño aún que nunca, más ingenuo, casi bobo. Es éste un espectáculo sorprendente, electrizante, que al cabo de un instante da horror contemplar: si el espectador es ya viejo y ha tenido que fingir muchas veces en la vida emociones que de verdad no siente, entonces se inclina ante el niño que escucha atentamente una historia, sobrecogido por la emoción y el horror del complejo acto de atención del niño: la doblez de esta criatura le parece a la vez a nuestro anciano espectador tan conmovedora y tan feroz que comprende el concepto de pecado original: la inocencia abrasada por la culpa sin culpa. Porque hay culpa en la doblez y a la vez hay inocencia. La desgarradora ternura de este espectáculo justificaría de sobra la muerte voluntaria del espectador, el suicidio. Así Virginia Montes atendía los despropósitos espiritistas de Cayo Bárcena, quien, a su vez, por supuesto, no creía una palabra de todo ello. Nunca Cayo Bárcena había sido más tentado por el perverso espíritu del autoconocimiento: sabía que todo lo que decía era trivial, era paja, era deleznable, pero a la vez creía en ello apoyándose en un dicho de, según creía recordar, San Anselmo: *credo quia absurdum est.*

Ideas así cruzaban y recruzaban la imaginación de Cayo Bárcena a medida que prometía o sugería delicadamente que era capaz de hacer ver a Virginia lo invisible. Pero, claro, esta tarea se volvía tanto más ardua cuanto menos muestra daba Virginia de esperar ver nada en concreto. La reserva de Virginia —su inhibición — exasperaba a Cayo Bárcena.

XXXI

¿Se puede decir que Cayo Bárcena tiene un plan de seducción? Dado que ni Cayo Bárcena ni nadie puede cumplir con la promesa de hacer ver lo invisible, el señor Bárcena no tiene ningún plan. Virginia no verá nunca lo invisible. El señor Bárcena quería en realidad otras cosas, quería que Virginia se dejase llevar, mediante la palabra, a un terreno disuelto, el de las ensoñaciones, en el cual se aflojasen sus cautelas y cediera su reserva. Para esto, Cayo Bárcena necesitaba que Virginia le confiase algo de sí misma, que se le escapase algo de lo reservado, aunque fuese por casualidad: que confiase en él. Pero Virginia, que le escuchaba atentamente, no parecía dispuesta, en opinión de Bárcena, a soltar prenda. En esta situación inmovilizante interfirió el asunto del Peluco. Por primera vez, la vida matrimonial de los Bárcena cobró un tinte dramático que las sesiones de espiritismo y sus viajes por el mundo nunca habían tenido. De la misma manera que, por primera vez, el señor Bárcena se había sentido conmovido por una mujer, por Virginia, y llevado más allá del habitual mariposeo, así también Leonora de Bárcena se veía arrebatada por el Peluco con una energía que era una novedad. De lo sucedido en el chalet de Ajo, Leonora no dio cuenta a su marido. La cosa hubiera permanecido, pues, clausurada, de no haber estado Matilde, la doncella de Virginia, interesada a su vez por el Peluco. Los celos de Matilde alcanzaron una nota estrepitosa: Matilde se negó un buen día a subir el desayuno a la habitación de doña Leonora.

—Que se lo baje ella a buscar si quiere, que a otras cosas bien que va —declaró Matilde en la cocina en presencia de Manuela, que se quedó de una pieza.

—¿Cómo que que se lo baje ella, qué modales son esos? —comentó distraída Manuela, que acababa de rellenar la cafetera con el café caliente—. ¡Anda, súbele el café a doña Leonora!

—Se lo sube usted si quiere, yo no subo.

—Pero ¿por qué?

—¿Que por qué? Porque es una cualquiera. Si fuera una señora no andaría detrás de quien no tiene que andar.

Matilde estaba realmente sublevada. Manuela subió el desayuno ella misma. Don Cayo, más madrugador, desayunaba en el comedor él solo, entre ocho y nueve de la mañana cada día. Pero Leonora se entretenía desayunando y arreglándose, e incluso dormitando, hasta pasadas las doce.

Manuela creyó que subiendo ella el café volverían las aguas a su cauce. Pero al volver a la cocina se encontró a Matilde mano sobre mano sentada a la mesa de la cocina. Entonces salió todo. Todo eran los celos nada más. Pero los celos, una vez abierto el vientre que los contenía, resultaron ser metros y metros de intestino que una vez al aire no se dejaron remeter de nuevo a la barriga. Manuela no sabía, pobre mujer, qué la horrorizaba más: si el que doña Leonora hubiese consistentemente ido a presenciar el ordeño cada tarde y, con ese pretexto, insinuarse al Peluco: o que el Peluco hubiese ido al chalet y se hubiese quedado a solas con doña Leonora media mañana y media tarde, unas seis horas en total: o que Matilde se atreviese a mezclar a un huésped de la casa con sus sentimientos (los de Matilde) por un mozo de cuadra, quien a su vez no había dicho nunca a Matilde ni sí ni no y que, por lo que Manuela sabía, tampoco debía haber dicho gran cosa a doña Leonora (claro que esta última posibilidad, conociendo a Leonora de Bárcena, resultaba ser irrelevante: Leonora era perfectamente capaz de hablarlo todo por los dos). El punto de vista de Matilde, sin embargo, estaba claro: doña Leonora no tenía por qué interesarse por personas de una clase distinta de la suya, de las cuales además le separaban como mínimo treinta años. Y la sugerencia de Manuela de que todo lo que pasó entre ellos, entre los dos, fue que anduvieron cambiando los muebles de sitio, fue considerada por Matilde irrisoria.

—¡Qué muebles ni qué hostias! Ella iba a lo que iba. Y él, pues como son los hombres, se deja querer.

Y el caso es que el Peluco no se había dejado querer. Los celos habían confundido por completo a Matilde y habían, de paso, rebajado la dignidad del Peluco. Hubo, en efecto, un considerable trajín en el chalet, moviendo el aparador y otras piezas del

mobiliario, terminado el cual el Peluco salió a echar un pitillo al jardincito, que quedaba detrás del chalet, y desde donde se veía rutilante el cabo de Ajo y el Cantábrico gris acero. Leonora de Bárcena se insinuó, en efecto, sin éxito ninguno. Al Peluco doña Leonora le parecía vieja y gorda. Pero el hecho fue que los dos se tuvieron que esperar a que volviera el chofer con el coche y que el chofer los trasladó silenciosos a los dos de vuelta a casa. El Peluco delante y Leonora sentada detrás en completo silencio. Este silencio impresionó mucho al chofer, que contó a Matilde que aquello tuvo un aire de funeral y que se mascaba que algo había entre los dos. El chofer guiñó un ojo a Matilde, quien no necesitaba mucho más para encelarse. En cambio Leonora, de regreso a su habitación, se arrojó en el lecho deshecha en lágrimas y no bajó esa noche a cenar, diciendo que le dolía intensamente la cabeza. Nada más subir al dormitorio, comprendió Cayo Bárcena que Leonora había entrado en el terreno pantanoso del amor insuficientemente correspondido por una persona de mucha menos edad y —añadió Cayo Bárcena para su capote— de muchísimo menos nivel cultural que mi mujer.

—Leonora se está desactivando por culpa de los mozos, de ese mozo. Es muy de preocupar —declaró Cayo Bárcena de pronto a la hora del café, a los pocos días.

Estaban solos Virginia y él. Leonora se había subido a la habitación nada más terminar el almuerzo.

—¿Desactivando cómo? —preguntó Virginia.

—Perdiendo energía espiritual.

—El amor es energía espiritual —aventuró Virginia.

—Es que no se trata de eso...

Cayo Bárcena le pareció por primera vez a Virginia preocupado y sintió un cierto tedio. Sintió que este asunto de Leonora y el mozo, abruptamente expuesto por el señor Bárcena y que Virginia conocía con todo detalle por Manuela, era una falta de consideración para con la propia Virginia. Le pareció irrelevante y tedioso. Además de insoluble. Le pareció ridículo pero, además, ahora puesto de manifiesto. Con lo cual dejaba ya de ser una veleidad individual de Leonora para convertirse en un tema de conversación. Virginia se acordó en ese momento del doctor Anselmo con algo parecido a la nostalgia. El buen doctor había preservado hasta el final la dignidad de Virginia y la suya propia.

—Sea lo que sea, lo mejor en estos casos suele ser que pase el tiempo. Además, no creo que a Leonora le parezca bien que lo hablemos tú y yo a espaldas suyas. Lo lógico sería que lo habláramos los tres. Hasta la fecha siempre ha sido así entre nosotros. Es decir, hasta la fecha ninguno hemos tenido nada que ocultar...

Virginia no titubeó al pronunciar su última frase. Cayo Bárcena alzó los ojos y contempló a Virginia fijamente, pensando si debía o no debía dar crédito a esta última afirmación que, en vista de lo que sabía por Leonora, era evidentemente falsa. Entre los tres había habido sin duda conversación de sobra. Pero no franqueza. No por parte de Virginia, al menos.

Se sintió Cayo Bárcena herido en su amor propio en ese instante. Le pareció que Virginia trataba de engañarle descaradamente. Le pareció que trataba de arrebujarse en su reserva pueril y que se comportaba como una persona mimada que no desea informarse de las tribulaciones que, como es natural, acaecen de vez en cuando a quienes la miman. Le pareció a Bárcena que Virginia daba por sentado demasiadas cosas y, en especial, que el honor de los Bárcena podía quedar al margen de este asunto. Le pareció que Virginia ofrecía la trivial consolación del paso del tiempo para un asunto que, dada la calidad de la persona de Virginia, su posición social, su honor de mujer soltera, quedaba en entredicho con aquella manera ligera de tratar el asunto de Leonora. Creyó Bárcena que había llegado el momento de establecer su posición con claridad. Y dijo:

—Yo soy una persona tolerante. Es más, estoy convencido de que no hace falta en este caso ser ni siquiera tolerante, puesto que se trata de una mera infatuación. El fuego fatuo de la pasión carnal ajena, e incluso propia, debe, Virginia, ser tratado con benevolencia, con dulzura. Puesto que nadie se libra de él a ninguna edad, en ninguna etapa del camino de la vida, por viejo que se sea. Y Leonora no es en modo alguno vieja, como no lo soy yo ni tú tampoco, Virginia, si me permites expresarme así. La conyugalidad no debe interferir en los pasajeros amores extraconyugales de los cónyuges. La defensa del vínculo debe hacerse siempre por todo alto y no pasando por todo lo bajo, como por desgracia suele suceder. Éste es, sin embargo, un momento

delicado de nuestra vida, Virginia. Un momento que de pronto es confuso y que nos sorprende —a mí al menos— mucho, porque viene de un momento de gran calidad y finura espiritual, como el que hemos atravesado los tres estos últimos meses. Leonora está sufriendo un desvarío comprensible, loable incluso, por lo que nos dice de su juventud física y mental. Me he permitido referirme a este desvarío hoy, precisamente, porque Leonora, pobrecita mía, se ha orillado: de puras ganas de vivir —que el amor humano básicamente es sólo eso— ha pasado a la desgana y a la melancolía, que es como un deseo de morir anticipado. Parece ser que no es correspondida. Cualquier otro hombre se alegraría de que no lo sea. Pero yo no soy como los demás hombres...

—Eso es verdad, Cayo. Una gran verdad. Tú no eres como nadie que yo haya conocido nunca... —declaró Virginia con una vehemencia inesperada que sobresaltó al propio Cayo Bárcena. ¿Qué querría decir Virginia con eso?

—Me alegro Virginia que lo reconozcas. Prueba de que es verdad es que lo primero que no siento son celos. Y lo segundo que no siento es una sensación de deshonor.

—Lo sé, Cayo, lo sé. No hay deshonor ninguno en esta turbulencia. Sólo hay ¿cómo diría? Un *faux pas*. Un fruto, me permito añadir, de la retardada juventud de Leonora. Una floración, quizá la última, de su sensibilidad lírica y profética. Si de mí dependiera, créeme Cayo, que daría la orden de que el Peluco cumpliese con Leonora, como el hombre joven que sin duda es. Pero no depende de mí. Estos tiempos no son ya los otros tiempos. Las personas del servicio son ya, gracias a Dios, individualmente independientes y no pueden ser guiadas, inducidas a realizar acciones que quedan más allá de sus empleos. Acciones, me apresuro a subrayar, que tendrían que llevarse a cabo fuera de las horas de servicio, en horas extra. ¡Ja! Es como cómico un poco esto que digo. Amaneradamente salvaje y cínico, yo no he sido nunca así. No soy así. En fin, Leonora tendrá que conformarse con sufrir el vía crucis horroroso de amar sin ser correspondida. A decir verdad, éste no es un vía crucis que yo haya tenido que sufrir. Yo no.

—¿Ah, no? —Cayo Bárcena no se había sentido nunca en su vida tan excitado como ahora. ¿Qué clase de monólogo inconsciente era éste que Virginia desgranaba? ¿Qué era este demoníaco

monólogo de la reserva reservada que desfiguraba a Virginia súbitamente como si de pronto, en vez de hablar con el noble y pausado tono de siempre, se hubiera puesto a gesticular sentada ahí en su butaca y todo se hubiese reducido a pura mímica invertida? ¿Cómo había podido ocurrírsele a Virginia decir de pronto todo aquello, llegando incluso a aseverar con una vanidad casi chulesca que ella misma no había padecido nunca el vía crucis de la pasión no correspondida? ¿Y la muerte qué? ¿Había Virginia hasta tal punto olvidado que su amante, desventrado allá en la lejanía y en la guerra no la había, en última instancia, podido corresponder en modo alguno? Por primera vez Cayo Bárcena en su vida, se encontró en esta ocasión sin palabras. Le pareció Virginia cínica de pronto, malvada, desafecta, endemoniada en una línea de alta comedia que rozaba el absurdo y la crueldad. Esto no era la Virginia Montes que Cayo Bárcena esperaba seducir aunque, por otra parte —tuvo que reconocer Cayo Bárcena— no dejaba Virginia de ser, en esta nueva fase, más seductora aún que antes, precisamente porque ahora se había hecho cargo de las riendas de la situación.

—Creo que estamos a la par ahora —declaró Cayo Bárcena tras un prolongado silencio—, creo que estamos en lo mismo, que nos hermana a ti y a mí una visión más alta del amor y el dolor que la vulgar del común de los mortales.

—Puede que sí, Cayo —repuso Virginia—, bien podría ser que sí, que fuese así. Aunque no se a dónde esto nos lleva. No creo que Leonora se conforme con nuestra plácida desilusión. La placidez de nuestro desencanto tendría por fuerza que desencantarla, odiarnos. Si Leonora supiera que entre tú y yo acabamos de sentenciarla a muerte, nos sacaría los ojos. En fin, amar sin ser amado, sin ser correspondido, es, supongo, el más horrible horror que yo concibo... Lo que no entiendo, Cayo, es por qué insistes tú, como has dicho al principio, en que este amor está desactivando a Leonora. Yo creo todo lo contrario, creo que ahora está a punto Leonora, en su sufrir, de dar de sí todo lo que hay que dar de sí para ver visiones. Ahora que gime y que suspira, seguro que es capaz de hacer que veamos lo invisible, o que lo oigamos, tú y yo que estamos fuera, de este lado de la franja, condenados a no traspasar nunca la gran puerta de la percepción, dar ese inmenso pequeño paso, que va del más acá al más allá. Ahora creo yo que es cuando Leonora, desesperada,

arrebolada, reducida a cero, puede prestar su gran servicio metafísico. Y es más, Cayo, creo que es un servicio que Leonora *me debe*, que los dos me debéis: hacerme ver ahora con mis propios ojos lo que no puede ser visto en las normales circunstancias de la vida: quiero ver a Casimiro, justo ahora. Justo esta tarde que Leonora se añoña, arrugándose en su dormitorio como una criada despechada. Que salga de ahí y que dé la cara: estoy segura de que ahora, en su desposesión, está a punto para llevar a cabo la gran transferencia de que tantas veces me has hablado. Leonora me lo debe y tú también.

XXXII

Mi muy querida y estimada Virginia:

Como puedes imaginarte no te he olvidado. No sólo eso, pienso en ti más que nunca. Y en mi rudeza de la última vez que nos vimos. No me he atrevido a llamarte. He escrito esta carta varias veces tachando lo que me parecía confuso o injusto. Nosotros no podemos ser injustos. Si tú y yo somos injustos se va todo al garete. No hay Dios, sólo estamos nosotros. Pero no basta ser justo en el hospital o con la gente que tratamos superficialmente. También nuestro corazón tiene que ser justo. Te sorprenderá que hable yo del corazón, yo que siempre te he hablado de la razón y del sentido común. Te hablo del corazón ahora porque temo haberte perdido para siempre. Si es así, es culpa mía. Me has oído hablar muchísimo de ginecología y otras cosas, también torpemente de amor, y más torpemente aún, de matrimonio. En cambio no sé hablar de sentimientos. Y menos contigo. Cuando te tengo delante se apodera de mí la timidez, no sé cómo llamarlo. Yo no soy una persona delicada ni sutil, estoy metido todo el día en cosas que requieren habilidad y buen juicio, y que cuanto menos sentimental se sea, mejor para el médico. Todo esto es para decir que estoy apenado y muy triste y que me culpo a mí mismo por cómo salió lo de la última vez, que salió mal por mi culpa. Te pido perdón porque estuve brutal y debí de parecerte engreído, debí de parecerte imbécil. Da igual que pienses que soy imbécil. Por favor, no pienses que no te amo. Te amo pero no sé cómo decirlo. Lo del matrimonio era una manera de decirlo, una manera pobre y convencional y además hay lo otro, lo que me dijiste de esa otra persona, ese pobre chico, que aunque no lo creas me conmovió mucho, aunque no lo manifestara cuando hablamos...

Es una carta larga. Escrita con la cuidada letra del doctor, que no tiene lo que ha dado en llamarse después *letra de médico*. Es una hermosa caligrafía, casi de copista, inclinada hacia delante, de rasgos firmes, el rasgueo de la pluma es rápido, conmovedoramente

tenso. Es una carta de otro tiempo, cuando se escribían largas cartas que tardaban días y semanas, y hasta meses en llegar. Y que se leían después, a solas, y que se llevaban en las carteras o en los bolsos o en los bolsillos de la chaqueta, para leerlas y releerlas en los parques o en los bancos de la calle. La presencia física de la letra del doctor Anselmo conmueve a Virginia como si contemplara sus ojos severos y oscuros o sus labios. Esta emoción de Virginia ahora no es del todo una emoción propia: no es como si Virginia hubiera estado pensando durante todo este tiempo en el doctor Anselmo y recibiera por fin ahora su carta. En este caso la emoción formaría parte de una continuación natural de la vida de Virginia: esperar una carta y por fin recibirla. O no esperarla, no haberla esperado, y recibirla por sorpresa y reconocerse en ella, o reconocer en ella la calidez de una voz familiar. No es esto lo que le ocurre a Virginia del todo. Se diría que se trata de una emoción pensada: como si Virginia leyera esta carta en una novela y dijera: qué bien escrita está, qué oportuna es, qué contento debe sentirse el personaje al recibirla. Pero Virginia añade: pero yo no soy el personaje que recibe esta carta. Yo leo esta carta que ya no me alcanza. La lectora que lee esta carta y yo misma sólo coincidimos por casualidad. Yo ya no soy esa Virginia Montes que fue a buscar al doctor Anselmo al hospital de San Rafael, que se paseó con él por Puerto Chico. Aquella Virginia aún sabía quién era, y sus vagas aspiraciones de participar en la vida activa, de llegar a ser incluso una buena socialista, una enfermera, alguien que sirve a su comunidad, todo eso ya no existe. Yo ya no deseo nada. Ahora soy una energía disuelta en la curiosidad malsana del allende. Ahora soy alguien de la policía que quiere ver si el pasaporte de los Bárcena está o no está en regla. Ahora soy una persona que ha decidido tomarles la palabra a los Bárcena y creer el credo. Lo que los Bárcena dicen es más o menos lo que dice el credo. Pues bien, yo no creo el credo. Nunca lo he creído. En cambio ellos, que tampoco creen el credo, vienen a decir lo mismo: *expecto resurectionem mortuorum.* Eso significa que los muertos no están muertos. Que están en alguna parte esperando ser llamados. Yo no lo creo, pero se me ha dicho que lo crea. Y se me ha dicho que se me puede hacer ver, pues quiero verlo. Todo lo demás en este mundo no me importa nada. Yo no soy la Virginia de hace unos meses a quien el doctor Anselmo

cree haber ofendido, cree haber amado. Virginia siente una gran violencia ahora, como un vendaval, el viento sur que rompiera los cristales de los miradores. Que se le metiera, tarambana, verde y alcohólico, indocumentado y sucio en casa: este vendaval que arrasa los sombreros y que arranca los tilos de los grandes jardines de la Vega del Pas, arranca también toda dulzura del corazón de Virginia, toda compasión por sí misma, que es nuestra primera compasión y que nos sirve para encender y entender todas las otras compasiones por los otros. Virginia no siente ahora ninguna compasión. Sólo siente que lee una carta que un desdeñado amante dirige a su amada en busca de, quizá, una nueva oportunidad. Ya no hay nuevas oportunidades. Casimiro no tiene ya ninguna oportunidad de existir o ser resucitado. Es la hora de la muerte, la dulce muerte que borra toda identidad, todo vestigio de las personas individuales y de sus esperanzas y de sus recuerdos. La muerte puta y blanca que lo olvida todo para siempre. En la medida, sin embargo, en que Virginia lee esta carta del doctor Anselmo como una protagonista de una novela lee una carta en una novela, la carta del doctor Anselmo la conmueve. Una interesante emoción reducida, puesta entre paréntesis, una emoción sin propietario y sin sujeto, una intensa emoción que se alimenta de sí misma como un fuego fatuo. La carta prosigue dos folios más. Son las doce de la noche, es un suave otoño montañés. Resbaladizo. Más frío de lo que parece en su blanda humedad neblinosa. Se oye el mar en Campogiro, o parece que se oye. Se huele el podrido portuario, o parece que se huele. Huele a puerto y a verde. La noche acostumbra dulcemente a la conciencia a su desunión, a su conflicto, a su irreparable pérdida de sí. Virginia desearía haber sido alguna vez aquella chica Montes que se enamoró perdidamente del hijo de Manuela. Que se acarició con él en el portal de atrás tímidamente. Que pensó que besarse en los labios, las orejas, el pelo, las manos una y otra vez, era el amor, todo el amor que nunca moriría. Ahora es una chica entrada en años que ha dejado de ser ya un buen partido, que está volviéndose una rara y que tiene intención de cobrar a sus huéspedes el peaje correspondiente a unos cuantos meses pasados en gran comodidad. Ahora nada la divierte ya de pronto. *We are not amused*: nunca ninguna reina fue tan clara e injustamente regia como *queen* Victoria cuando decía eso. ¿Qué

pasa? Virginia ha abierto de par en par la ventana que estaba antes sólo entreabierta. Se asoma en camisón y ve la densa noche sin ninguna luz. Allá se adivina la Peña Cabarga, encima de Campogiro se encima, precipitante, Peñacastillo, como un animal jorobado. La muerte es lo único que era. Fue siempre lo único que había, separada de las caricias del portal de atrás por el tenue hilo de la vida mortal. Nadie merece la menor piedad. Ni Virginia tampoco. La idea de terminar de leer la carta le cansa ahora. Deja caer la carta al suelo. En el suelo la carta resplandece como una muñeca trastabillada. Tal vez mañana terminará de leer la carta Virginia. Pero mañana no será otro día. No hay más días. Virginia lee una última línea disponiéndose a no dormir toda esta noche: *Quisiera, Virginia, que por favor volviéramos a hablar. Todo no está acabado. Todo está por hacer entre nosotros. Tan torpe soy, tan torpe ginecólogo soy, que no sé dar a luz mi propio amor por ti.* Virginia hace una mueca rara con la boca, como alguien que trata de sacarse un trocito de comida que se ha quedado entre los dientes.

La noche es débil por sí sola. Virginia ha creído —como un poeta romántico de medio pelo— que basta un estado de ánimo vehemente para construir una noche. Virginia ha creído que su vehemencia de ahora habilitaría la estancia, volvería significativa la cama que abrió a última hora de la tarde la doncella —la enamorada del Peluco—. Creyó que bastaría el aparentemente sedoso y humano corazón sensorial de la noche de Campogiro para hacerse sitio y conferirse a sí misma una significación incuestionable. Pero la noche, sin dejar de serlo, se escapa de entre las manos de Virginia como la vida de un corazón arrítmico. Hay una gran diástole que es como un bostezo, un desafío objetivo en los neutrales enseres de la habitación, las cortinas, la chimenea apagada (a principios de otoño en Campogiro se apañan en los dormitorios con braseros y estufillas eléctricas), el escritorio, el tintero, los papeles de cartas con el nombre de Virginia Montes y el escudo familiar impreso en ellos, los pocos recuerdos de una vida sosa, no muy comunicativa, que no incluyen ningún recuerdo físico de Casimiro; casi, por cierto, es esto preferible: una foto de Casimiro, una camisa suya o un pañuelo suyo se contagiarían de inanidad esta noche. Hay algo insulso en el croar de las ranas del estanque, como si Virginia hubiese abierto de repente una puerta

contando con descubrir un secreto, cualquier secreto por tonto que sea, un beso del Peluco y Matilde en el cuarto de plancha, un hurto doméstico, un uso indebido a una hora intempestiva del teléfono del despacho: Virginia acaba de abrir la puerta de la noche y sólo se topa con la porosidad fresca, liviana, de la indiferencia objetiva del mundo anochecido. No hay nada, no hay nadie, no hay ningún secreto que desvelar, ninguna revelación, ni siquiera trivial, sólo el tictac del historiado reloj de la repisa de la chimenea de mármol, que no se precipitará en ninguna extrasístole o en un súbito paro cardíaco. Queda toda la noche por delante como la devanadera de la insignificancia de toda una vida. Es tan nítida esta impresión que, sí, es en cierto modo equivalente a una novedad ontológica: la noche y su paisaje rehuido no es un estado del alma, es simplemente la noche. La noche es la noche. Una fracción insomne de las veinticuatro horas del día que no pretende decir nada. Pero que no invita al sueño tampoco. Tanta indiferencia es inquietante de por sí. Por un instante, Virginia se vuelve a los Bárcena como al refugio imaginario que por una breve fracción de tiempo creyó que constituían. Los imagina de nuevo almorzando y cenando con tan buen apetito. Imagina a Leonora nadando, haciendo la plancha. Jadeando en el empinado trayecto que va de la veranda del estanque a la casa. E imagina a Cayo Bárcena diciéndole a Virginia que la ama y sorprendiéndose de que Virginia, como es natural, sólo se comprometa con una sonrisa. E imagina a Leonora recitando a Espronceda o entrando en trance. Y a Cayo Bárcena apoyando uno o dos dedos en el sillón de Leonora, como quien desea respetuosamente participar de un momento único. E imagina a Leonora ofreciendo su pegajoso amor al Peluco, que no entiende de qué habla Leonora, y que, cuando por fin lo entiende, se hace respetuosamente a un lado y piensa que Leonora es una vieja gorda. Imagina a Leonora revolviéndose en el lecho conyugal, impacientando al marido con unos suspiros, que lamenta que ha perdido la juventud y quizá el atractivo, pero no el deseo de ser abrazada por los brazos de un mozo de cuadra. E imaginar toda esta copiosa trivialidad como quien deslía una aspirina en una cucharita de agua sólo trae consigo una momentánea gratificación cómica, como la de quien destapa una mentira que alguien acaba de decirle y que, una vez destapada y puesto el mentiroso en evidencia, deja

un cierto regusto autosatisfecho en el descubridor, como quien adivina un acertijo no muy difícil, o como quien recuerda repentinamente un nombre propio o la dirección de una tienda que ninguno de los presentes atinaba a recordar. Entonces Virginia repara de nuevo en la caída carta del doctor Anselmo. La recoge y se sienta en el escritorio a leerla. Ahora la cuidadosa caligrafía del buen doctor, junto con su fluida palabrería intravenosa, le produce una ligera cefalea, como el sentimiento de volver a oír una misma anécdota y tener que esforzarse en hacerse de nuevas, fingir interés, pasar el azucarero, servir una tercera taza de té. Un aburrimiento impetuoso invade a Virginia, que lee ahora en voz alta, no muy alta, como quien cuenta hasta cien, o hasta mil para dormirse.

... porque te amo. Ahora es cuando me doy cuenta, al haberte perdido por mi culpa, que mi altivez del otro día, mi dureza de corazón, mi despecho, fue como un tic nervioso, un movimiento reflejo. Una incidencia intestinal peristáltica y no el fruto de la deliberación... quisiera, Virginia, volver a hablar contigo y examinar los dos juntos este caso tan triste, esta tragedia de la muerte de tu pretendiente, ese pobre soldado...

La palabra *pretendiente* irrumpe en la conciencia de Virginia como una bofetada. ¿Cómo se atreve este ignorante a usar esa rebuscada y amanerada y anticuada expresión para designar lo que fue Casimiro? ¡*Pretendiente,* fue lo único que no!

XXXIII

No fue fácil. No es fácil. Fue difícil. No fue fácil. No es fácil. Era bastante difícil en realidad. Y todos nosotros estuvimos a punto de decir que no y no ir. Porque era una locada, era un capricho de Virginia. No podía leerse de ninguna otra manera. Gabriel Montes recibió la citación por teléfono a las cuatro y pico de la tarde, y lo único que dijo: Virginia tú estas loca. Tuvo que desdecirlo después porque al fin y al cabo era un honor. Y Gabriel Montes era sensible a los honores tras haber sido nombrado de palabra conde de Sahagún por su majestad el rey en una velada memorable en el palacio de la Magdalena. El rey, don Alfonso, le dijo: claro, puedes, por supuesto, usar el título, Gabriel, faltaría más. La confirmación ya te la mando de mi puño y letra cuando volvamos a Madrid. La inclinación, la reverencia de Gabriel fue tan limpia, tan sincera, que toda la corte estival se enjugó una lágrima del rabillo del ojo. Porque no había ahí la menor malicia, sólo clara devoción monárquica y respeto. Tuvo lugar en el salón de música del palacio de la Magdalena, dorado y blanco. Se oían las gaviotas y el fuerte golpe de las velas y de los remeros en las ciabogas. Fue limpio y puro el nombramiento aquél, sin papeleo. Hasta su muerte, bien entrado el siglo xx, recordó Gabriel Montes la fea cara borbónica de don Alfonso XIII y la sonrisa de doña Victoria Eugenia de Battenberg. Así empieza un relato fascinante. Un relato de devoción borbónica, de un amor imposible por el imposible rey de España, ese rey contradictorio que fue don Alfonso XIII. Yo recuerdo el corazón del cielo. Recuerdo Mouro, Mogro, recuerdo los veraneos regios y recuerdo la melancolía que me precedió releyendo a Leopoldo Rodríguez Alcalde. Recuerdo a Tanitos Abarca y recuerdo el violonchelo de Gabriel Montes, su entusiasmo, su juventud, sus corbatas de rayas, su melancolía. Cuando yo era niño, en la calle de atrás veía a Gabriel Montes encorvado, elegante como nadie, contemplando las frutas escarchadas de La Negrita como si tuviera

hambre, y las anguilas de mazapán en Navidades que ocupaban todo el escaparate de la injusta posguerra. Cuando todos nosotros nada entendíamos de Franco y éramos unos pobres niños bien. Solitarios y gratuitos, como los gratuitos de los padres escolapios. A Gabriel Montes le sorprendió el telefonazo de su prima hasta tal punto que dijo: ¡Pero, Virginia, estás como una cabra! Y luego preguntó:

—¿Y también quieres que Anselmo esté presente? ¿Es una venganza? ¿De verdad estás segura de que no te estás volviendo loca, con perdón?

—No —dijo Virginia fríamente— no es una venganza. Tenemos necesidad de tener aquí un escéptico total. Alguien que no nos crea. Alguien que crea que lo que hacemos es basura. Necesitamos la presencia vigorizante, Gabriel, de alguien que crea, como cree Luis Anselmo, que todo esto, los Bárcena, lo sobrenatural, la comunicación con los difuntos, es basura mental. No basta con que yo también lo piense. Porque yo soy juez y parte. Necesitamos alguien duro como una piedra que no pueda ser atravesado por la dulzura de la falsificación espiritista. La esperanza mortal de la comunicación con los espíritus. Yo, Gabriel, necesito a alguien, además de ti, que eres mi primo del alma, necesito a alguien que no crea en la absoluta expansión de la conciencia más allá de los límites de mi conciencia, el reino de las sombras...

Tan grave y conmovida era la voz de Virginia, la voz telefónica, que Gabriel Montes se acordó de Brahms. Sus conciertos de cámara dubitantes, adolescentes, desgarrados, y dijo:

—Se hará como tú dices, Virginia. Se hará como tú quieres. A toda costa. Tengas o no tengas razón, tienes razón. Yo te doy la razón la tengas o no. Allí estaré. Allí estaremos Luis y yo. Entre otros motivos porque sin nosotros temo por tu vida. Vivir, Virginia, es lo único que cuenta en esta triste vida que se nos acaba a todos.

Gabriel Montes estaba tan emocionado aquella tarde que le dijo a Luz: No me preguntes nada ni por qué. Virginia está como una cabra y yo también. Si ahora nos muriéramos los dos, Luz, daría por bueno todo lo que he vivido y dejado de vivir. No me preguntes por qué te digo esto, estoy haciéndote el mejor resumen que sé hacer de lo imposible real, lo absurdo que Virginia, mi prima del alma, representa.

Fue difícil y también fue —curiosamente— fácil, la selección de las personas que habían de acudir a la *séance*. ¿Quiénes tenían que estar y quiénes no? Virginia decidió que todos tenían que estar, que no faltara nadie. Ahora que todo estaba al aire, ahora que todo había sido dicho —¿por qué tenía Virginia Montes la impresión de que no había ya ningún secreto que guardar?—, ahora que no había un más allá de la *séance,* era hora de reunirlos a todos y dar la explicación innecesaria, la que nadie había pedido, la terrible.

Tenía que estar Manuela, a título de madre del difunto. Tenía que estar Virginia, a título de novia del difunto. Tenía que estar Leonora de Bárcena a título de médium. Y Cayo Bárcena a título de intérprete. ¿Quién más tenía que estar? Tenían que estar Matilde y el Peluco, a *contre-coeur*. Dado que Leonora de Bárcena había tenido con el Peluco aquella cosa que había quedado en nada, pero que había despertado en el Peluco un no-se-qué-que-queda balbuciendo, tenía que el Peluco estar presente a título de muermo y de acicate de Leonora —una dimensión penitencial— por expreso deseo de Cayo Bárcena, que dijo que el amor no pronunciado y no saciado era un fortísimo elemento de la comunicación con el no ser y con la nada —o cosa que lo valga—. Y dijo Cayo Bárcena:

—Mira, yo, Virginia, no soy nadie. No soy quién. Pero sí soy una como conciencia desvelada: a título de tal te digo que Leonora, mi esposa, necesita de estos dos, los dos, Matilde y el Peluco, para sufrir viéndolos juntos mientras dura la *séance*. Leonora tiene que sufrir, tiene que padecer y que sufrir. Y no hay mayor dolor que ver amarse a quien tú amas que no te ama. El mayor dolor es ése, no hay mayor dolor.

Y dijo Virginia:

—Así es. Esos dos tienen que estar quieras que no. Son al fin y al cabo mis criados. Así que se les dice: ustedes vienen. Y ellos vienen. ¿Quién más viene, quién más tiene que venir, Cayo, en tu opinión?

—Pues nadie más, ya somos ocho.

Y eran ocho: Gabriel Montes, el doctor Anselmo, Manuela a título de madre, Virginia a título de novia, Cayo Bárcena y Leonora de Bárcena a título de excepcionales comunicadores con el más allá y Matilde y el Peluco a título de cruz: para que Leonora de Bárcena sufriera mientras entraba en trance y daba a luz la aparición del no

ser y de la nada en que se había convertido Casimiro, el hijo de Manuela.

—¿No será un poco de gentío, Cayo? —preguntó Virginia, quizá con mala idea.

—Un poquito, puede, sí. Pero no si se tiene en cuenta que Leonora al Peluco aún le ama, aún le desea. Y sabe ya que *rien de rien.*

Esto del *rien de rien* hizo reír a Virginia con una gran crueldad, como reconoció ella misma. *Rien de rien.* Era una variante metafísica del fracaso que con certera intuición había Cayo Bárcena, el ex seminarista, percibido: tras tantos años de blandenguería y ligues lelos, ahora Leonora iba lo indecible a confrontarlo, iba a sufrirlo. Más valía que lo tuviera a mano, enfrente, puesto que aún le amaba, aún le veía ordeñando las ubres de las vacas que venían a ser —salvadas las distancias— las propias ubres de Leonora de Bárcena no ordeñadas nunca a plena satisfacción de la persona. Y dijo Virginia:

—Una cosa buena que tiene Campogiro, la abuela lo sabía, es que no hay más allá ni más acá, estamos encerrados aquí, encarcelados aquí, clausurados aquí como monjitas. Detrás Peñacastillo, el jorobado monte con sus eucaliptos que don Marcelino trajo a Santander creyendo que hacía un bien a la provincia porque hacía falta más madera, y luego resultó que el eucalipto es un horrible árbol canceroso, que todo se lo come, cuya belleza, cuyo olor, que cura los catarros, sólo se percibe cuando uno no tiene ya esperanza de sobrevivencia ninguna, ni recuerdos. Como yo no los tengo. Yo no tengo recuerdos ya que valgan nada. Sólo mi excepcional deseo de morir. Deseo morir. Pero deseo al mismo tiempo ver a ver si hay alguien detrás, alguien, el único, mi excepcional y pobre amor, mi Casimiro. Eso es lo que deseo, ver a ver si existe o no, cosa que me dijeron en la catequesis no se dónde, que existíamos después de muertos y después de haber perdido todo significado y todo signo de ser quienes éramos, las pobres criaturas instantáneas que no tuvieron tiempo ni de acariciarse en el portal de atrás. Porque la vanidad del poder exigió guerras y colonias y Marruecos y qué se yo qué más. Así que ahora ha llegado la hora de hacer ver que no hay nada detrás de la muerte, ni delante. Sólo el fracaso de todas nuestras vidas... ¿No vale la pena hacer ver eso?

¿No vale la pena hacer ver la fundamental falta de sustancia de todos los anhelos de este mundo, incluidos en primer lugar los míos, los más pobres, deudores de la nada? No tengo intención de proseguir después, de perpetuarme, de ser llorada, de ser amada. De haber sido importante para nadie. No he sido importante para nadie. Y mi muerte será tan dulce como beber un vaso de agua un día de calor, lo que se olvida una vez sido, una vez bebido, un buen vaso de agua fresca y neutra... En el cómputo total, haber sido y no haber sido, es lo mismo. Así que, a ver... porque, sí, sí, me gustaría volver a verle aunque sólo fuera imaginariamente, durante un instante, y abrazarle, acariciarle el pelo sucio que yo amaba, las orejas que amaba, el olor a sudor que amaba. ¡Ea! He pagado por todo esto, lo he comprado. Yo soy hija y nieta y biznieta de comerciantes. Tengo derecho a disfrutar de lo que compro, aunque comparado con la inmensa muerte no sea nada en absoluto...

A Cayo Bárcena le pareció que este monólogo de Virginia no era propiamente una continuación de lo que acababan de hablar acerca de si ocho habían de ser muchos o pocos invitados. Fue una reflexión general sobre Campogiro, emitida a media voz pero con gran claridad prosódica, de tal suerte que Cayo Bárcena, mientras la oía, tenía la impresión de que Virginia recitaba un pasaje aprendido de memoria. Y tuvo también la sensación de que aquella manera tan rotunda de exponer un asunto tan oscuro no podía proceder sólo de la conciencia de Virginia, sino que tenía que estarse dando una hibridación inconsciente de la conciencia de Virginia con la conciencia en general. No es esto —pensó Cayo Bárcena— una explicación, sino una hipótesis. Forma parte de la inminencia que recarga el ambiente, como la electricidad que precede a las tormentas de verano. Y era cierto que, por todo Campogiro, desde las vacas a los mozos de cuadra, al servicio doméstico y a los huéspedes, se había extendido un recogimiento cuaresmal de Lunes Santo. Una no-comunicación comunicativa, como un aura epiléptica generalizada que hacía que los personajes bajasen la voz en la cocina y las demás dependencias de la finca, que cocearan las yeguas y parecieran enlutados, y no sólo nublados, los extensos prados esmeralda, y el agua dulce y salada del estanque más alta incluso que de ordinario, chapoteando contra el piso de madera de la veranda, como en el preludio de una inundación: a imagen de un

aguafuerte de pequeño tamaño impreso en París que Virginia tenía en su dormitorio, titulado *L'approche de l'orage*. Cayo Bárcena se sintió intimidado tras oír a Virginia. Pero a la vez se sentía estos días mejor que nunca: realizado, según suele decirse, en lo más olfativo de su paleocórtex, a sabiendas de que estaba a punto de precipitarse sobre todos ellos un acontecimiento ultrasensorial: como si las almas de los muertos pudiesen servirse de las cosas de los vivos, pudieran salir de sus receptáculos e interesarse por nosotros. Y recordó entonces Cayo Bárcena también una argumentación de San Jerónimo que cita Santo Tomás de Aquino, según la cual: *Si el diablo y los demonios vagan por el mundo entero, y con gran velocidad se presentan en cualquier sitio, los mártires, después de haber derramado la sangre, ¿van a quedar encerrados bajo la piedra y sin poder salir de allí?* Y esto venía a cuento, sin duda, porque el pobre Casimiro era un mártir de la patria. Esta idea de los santos y de los demonios saliendo de sus receptáculos fascinó a Cayo Bárcena en su juventud: le pareció una explicación de tantas comezones, husmos y sospechas como su alma catequizada desde niño siempre había supuesto. A esta emocionante sensación de que algo iba a pasar se unía en Cayo Bárcena la de que había llegado por fin su gran momento. De aquí que fuese él quien insistió en que el doctor Anselmo estuviese presente en la *séance*. Por fin iba a tener una oportunidad de demostrar lo que sabía. El señor Bárcena se sentía, pues, muy reavivado y despierto, como un estudiante que ha estudiado mucho y se sabe todos los temas de memoria y desea que llegue el día del examen porque la realidad será siempre un examinador mucho menos riguroso que la posibilidad y que la angustia. O al menos eso es lo que Cayo Bárcena creía en los días que precedieron a la *séance*. Tan tenso y entenebrecido estaba todo, y calmo, que Cayo Bárcena dio en bajarse solo a la veranda y sentarse allí a solas a contemplar las inquietantes aguas, siempre altas y repletas. Y de este modo repasó su vida: la prolongada inconsecuencialidad de su vida conyugal con Leonora, que no había sido, sin embargo, melancólica, sino más bien gozosa en su *low key*. Y de toda su vida, en lo que más pensaba era en la paradoja de que él mismo no creía en lo que hacía que creyeran los demás: no obstante lo cual, sí que consideraba —de ahí que se considerara un original hombre de ciencia— que había en sus opiniones o creencias

una fundamental convergencia de indicios, apoyada en autoridades de prestigio, entre las cuales destacaba el admirable William James. Este notable personaje había reflexionado, con considerable seriedad, en las reuniones de la Society for Psychical Research (creada hacia 1885) acerca de las manifestaciones mediáticas de los médium. Y había sopesado la evidencia de la existencia de lo sobrenatural en oposición a la terca negativa de los científicos de su época a admitir cosa semejante. Cayo Bárcena se sentía un poco un heredero español de Williams James, especialmente en lo relativo a lo que éste denominaba *the personal view of life, to distinguish it from the impersonal and mechanical.* La vida con Leonora no había sido, ciertamente, ni impersonal ni mecánica: había sido personal y repleta de incidentes para los dos. Esta reflexiva tarde de otoño, con tantísimo encimándosele encima, el señor Bárcena consideró que en conjunto habían vivido los dos una vida matrimonial plena, con subsecciones extraconyugales, por parte de ambos cónyuges, sin mayor importancia. Estas discontinuidades de la pareja habían sido en el fondo la mejor defensa del vínculo, como una prueba objetiva de cuánto pueden distanciarse en busca de sus respectivos fines eróticos dos personas que entre sí no se han distanciado nunca mucho. Para un hombre que desdeñaba la verificación intersubjetiva de casi todas las proposiciones derivadas de su peculiar sabiduría, esta confortable apelación al testimonio independiente tenía esta tarde un considerable valor. Tanto no haber Cayo Bárcena amado del todo nunca a sus amantes, como no haber Leonora del todo nunca satisfecho los anhelos extramaritales de su feminidad, resplandecían en el atardecer con la presencia vibrante de unas piedras preciosas —quizá semipreciosas— que demostraban que era oro todo lo que en el fondo relucía en el corazón de los Bárcena. ¿Era oro o no era oro? El señor Bárcena decide esta tarde que hay una línea imprecisa entre el periodo viajero, de recién casados de los Bárcena, y su asentamiento más o menos definitivo en España y, por fin, en cabo de Ajo. Todo lo relativo a los viajes lo subsume Cayo Bárcena bajo el concepto de juventud: todo lo relativo al asentamiento lo subsume Cayo Bárcena bajo el concepto de madurez y experiencia. De toda esa experiencia, lo más notable fue la deriva de los dos hacia una versión, quizá no del todo estricta, del espiritismo europeo y transatlántico: que

Leonora tenía que tener poderes fue una convicción que empapó al matrimonio tras una prolongada estancia en Méjico. Allí estaba la logia Aura, trasladada a Veracruz en 1901. Allí, a la luz de la *sabiduría divina,* se comparaban religiones, filosofías y ciencias. Que los Bárcena aprendieran algo o mucho de todo aquello es difícil de decidir a estas alturas. Y esta tarde de otoño en Campogiro, Cayo Bárcena no está elaborando un currículum vítae, lejos de ello: más bien —por emplear otra expresión latina muy del gusto del señor Bárcena— una *apología pro vita sua.* Que esta apología sea necesaria en este instante dimana del hecho de que Cayo Bárcena ha dado ante Virginia un paso que no tiene vuelta atrás, al comprometerse a lo que se ha comprometido. Y, sobre todo, al invitar expresamente al doctor Anselmo a título de científico y de escéptico. Bien pensado, empeñarse en que asistieran el Peluco y Matilde fue una ocurrencia menor, sólo un poco cruel, pero dictada, a fin de cuentas, por el deseo de tener a Leonora, en el momento del trance, a la vez concentrada y desasosegada: insistir, en cambio, en la presencia del doctor Anselmo fue un acto de gallardía, como citar al toro los toreros. Una duda asalta a Cayo Bárcena: ¿será el pobre Casimiro un difunto suficientemente planificado para el caso? Leonora de Bárcena había dado muestra en diversas ocasiones —con una cierta ayuda, todo hay que decirlo, de sus dotes escénicas— de llevar a cabo una convincente escenificación de la transacción fantasmal. Cualquiera que tuviese la paciencia y la seriedad de dejarse guiar podía invocar a *su* difunto y obtener, con la mediación de Leonora, una titilación equivalente a un contacto y, en ocasiones, una frase o un par de frases que los interesados gravemente tenían que reconocer que procedía única y exclusivamente del difunto mismo, puesto que Leonora no tenía, que se supiese, fuente independiente de información. El propio Cayo Bárcena admiraba a su mujer en esos trances. Lo único que ahora le inquietaba era que el pobre Casimiro no estuviese, en cuanto difunto, a la altura de las circunstancias. Para Cayo Bárcena, como en su día para William James, era innegable que tenía lugar una cierta forma de transferencia de personas ausentes a personas presentes, incluso si las ausentes habían dejado ya esta vida. Los difuntos con quienes se había comunicado Leonora hasta la fecha habían sido en vida personas más o menos cultivadas, educadas.

Personas acerca de las cuales resultaba verosímil hablar, como William y Henry James hablaban con respecto a su madre, de una *intesified conciousness* que hacía posible la comunicación. Casimiro, claro está, no es verosímil que tuviese, ni vivo ni difunto, una conciencia intensificada de ese estilo. Esto dificultaba la transacción sin duda. Cayo Bárcena no ha podido menos que comentar este extremo con Virginia días atrás. La reacción de Virginia no fue fácil de entender y, desde luego, no fue amable:

—Me sorprendes desagradablemente, Cayo —dijo Virginia—, con esta ñoñería aristocrática de que hay conciencias de difuntos más y menos intensificadas o preparadas para la transacción. Como la socialista que he querido ser, no estoy dispuesta a aceptar semejante injusticia. La conciencia de Casimiro, que me bastó y me sobró a mí para hacerme feliz cuando vivía, tiene que sobraros y bastaros a Leonora y a ti para comunicaros con él.

Cayo Bárcena se disculpó y fue parado en seco por Virginia. Esta brusquedad formaba parte también de la especial atmósfera, la inminencia de lo que iba a suceder.

Se siente debutante el señor Bárcena estos días y Leonora se siente desmadejada en paralelo. Hay que sentirse así, Leonora —susurra Cayo Bárcena—, tú lo sabes. En estos momentos proemiales: tienes que sentirte, tú lo sabes, dejada, dada a luz, aliviada, liviana, extractada de ti misma, como una frase poética que se nos viene de pronto a la cabeza sin que sepamos el porqué, flotante, abandonada: en esto, Leonora, bien te viene no haber recientemente sido amada: este chico, este mozo, este Peluco, que Dios tenga en su gloria, era la vida sensorial y terrenal que a todos nos distrae y enhechiza, a mí el primero, pero que no da de sí, no da de sí, Leonora, tú lo sabes. Yo sé lo que es sentir esta atracción: las piernas y las nalgas del muchacho, el olor de la pana de sus pantalones de faena. Esto, Leonora, yo lo sé, lo huelo. Yo, tú sabes, que no llego donde llegas tú. Sólo llego justo antes, justo a la franja llego yo. En el mundo empírico y torturador yo me quedo y tú te pasas, te traspasas a la otra dimensión, a la sagrada dimensión, donde el amor y el dolor son experiencia viva, carne viva, despojada ya de carne y hueso... A este tenor podía Cayo Bárcena atenerse horas y horas. Y lo hacía. Entendía el señor Bárcena que su mujer era en gran medida una criatura telúrica colindante con las entrañas de la tierra y las del

cielo —que se hayan, según Swedenborg en perfecta correspondencia espiritual—. Había a Leonora que amansarla antes de las sesiones. Y más en este caso en que tanto estaba en juego. Todo estaba en juego: el amor y la benevolencia de Virginia y los confortables encantos de Campogiro para empezar. Y la continuación de la vida de los Bárcena. Tenían que persuadir a Virginia de que en ellos, mediante ellos, el puente que transcurre o se abalanza de la vida a la muerte, de la muerte a la vida, podía transitarse. En compañía de ellos dos Virginia lo tendría garantizado. Así que la preparación mental y física de Leonora tenía que ser llevada a cabo cuidadosamente. Tenía que procederse, ante todo, a una sanación, a una curación por la palabra para que el dolorido ego de la despechada Leonora sufriera sin sufrir. Y esto —Cayo lo sabía por experiencia— requería como de un ensalmo, de una redefinición del matrimonio en una línea espiritualizada, como la conjunción de dos compañeros unidos en una sola carne gracias a la compenetración de alma y cuerpo. Esto del matrimonio espiritual, susurrado por Cayo en el predormir de cada noche durante toda una semana, realmente suavizaba a Leonora: la desmadejaba, la soltaba, la flexibilizaba, la hacía suspirar de cuando en cuando, con suspiros profundos espaciados, que tenían un punto vaginal, venían un poco a ser como jadeos, aun cuando los esposos castamente tumbados ambos en el amplio lecho que Virginia había dispuesto para ellos en el dormitorio principal de Campogiro, ni siquiera se rozaran. Tenía que tenerse presente lo recientemente deseado —el Peluco en este caso—, expresado con toda la solidez de especificación posible: lo que a Leonora le gustaba más: lo que más la hubiera deleitado de haberle por fin echado mano tenía que ser dicho en este semitrance proemial, pronunciado a efectos de autocuración hipnótica. No era, no, la primera vez que esto se hacía. Lo había Cayo Bárcena ensayado en otras ocasiones, con ricas compensaciones en la línea de la sedación: el Peluco es alto —piensa Leonora en esto—, más alto de lo corriente incluso entre estos mozos altos montañeses. Cuando se pone en pie, su abundante cabeza, con su gorra de paño, sobresale incluso por encima de la testuz de una vaca de leche. Y en correspondencia, las piernas son muy largas y los brazos son muy largos y las manos son muy grandes. Tú que le has visto tantas veces ordeñar las vacas, Leonora,

sabes eso, tú lo sabes. Y gemía Leonora vaginal a la vez que espiritual. Hasta llorar de anhelo y pérdida, esto sin moverse ni un milímetro los dos, la suavizaba intensamente y hasta la dormía, como una nana erótica. Entonces venía una letanía: y tú le amabas, Leonora. Yo le amaba, Cayo. Tú le deseabas. Yo le deseaba. Él no te quería. Él no me quería. Y te hubiera querido tal vez en otro tiempo. Me hubiera, tal vez, querido en otro tiempo. Pero ahora no. No, ahora no. Y por eso sufres. Y por eso sufro. Y por eso renuncias. Y por eso renuncio. Para alcanzar la sede espiritual de los anhelos donde la vida se junta con la muerte y se puede pasar de un lado a otro —concluía Cayo Bárcena—.

De la misma manera que el bebedor habitual bebe y bebe hasta que llega el clic: de la misma manera que el fotógrafo tira y tira fotos hasta que ve la foto del perfecto clic, así Leonora, trago tras trago, foto tras foto, alcanzaba por fin el clic: la sedación. Y entonces se dormía. Cayo Bárcena, en cambio, no lograba nunca conciliar el sueño después de estas sesiones proemiales. Él mismo entraba un poco en trance por contagio. Se trataba de que el día señalado, cuando los ocho se reunieran en la sala, Leonora pareciera y fuera una sonámbula.

XXXIV

Se decidió que fuera un día de diario. Después de la merienda-cena, que se serviría hacia las siete para que diese tiempo entre ocho y nueve y media de hacerse la composición de lugar, la composición mental, de todos los asistentes. A esta merienda-cena estaban invitados, como es natural, Gabriel Montes y el doctor Anselmo. Leonora dijo que se quedaría en su habitación hasta el último momento. Que tomaría un caldo ligero con un huevo escalfado. Cayo Bárcena decidió que sería preferible celebrar la sesión en el comedor, cuya mesa, una vez desprovista del tablero central, resultaba ovalada y podían disponerse alrededor ocho sillas iguales. El comedor de Campogiro era, además, un lugar afectado de una cierta penumbra innata. Su lámpara central de cuatro bombillas, que podían reducirse a dos o a una, se prestaba con facilidad a un velamiento. Una vez recubierta la lámpara con una tela roja, despedía una luz brumosa, móvil, que recordaba un poco —todo el comedor lo recordaba— el pulso de las aguas del estanque. El Peluco preguntó en la cocina si tenía para la sesión que cambiarse el traje de faena por el traje de pana negra de domingos y festivos. Y se le dijo que mejor que sí, y también que se afeitara. Se afeitó aquel día, pues, dos veces: temprano por la mañana antes de venir al trabajo y luego otra vez, cuando bajó a cambiarse, volvió a darse un repaso. Manuela y Matilde podían asistir con sus uniformes de diario, sólo que, por la solemnidad de la sesión y el verosímil frío que en un momento dado había de sentirse, más valía que trajeran las dos cada una una rebeca. Matilde se sintió durante todo el día sobrecogida y casi incapaz de concentrarse en sus tareas. Afortunadamente, la merienda-cena era fácil de servir. Después de merendar, los señores pasarían un momento a la sala a esperar a que Matilde anunciara que estaba ya todo dispuesto. El Peluco se instaló en la cocina con mucha anticipación: a las siete de la tarde ya estaba sentado en la cocina, estorbando un poco quizá, pero

imprimiendo a la escena cotidiana una cierta solidez como de campo. Se había puesto también una camisa limpia sin cuello con un botón de pasta que cerraba el ojal. Se había peinado, estaba guapo. Matilde se sentía como en casa en la cocina esa tarde. Casada por así decirlo, más, de hecho, que cuando se casó un año después en la iglesia de Peñacastillo. Por comparación con esta velada, la boda aquella —con lo que pasó entretanto— resultó fúnebre y lloraron todos mucho, como en el funeral retrasado que de hecho acabó siendo. La sensación de placidez que se respiraba en la cocina tenía, sin embargo, un gusto seco, como cuando se nos seca la boca en un encuentro inesperado que nunca creímos, al considerar su posibilidad en abstracto, que habría de emocionarnos tanto, a la vez sudando un poco, con la boca seca, el paladar reseco. Ambas, Manuela y Matilde, estaban convencidas de la enorme importancia de lo que iba a suceder. Cuando se les dijo lo que tal vez ocurriría o tal vez no (Virginia informó primero a Manuela, que a su vez informó a Matilde, que a su vez lo habló con el Peluco), presintieron los tres que aquello iba sus vidas a cambiárselas: que a partir de entonces todo lo de después, ya fuese bueno o malo, tendría esta luz inconfundible y frígida de lo sagrado y de lo santo. Más imponente incluso que la exposición del Santísimo, domingos y festivos a las seis en la iglesia de Peñacastillo, con el *Pange lingua* y con el *Tantum ergo sacramentum*, y el órgano imitando los ademanes y las voces de los visibles coros de los ángeles. También en la cocina se consideró que un merendar venía al caso. No un ponerse ciegos de borona o de embutidos, pero un por qué, por qué no, dijo Manuela. Al fin y al cabo sois muy jóvenes los dos. Yo misma, con todas estas cosas, siento la necesidad de tomar algo. Era una deshora, esto debe quedar claro, que en la cocina no podía disimularse con un whisky o un jerez, o un oporto, que fue, por cierto, lo que se le antojó aquella tarde a don Gabriel. Así que en la placa de la cocina se hicieron las boronas, se frieron también unos torreznos y este olor tan delicado, tan casero y profundo a tocino frito, reanimó al servicio. Así como al Peluco, fueraparte, reanimó un seco orujo de Liébana que guardaba Manuela, por si acaso. Y ella misma tomó un sorbo y también Matilde, del vasito del Peluco, tomó un sorbo, y otro sorbo y tosió un poco (como era de esperar, no fuese a parecer que era una beoda, dale que te pego al

laticuenta). Era, por otra parte, la hora de cenar —un poco anticipada— del Peluco y en esto ya era conyugal, feliz, Matilde: había que darle de cenar al mozo, teniendo en cuenta que después no se sabía qué iba a suceder. Y en esto tenían los señores la ventaja de saber de antemano lo que va a pasar. Que por eso no cenan o meriendan a sus horas, sabiendo que después merendarán, siendo el curso del mundo lo que necesariamente siempre ha sido, ellos lo saben, los señores. Así que se frieron los torreznos y el olor de los torreznos fritos hizo en la cocina sus milagros propios. Y el tiempo, los instantes se iban sucediendo uno tras otro, según el antes y el después, en la memoria clara, enumerativa y pobre del servicio doméstico en aquella tarde en Campogiro. Pero los señores de la sala (es decir, la señorita Virginia, el señorito Gabriel y el doctor Anselmo, el buen doctor, además de don Cayo —porque doña Leonora, tomando a cucharadas su ligero caldo allá en su habitación como una loca, y deshaciendo en el caldo, deshilachado el huevo, era, desde luego, un caso aparte—) sabían de qué iba. En esto, en la cocina, se estableció un consenso inamovible: los señores sabían de qué iba aquel invocar a los difuntos que iba a tener lugar aquella tarde. No había, por lo tanto, en la cocina, mayor preocupación, aunque sí un miedo a meterse en camisas de once varas y, luego después, lo que podría pasar, porque había de pasar algo sin duda. En esto en la cocina se era claro. Toda aquella inminente exposición, toda la preparación, la dimensión entera, de lo no-sabido, de lo incognoscible y de lo sacro, estaba siendo alfilerada por la pasión aquella de los señoritos y también, todo hay que decirlo, de doña Virginia. Y no había en este punzar y requerir, y preguntar, y empecinarse en ver a ver, nada que en última instancia no fuese peligroso y temerario y soberbio y señorial, y que las vidas de los más humildes habían de peligrar, peligrarían, si lo que había de pasar pasaba, y también si no pasaba. En la cocina, pues, junto con un festivo sentimiento de excepción y aventura, se vivía un fatalista sentimiento, como un regusto de que las empresas que los señores emprendían —y ahí, para probarlo, las propias guerras de África recientes no nos dejarían mentir— eran por sí mismas catastróficas, un puto contradiós que nada bueno traería para nadie. Y a los pobres menos que a ninguno. Y encima el rey ni se enteraba leyendo por encima los informes de los ayudantes de

campo y otros generales y los duques. ¡A quién le importa que a un pobre Peluco le desventren las balas de plata de Abdelcrim! Los señoritos en la sala, sin exceptuar a doña Leonora y a don Cayo, estaban a salvo del dolor y de las propagandas ilusorias de la guerra, y de los muertos apilados en montones que en las fotos de los periódicos apenas se distinguen las caritas de cada soldado muerto en vano. Así que en la cocina se confiaba en Dios omnipotente, señor de vivos y difuntos, que iba esta noche a ser testigo de una invocación desoladora para que un alma pura, el alma pura del pobre Casimiro, regresara a la tierra momentáneamente y dijera a la señorita Virginia que la amaba. Y dijera la señorita Virginia que le amaba, y que nunca jamás, toda una vida entera, sería suficiente para agotar el dulce amor, el fuerte amor, la magnitud de la tristeza y del amor de dos jóvenes amantes, que no tuvieron culpa de la emputada decisión del rey y sus generales arrogantes, que querían compensar la pérdida de las colonias en la América hispana con la postiza colonia marroquí del norte de África para joder a los franceses.

En esto de que los señores sabían de qué iba la *séance*, con su complemento ingenuo de que, por ser señores, controlaban el destino —o al menos lo entendían— de quienes como Casimiro o el Peluco o Matilde o Manuela se limitaban a sufrirlo, había una ilusión de perspectiva: se ha contado muchas veces: dado que los señores en aquella época vivían en los pisos superiores y viajaban y leían los periódicos, daban la impresión de estar al tanto a quienes no sabían leer, apenas viajaban y pasaban sus vidas en las cocinas o en las cuadras. Pero los señores reunidos esa tarde en el salón de Virginia no tenían la menor idea, ni del futuro en general, ni del individual de cada uno. Sólo los salvaba a algunos, como el doctor Anselmo, su escepticismo y su aplicación a la ciencia. A otros, como Gabriel, su sentido estético de la vida no exento de temor y temblor pero al final quizá epidérmico. Virginia era un caso aparte: resultaba difícil de entender aquel repentino deseo de pedirles cuentas a los Bárcena como si fuesen aparceros suyos. Los Bárcena, que presumían de ver el más allá en el más acá, no las tenían todas consigo aquella tarde: no tanto porque temieran que fracasara la

invocación, como porque temían que, al revés, *no* fracasara y se les apareciese Casimiro como la Iglesia católica asegura, que resucitarán el último día todos los difuntos con los mismos cuerpos y almas que tuvieron. La inseguridad de los Bárcena, a su vez, tenía matices muy distintos en Cayo que en Leonora. Leonora tenía la ventaja de creer en la vida de ultratumba, si no a pies juntillas, sí como un efecto o reflejo nunca aclarado por completo del psicodrama de su carnalidad, que incluía de modo prominente sus dotes escénicas. Leonora era en buena parte de sí misma la poeta o inspirada artista que su marido, cara al público, aseguraba que era. Desde los tiempos de tocar el arpa y de dejarlo, desde los años transatlánticos —y también santanderinos— de recitales y confidencias amorosas, hasta las sesiones propiamente dichas en que había participado con ayuda de Cayo, todo le había hablado, como en una confesión, de su otro yo, el psíquico, el de la percepción supranormal o agudizada si se lograba, como fuese, un rebajamiento del nivel mental, tanto en sí misma como en el público que tomaba parte en la sesión. Si bien se mira, en la insistencia que puso Cayo Bárcena en que estuvieran presentes las tres personas del servicio había menos crueldad de lo que aquí se ha sugerido y más astucia narrativa. Cayo Bárcena estaba persuadido de que todo un lado del éxito de la transacción fantasmal iba a depender del grado de sugestión que el conjunto escénico entero fuese capaz de imprimir a sus oyentes. Y que de estos asistentes tres estuvieran de su parte, sumado al hecho de que Virginia muy posiblemente deseara creer por más que no pudiera, daba a los Bárcena una ventaja de salida. Todo lo cual no obstante, no está Cayo Bárcena esta tarde ni seguro de sí mismo ni tranquilo, ni se siente dueño de la situación, aunque para fingir que sí lo es, haya hecho una lista detallada de lo que tiene que haber ante los ocho asistentes a la *séance*: sólo el óvalo de la mesa, cubierta por un paño de terciopelo granate —no hace falta que sea negro, hubiera podido también ser azul oscuro o verde oscuro, pero sólo había el granate —, y las manos de todos los presentes encima de la mesa, inteligibles y desamparadas, que quizá en un momento dado deban rozarse levemente o incluso sujetarse con firmeza unas con otras. Ha recordado —y se lo ha dicho a Virginia—, por si hubiese necesidad de entrelazar las manos, dos bellos versos de un cuarteto

rilkeano: *Nos tocamos. ¿Con qué? Con roce de las alas / con roce de nuestras propias lejanías.* En el listado figura expresamente la frase: *No tiene que verse nada más, ningún otro objeto cotidiano, nada que haga pensar que más allá de esta tarde o de esta mesa hay un mundo de objetos y utensilios que conservan aún su poderío mientras no los vemos y que volverán a ocuparnos, explosivos, cuando todo termine*. Recuerda, Virginia —ha escrito Cayo en el folio del listado—, que *en ningún lugar habrá mundo más que dentro.* Y en la breve oración que tiene pensado Cayo Bárcena hacer ante sus invitados esta noche —porque son *sus* invitados, tan suyos por lo menos como de Virginia— dirá: *Hay que ser valientes para lo más extraño, asombroso o inexplicable que nos pueda ocurrir. Las experiencias que se llaman 'apariciones', todo el llamado 'mundo del espíritu', la muerte, todas esas cosas íntimamente unidas a nosotros, han quedado tan apartadas que se nos han estropeado los sentidos con que podríamos captarlas*. Y también está intranquilo porque, desde que acabó el almuerzo a eso de las tres, Leonora se ha retirado al dormitorio a dar, ha dicho, una cabezada, cosa que el propio Cayo Bárcena siempre recomienda a todo el mundo como preparación para una *séance.* Lo extraño ha sido que al subir a verla poco antes de las seis haya encontrado a Leonora sentada ante el espejo de su tocador mirándose, vestida totalmente de negro, con el pelo suelto todavía, que luego se recogerá en su moño grande, y no ha pronunciado una palabra ni ha sonreído, ni pareció verle cuando, con cierta ligereza de ademán, el propio Cayo se asomó al espejo introduciendo dentro del reflejo la cabeza como un marido repentino en un guiñol. Este incidente particular que Cayo a nadie ha referido le ha dejado un regusto en parte poético (y por lo tanto intranquilizador) y en parte cínico, puesto que esa clase de concentración obsesiva en la propia imagen reflejada es justo el aire hipnotizado que Leonora deberá presentar al presentarse ante los invitados esta noche. Pero un cinismo que no vaya acompañado de una incredulidad perfecta y de una perfecta racionalidad científica, aún es más intranquilizador si cabe que el regusto poético que deja la visión de una esposa enlutada que se contempla fijamente a sí misma en un espejo y no nos ve cuando nos asomamos.

El listado era en realidad una carta y no un listado. Virginia lo leyó como una carta, fechada en Campogiro un día antes, que

Matilde le subió con la bandeja del desayuno y que venía en un sobre cerrado. Estaba encabezada con un *mi querida Virginia*. Esta carta la había Cayo Bárcena repensado mucho y luego escrito y reescrito y luego releído varias veces antes de dársela a Matilde. Cayo había citado de memoria *en ningún lugar habrá mundo más que dentro*. De la ocurrencia de citar esto se había sentido sumamente satisfecho. A causa del tiempo verbal de esta frase, el futuro (combinado con su estricta concisión gramatical: mundo no habrá excepto dentro, reforzada por su complemento de lugar en negativo) el tono era profético, y declaraba una verdad que a Cayo (que nunca creyó del todo en los espíritus separados de los cuerpos) le parecía verdadera sin lugar a dudas. Era una versión exagerada del *nada hay fuera: lo que hay dentro eso hay fuera.* Y era, además, verdad esta noche. Podía considerarse ésta la primera invocación de la *séance*: que todo sea interior, para bien o para mal. Y expresaba también —y en grado eminentísimo— el desafío, la contradicción que la efectiva celebración de la *séance* representaba. Aunque sólo dentro hubiese mundo, y el interior crecido se alzase hasta llenarlo todo sin dejar resquicio, la celebración empírica de la *séance* en el espacio y en el tiempo real de Campogiro era un desafío a la espiritualidad de los espíritus. Que pudieran aparecerse iba a depender sólo de que se lograra un interior de tal calibre que los espíritus no alcanzaran a distinguirlo de su propio reino ultramundano y se animaran a pasar de su mundo interior a *este* mundo interior, que, por virtud de la *séance,* vendría a ser uno y el mismo. Cayo Bárcena era consciente de que esta pretensión implicaba un cierto truco o trucaje: un adelantarse en el interior del interior para que a su vez los puros interiores, los espíritus, adelantaran un paso hacia nosotros persuadidos de la confortable identidad que reinaba, como una momentánea floración de salvia, entre ambos reinos. Tan satisfecho estuvo durante un buen rato Cayo Bárcena con esta pequeña especulación rilkeana que durante un rato perdió el miedo. Fue entonces cuando subió, poco antes de las seis de la tarde, a ver qué tal le había sentado a Leonora su ligera siesta. Lo que vio, lo que sucedió, lo que no sucedió le volvió de nuevo a incomodar. Era como un vaivén. Era —como el propio Cayo Bárcena tantas veces había asegurado— un no-saber, que era un saber a contrapelo, una situación en realidad muy desagradable

casi para cualquiera que no tuviese, como Cayo Bárcena tenía, una experiencia previa en transacciones fantasmales. Pero el caso es —se dijo Cayo Bárcena, en un instantáneo relampagueo de sinceridad — que yo no tengo esa experiencia, no: ni por el forro. No la tengo. Esta concienciación relampagueante duró tan poco, afortunadamente, que Cayo Bárcena no llegó a sufrir.

Estas experiencias, las apariciones, tan íntimamente unidas a nosotros... —Cayo Bárcena salió al jardín rumiando esto—. Al pronunciarlo, al verlo pronunciado, escrito, asegurado por hombres y mujeres eminentes, que no tenían, al asegurarlo, nada que ganar, ningún bien extrínseco al acto mismo de decirlo o de presentirlo o de verlo, Cayo Bárcena se sentía henchido de confianza. Tanto como ahora mismo al recordar a Leonora, ahí enfrentada con su oscura y blanca, despintada expresión de embarazada en el espejo (el aura de las jóvenes encinta, los mismos ojos grandes, muy abiertos, atentos al fruto de su vientre, con gestos desmañados que se inician sin terminación, puesto que, en su avanzado estado, no se espera que hagan nada, que cosan o que escriban o incluso que se arreglen la cara o que se peinen, basta con que con ambas manos se recojan el pelo en un gran moño y ni siquiera eso), así Leonora, inmersa en el líquido amniótico del espejo, no le vio. Cayo se sumió, como el mobiliario entero de la habitación, en el fluctuante fondo de lo que desde atrás y retenido, imponiéndose silencio, esperaba absorto el acontecimiento que iba a producirse a partir de Leonora y en Leonora como en un espejo entenebrecido que le hablara. Tan intenso fue el recuerdo de la reciente imagen de su mujer arriba, enlutada en el recogimiento que precede al trance, que Cayo Bárcena se sintió de pronto inquieto y agobiado: por eso salió al jardín, para airearse. El jardín de delante en Campogiro, y en comparación con el resto de la finca ganadera, tiene casi un aire trivial con sus dalias y rosales alrededor de la fuentecita de azulejos. Esta fuente, una fuente muy vulgar, elegida por la abuela Sahagún en un momento de precipitación por poner algún adorno convencional en la parte delantera de la casa, ahora emitía un borbotón sombrío y fresco de agua aterciopelada que no llegaba a negra ni a granate ni a azul oscuro ni a verde oscuro, y que, sin embargo, daba la impresión de haberse apalabrado con el olor de la marisma abajo, en la Albericia, en cuyo aeródromo, por cierto,

despegaron los famosos Pombo, los célebres y valientes aviadores Pombo. Estos pensamientos hubieran reconfortado a Cayo Bárcena, de no tener aquella noche en particular tanta premura de otoño con su olor a balsa y su firmamento bajo: el nublado firmamento humectante y el mugido de las vacas, que era una presencia poderosa en Campogiro siempre, y más que nunca esta desconcertada noche, más y más interior a medida que el tiempo se acababa. No había ninguna luz en todo el exterior del caserío, que suele haberlas siempre en las esquinas de los caseríos de las fincas. Hoy no había. Pero esto puede ser casualidad. Y ni siquiera de la sala de estar (donde al fin y al cabo tres personas esperaban el comienzo de la *séance* y es de suponer que hablaran y, desde luego, que tuvieran las luces encendidas) venía ninguna luz. Los cortinajes echados no dejaban pasar ninguna luz. Así que el exterior del pequeño jardín de Campogiro apenas parecía un exterior, contagiado, en su modesta fisonomía de jardín adosado a una gran finca ganadera, de una voluntad de ser secreto y poco menos que invisible, tan sólo audible como un borbotón negro y constante en el centro de una fuente convencionalmente alicatada.

XXXV

El comedor está dispuesto ya, señora —anunció Matilde, que llevaba puesta su rebeca azul marino sobre el uniforme de diario—. Entonces ya pasamos —murmuró Virginia, y salió de la sala de estar seguida por el doctor Anselmo, Gabriel Montes y Cayo Bárcena, quien después de su breve paseo por el jardín se había unido a los demás en la sala—. Estuvieron reunidos en la sala unos veinte minutos. Virginia no pronunció ni una palabra. Gabriel y Anselmo intercambiaron unas cuantas frases. Cayo Bárcena sólo dijo:

—Para que no nos sintamos incómodos al principio, me he permitido escribir los nombres de todos los presentes, incluido el servicio, en unas papeletas que he dispuesto hace ya un rato en la mesa del comedor frente a la silla que ocupará cada uno. No creo que ninguno de ustedes tenga inconveniente en esto.

Nadie tuvo el menor inconveniente. Cuando entraron en el comedor pudieron verse sobre la mesa ovalada las papeletas que indicaban a cada cual su sitio. Leonora en el centro, de espaldas a la puerta de entrada, tenía a su derecha a Virginia, a su izquierda a Cayo Bárcena. A la derecha de Virginia estaba Manuela, que ocupaba así la cabecera de la mesa. A la derecha de Manuela quedaba Gabriel Montes, enfrente de Virginia. Leonora no tenía a nadie enfrente. Venía después el lugar señalado al doctor Anselmo, que quedaba enfrente del señor Bárcena. A la izquierda del doctor —y ocupando la cabecera opuesta, frente a Manuela— compartían cabecera Matilde y el Peluco. Cayo Bárcena había espaciado las sillas de tal suerte que los asistentes pudieran en un momento dado extender el brazo y enlazar la mano con quienes estaban sentados a derecha e izquierda. Cayo Bárcena volvió a alzar la voz, una voz queda, impersonal:

—Les rogaría que ahora guardasen las papeletas con sus nombres en el bolsillo a fin de tener la mesa despejada y que mantuvieran, si me hacen el favor, ambas manos sobre la mesa. Me

he permitido introducir a Leonora en último lugar. Leonora estará ya preparada y bajará ahora mismo.

Todos permanecieron en pie, mirando hacia la puerta por la que Cayo acababa de salir, cerrándola tras de sí. Se le oyó subir las escaleras. El doctor Anselmo se volvió hacia Gabriel Montes:

—Esto es lo que yo llamo un gatuperio. Toda esta escenografía, la poca luz, tanta solemnidad... el gatuperio.

—Esperemos a ver, Luis. Demos una oportunidad... a lo que sea.

Virginia los miró con gran dureza, primero al doctor Anselmo y luego a Gabriel, sin decir nada. Los dos se callaron. En esto se abrió la puerta del comedor y, precedida por Cayo, entró Leonora.

Caminó lentamente hacia su silla precedida por Cayo. Cayo movió la silla de su esposa de tal manera que Leonora pudiera sentarse con facilidad. Todos seguían de pie. Cayo Bárcena se situó en su puesto a la izquierda de Leonora, hizo una inclinación en dirección a Virginia. Tenía las manos entrecruzadas sobre el pecho como un oficiante: sus azules manos artríticas enmarcadas por los puños blancos tenían un aire sacerdotal. Las abrió a la vez y, volviendo las palmas hacia abajo, indicó que todos se sentaran. Leonora permaneció de pie todavía un instante. Todos la miraban fijamente. *Augenblick*. No parecía la misma. Iba de negro. Ningún adorno ni pulseras ni sus grandes sortijas. Sus nervudas manos grandes de arpista resplandecían sin anillos, ásperas, nudosas. Un vestido de crespón negro, cerrado al cuello. Quizá llevaba unos tacones altos, porque les pareció muy alta a todos. Gabriel Montes, que sentía una intensa curiosidad por todo aquello, observó de reojo a sus acompañantes y aseguró más tarde al doctor Anselmo que Manuela y Matilde, las dos, se santiguaron.

El doctor Anselmo pensó que Leonora de Bárcena parecía enferma o quizá sólo drogada. Tal vez un opiáceo ligero que la permitía moverse como sonámbula. Le pareció que la cara blanca de Leonora evocaba el albayalde, aunque era obvio que no se había pintado y que quizá esta ausencia de colorete y de polvos de arroz dejaba al aire su blanca piel ajada, cansada, entristecida por primera vez a ojos del doctor Anselmo. Pensó el doctor Anselmo que Leonora había amontonado su pelo negro con habilidad en la parte superior de la cabeza como una figura griega trágica. Esto le

pareció parte de la teatralidad, la logomaquia, el timo en que, por amor a Virginia, se había metido de hoz y coz. Leonora de Bárcena tomó asiento por fin y tendió su mano izquierda a Cayo Bárcena, que la tomó entre las suyas. Y dijo:

—Leonora, esposa mía, éste es el espacio interior del mundo. ¿Te encuentras bien?

—Me siento algo cansada —respondió Leonora con voz firme, sin mirarle y sin apartar la mano izquierda, que Cayo Bárcena retenía entre las suyas.

—Es mejor así. Es natural que sea así. Ahora todos nos dejamos ir. Cansados, arrastrados por la mansa corriente interior que ha de conducirnos a la otra cara de la naturaleza.

Crujió violentamente la silla del doctor Anselmo. Se le oyó decir: ¡Esto es un timo!

Gabriel alargó el brazo izquierdo y colocó la mano sobre el reposabrazos de la silla del doctor Anselmo, quien —contraviniendo las instrucciones iniciales de Cayo Bárcena— acababa de cruzar los brazos sobre el pecho. Virginia dijo:

—Si no te sientes cómodo, Luis, mejor te vas. No estamos aquí para oírte a ti.

—Perdón, Virginia —murmuró el doctor Anselmo—. Descruzó los brazos y volvió a colocar las manos sobre la mesa. Gabriel retiró la mano del reposabrazos del doctor Anselmo.

Da idea de la intensidad que, a pesar de los pesares, había Cayo Bárcena logrado imprimir a la escena el hecho de que el doctor Anselmo se arrugara y dejara sobre la mesa sus hábiles manos de tocoginecólogo, sin irse ni añadir comentario alguno. Así como también da idea de la seriedad con que el servicio asistía a la ceremonia el hecho de que, cuando el doctor Anselmo alzó la voz para decir *esto es un timo,* Manuela se llevara el dedo índice de la mano derecha a los labios reclamando silencio.

Fue —quién sabe si deliberada— una treta del señor Bárcena situar a Manuela a tanta distancia de su grupo social: Matilde y el Peluco. Situados al otro extremo de la mesa, se los veía —en opinión de Gabriel— muy chiquitines. Varias veces enlazaron sus manos para desenlazarlas enseguida, sin que Leonora de Bárcena

(que, desde su posición de privilegio, todo podía verlo, y que debió de ver aquello porque fue muy visible) hiciera el menor gesto, ni de frustración ni de dolor. Fue una argucia dramática (quizá no intencionada) de Cayo Bárcena situar a Manuela tan alejada del resto del servicio, a la derecha de Virginia, su señora, teniendo a su vez a su derecha al señorito Gabriel. De tal manera que Manuela —no obstante haberse santiguado, lo mismo que Matilde, al ver erguida y negra a Leonora de Bárcena en mitad del comedor—, quedaba separada de Matilde por hallarse a la derecha de Virginia, aislada en la cabecera de la mesa, quedando recalcada de este modo su condición de madre del difunto, y por lo tanto más cerca, psíquica y físicamente, del trance que ninguno, excepción hecha de Virginia Montes. Este detalle debe ser tenido en cuenta porque, tanto si fue como si no fue deliberado, acabó definiendo con gran fuerza la naturaleza y consecuencias trágicas de la presente *séance*.

Se hizo un silencio absoluto. La cálida luz única de la lámpara encima de la mesa, velada por el paño rojo, imprimía a la estancia una movilidad lumínica aquiescente. Se hizo un minuto de silencio. Gabriel Montes, acostumbrado al cálculo de efectos teatrales, tanto en su función de fundador y presidente de la Filarmónica, como de presidente del Ateneo de Santander, acostumbrado, a mayores, al protocolo regio, con sus silencios y sus pausas y el preciso posicionamiento de los dignatarios en torno a las reales personas, elogió mentalmente el inmenso talento dramatúrgico que los Bárcena estaban demostrando aquella noche. No pudo no fijarse, a la vez, Gabriel Montes, en la curiosa presencia separada de los ocho pares de manos sobre el tapete de terciopelo granate: observadas en este preliminar silencio litúrgico, cada una de las dieciséis pareció cobrar su pequeña instantánea vida propia. Como patitas los dedos, distanciados ligeramente entre sí, o militarmente concentrados, como los diez dedos del doctor Anselmo, en compacta formación. O las abandonadas manos de Leonora, imitando unas raíces secas y ornamentales que daban la impresión aún de ir a alargarse, enterrándose las yemas en el *velvet* un poco, cada cual por separado, como en una rica, recién regada tierra húmeda. Y Gabriel Montes reparó también en las manos de su prima. También, curiosamente, en perfecta formación, análoga a la del doctor Anselmo, con los dos pulgares separados ligeramente entre sí y del resto de los dedos

como comandantes cada uno de un distinto, aunque idénticamente disciplinado, batallón. Las manos de Manuela tenían un aire fresco, como si acabara de lavárselas momentos antes de trinchar el pollo asado. Cortas y trabajadas, también reumáticas, las falangetas de ambas manos, retorcidas un poco, envejecidas ya. Van Gogh —pensó Gabriel— hubiera hecho un patético dibujo a tinta de esas manos. Sus diez dedos, lo contrario de una formación, temblaban quizá un poco sobre el terciopelo asustado. No alcanzó a ver Gabriel más manos porque abrió la sesión, la *séance,* Cayo Bárcena, abriendo sobre el terciopelo sus azules manos, como un prestidigitador que nada tiene que ocultar: podían leerse las venas abultadas, el cardenillo de las uñas violáceas, separados sus diez dedos como en un abanico hermenéutico. La soledad de todos ellos, los ocho, era tan clara, que Gabriel pensó: Van a acertar. La existencia es tan triste y está tan concentrada ahora en esta casa, que yo creo, Dios, yo creo *quia absurdum est.* Y se oyó decir a Cayo Bárcena:

—Amigos míos, esto no es un experimento científico, una demostración científica, no lo es. Un asunto es de vida o muerte, y humildemente yo propongo que ninguno de nosotros se sitúe fuera, en el extenso y rico territorio de la verdad y de la verificación empírica. Debéis, debemos, aceptar el duro, el estúpido y duro hecho de la necesidad que en todos nosotros, como la carcoma de la madera, nos carcome, del haber, que hay un haber más allá de los saberes computables, acerca del cual nada sabemos, excepción hecha de los poetas, los profetas, los locos que creyeron que existía Dios y que este mundo no perecería con cada cual, sino que seguiría en cada cual hasta el final y que, por consiguiente, si nos internábamos en la dura tierra de la esperanza sin esperanza, florecería la flor de los difuntos, con los mismos cuerpos y almas que tuvieron. ¿Es que verdaderamente no te he visto nunca? Yo nunca he visto nada en absoluto, por eso estoy aquí, porque pertenezco como vosotros a la estirpe de los que nunca vieron nada y no creyeron. Leonora, en cambio, mi esposa Leonora, pertenece a la estirpe de los ciegos, la estirpe de los sordos que, sin embargo, vieron y oyeron lo que estaba en medio de nosotros sin que nuestros torpes sentidos interiores y exteriores fueran capaces de captarlo: ni siquiera fuimos capaces de sentir o presentir el gran desasimiento

de los difuntos cuando mueren. ¿Te encuentras bien Leonora? ¿Estás a gusto en esta triste circunstancia equívoca? Si quieres, lo dejamos. Si tú, Leonora, ahora, te levantas y dices *lo dejamos*, lo dejamos. Porque bien pudiera ser que el doctor Anselmo tuviera toda la razón y que esto fuera lo más cutre de todo, lo más triste, un timo, un truco, una ópera bufa que se canta en falsete con todas las disonancias de tenores, barítonos y bajos, que no creen que lo que están cantando sea al final belleza, sino sólo un recitativo bufo que expresa el desconcierto de nuestro tiempo e íntimo fracaso. ¿Te encuentras bien, Leonora? ¿Estás tranquila? ¿Es ya hora de despertar del sueño para entrar en el sueño más profundo?

—Estoy tranquila, Cayo, esposo mío. Me siento un poco cansada, me siento abandonada. Se me pasa por el interior de mi conciencia toda mi vida entera insulsa, como una tira cómica de Xaudaró. ¡Ojalá fuese quien tú crees que soy! Ésa no soy. Me siento un poco cansada y alejada de todos vosotros. Como si hubiese sido transportada a otro territorio, donde mis dotes escénicas resultasen triviales y el resplandor de la verdad, la luz violenta de lo inexplicable, dijese que no soy digna de dar cuenta de lo inexplicable.

Cuchichearon en la cabecera popular —la cabecera de la mesa opuesta a la cabecera que ocupaba Manuela, quien había suspirado un par de veces y que ahora lagrimeaba como en misa mayor, una misa de difuntos, sin saber por qué—. Gabriel Montes aseguró que oyó lo que decían: ¿Tú entiendes algo? Yo es que no entiendo una sola palabra de lo que él está diciendo. Y Matilde murmuró: Tú, mi vida, eres más tonto que Pichote. Así que cállate, te callas ahora mismo, a ver si por fin aprendes algo —dijo Gabriel Montes que dijo Matilde, lo cual no parece verosímil que lo oyera *verbatim,* dada la distancia que los separaba—. Se fue entonces la luz. Matilde pegó un grito. Volvió la luz en un abrir y cerrar de ojos.

—Esto está siendo peor que imbécil. Este gatuperio —se oyó gruñir al buen doctor.

Y se oyó decir, en la anulada presencia de todos los presentes, en el tiempo que duró el sin luz, a Gabriel Montes:

—No te pongas pelma, Luis, ten paciencia. Está siendo todo fascinante. Danos una oportunidad a los creyentes.

El apagón produjo un considerable revuelo, pero duró muy

poco. Gabriel tuvo en ese momento una sensación de alivio: un cambio de escena —pensó Gabriel— viene bien. Los Bárcena están hablando demasiado. Cayo Bárcena había hablado por los codos. ¿Era esto apropiado en semejante situación? Esto era, sin duda, inapropiado. Tanto hablar. Esta idea le llevó a adherirse —siquiera momentáneamente— al punto de vista del doctor Anselmo. Un discurso tan fluido y copioso, inevitablemente parecía ensayado. Y, a su vez, que hubiese sido ensayado previamente y que no fuera más bien improvisado e inspirado por las presentes circunstancias, daba un horrible tufo a truco. Por otro lado, que Cayo Bárcena aprovechara la ocasión para largar todo aquello que largó le pareció a Gabriel más en carácter que el que Leonora hablara tanto, si es que habló tanto como pareció que hablaba (ahora Gabriel no se atrevería a asegurarlo) a la vez que parecía tan enferma. Era un habla —meditó Gabriel Montes— que no comunicaba en realidad gran cosa (había que dar en esto también la razón al doctor Anselmo), era repetitiva como un arrorró que acunaba las conciencias, una nana destinada a producir quizá en los propios hablantes un embelesamiento con el cual tal vez confiaran ellos mismos contagiar más tarde a sus oyentes. Tal y como iba la cosa —pensó Gabriel Montes— no parece que pueda pasar ninguna cosa más. Estiraremos verbalmente esta situación hasta agostarla por sí sola en deferencia a los inhibidos sentimientos de la pobre Virginia y de Manuela, la doliente madre del pobre Casimiro. Nada más tener estas ideas, se dio cuenta Gabriel Montes de que se estaba comportando como un pseudocientífico, un incrédulo de salón que rechaza junto con las experiencias de ultratumba también las sencillas y poéticas experiencias del más acá, donde el dolor tiene lugar y el insatisfecho anhelo de no perder del todo lo que, con la muerte, todos perdemos para siempre. Así que Gabriel Montes, sobre la marcha, se corrigió a sí mismo, despreciándose a sí mismo y pensando que quién le autorizaba a desdeñar estos patéticos monólogos del señor Bárcena y estas respuestas de Leonora de Bárcena que, justo era reconocerlo, resultaba grandiosa en este instante, ennegrecida y blanca, como la auténtica médium que su marido aseguraba que era. Análogamente, ¿no era también ahora Gabriel Montes el conde de Sahagún in péctore que don Alfonso de Borbón quiso que fuera? Esta virtud poética del nombramiento, que

dependía del azar tanto o más que la voluntad del Rey de España, contribuyó a que Gabriel Montes embridara sus dudas y se atuviera, una vez tranquilizados todos con el regreso de la luz eléctrica, a la extraña tranquilidad hiperactiva del *aquarium* aquel, sedoso, que el transcurso de la *séance* y las sedosas frases de Cayo Bárcena imprimían al conjunto.

En el revuelo del irse y de volver la luz, Virginia extendió su mano y alcanzó la mano de Manuela y le dijo:

—No se asuste usted, Manuela, que aquí estoy yo. Por desgracia no creo que vaya a pasar nada. Los curas y la Iglesia llevan siglos diciéndonos que los muertos no se mueren, que quedan por ahí pendientes de volver el día del juicio. A lo mejor con ayuda de Leonora y su marido podemos adelantar un poco ese acontecimiento y ver u oír, por un momento, a nuestro pobre Casimiro...

A Manuela se le saltaron las lágrimas al oír esto. Se las enjugó con el dorso de la mano derecha y dijo:

—No sé si está bien o está mal hacer esto, señorita, yo soy una ignorante. Pero tener siquiera una señal de que mi hijo no desapareció del todo sería un consuelo...

Y volvió a enjugarse las lágrimas, ahora con el dorso de la mano izquierda. Parecía muy joven Manuela, más joven que Virginia, cuyo rostro terso y firme tenía un aire de determinación casi militar, como quien se propone tomar una determinada cota a toda costa, dan igual los caídos en combate con tal de avanzar monte arriba y vencer a la muerte.

—Usted, Manuela, no se asuste. Seguro que no pasará nada. Pero a lo mejor sí, quién sabe.

Todos se fueron callando y se hizo el silencio. La única disonancia —por citar un detalle menor— fue que el doctor Anselmo había movido su silla en dirección a Gabriel, había cruzado la pierna derecha sobre la izquierda y apoyaba ambas manos en los reposabrazos de su silla. Pero no se notaba una gran diferencia en el conjunto. Es posible, incluso, que Cayo Bárcena aceptara sin corregirlo este gesto disidente del doctor para que, sintiéndose éste más cómodo así, liberado del esfuerzo de retener las manos juntas sobre la mesa, estuviera en condiciones de alcanzar más empatía con la *séance*.

En ese punto, Leonora dio muestras de inquietarse. Se arqueaba un poco en el respaldo de su silla como alguien aquejado repentinamente de lumbalgia. El doctor Anselmo, en efecto, al verla, pensó de inmediato en un síntoma mórbido. El rostro blanco de Leonora, entrecerrados los ojos, estaba contraído como una máscara mortuoria un poco, o quizá sólo una máscara teatral que representa fisiognómicamente el dolor humano en general. Suavemente, Cayo Bárcena volvió a tomar la mano de su esposa y murmuró:

—¿Te sientes mal, Leonora? Dinos, si puedes, qué sientes.

—Alguien viene —murmuró Leonora cerrando con firmeza los ojos.

—¿Está muy cerca?

—Cerca, no. Muy lejos. Como la copa de un árbol, no muy alto. Ahora no veo nada.

—Vamos a descansar, Leonora, un poco, en completo silencio. ¿Te sientes bien?

—Abandonado. Las fusilas nos acribillaban. Al caer me sentí a gusto. Un tiro en la cabeza debió de ser.

—¿Es un hombre, Leonora, un soldado?

—No. No hay nadie. Ya no hay nadie. La voz se debilita, Cayo, cuando hablas tú, perdona.

—¡Hijo mío de mi vida! —sollozó Manuela.

—¡Oh, por favor! ¡No puedo creer que crean ustedes que esta mujer vea algo u oiga algo, lo está inventando todo, es evidente! —exclamó el doctor Anselmo.

—¡Si estás incómodo, Luis, tienes el coche y el chofer a la puerta, o te callas o te vas! —declaró Virginia secamente.

El doctor Anselmo descruzó las piernas y adoptó de nuevo la postura correcta, con ambas manos sobre la mesa. Se sentía en todo el comedor una gran tensión pasiva, dormitiva, como la que precede a una seducción erótica.

Cayo Bárcena se alegró de tener a Virginia de su parte. Era la segunda vez que llamaba la atención al doctor Anselmo: eso significaba que Virginia creía en la seriedad de la sesión. La única inquietud de Cayo Bárcena ahora venía de que tenía la impresión de que había perdido el contacto con Leonora. ¿Sabe Leonora lo que Cayo quiere? Cayo Bárcena tiene la impresión de que Leonora está

realmente inspirada. De pronto Cayo Bárcena se da cuenta de que durante toda su vida hasta la fecha se ha servido del espiritismo y de Leonora como piezas de un juego social. No ha sido afán de lucro, ha sido en parte una sincera creencia en que puede verse la otra cara de la naturaleza en ocasiones: ha acechado Cayo Bárcena lo invisible sin creer en ello del todo, pero fascinado por sus efectos en la conciencia de las gentes. Y el matrimonio siempre ha funcionado al unísono, aceptando ambos que en su trato con los fantasmas y otras manifestaciones sobrenaturales había un punto de picardía, un punto de juego, era una gracia que sabían hacer los dos y con la que entretenían a la gente. Esta noche, sin embargo, Cayo Bárcena ha tenido desde un principio la sensación de que no se comunica con Leonora: le pareció muy extraña la visión de Leonora sentada ante el espejo sin reparar en la aparición de su marido. Hasta el momento, todo lo que Leonora ha musitado no contiene misterio ninguno: es una repetición entrecortada y teatral de los datos que Leonora tiene de la muerte de Casimiro. Cayo Bárcena está satisfecho porque sabe que si Leonora continúa en esta vena, inspirada, impresionará sin duda al servicio doméstico e incluso a Gabriel Montes. El doctor Anselmo no va a cambiar de opinión, pero eso ya no le preocupa al señor Bárcena. Lo que le preocupa es que Leonora entre en un trance del que no sepa salir. Al fin y al cabo hay una invocación de un difunto, hay un difunto, y hay por lo menos dos personas en la sala —Virginia y Manuela— que desearían tener la experiencia de la comunicación. Si ellas *ven* o creen ver algo, la *séance* habrá sido un éxito.

—En el regimiento se moría por Dios y por España. Por Dios, por la patria y el rey —barboteó Leonora de Bárcena—. En el regimiento no hay mujeres. Yo no creí que a mí me tocaría. Volvería a Santander. En el puerto estaría mi madre esperando al barco que llegaba con nosotros. Y también Virginia...

—¡Hijo de mi vida! —sollozó Manuela.

A la movediza luz del comedor, el rostro de Virginia tenía el aspecto de un felino que se prepara a saltar sobre su presa. Inclinada hacia adelante había entrelazado los dedos de sus dos manos sobre la mesa. Es posible que pensara en ese momento que Leonora se limitaba a expresar dramáticamente lo que había oído contar a Manuela en la cocina. Pero pensar eso hubiera destensado

su figura. Y Virginia no daba ahora la impresión de que ninguna sospecha o desconfianza subsistiera en su conciencia.

—En el regimiento no nos sentíamos solos. Al contrario. Por eso no teníamos miedo, azacaneados de un lado a otro todo el rato. En la mili no se para nunca, siempre se está ocupado. Es lo que tiene de bueno la disciplina del ejército, que no piensas en nada. Y a los moros no se les veía. Eso daba miedo por las noches. A la luz del día, en cambio, no teníamos miedo...

—¿Es Casimiro quien te dice todo eso, Leonora? ¿Cómo sabes esas cosas de la mili?

—Sé lo que siente Casimiro.

—¿Y le ves? —preguntó Cayo Bárcena, forzado por las circunstancias y asombrado por la audacia de su propia pregunta.

—No, no veo nada —murmuró Leonora con los ojos exageradamente cerrados—. Las cartas no llegaban nunca. Escribíamos cartas tardando mucho. No sabíamos qué poner. Querida madre, espero que estés bien. Yo también estoy bien, a Dios gracias. El rancho es bastante bueno. Me junto con unos de Torrelavega, y por ahí, de día, estamos bien. Las cartas no llegaban nunca. Había que tener la moral alta... —Leonora emitió un gemido en ese momento que recordaba el espeluznante gemido de los cerdos.

El doctor Anselmo se levantó de un brinco, rodeó la mesa y se acercó a Leonora, que se apoyaba únicamente con la nuca en el respaldo de su asiento. Estaba estirada. Quiso el buen doctor desabrocharle el cerrado cuello negro y no pudo.

—Parece un brote epiléptico —murmuró el doctor.

Tomó el pulso a Leonora. Este hecho pareció relajarla. Abrió los ojos y murmuró:

—Muchas gracias.

Casi todos se habían puesto de pie, a excepción de Virginia. Ahora volvieron todos a sentarse. El doctor Anselmo, al sentarse, comentó con Gabriel:

—Si es una impostura, lo hace bien. Más vale dejarles que terminen.

Cayo Bárcena no había visto nunca a su mujer en este estado.

Estaba realmente impresionado. Pero no podía creer que toda aquella impersonación de los supuestos sentimientos de un difunto tuviese nada que ver con el difunto mismo. Se destensó Leonora, entreabrió los ojos enturbiados, todos se tranquilizaron. Cayo Bárcena tomó la mano de Leonora y le dijo:

—¿Te encuentras bien, querida? ¿Estás en condiciones de seguir?

—Tengo que seguir —declaró Leonora con voz ronca.

—¿Ves algo? Dime qué estás viendo ahora.

—No veo nada. Sólo oigo los disparos, como los cohetes de las fiestas del Carmen. No parece una batalla. Les oigo que cantan canciones montañesas.

—¿Durante el combate?

—¿Qué combate?

Se había vuelto a enhebrar el hilo de la atención de todos. Con la excepción del doctor Anselmo y quizá de Virginia, todos los presentes sentían ahora compasión por Leonora de Bárcena. Y el Peluco, que no había abierto la boca, soltó la mano de Matilde —que durante el trajín del gemido había apretado entre sus manos— y cuchicheó:

—¡Hasta pena me da, pobre mujer!

Tal vez en ese instante el Peluco diera gracias al cielo por la sensatez que tuvo al no liarse con Leonora. Una mujer así, ya se veía, te puede comer vivo. El señor Bárcena estaba de perfil, sentado en su silla, a mujeriegas, al objeto de encarrilar el trance, se supone. En ese punto, Gabriel Montes sintió una intensa sensación de frío, el desequilibrio sangriento de una cuchillada de verdad. Aborreció de pronto oír la voz del señor Bárcena, que parecía desafinar. El fino oído de Gabriel Montes para las consonancias armónicas de su Filarmónica le hizo detestar la baratura de la trivial voz de su ex amigo.

—Con él puedes hablar, Leonora, tú que puedes. Háblale a Casimiro. Aunque no le veas, quizá puedas hablarle, y más aún: quizá quiera dejarnos un recado, decirle algo a su madre, aunque sólo sea una palabra. Seguro que a Virginia le quiere decir algo. Tantos años le guardó buenas ausencias.

Mientras decía esto, Cayo Bárcena decidió que estaba siendo cínico y malvado. Ahora sí que no creía una palabra. Pero a

Leonora había que picarla: *para que se venga arriba* —esto lo recordó de otro contexto el señor Bárcena—. Leonora se había acomodado en su silla y tenía los ojos abiertos ahora. Daba la impresión de hallarse relajada, sonreía, una blanda sonrisa carnosa —difícil saber si sonreía o no—. Cayo lamentó que la cosa se acabara. Observó de reojo a Virginia: al fin y al cabo se trataba de Virginia. Virginia había exigido esta *séance*. Era la anfitriona, corría con todos los gastos, también con el derroche afectivo que todo aquello suponía. En su apresurada inspección de Virginia, no encontró Cayo Bárcena ningún indicio que le permitiera poner fin a aquella situación. A diferencia de Manuela, que se había encogido en su silla y sollozaba, Virginia contemplaba desde su puesto a Leonora con una clase de mirada que hubiera resultado afectuosa de no haber sido tan intensa. A Cayo Bárcena el llanto de Manuela le pareció casi un movimiento reflejo, como si llorara por llorar, como si fuese llorar un escape tradicional a un sentimiento maternal u otro cualquiera que la pobre mujer pudiera sentir en ese instante. Todos los sentimientos le habían parecido siempre fingidos a Cayo Bárcena, porque había fingido muchos: obligado incluso a sentir sentimientos que no sentía, aunque tal vez sentirlos fuese su deber. Le pareció que estaba claro que Virginia no deseaba terminar. Cayo Bárcena se decidió por fin a preguntarle:

—Virginia, me permitiría, no sé cómo decirlo, preguntarte, ¿deseas que sigamos?

—Por supuesto —dijo Virginia con una voz seca y clara— todavía no hemos visto nada. Sólo una evocación. No ha habido comunicación todavía. El objetivo de esta sesión era comunicarnos realmente con Casimiro, que está muerto. Eso no ha sucedido todavía. Hay que seguir, por supuesto, hay que seguir. Nadie se irá de esta habitación, o de esta casa, esta noche, sin la certeza que he venido yo a buscar.

—Estoy de acuerdo con Virginia —intercaló con su tono más profesional el doctor Anselmo—. Ya que hemos llegado hasta aquí, ahora no podemos echarnos atrás. Tal vez debiéramos dejar descansar a Leonora un momento. Tal vez no, no lo sé. Eso, Bárcena, usted verá. Pero hay que seguir. Usted, Bárcena, debe ser el primer interesado en que las cosas no queden así, en agua de borrajas, hay que seguir.

—El más allá no es un territorio unívoco —deletreó, resentido, el señor Bárcena—. Al menos eso, doctor Anselmo, debiera usted saberlo. ¡No esperará usted, ni creo que nadie en esta sala espere, que Casimiro nos llame por teléfono!

El teléfono sonó en ese momento.

XXXVI

Manuela se levantó apresuradamente y, sin mirar a ningún lado, salió corriendo en dirección a la cocina, seguida de Virginia, que tampoco miró a nadie. El teléfono sonó una vez más en el trayecto que va del comedor a la cocina. Cuando entraron en la cocina, el teléfono había dejado de sonar.

Lo notable de aquella llamada telefónica —con independencia de su posible origen sobrenatural— fue que se oyera en el comedor y que Virginia y Manuela, en lugar de dirigirse al despacho, donde al fin y al cabo estaba el aparato telefónico original, se encaminaran ambas a la cocina. Esto se debía a las costumbres de la casa: el teléfono, instalado en el despacho, sonaba de vez en cuando en el despacho, pero ahí, situado como se hallaba al fondo de esa habitación estrecha y larga y con la puerta cerrada siempre, nadie lo oía nunca, salvo alguien que se encontrara justo enfrente de la puerta. Las pocas llamadas que Virginia recibía iban, por eso, a parar a la cocina primero, y luego se avisaba en la sala o donde fuese. Así que el instinto de Manuela fue domésticamente correcto. Pero lo más extraño y sobrenatural de la llamada (lo único en verdad sorprendente) fue que el teléfono se oyese con toda claridad y nitidez en el comedor (hubiese sido igual de haber sonado en la sala), porque precisamente la abuela Sahagún lo hizo instalar en ese despacho para no tener que oír nunca el timbrazo. Todos los presentes —con la excepción del doctor Anselmo y quizá Gabriel Montes— estaban al tanto de esa excentricidad telefónica de Campogiro. Así que escuchar nítido y súbito el timbrazo en pleno comedor, con sus dos puertas cerradas, ocasionó un largo escalofrío y un temor considerable. Todos tuvieron la sensación de que las resentidas frases de Cayo Bárcena habían punzado la reserva interior, lo implícito, habían irritado a las criaturas confusas del otro lado de la naturaleza. ¿Qué iría a pasar ahora?

Quedaba claro, quizá, que —no obstante las presentes

circunstancias— la llamada aquella no tenía por qué venir del otro mundo, incluso podía venir de Santander, podía ser una equivocación. No hubo manera de saberlo, porque la comunicación se interrumpió sin dar tiempo a que contestaran los de Campogiro. Así que lo más extraordinario de todo seguía siendo la desusada claridad con que resonó el teléfono en el comedor como una respuesta desabrida a Cayo Bárcena, el incrédulo.

Ahora están en la cocina las dos solas. La cocina y demás dependencias del servicio en Campogiro están detrás del patio interior del lado más antiguo de la casa, edificado sobre un antiguo fortín o convento. La cocina es sombría y la placa de la cocina de carbón casi está apagada a esas horas. Hay una sola bombilla.

—No era nadie, Manuela —dice Virginia.

—¿Cómo no iba a ser, señorita Virginia? ¿Cómo no iba a ser? Era él. Seguro que era.

—Está muerto. ¿Cómo iba a ser él, Manuela? No digas disparates. Nunca hemos hablado de esto tú y yo, ¿verdad que no? —añade Virginia dulcemente y pasa el brazo por el hombro de Manuela, quien hunde la cara en el pecho de Virginia.

—Nunca, no, señorita. Nunca nos hemos atrevido.

—Tenían que venir estas personas que yo misma metí en casa, tan vulgares, que no se parecen a nosotros, ni a ti ni a mí, Manuela, ni a Casimiro. Tenían que venir a sonsacarlo, lo poco que había. Era toda nuestra vida. Nos engarlitaron. Ahora tendrán que demostrar que no mentían.

—Ay, señorita, es todo culpa mía. Porque yo se lo conté a doña Leonora sin querer. Fue culpa mía por contarlo.

—Había poco que contar, Manuela. Era tan limpio y transparente. No hay nada que no pudiéramos contar.

—Cuando la señorita y mi Casimiro se veían, estaba yo asustada. Pensaba que iba a venir una desgracia. Como si fuera un contradiós.

—Y vino una desgracia, Manuela. Fue la guerra. Ése es el contradiós. Yo estoy bien aquí contigo y tú conmigo. Todos los días todos estos años cuando te veía, veía a Casimiro, no hacía falta ni hablarlo.

Se abrazan las dos mujeres. Virginia piensa: es la primera vez que abrazo a Manuela, es la primera vez, desde que abracé a

Casimiro, que abrazo a un ser humano. Es la primera vez que sé quién soy: soy la pobre novia del pobre Casimiro que se abraza a la madre de su novio, ella que no tuvo madre, que a partir de esta noche, pase lo que pase —¿y qué más puede pasar?— ya no sabrá seguir.

Vuelven las dos lentamente al comedor. Sin ganas. Desde el pasillo que une el comedor y la cocina se oye a los del comedor conversar a media voz: voces templadas. Se distingue la elegante dicción de Gabriel y el tono preciso de un *inverosímilmente* que pronuncia el doctor Anselmo. Ninguna de las dos quiere entrar y se paran las dos juntas, cogidas de la mano, en la oscuridad, como dos niñas.

—Es que, señorita, al no haber visto el cuerpo muerto, que nunca más se supo... Al desaparecer y no volver a verle más, parece como que no se hubiera muerto, señorita Virginia.

—Eso fue lo más terrible, sí, Manuela. Por eso yo siempre le recuerdo como si fuera a aparecer de nuevo. No ha muerto para nosotras dos, aunque no exista en este mundo.

Al abandonar Manuela y Virginia precipitadamente el comedor para contestar al teléfono, se produjo una disociación, como un respiro. Gabriel Montes decidió que necesitaban un trago y extrajo del aparador una botella de oporto que recordaba de otras veces. Se llevó tres copas a la mesa y escanció el vino para el doctor Anselmo, para sí mismo y, cortésmente también, para Cayo Bárcena. Así se formó el grupo de los tres caballeros, que pronto, reanimados, se internaron en un comentario de la situación. El Peluco y Matilde seguían sentados muy juntos, en su posición original, y observaban a Leonora de Bárcena, deshecha ahora en su silla como si de pronto se hubiera convertido en una médium de trapo. No los miraba a ellos Leonora. Tenía los ojos entrecerrados, parecía relajada.

—Voy a preguntarla si quiere tomar algo —dijo Matilde, y se acercó a Leonora.

El Peluco siguió a Matilde. Así que se instalaron los dos, de pie a ambos lados Leonora, que dijo que no quería nada. No parecía darse cuenta de quiénes estaban en pie junto a ella, aunque abrió los ojos y los miraba alternativamente al uno y al otro. Al abrir los ojos y al verla tan de cerca, el Peluco y Matilde se miraron, pensando que Leonora estaba enferma de verdad.

—La pobre no está nada bien —comentó el Peluco.

—Puede que hasta fiebre tenga. ¿De verdad, doña Leonora, no quiere que le traiga un vaso de agua? —preguntó Matilde, a quien se le habían pasado hacía tiempo los celos de Leonora.

—No quiero nada, hija, gracias. Estoy bien.

Cayo Bárcena observaba esta escena desde el otro lado de la mesa mientras fingía atender a la conversación de Gabriel y el doctor Anselmo. Sintió una curiosidad carnal por lo que estaba pasando frente a él. Esta curiosidad fue tan intensa que llegó a sonrojarse, como si presenciara algo indecoroso u obsceno. Aunque el comedor seguía inmerso en su penumbra, la movilidad de los seis personajes había aireado la escena. Leonora parecía una convaleciente y la pareja de jóvenes, de pie a su lado, parecían muy jóvenes, en efecto, y corteses: como un cuadro prerrafaelita que se titulara *Entre dos mundos*. Cayo pensó que realmente el Peluco era muy apuesto con su traje bueno de pana y su fuerte espalda, tan alto. Por primera vez se fijó en las graciosas facciones de Matilde y en sus senos, velados por el raso negro del uniforme. Trató de imaginar qué sentiría Leonora. Este esfuerzo descolocó a Cayo Bárcena repentinamente: de pronto se dio cuenta de que había otra Leonora ahí, recostada en su silla, abultada como una mujer de trapo. No sintió compasión, sino curiosidad. Y también un punto de estupor, como si estuviese asistiendo a una transformación de una criatura en otra. Tal y como habían ido las cosas en la primera parte de la *séance* (porque sin duda lo sucedido hasta aquí podía considerarse la primera parte de un conjunto, cuya segunda parte el propio Cayo era incapaz de imaginar: ¿exigiría Virginia a su regreso que se continuara la invocación de Casimiro?, ¿había sido la llamada telefónica una simple casualidad, un efecto teatral sorprendente pero casual y sólo eso?), Leonora había cumplido su papel a la perfección: había resultado verdadera además de verosímil. Pero el caso es que, en su presente estado de cínica incredulidad, Cayo Bárcena consideraba que Leonora se había excedido a sí misma. Con una acusada sensación de verosimilitud hubiera sido suficiente. Al reconocer Cayo que su esposa había dado la impresión de estar siendo *verdadera*, estaba reconociendo que su esposa se había vuelto irreconocible e incognoscible para él mismo. Tenía esta ocurrencia tanta miga, que el señor Bárcena apuró de un

trago su oporto y se separó de sus contertulios unos pasos para dar un pequeño paseo por su lado de la mesa. Decidió que de ninguna manera debía aproximarse ahora a su esposa: la impresión de desvelamiento, de verdad, que Leonora había dado, le confería, a ojos del marido, una cualidad casi monstruosa: como si por primera vez aquella noche Leonora hubiese, efectivamente, transitado del más acá al más allá: como si lo que quedaba de ella ahora, arrumbado en la silla, fuese la cáscara de una experiencia —la experiencia— que durante toda su vida Cayo había declarado (falsamente) que tenía lugar en las *séances* y que esta noche hubiese tenido lugar realmente. Y Cayo Bárcena pensó entonces que se había contagiado de la ingenuidad de los creyentes: y esto le hizo sentirse malagusto. Se sirvió él mismo otra copa de oporto porque tenía los pies helados y las manos heladas. Los creyentes eran, claro está, Matilde, el Peluco y Manuela, que habían desde un principio creído que Leonora verbalizaba la insonorizada voz de Casimiro, que sólo se podía oír en la ultratumba. Y es seguro que Matilde y el Peluco, que no sabían que Leonora sabía lo de Casimiro y Virginia, ni casi quién era Casimiro, habían sentido en sus propias carnes, mediante la voz de Leonora, el soplo del más allá. Pero incluso Manuela —no obstante haber informado a Leonora ella misma de todo lo que Leonora iba a declarar después— creyó también que Leonora lo oía recién de labios del propio difunto, porque nunca se lo había contado ella a Leonora tal como Leonora ahora lo decía. La credulidad de los creyentes había provocado un efecto contagioso. Bien podría Cayo Bárcena tener ahora una sensación de triunfo: al fin y al cabo, la creencia de estos creyentes en la comunicación sobrenatural confirmaba los discursos espiritualistas de toda una vida. Ahora que por fin lo que tantas veces había declarado ser verdad parecía, de verdad, verdad, Cayo Bárcena no acababa de creerlo. Porque incluso el doctor Anselmo, en la conversación que habían mantenido mientras tomaban el oporto, parecía haber modificado un poco o dulcificado sus estrictas opiniones acerca de la imposibilidad del caso en cuestión. Pero lo realmente desequilibrante era Leonora misma: esto fue lo que Cayo Bárcena vio ahora con toda claridad. Leonora de Bárcena —la exuberante recitadora, arpista, médium que le había acompañado toda la vida, pretendiendo los dos más o menos en serio que creían lo que creían

— se había transformado en un vehículo irracional e incontrolable de lo que no tenía ningún nombre.

En esto se abrió la puerta del comedor que daba a la cocina y aparecieron en el comedor Manuela y Virginia apoyadas una en la otra, cogidas del brazo. Aunque Virginia era más alta, ahora las dos parecían casi de la misma estatura. Se dirigieron lentamente a las sillas que habían ocupado al principio de la sesión y se sentaron, sólo que acercando ahora las sillas un poco entre sí. La escena tenía un patetismo humilde, casi cómico. Nadie hizo ningún comentario y todos ocuparon sus asientos. La única que permaneció inmóvil en su estado de dejación física fue Leonora, que no parecía haber advertido la entrada de las dos mujeres. Se hizo un silencio que resultó larguísimo. La voz de Virginia, temblorosa, no muy alta, se oyó en el comedor como una voz muy joven, desprovista de la dureza que la voz de Virginia quizá había ido tomando en estos años:

—Ahora vamos a esperar. Vamos a quedarnos aquí en silencio. Y esperar a que nos llame.

Y es que, de la misma manera que Leonora se había transformado (aunque ni su propio marido pudiese decir con precisión en qué), Virginia se había transformado en la esperanza desconsolada de Manuela: las dos estaban decididas a esperar toda la noche a que Casimiro las llamara por teléfono. Y es que esta espera nocturna de una llamada telefónica, de una aparición, era equivalente a la espera de tantos años, día tras día, a que Casimiro volviera, apareciera, se hubiera salvado de la muerte, se hubiera escondido en un pueblecito del norte de África, viviese aún, fuese a volver de un momento a otro, llamase por teléfono, resucitase.

El oporto, este *tawny*, es al fin y al cabo una bebida de superior inteligencia que remata la conciencia desflecada unificándola, adumbrándola, azumbrándola. Cayo Bárcena ha reincidido en su tercera o cuarta copa. También Anselmo y Montes le han dado al oporto sin querer. Es cosa de hombres este deslizarse un poco, de hombres responsables desvariar y confraternizar unificados por lo incomprensible de la circunstancia, lo femenino que está predominando, lo maternal e inconcluso de la vida y la muerte. Hay que airearse, relajarse, darse un respiro, ver a ver: la cosa está clara, la cosa no está clara. Esta fratría masculina ha permitido la pausa y

la desaceleración de la *séance* precedente, ahora todo se encauzará de un modo razonable. Por primera vez en su vida añora lo razonable Cayo Bárcena y disfruta con la benéfica presencia de la ciencia, representada por el doctor Anselmo, y del arte y la sociedad civilizada representadas por Gabriel Montes, futuro conde de Sahagún. ¡Lástima que no hubiese seguido siendo todo, a este tenor, civilizado y trivial! La entrada de Virginia y Manuela (entrelazadas como dos exiliadas, refugiadas, que van por un camino embarrado, que llegan a un pueblo desconocido, dormirán en una cuadra, con suerte) le ha desubicado una vez más. En la conciencia de Cayo Bárcena, la aparición de estas dos mujeres se ha unido a la transformación monstruosa de Leonora *the famous clairvoyante* en una rara curandera tripuda de un pueblo aislado en la montaña, que recetaba hierbas para los dolores de barriga y el mal de amores y que ahora es otra persona. Cayo Bárcena está bebido, cosa —una más— que le desubica ahora, le indispone con Virginia: ¿a qué viene esta memez, esta ñoñez de exigir que esperemos en silencio a que nos llame por teléfono un difunto? Esta no es la Virginia que Cayo Bárcena había cortejado, ni la desventrada Leonora de trapo es ya Leonora de Bárcena, la petulante maga que falsificó todas las voces de todas las *séances* precedentes. Se siente de pronto solo Cayo Bárcena, se siente asustado, sus dos compañeros varones están, al fin y al cabo, al otro lado —ellos sí—, en la luminosa tierra de los informes científicos, de los consejos de administración, del mercado de valores, la alta sociedad... Pero ¿y Cayo Bárcena? Está solo entre dos mundos ahora. Ya no controla la situación como creyó que la controlaba en un principio, porque Leonora de Bárcena no está de su parte, ni a su lado, ni en su territorio, ni en ningún territorio reconocible. Ahora que se está incorporando lentamente y despega los labios con dificultad, como una persona que tiene la boca seca, ¿qué ira a hacer?

—Virginia, este silencio viene a ser como el agua bautismal del estanque. Yo creía que yo de verdad servía de puente, pero al servir de puente de verdad esta noche, ahora tengo miedo, no voy a poder seguir sirviendo de eso. Siempre he exagerado, poco o mucho, sin hacer daño a nadie. Nunca he querido que sufriera nadie, al contrario: muchas personas, algunas personas, se han sentido, gracias a mí, consoladas momentáneamente. Yo les hacía ver que

había otro mundo, que no estaba de una vez todo perdido con la muerte. Pero esta noche...

Leonora hace ahora un puchero y se lleva las dos manos a la cara y se la oye lloriquear. El Peluco y Matilde acuden a atenderla situados a ambos lados de Leonora como a ambos lados de un serón los padres jóvenes.

—¡No es nada, no es nada! Doña Leonora, no lo tome usted así! —dice Matilde.

—Doña Leonora, mujer, no llore usted —se le oye decir al Peluco.

Y Leonora se vuelve a mirarle y el Peluco se acerca más y Leonora le agarra con ambas manos la cabeza y le besa la frente. No se sabe si esto es conmovedor o bufo: una intensa sensación de disonancia, como un aura, embarga todo el comedor entenebrecido y silente. Sin duda ésta es la segunda parte de la *séance*: una revelación, un verbo que va a ser encarnado.

Considera el doctor Anselmo, debidamente sentado ahora con las manos sobre la mesa, que debiera hacerse cargo de la situación y que hacerse cargo de la situación está en su mano. La meliflua voluntad espirituosa del oporto no se ha adueñado de su voluntad e inteligencia hasta tal punto que crea que lo que está pasando aquí sea, de hecho, lo que Virginia y Matilde parecen creer que es, que los Bárcena han conducido a un cierto paroxismo entre luctuoso y bufo. El doctor Anselmo ha consultado su reloj y son pasadas las doce de la noche. Casi la una de la madrugada. Desearía intervenir y hacerse cargo de la situación: pronunciar unas palabras quizá tranquilizadoras, que a nadie ofendieran, que dejaran a salvo en su desesperado ensueño las creencias de los creyentes presentes en la sala y que contribuyeran a la vez a desactivar la tóxica vehemencia de esta situación de espera, que se le antoja al buen doctor milagrera y, en última instancia, incontrolable. ¿Qué pasará si, como es lógico, tras esperar dos o tres horas en silencio, Casimiro no llama por teléfono ni se aparece? El doctor Anselmo sabe que este embarazo psicológico de la médium sólo puede dar lugar al torvo feto de la desilusión. Y el doctor Anselmo sabe que mañana será otro día y lo sucedido, al no suceder nada, equivaldrá a ese peculiar no haber sucedido de los acontecimientos que nos desilusionaron. Por otra parte —y por ilógico que resulte—,

Casimiro podría aparecerse o llamar por teléfono de una forma encriptada: un ruido, un viento, un timbrazo, un soponcio de gritos y patadas, una cualquiera de las multiformes hechuras siempre imaginables del milagreo y de lo milagrero. Esto no significaría que lo que no existe existiese. Pero significaría que, en la conciencia de los creyentes, ha tenido lugar una significativa variación del sentido de sus vidas. Esto es lo que Virginia anda buscando. ¿Qué pasa si se produce este imaginario fenómeno insensato? ¿Qué pasará con Virginia? Y, sobre todo, ¿quedará Virginia después de la experiencia de esta *séance*, cambiada, harta hasta tal punto de milagrerías, que todo su afán sea retornar al territorio llano y provechoso de la sensatez que el doctor representa y que en la práctica equivaldría a una reanudación de sus relaciones amorosas hasta acabar en matrimonio? El doctor Anselmo alberga la esperanza, en estas primeras horas del ceniciento nuevo día, de que todo acabe como debe: los Bárcena desprestigiados, Manuela en cierto modo consolada y Virginia cansada de su cerrazón anterior y abierta a la objetiva voz inteligible del mundo real, los proyectos realizables, el amor humano, la familia, los hijos, la continuación de la vida. El doctor Anselmo se ve a sí mismo, con toda humildad, como el firme e indiscutible representante de todo eso, una vez corregidas sus violencias de amante despechado, una vez habiendo demostrado a Virginia que sabe dar su brazo a torcer, tras haber sido capaz de esperar pacientemente que el deletéreo absurdo se consuma a sí mismo a lo largo de esta larga noche. No puede ni debe intervenir, ni tratar de controlar la situación ahora: debe dejar que la situación se desmorone sola y presentarse al final tal como es, cuando Virginia vea cómo las cosas son, reine por fin la paz, el vigoroso desencanto. Cuenta el doctor Anselmo, a mayores, con que Gabriel —más proclive de suyo al embeleso, pero al final, en opinión del doctor, más de su parte que de parte de los Bárcena— apoye su candidatura frente a la candidatura gatupérica y disparatada de Cayo Bárcena y su incalificable esposa. ¿No es, sin embargo, cómico e infantil hablar aquí de candidaturas? Candidaturas ¿a qué? Hay una irracionalidad lampante, histérica, vírica, que infecta, a su pesar, al doctor Anselmo mismo y que le impide sopesar con claridad los pros y contras. Todo ha sido desventrado por la nada liliácea que husmea los corazones. Eso fue lo que el doctor Freud

vio que había en los turbulentos corazones de la Viena de su época. Quien crea que lo que aquí se representa y se ha representado con toda suerte de detalles es trivial, deje, por imposible, este texto.

¿Es de verdad que Virginia, fundida con Manuela, cree que va a saber qué fue de Casimiro? ¿Cómo pueden los restos tener tanta energía? ¿Cómo crees tú, lector hipócrita, semejante mío, hermano mío, que se aparecen los aparecidos? Casimiro está ya con los muertos *que se olvidan en un montón de perros apagados.* ¿Qué queda por decir? Ninguno creemos que quede posibilidad ninguna de salvación para nuestros pobres personajes.

Leonora está tan conmovida después de haber besado al Peluco que cree que éste es el final, que ella misma debe de morir para que todo sea equipolente. Leonora no desea proseguir, porque esta noche ha sido tan sincera como Dios —si hubiese Dios—. Y, sin embargo, siente que le queda un resto por decir, por vivir, por experimentar, por resumir la propia vida. Leonora, ahora, quiere hacer ver a Casimiro, porque cree que, si se empeña, hará ver en el más acá el más allá. Daría la vida por hacerlo ver. No hay una técnica para esto, un cursillo, una preparación, sólo una voluntad. Leonora de Bárcena se apoya en los vibrantes textos de quienes creyeron que no había entre el más allá y el más acá separación ninguna. Grandes poetas confirmaron esto. Ella es ahora la representante de todos estos diluidos grandes que creyeron que había un más allá. Tiene intención Leonora de hacer un último singular esfuerzo. Por eso gime. Y gime también porque ha besado la frente del Peluco y ha renunciado a todo el dulce amor en bloque. Ya no le queda nada.

—He oído... —declama.

El silencio aterciopelado del comedor es puro y denso como una conciencia en flor que habla:

—He oído, Casimiro, tu voz. No te entiendo bien, ten en cuenta mi edad, ten en cuenta la lentitud de mi percepción de la realidad así como también mi pobre alma ineficaz, que ha deseado los placeres carnales y triviales. Yo estoy a tu disposición. Te ruego que no tengas en cuenta mis pecados, mis debilidades, sino la unidad de mi convocación: ¿Estás ahí?

—Estoy aquí —declama monótonamente Leonora—. No sé lo que parezco. No estoy presentable. ¿Es a ti a quien debo

presentarme? ¿Por qué no me dejas en paz, ahora que no existo? Cuando me pegaron aquel tiro dije *vale, se acabó la puta mierda*. No vuelvas a llamarme nunca más. He sido... ¿no es eso suficiente?

Virginia se ha echado a llorar desconsoladamente y también solloza Manuela. Leonora de Bárcena está teniendo por fin el soponcio de gritos y patadas que necesitaba para desahogarse: la noche es débil por sí sola. *Consummatum est.* Nada ha sido revelado. El doctor Anselmo tiene toda la razón.

XXXVII

—Soy como Leonora —dijo Virginia en voz alta.

Era ya de madrugada. Todos se habían ido por parejas. El Peluco y Matilde, Gabriel Montes y el doctor Anselmo, que se despidieron de Virginia con un aire ligeramente vergonzante, como quien se excusa por no quedarse más tiempo en una reunión social y dice que tiene que trabajar mañana, cosa que en el caso del doctor Anselmo era verdad. Virginia les acompañó hasta la puerta y hasta el coche y les despidió con el tono de siempre. Ninguno de los dos comentó nada acerca de lo que acababa de ocurrir —de lo que acababa de no-ocurrir—. A última hora también los Bárcena se habían retirado como si anduviesen de espaldas, inclinándose un poco como en una corte. Leonora parecía exhausta y Cayo Bárcena la sujetaba por la cintura como a una enferma. Pero fue una retirada, dentro de lo que cabe, ordenada y civilizada, sin comentarios. Al entrar de nuevo en el comedor, sólo Manuela permanecía acurrucada en su silla con la cabeza inclinada sobre el pecho: daba la impresión de estar dando una cabezada. Virginia tuvo una sensación de extraordinario buen orden después de la retirada de todos los invitados de la *séance*. Se había aireado un poco la estancia al salir unos y otros, y ahora, a la tenue luz aterciopelada, Virginia tuvo la impresión de que sólo tenía que esperar a que Manuela se despertase, si dormitaba, o si sólo estaba cansada, acompañarla a su dormitorio, que compartía junto a la cocina con Matilde. El ambiente estaba tan pacificado, aquiescente, que un espectador que hubiese aparecido ahí de pronto hubiera tenido la sensación de que acababa de celebrarse una importante reunión y que, de alguna manera, todos los presentes habían acabado conformes y unánimes entre sí. *La noche unánime* —que diría quizá Borges— se había adueñado del mobiliario y del terciopelo granate y de los restos de toda la vehemencia que allí se había disparado y, por último, aplacado por sí sola, como si, en

efecto, hubiese sólo sido una vehemencia interior, un sobresalto de la conciencia aislada que no alcanza ningún fin, pero que, desvanecido su propuesto objeto, se desvanece ella misma, la conciencia, con un ligero adiós, como dos personas que acaban de conocerse en un andén de estación y que se despiden, olvidadas ya una de otra, en el momento mismo de sonreír y agitar la mano. Manuela levantó la cabeza al notar que Virginia se acercaba, y murmuró:

—Ya es muy tarde, señorita. Deben ser muy pasadas las doce.

—Así es, ya es muy tarde. Las dos estamos muy cansadas.

Manuela se puso de pie y Virginia, con un gesto que parecía haberse vuelto natural entre las dos esa misma noche, la cogió del brazo y, lentamente, la condujo hasta el dormitorio. Matilde no se había acostado todavía, y Virginia la oyó hablar con el Peluco muy bajo en la puerta de la cocina que daba a la calle. Ni el Peluco ni Matilde debieron darse cuenta de que Virginia y Manuela cruzaban lentamente la cocina. Una vez sentada en la cama, Virginia ayudó a Manuela a descalzarse y a quitarse las medias y el uniforme y a ponerse un camisón arrugado que tenía debajo de la almohada. Manuela se dejó acostar sin decir nada y dejó que Virginia la arropara conservando fuera sólo las manos cruzadas y la cabeza.

—Ahora —dijo Virginia, bajito— a descansar bien toda la noche, que falta nos hace. Mañana ya será otro día.

Y al decir esto Virginia se inclinó, besó a Manuela en la frente, y Manuela murmuró:

—Buenas noches, señorita.

Virginia apagó la luz del dormitorio de Manuela al salir y desanduvo todo el camino hasta el comedor sin llamar la atención de los novios que cuchicheaban. Pareció dudar por un momento si acomodarse o no en el comedor. Pero por fin salió y apagó la luz. Detrás, el comedor cerrado dio paso al *hall* con todas sus puertas cerradas, la puerta del salón, la puerta del despacho. El *hall* estaba iluminado por una ligera luz del exterior. Virginia pensó que le gustaría tomar un poco el aire. Salió al jardín cerrando la puerta de entrada al salir. Una vez en el jardín, en el porche, se detuvo un momento para oír el borbotón de agua de la fuente, que resplandeció plateado y negro como un animalito nocturno. Olía a balsa, a verde, al mar. La bahía se adivinaba abajo al fondo y los

pueblitos de alrededor tímidamente. Virginia dio la vuelta a la casa y lentamente bajó andando hasta el estanque. Ahí, por fin, se sentó en una de las sillas de la veranda y cerró los ojos.

—Soy como Leonora —volvió a decir Virginia en voz alta, no muy alta.

Casi había llegado a quererla aquellos días atrás, viéndola nadar, por eso, porque eran gemelas. Virginia Montes se sintió acompañada por esta idea de parecerse mucho a Leonora de Bárcena: de ser indiscernible casi, al menos en este momento, esta noche, de Leonora. Y pensó Virginia, lentamente (como quien se deja llevar por el sueño al dormirse, esforzándose un poco por dormirse y a la vez por no dormirse: como si abandonarse del todo al sueño fisiológico fuese peligroso): como Leonora he querido ser amada, momentáneamente lo fui por Casimiro. Y luego, después, imaginariamente, fantasmalmente, con el instinto de la desesperación y de las sombras, lo fui también, aunque ya no era Casimiro quien me amaba sino su recuerdo, que yo entretejía a voluntad con mis deseos y mi pena. Debió de ser muy triste, pero me salvó de parecer tan triste como de verdad estaba este aire Montes que tenemos todos, esta costumbre de guardar las apariencias. Me vino bien que ni yo misma me diera cuenta de lo triste que todo se volvía y yo misma... Se le ocurrió que haber convocado a Casimiro a sabiendas de que no había nada de Casimiro en ningún sitio era un intento de somatización de su desesperación y su duelo de tantísimos años. Ahora el fracaso, su fracaso, estaba a la vista, documentado y hecho público. No había nada que añadir. Pensó que desearía ser consolada, poder esta noche contarle a alguien lo muy obstinada y absurda y triste que había sido su vida. Pero no había nadie. Y, de haberlo habido, Virginia no hubiera contado nada. Pensó que, al fin y al cabo, se había librado de las penas del amor, la agonía del enamoramiento, el miedo al abandono, la posibilidad real de ser abandonada: de todo eso se había librado con la muerte de Casimiro. El pobre Casimiro había ahorrado a su amante una parte al menos, la más superficial quizá, de las penas del amor. O quizá —pensó Virginia como quien enrolla distraídamente un cordelito alrededor del dedo índice y luego lo desenrolla y vuelve una vez más a enrollarlo— había padecido las penas del amor a contrapelo cuando Casimiro

desapareció y no volvió. Se acordó dulcemente ahora —sin sentir ningún dolor especial, como quien oye el paso apagado de alguien en la grava húmeda del jardín— de los escasos meses de amor de los dos. Y se acordó de cómo la ausencia de su amante, al ser definitiva, se fue volviendo un hueco sucio de desesperación e impotencia que no quiso colmar. Todas sus penas, resumidas y empaquetadas, sumaban cero ahora, como si no hubieran tenido lugar en realidad. Eso es lo que significa también la expresión latina *consummatum est*. Entonces recordó con simpatía al buen doctor, que había hecho lo imposible por darle una vida feliz y transitable. Era ya muy dejada atrás la noche con sus acontecimientos conmovedores y bufos, era ese momento frío y lúcido de la madrugada. Recordó con cuánta facilidad Manuela se había dejado conducir hasta su cama y acostar. Y pensó, con un egoísmo resentido, que sus obligaciones con los demás o consigo misma se habían acabado ya, que era libre de perder su vida, desviarla del todo y para siempre. Y sintió compasión por sí misma: una especie de gotera sentimental incesante, no muy pronunciada. Esta compasión ya no era activa, sin embargo. Ya no la defendía de sí misma. Era una compasión sin tiempo, sin futuro sobre todo. Era indistinguible de la desesperación tranquila en que su vida se había convertido. Y deseó hacerse daño, como una venganza. Este último sentimiento era, de pronto, muy claro, como un objeto de cristal, un vaso que vemos encima de una mesa, aislado y cerrado sobre sí en su transparencia monótona, cristalina y sosa. Deseó dormirse para siempre. Este deseo de descansar o dormirse o apagarse se combinaba con un deseo de herirse que no parecía autorreferente. No como el deseo de un suicida que desea brutalmente quitarse de en medio. Virginia pensó que sólo deseaba que su conciencia de sí misma se apagara a la vez que pensaba algo risueño: a la vez apagarse y sonreír. Entonces se acordó de Leonora de Bárcena, nadando con tanta competencia, haciendo la plancha. Esta ocurrencia fue suficiente: era risueña y contenía un elemento resolutivo, una especie de acción incoada, como la ocurrencia de salir a dar una vuelta o un paseo a última hora de la noche. Entonces se puso en pie y se acercó a la rampa agarrándose al pasamanos y se introdujo lentamente en el estanque como hacía Leonora. Se inflaron las faldas de Virginia Montes dentro de aquel

agua que tenía el tono de un caramelo oscuro, un sirope helado. Nadó en dirección al centro del estanque. Le encantó ser capaz de avanzar sin ruido hasta el centro del estanque. Pensó que, abrigada como estaba, no cogería frío. Sentía, sin embargo, un intenso frío. Congelada. Entonces la idea anterior, que parecía haber sido pensada muy atrás, reapareció de nuevo: herirse, dañarse. El intenso frío era un daño nítido, abrumador, como una sensación de asfixia. Y tolerable a la vez como una ensoñación. Sintió un cierto cansancio, una desgana de liberarse y desquitarse del frío que la dañaba y asfixiaba. De pronto dejó de bracear y pensó: como Leonora. Sintió un calambre en la pierna derecha y pensó en volver. Nadaba muy despacio. No hacía ningún ruido. No podía ser vista desde la veranda. Dio unas brazadas y se hundió en el centro del estanque como un animal acuático que desaparece de la vista.

Virginia o el interior del mundo
Álvaro Pombo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Álvaro Pombo, 2009
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2011

ISBN: 978-84-08-10436-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com